Universidad de Concepción
Dirección de Postgrado
Facultad de Humanidades y Artes
Magíster en Historia

EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL EN LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN DURANTE LA DICTADURA MILITAR. JUVENTUDES, GENERACIONES Y CULTURA POLÍTICA EN UN CAMPUS INTERVENIDO, 1973-1986

Tesis presentada para optar al grado de Magíster en Historia

Por: Diego Alonso Portiño Lepe
Profesor guía: Danny Monsálvez Araneda

Concepción, agosto de 2025

Se autoriza la reproducción total o parcial, con fines académicos, por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la cita bibliográfica del documento.

Agradecimientos

Las incontables horas de trabajo, desvelos y tensiones que ha traído consigo el desarrollo de esta investigación, no me habrían sido posibles de sobrellevar sin el apoyo de mis allegados.

Agradezco a mis padres, quienes, cada uno por su propia senda, me han escuchado, aconsejado, contenido y permitido salir adelante en las vicisitudes que ha significado mi preferencia por la historia. También a mi hermana, siempre presente a pesar de la distancia.

A mis colegas del aula de reingreso en el Colegio República de Grecia, por su inesperado apoyo, simpatía y comprensión en nuestro día a día, que facilitaron en muchas ocasiones el equilibrio entre el trabajo y el estudio.

A los ex estudiantes de la Universidad de Concepción que me han compartido desinteresadamente su testimonio, por facilitar la elaboración de esta investigación y ayudarme a entender el pasado reciente por medio de una perspectiva eminentemente humana.

Deseo agradecer con especial énfasis al profesor Danny Monsálvez, no solo por su tutela en el transcurso de este proyecto de investigación, sino también por las oportunidades que me ha ofrecido de colaborar con él en el oficio de historiador. Sin dudas, su confianza en los jóvenes investigadores es un ejemplo a seguir al interior de nuestra disciplina.

Y finalmente, agradezco el invaluable apoyo, cariño y paz que he encontrado en Polett, mi compañera, gracias a quien he dejado de ser aquel hombre solo ante tanta ciudad y tanta sed, como en aquella vieja canción, pero esta vez con otro destino.

TABLA DE CONTENIDOS

Agradecimientos **3**
Resumen **6**
Introducción 8
Marco teórico o conceptual 10
Estado de la cuestión-discusión bibliográfica 20
Hipótesis de trabajo 28
Objetivo principal 29
Objetivos específicos 29
Metodología 30
CAPÍTULO I **35**
LAS JUVENTUDES ESTUDIANTILES EN CHILE EN LOS LARGOS AÑOS SESENTA 35
La Guerra Fría en Latinoamérica: la disputa por la Modernización 36
Los procesos de Reforma Universitaria 42
Los principales escenarios de la Reforma 48
La juventud revolucionaria 60
CAPÍTULO II **69**
LOS AÑOS SESENTA, EL GOLPE DE ESTADO Y LA DICTADURA EN LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN. LA REPRESIÓN SOBRE LAS JUVENTUDES ESTUDIANTILES 69
La reforma universitaria en la Universidad de Concepción 71
La Universidad de Concepción durante la Unidad Popular 77
El golpe de Estado y la reestructuración de la Universidad 83
La intervención y reorganización bajo la rectoría de los militares 88
Consolidación del "nuevo tiempo" en la Universidad durante los años setenta 94
La rectoría de Guillermo Clericus en los años ochenta 99
CAPÍTULO III **109**
DICTADURA, JUVENTUD Y UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN 109
Dictadura y juventud 111
Golpe estético y cultural: la transformación cívica y el disciplinamiento juvenil en la ciudad y la Universidad 121
Las visitas de Augusto Pinochet a Concepción 127
CAPÍTULO IV **137**
ORÍGENES DE LA ORGANIZACIÓN ESTUDIANTIL EN DICTADURA: DE LAS GENERACIONES DESPOLITIZADAS A LAS GENERACIONES MOVILIZADAS (1973-1983) 137
Los años de supervivencia: 1973-1975 139
La progresiva reactivación del movimiento: 1976-1982 141
a) El Centro de Estudiantes de la Universidad (CEUC) 141
b) Las Asociaciones Estudiantiles y Gremiales 145

c) Los Comités Democráticos (CODE)..... 150
d) Las primeras manifestaciones públicas..... 153
e) El retorno de las protestas y el fortalecimiento del movimiento..... 156
f) 1983: El regreso de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción... 162
CAPÍTULO V.....180
LA REBELIÓN ESTUDIANTIL EN DICTADURA: EXPANSIÓN Y RADICALIZACIÓN DE LAS PROTESTAS (1984-1986).....180
1984: La plena irrupción de las protestas, las detenciones y las expulsiones.....181
1985: Las primeras grandes crisis en la universidad y fisuras en el movimiento estudiantil. 200
1986: ¿El año decisivo?..... 214
CAPÍTULO VI..... 228
LA OPOSICIÓN ESTUDIANTIL Y SU CULTURA POLÍTICA EN LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN..... 228
Poder del movimiento..... 231
La estructura del movimiento..... 234
Forma de reclutamiento..... 240
Temporalidad.....246
Proceso de competencia.....248
Liderazgo..... 251
Ubicación ideológica.....256
CONCLUSIONES.....262
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA..... 267

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1. Matrícula total de la Universidad de Concepción entre 1973-1986..... **97**
Figura 2. Afiche de apelación a la juventud por parte de la dictadura militar.....**113**
Figura 3. Augusto Pinochet en la Universidad de Concepción..... **133**
Figura 4. Vínculo levantado entre Augusto Pinochet y los niños y niñas de Concepción..... **133**

Resumen

El objetivo de esta investigación es analizar el movimiento estudiantil de la Universidad de Concepción opositor al régimen de Augusto Pinochet, estableciendo la influencia de las subjetividades juveniles de sus miembros en la orientación de su activismo político. El marco cronológico se extiende desde la irrupción de los militares el 11 de septiembre de 1973 hasta el año 1986, destacando este último período por ser el año en el que habría comenzado a declinar el auge del movimiento universitario penquista. Enmarcado en los márgenes investigativos de la Historia Reciente, este trabajo recurre a un enfoque teórico metodológico amparado en la Nueva Historia Política, es decir, en la relevancia de esa subjetividad humana en la profundización social del estudio de la política. Las fuentes de análisis principales serán los archivos periodísticos de diario *El Sur* y *El Diario Color*, las memorias oficiales de la Universidad de Concepción, revistas y semanarios del período como *Análisis* y *APSI*; y por último, los testimonios y memorias de quienes fueron estudiantes de la casa de estudios durante el período analizado. Con ellas aspiramos a dimensionar la actividad política del movimiento como una reacción frente a la imposición sociocultural del régimen, gatillada por una necesidad de identificación juvenil individual y colectiva, y expresada en unidades generacionales marcadas por la clandestinidad y la represión. Dicha situación habría cristalizado en una cultura política distinguida por el impulso de resistir la supresión de las libertades, solidarizar con los estudiantes reprimidos y organizar espacios e instancias de interacción política que pudieran remecer el orden militar en el campus.

Abstract

The objective of this research is to analyze the student movement of the Universidad de Concepción, which opposed the regime of Augusto Pinochet, establishing the influence of the youth subjectivities of its members in the orientation of their political activism. The

chronological frame extends from the military irruption on September 11, 1973 until 1986, highlighting this last period for being the year in which the peak of the university movement in Concepción began to decline. Framed in the investigative margins of Recent History, this work resorts to a methodological theoretical approach based on the New Political History, that is to say, in the relevance of that human subjectivity in the social deepening of the study of politics. The main sources of analysis will be the journalistic archives of the newspapers *El Sur* and *El Diario Color*, the official memories of the Universidad de Concepción, magazines and weeklies of the period such as *Análisis* and *APSI*; and finally, the testimonies and memories of those who were students of the university during the period under analysis. With them we aspire to dimension the political activity of the movement as a reaction to the socio-cultural imposition of the regime, triggered by a need for individual and collective youth identification, and expressed in generational units marked by clandestinity and repression. This situation would have crystallized in a political culture distinguished by the impulse to resist the suppression of freedoms, to show solidarity with repressed students and to organize spaces and instances of political interaction that could shake the military order on campus.

Introducción

La experiencia de estudiar en la educación superior en episodios políticos críticos, álgidos o inestables, sin dudas dará lugar a distintas interpretaciones de lo que le ha otorgado sentido a esa etapa de la vida. Particularmente, sobre cuál fue la influencia del régimen de turno en la configuración de la convivencia en este tipo de instituciones, pero también sobre cuál es el papel que a ellas les corresponde desempeñar en ese determinado orden social.

En este sentido, para comprender las circunstancias bajo las que la dictadura militar de Augusto Pinochet abandonó el poder, resulta muy necesario ahondar en la influencia que tuvieron en el proceso las movilizaciones sociales de oposición. El no hacerlo implicaría minimizar y reducir la protesta y movilización contra el régimen a episodios de carácter coyuntural y aislados dentro del largo período de dominación castrense.

Asimismo, la conformación de la Concertación de Partidos por la Democracia ha concitado un importante protagonismo en la comprensión del declive de la dictadura. La historiografía nacional ha incursionado en distintas propuestas y enfoques investigativos que indaguen en el activismo político que, durante esa época, llevaron adelante actores sociales como los obreros, estudiantes, pobladores, intelectuales, campesinos, entre otros. Sin embargo, los estudios que se han adentrado en esta materia adolecen, en primer lugar, de una notoria concentración en lo ocurrido en la ciudad de Santiago, en desmedro de las particularidades regionales, provinciales y locales. Y, en segundo lugar, es posible advertir que en la conformación de movimientos sociales y agrupaciones de oposición no se ha contrastado plenamente la subjetividad individual y colectiva desarrollada en un país regido por la violencia política, con el modelo e idearios sociales, identitarios y culturales pretendidos por el régimen en su afán refundacional.

En consecuencia, esta investigación pretende contribuir en ambos aspectos, pues lo que interesa es analizar la conformación de identidades juveniles y generaciones junto con la

acción política del movimiento estudiantil de la Universidad de Concepción, destacando la relevancia de aquellas en la concepción y percepción del quehacer político. La emergencia de los militares el 11 de septiembre de 1973 trajo consigo no solamente una feroz represión a toda movilización política, sino también un profundo proceso de transformación y (r)evolución del modelo de juventud considerado necesario para la tranquilidad cívica[1], considerando la crisis política que, durante el gobierno de la Unidad Popular, enfrentó a formas disímiles de concebir el presente y el futuro de la sociedad chilena. Esto fue particularmente visible en Concepción, la segunda ciudad en el país con mayores índices de prisión y tortura en los meses posteriores al golpe. Mientras que su principal casa de estudios, considerada un bastión de la izquierda más radical, fue rápida y sistemáticamente intervenida. La resistencia juvenil y generacional de parte de la comunidad estudiantil a las pretensiones del régimen implicó un fenómeno propio de su historicidad como sujetos históricos, una forma única de haber interpretado su coyuntura, derivada de la necesidad de reconstruir los lazos identitarios juveniles desmantelados tras el ascenso de los militares al poder.

[1] Yanko González Cangas, *Los más ordenaditos: Fascismo y juventud en la dictadura de Pinochet* (Hueders, 2021): p. 232.

Marco teórico o conceptual

Esta investigación se sitúa en el área investigativa de la Historia Reciente, que en una definición general se entiende, de acuerdo a Marina Franco y Daniel Lvovich, como aquella Historia enfocada en el estudio de pasados próximos y de procesos históricos cuyas consecuencias son aún visibles, sensibles o perceptibles en la sociedad del presente; realidad que es interpelada e interrogada por medio del estudio de dichos acontecimientos[2].

Además, junto con la cercanía temporal, autores como Carlos Figueroa y Nicolás Iñigo han señalado que esta corriente historiográfica se caracteriza por, en primer lugar, recopilar como fuentes históricas los testimonios de los supervivientes del período investigado; en segundo lugar, lidiar con la existencia de memorias colectivas latentes sobre esa etapa; y en tercer lugar, por la contemporaneidad del historiador con el objeto de estudio[3].

En conjunto, estas características asociadas a la Historia Reciente reflejan un rasgo fundante distintivo asociado a la urgencia o necesidad social por la consecución de justicia, verdad y reconciliación en sociedades víctimas de períodos políticos turbulentos. Así es como la política se convierte en una categoría de análisis esencial en este campo de estudios, pero no de manera aislada, sino que respondiendo a "los impactos, las conexiones y transformaciones que se van produciendo en las otras dimensiones de la sociedad: economía, cultura, mentalidad y sociedad"[4], tal como pretendemos abordar el análisis en este trabajo.

Con el objetivo de incluir aquellas dimensiones en la comprensión plena de nuestro tema de investigación, el presente escrito se adhiere al enfoque metodológico de la llamada nueva Historia Política. Esta corriente investigativa se ha caracterizado por plantearse objetivos que permitan "explorar la profundidad social de la política, [encontrando] signos de

---

[2] Marina Franco y Daniel Lvovich, "Historia Reciente: apuntes sobre un campo de investigación en expansión", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, no. 47 (2017): pp. 190-217.
[3] Carlos Figueroa y Nicolás Iñigo, "Reflexiones para una definición de Historia Reciente", en *Temas y procesos de la historia reciente de América Latina*, ed. por Margarita López, Carlos Figueroa y Beatriz Rajland (Santiago: Editorial Arcis, 2010): p. 14.
[4] Danny Monsálvez Araneda, "La Historia Reciente en Chile: un balance desde la Nueva Historia Política", *Historia 396* 6, no. 1 (2016): p. 117.

vida política en ámbitos donde previamente no se pensaba que existían"[5]. En otras palabras, el enfoque enfatiza que la política no es excluyente de otras tendencias y enfoques analíticos de la historiografía, sino que de su conjunción es plausible esclarecer el vínculo que tienen con la política los proyectos, ideologías, discursos, intereses y subjetividades de los diversos actores sociales.

De allí que nuestra investigación se enmarque en el área de la Historia Reciente en tanto campo historiográfico tendiente a entregar una comprensión de cómo es que la movilización de estudiantes universitarios se enfrentó al orden y modelos socioculturales pretendidos por la dictadura. La etapa incipiente de las investigaciones referidas a las agrupaciones estudiantiles, entendidas como organismos expresivos de un conjunto de identidades juveniles, es fiel evidencia de que estos actores sociales no han concitado una atención relevante por parte de las y los historiadores. En este sentido, para nuestros propósitos son fundamentales las relaciones entre tres conceptos articuladores del análisis: juventudes y generaciones, movimiento estudiantil y cultura política.

Primeramente, abordar el concepto de juventud es bastante complejo. El término alude a una categoría o condición —dependiendo del enfoque teórico— sumamente volátil ante las circunstancias históricas de las sociedades. Por ello, la edad ha sido el principal criterio utilizado al momento de definirla, siendo mayormente considerada como una etapa de transición hacia la adultez. Sin embargo, consideramos que el aspecto etario es esencialmente *uno* de los múltiples principios que, según Pierre Bourdieu, permiten determinar las posiciones que las personas asumen en el entramado social[6].

Conforme a lo expuesto por Roberto Brito Lemus, intercalaremos el concepto de juventud entre dos posturas investigativas: por un lado, la que enfatiza el funcionalismo del rol social que cumplen las y los jóvenes —en función del "deber ser" adulto, característica

[5] Ibíd, p. 118.
[6] Pierre Bourdieu, "La Juventud No es Más que una Palabra", *Sociología y Cultura* (1990).

distintiva del discurso de los militares y rectores delegados hacia la misión de las juventudes para con el país—, y por otro lado la que hace hincapié en la construcción de símbolos y dispositivos político-culturales diseñados y utilizados por las y los jóvenes[7]. Este conjunto surge como respuesta al imperio de la cultura adultocentrista dominante, cuyo panorama estimula una rebeldía juvenil que reniega dichos elementos culturales, reemplazándolos por los suyos propios[8].

Debido a ello, no existe *una* única juventud al interior de un territorio. Por lo tanto, siguiendo el trabajo de Felipe Ghiardo, concluimos que las juventudes están siempre constituidas por generaciones, es decir, por la manera en que en una sociedad se desenvuelven los y las jóvenes en un momento histórico determinado[9]. La generación no está definida, sino influenciada, por una fecha de nacimiento cercana entre las personas, cobrando mayor relevancia en su articulación el conjunto de "vivencias socio-históricas que experimentan los sujetos y las interpretaciones que realizan de éstas, remitiendo con ello a marcas epocales, memoria e identidad"[10]. En este sentido, consideramos la irrupción de los militares en 1973 como la emergencia de una posición generacional fundamental que, a partir de la teoría del sociólogo Karl Mannheim, tuvo una fuerte injerencia normativa en los lazos sociales sostenidos entre las personas[11].

---

[7] Roberto Brito Lemus, "Hacia una Sociología de la Juventud", *Última Década* 6, no. 9 (1998): pp. 170-182.
[8] Juan Antonio Taguenca Belmonte, "El concepto de juventud", *Revista Mexicana de Sociología* 71, no. 1 (2009): pp. 159-190.
[9] Felipe Ghiardo, "Generaciones y Juventud: una relectura desde Mannheim y Ortega y Gasset", *Última Década*, no. 20 (2004): pp. 11-46.
[10] Carolina Álvarez Valdés, "La perspectiva generacional en los estudios de juventud: enfoques, diálogos y desafíos", *Última Década* 26, no. 50 (2018): pp. 40-60.
[11] Mannheim definió la posición generacional como la pertenencia (por el nacimiento) a un mismo ámbito histórico social dentro de un mismo período de tiempo, es decir, a una comunidad de vida histórica particular. La conexión generacional vendría a representar otra vinculación mucho más concreta al interior de una posición generacional, definida por el rol activo o pasivo que, frente a los cambios sociales propiciados por las generaciones en ese momento, adquieren sus miembros. Finalmente, la unidad generacional corresponde a los diversos modos en que distintos grupos de individuos emplean e interpretan las vivencias al interior de una conexión generacional, esta vez con factores de adhesión mucho más concretos y específicos, donde los procesos de identificación individual y colectiva son fundamentales en la realización del proceso. Karl Mannheim, "El problema de las generaciones", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, no. 62 (1993): pp. 193-244.

La posición generacional de los estudiantes universitarios estuvo marcada por la violencia política y la censura como ejes articuladores de la vida cotidiana en los ámbitos públicos y privados, así como por la imposición del ideal cívico que debían representar de acuerdo a lo pretendido por el régimen. Estos jóvenes desarrollaron conexiones generacionales específicas mediadas por el miedo, la identidad reprimida y la necesidad de actuar en la clandestinidad creando una conexión político cultural única. Finalmente, al interior de esas conexiones generacionales, se habría suscitado una generación cuya unidad estaba constituida en torno a la necesidad de recomponer los vínculos sociopolíticos juveniles, bajo criterios y sistemas de interacción propios de sus intereses e identidades comunes.

En síntesis, en nuestro trabajo sostenemos que la juventud es una construcción social cuyos significados varían constantemente entre procesos y períodos históricos determinados, según la significación que le otorgan las generaciones que surgen en la dinámica social de dicho presente. Las juventudes se relacionan con ese presente socialmente constituido de las personas y con las identidades que forjan en él por medio de la interacción política, social y cultural. Ellas se caracterizan por ser poseedoras de una vitalidad y energía que les hace sentirse distantes de la vejez y de la muerte, acreedoras de un capital temporal que les permite proyectar su vida, y dueñas de una experiencia sobre el mundo en el que este parece ser nuevo, sensible y predispuesto a ser transformado.

Estas interacciones se originan en una unidad generacional específica, a raíz de las cuales se define a una determinada categoría identitaria de juventud; estando dicha unidad definida, para nuestro tema de estudio, por la experiencia compartida de estudiar en una Universidad intervenida por el régimen e integrarse a espacios u organizaciones determinadas para enfrentarlo, mientras que la identidad juvenil es la *forma* en que *algunos* jóvenes adoptan, significan y ejecutan esa actividad política como eje de su *ethos* al interior de ese contexto determinado.

Así pues, para entender al movimiento estudiantil como un movimiento social es necesario plantear la interrogante de qué es lo que conlleva a las personas a movilizarse, o bien, por qué deciden organizar sus demandas en torno a un objetivo común. Esto es algo que, según Rocío Zepeda, quien cita a Sidney Tarrow, ocurre porque "los movimientos sociales requieren solidaridad para actuar colectiva y consistentemente, y la construcción de identidades en torno a sus reivindicaciones es una forma de hacerlo"[12]. Dicho de otra forma, la convivencia bajo una identidad juvenil entre un grupo de personas deriva en factor clave para la constitución de un movimiento social.

Pero, es cierto que la transitoriedad de la condición estudiantil es una ambigüedad latente al referirse a ella bajo la categoría de movimiento social. Sin embargo, Manuel Antonio Garretón y Javier Martínez establecieron que esa acción estudiantil "en distinto tiempo y lugar, tiende a parecerse, a generar ciertas situaciones y rasgos comunes de alta recurrencia, que tienen que ver básicamente la fuente generacional de su conflicto y su constitución en referencia a la Universidad"[13]. En otras palabras, la transitoriedad se atribuye más a los miembros que a la orgánica propia del movimiento. Por eso es que para nuestros propósitos el activismo estudiantil pueda ser considerado como un movimiento social siguiendo las categorías analíticas contemporáneas a las que se recurre para aproximarse a estas colectividades, pues hay consenso en que los movimientos sociales han tendido a consolidarse como colectividades organizadas y representativas de determinados sectores de la sociedad en un lapso de tiempo sostenido[14].

En este sentido ¿por qué podemos concebir a la organización estudiantil como un movimiento social? Pues bien, el autor Paul Almeida ha precisado que un movimiento social es una colectividad excluida del poder institucional, económico y político que mantiene una

[12] Rocío Zepeda Majmud, *El movimiento estudiantil chileno: más de cien años de lucha en torno a las mismas demandas* (Tesis doctoral, Universidad Católica Argentina, 2021).
[13] Manuel Antonio Garretón y Javier Martínez, *El movimiento estudiantil: conceptos e historia* (Santiago de Chile: Ediciones SUR, 1985): p. 32.
[14] Paul Almeida, *Movimientos sociales: la estructura de la acción colectiva* (Buenos Aires: Clacso, 2020): p. 18.

interacción sostenida con las élites de esas esferas de poder en busca del cambio social[15]. Pero además, precisamos que el movimiento estudiantil no es un grupúsculo caracterizado únicamente por la protesta sostenida en un contexto histórico específico. Más bien, entenderemos a esta colectividad como movimiento social en tanto conforma un constructo político sustentado en manifestaciones de valor, unidad y compromiso con la causa compartida; que realiza campañas de reivindicaciones colectivas en sus demandas; y que despliega un abanico de actuaciones para llevar a cabo esas manifestaciones[16]. Por su parte, Gabriel Salazar ha conceptualizado y añadido que los actores históricos (en este caso, los estudiantes), "se movilizan con el objeto de transformar una realidad considerada adversa o, por lo menos, problemática"[17]. Así, no se pueden desligar las características de la unidad generacional en que se insertan los miembros que constituyen un movimiento social, de las formas que adquiere su expresión colectiva. La definición de las problemáticas y adversidades, junto con las formas de enfrentarlas, responden a la experiencia de los actores según los ámbitos en los que se constituyen[18].

Por esta razón, en la construcción de nuestra definición de movimiento social, habría que añadir algunos elementos esenciales señalados por Garretón y Martínez, los cuales establecen que en el ámbito estudiantil universitario este movimiento social se compone por "la conjunción en un momento determinado de grupos sociales particulares", entre los que se encuentran algunos que no están oficialmente ligados a la universidad como estudiantes pero que simpatizan y contribuyen significativamente a la estructuración y extensión política,

[15] No obstante, también puede darse el caso de que los movimientos sociales se conviertan en actores integrados a la institucionalidad, tal como puede interpretarse el ascenso del movimiento estudiantil de la Universidad de Concepción (y de otras universidades) a la Federación de Estudiantes de Concepción (en adelante FEC) durante la década de 1980. Para nosotros, este hecho no implica la pérdida de su condición de movimiento social, sino una nueva etapa caracterizada por el punto focal que representa la pertenencia a la institucionalidad. Ibíd, p. 25.
[16] Charles Tilly y Leslie Wood, *Los movimientos sociales, 1768-2008. Desde sus orígenes a Facebook* (Barcelona: Crítica, 2010): p. 28.
[17] Gabriel Salazar y Julio Pinto, *Historia Contemporánea de Chile II. Actores, identidad y movimiento* (Santiago: Lom, 2014): p. 97.
[18] Ibíd.

social y cultural del movimiento[19]. En este caso, hablamos e incluimos para el caso de la Universidad de Concepción, a los jóvenes no universitarios de la ciudad, los profesionales y técnicos jóvenes, los académicos y, finalmente, los estudiantes secundarios.

De acuerdo a lo anterior, consideramos que, según lo planteado por Charles Tilly y Leslie Wood, lo que distingue al activismo estudiantil como movimiento social es que constituye una forma única de contienda política en tanto que, por un lado, sus intereses y demandas pugnan contra los de otros individuos o agrupaciones y, por otro lado, en que los gobiernos comparecen en sus reivindicaciones ya sea como aliados, objeto o árbitro de ellas[20]. El caso de los rectores delegados por la Junta Militar de Gobierno en la Universidad de Concepción, es la expresión de esos individuos cuyos intereses contendieron con los del movimiento estudiantil opositor al régimen; y dicha contienda significó la crítica hacia el poder gubernativo al que las y los estudiantes tuvieron por objeto de su activismo político.

En definitiva, para nuestro objetivo de estudio la organización estudiantil es un movimiento social en la medida en que, en primer lugar, representa una colectividad excluida de las instancias de poder político, social y cultural permitidos u oficializados por los grupos dominantes de turno; y en segundo lugar, cuando a raíz de esas condiciones se configura como constructo político sustentado en la unidad y compromiso de sus miembros frente a un objetivo común.

Ahora bien, Almeida ha establecido algunos elementos centrales en la caracterización de los movimientos sociales, los cuales consideramos pertinentes para el objetivo de esta investigación. El autor señala, primeramente, que la acción social sostenida es fundamental en la existencia de un movimiento social; refiere al cómo, por qué y por cuánto tiempo perdura una determinada organización colectiva. Por más que el movimiento estudiantil de la UdeC, desde el golpe de Estado de 1973, no haya contado con acciones políticas con acciones

[19] Manuel Antonio Garretón y Javier Martínez, *El movimiento estudiantil: conceptos e historia*, p. 32.
[20] Charles Tilly y Leslie Wood, *Los movimientos sociales, 1768-2008. Desde sus orígenes a Facebook*, p. 22.

políticas por lo menos hasta 1976, es ineludible analizar los años de esa década considerando que, según Almeida, las organizaciones preexistentes, las relaciones sociales entre personas con identidades compartidas y los recursos del repertorio de acción colectiva mantienen con vida la consistencia del movimiento social.

El segundo elemento central que Paul Almeida atribuye a los movimientos sociales, es que estos son grupos con poder político relativamente escaso. La exclusión constituye un rasgo esencial en su definición como organización, la cual fue rápidamente implementada por las autoridades delegadas en la Universidad de Concepción hacia todos aquellos estudiantes, docentes y funcionarios considerados como indeseables por su historial político o ideas contradictorias a la nueva institucionalidad imperante.

Por último, Almeida señala que la percepción de un perjuicio o amenaza particular por parte de un grupo de individuos fungen como catalizadores de la acción y organización social. En el caso de nuestro objeto de estudio, en la universidad penquista se instauró, como se ha mencionado, un profundo proceso de depuración, delación y exclusión sistemática contra las personas disidentes del orden pretendido en el campus[21], pero también una amenaza latente contra cualquier identidad juvenil desviada o detractora del modelo pretendido por las autoridades delegadas y los militares, cuyos aspectos principales fueron el enfoque en el estudio, el apoliticismo y el nacionalismo. Tal como lo señala el autor, la exposición a esta amenaza motiva la organización social "sobre todo cuando los canales institucionales no permiten resolver el tema en cuestión"[22].

Consideramos que el activismo político del movimiento estudiantil en la universidad se articuló en torno a una sensación de agravio o amenaza representada por el idealismo juvenil que pretendían imponer los militares a las juventudes del país, socavando cualquier conato de organización contracultural o de política contestataria.

---

[21] Véase Danny Monsálvez Araneda, "La Universidad de Concepción en dictadura: delación, depuración y normalización, 1973-1980", *Historia 396* 9, no. 2 (2019): pp. 187-224.
[22] Paul Almeida, *Movimientos sociales: la estructura de la acción colectiva*, p. 28.

En aquel contexto, la pervivencia de lazos sociales e identidades colectivas orientadas por la política remite a lo anticipado por Norbert Lechner, según el cual ella no solo posee una dimensión instrumental sino también una simbólica y subjetiva[23]. Es decir, la actividad política de los individuos se encuentra estrechamente ligada a la interpretación y significación común que realizan de su realidad en compañía de otros.

Por esta razón, el concepto de cultura política permite vincular las acciones políticas de un movimiento social con las orientaciones, modos y estilos que las guían, según la concepción misma que se haga de aquella. Para ello, es necesario "poner atención a la producción subjetiva de los sujetos y a los marcos valóricos y emocionales que sostienen la acción política"[24]. De esta manera, hemos de situar el foco del análisis en la noción que tenían los estudiantes universitarios acerca del rol de las juventudes en el marco social, la importancia de la acción política para la expresión individual y colectiva de inquietudes e injusticias, y las implicancias o demandas éticas y valóricas que exigía la participación política en grupos al interior de la universidad. En suma, guarda estrecha relación con lo que se ha denominado como "subjetividad militante", es decir, las narrativas y representaciones que de la realidad social y política hacen los miembros de una colectividad movilizada.

Así es como se habría gestado una cultura política característica de las juventudes universitarias penquistas, simbolizada por "una forma de leer y vivir la realidad" asociada a las interacciones de sus miembros bajo el clima del miedo, la violencia y la represión[25].

Sin embargo, para su plena comprensión, tal como indica Lechner, el análisis de la cultura política debe tener una dimensión relacional. Y es que según autoras como Cristina Moyano, cada grupo social constituye su vida política, implícita o explícitamente, en referencia a otros grupos, estableciendo una diferenciación o integración de elementos

[23] Norbert Lechner, *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado* (Madrid: Siglo XXI, 1986).
[24] María Olga Ruiz, "Mandatos militantes, vida cotidiana y subjetividad revolucionaria en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria de Chile (1965-1975)", *Revista Austral de Ciencias Sociales*, no. 28 (2015): pp. 163-182.
[25] Ibíd., p. 167.

determinados en función de un *nosotros* y *ellos*[26], que en nuestro caso expresa el reflejo entre estudiantes opositores al régimen de Pinochet y aquellos que fueron adherentes a su figura y obra política. De ahí que, tal como hemos mencionado con anterioridad, sea necesario analizar la (re)construcción de las pautas de convivencia social en la Universidad de Concepción durante la década de 1970 para comprender cómo, por qué y en base a qué elementos se edifica lo que algunos autores han denominado como "subjetividad militante" de los partidos políticos y movimientos sociales.

Con el fin de trazar los rasgos fundantes de esa cultura política, de entender las actuaciones políticas de sus miembros, proponemos la utilización de diversos criterios analíticos para comprender el despliegue político del movimiento estudiantil, las cuales nos permitirán dimensionar el rango de su accionar y la orgánica de su estructura, ellas son: a) su poder, b) la estructura, c) reclutamiento, d) responsabilidad, e) proceso de competencia, f) liderazgo y, por último, g) ubicación ideológica[27].

[26] Cristina Moyano, *MAPU o la seducción del poder y la juventud* (Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2009): p. 54.
[27] Fernando Barrientos del Monte, "La oposición política: notas para una discusión teórica", *Debates* 9, no. 3 (2015): pp. 143-164.

Estado de la cuestión-discusión bibliográfica

La Historia de los estudiantes universitarios chilenos alude a un movimiento social extenso y de larga trayectoria. Por lo tanto, la producción bibliográfica en su estudio aborda distintos períodos, universidades, ciudades, ideologías, militancias, etc. Solo algunos trabajos se han dado a la tarea de conceptualizar al movimiento estudiantil como objeto de estudio a la vez que ahondan en la Historia general de su devenir histórico y también de las universidades.

En relación a lo anterior, se destaca el ya citado trabajo dirigido por Manuel Antonio Garretón y Javier Martínez, quienes en diez volúmenes reconstruyen los orígenes y transformaciones de las universidades chilenas, dedicando el cuarto volumen al concepto e Historia del movimiento estudiantil chileno. Los autores consideran que en su análisis las categorías de juventud —para ellos un proceso fisiológico, biológico y psicológico— y de generación son indispensables en la comprensión de la naturaleza de los miembros del movimiento, en la medida en que por ser jóvenes se distancian de la normatividad impuesta por los adultos, buscando construir sus propios espacios de sociabilidad al interior de las universidades.

Asimismo, en compañía de importantes aportes conceptuales, el también citado estudio de la politóloga Rocío Zepeda define y caracteriza extensamente el concepto de movimiento social según la revisión de autores clásicos en el tema como John D. McCarthy, Bonaventura de Sousa Santos, Alan Touraine, entre otros. A partir de esta teorización, Zepeda se propone demostrar que, a lo largo de 100 años de existencia, las demandas y exigencias del movimiento estudiantil chileno en materia social y educativa no han variado a pesar de los distintos contextos históricos que ha atravesado el país, por lo que de ahí emana un importante factor de su cohesión como movimiento social: los aspectos identitarios erigidos a raíz de la reacción a las injusticias sociales de las que se consideran víctimas, al mismo tiempo que agentes destinados a transformar la estructura de su comunidad.

En complemento a los trabajos anteriores, algunos estudios se han enfocado en la gestación, maduración y transformación de la mentalidad política del movimiento estudiantil chileno desde sus orígenes. Por ejemplo, Gabriel Rivas y Tamara Seiffer[28] analizan la necesidad social de la acción política estudiantil según los ciclos de la lucha de clases acaecidas en Chile. Similarmente, el trabajo de Víctor Muñoz Tamayo y Carlos Durán Migliardi[29] es de los pocos estudios en ofrecer una periodización de los ciclos sociopolíticos en la trayectoria del estudiantado chileno, específicamente desde la década de 1960 hasta el presente, con especial mención de lo acontecido con el movimiento en las primeras dos décadas del siglo XXI; al igual que los acertados apuntes para el estudio de este tema diseñados por Natalia Cruces[30], que también estructura su trabajo en un conjunto de fases o etapas por las que ha transitado el movimiento estudiantil desde la década de 1920.

Los trabajos enfocados en nuestro tema de estudio, es decir, en el período de dictadura propiamente tal, si bien forman parte de un campo en construcción, sí que representan importantes avances en la interpretación de los procesos históricos acaecidos bajo el yugo militar. Los trabajos sobre la organización y acción de la sociedad civil, junto con los relacionados a la cultura durante este período se concatenan con el análisis del movimiento estudiantil y las juventudes. Tal como mencionamos anteriormente, la construcción y manifestación de las identidades juveniles resultan ininteligibles si no se relacionan con el conjunto de instituciones en las que se inserta la vida social. De allí es destacable la obra de Manuel Bastías Saavedra[31], quien analiza el proceso de rearticulación y reconstrucción de los

[28] Gabriel Rivas Castro y Tamara Seiffer, "Sobre el origen y desarrollo de la conciencia política del movimiento estudiantil universitario chileno. De su conciencia anarquista a su antineoliberalismo. 1906-2012", *Anuari del Conflicte Social*, no. 12 (2021): pp. 1-57.

[29] La periodización propuesta por los autores será empleada en la organización de nuestro trabajo, contando con una adecuada explicación en la sección de Metodología, en Víctor Muñoz Tamayo y Carlos Durán Migliardi, "Los jóvenes, la política y los movimientos estudiantiles en el Chile reciente. Ciclos sociopolíticos entre 1967 y 2017", *Izquierdas*, no. 45 (2019): pp. 129-159.

[30] Natalia Cruces, "Apuntes para una Historia del movimiento estudiantil chileno", *Las Armas de la Crítica*, no. 2 (2001).

[31] Manuel Bastías Saavedra, *Sociedad civil en dictadura: relaciones transnacionales, organizaciones y socialización política en Chile* (Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2013).

distintos cuerpos y organismos sociales desmantelados por la dictadura, entre ellos el del movimiento estudiantil tras la ola represiva posterior a 1973. Al igual que el trabajo de Pedro Marchant Veloz[32], el cual estudia la progresiva fragmentación en un colectivo tan relevante del período como las Juventudes Comunistas (JJCC), valorando la experiencia organizativa alcanzada por el colectivo en su combate a la dictadura.

Principalmente, han sido estudios asociados a la militancia política de izquierda y la organización en universidades las que han llamado más la atención de los historiadores y politólogos. Son muy escasas las indagaciones en materia de estudiantes afines al discurso político del régimen, o que tuvieran militancia en las instituciones juveniles desplegadas por la dictadura, como la Secretaría Nacional de la Juventud y el Frente Juvenil de Unidad Nacional.

Mucho más abordados han sido los dispositivos culturales cegados por la dictadura y reconstruidos en la clandestinidad por múltiples actores sociales. Aquí destaca Karen Donoso Fritz, quien se enfoca en el aparato de transformación sociocultural impulsado por los militares[33]. En él, la juventud adquirió una importancia societal clave en tanto era depositaria de las bases del autoritarismo en las escuelas y universidades, así como del fervor patriótico y nacionalista que se impuso a la ciudadanía. En este sentido, Yanko González Cangas propone que las juventudes fueron instrumentalizadas y "fascistizadas" durante el período dictatorial por medio de una depuración identitaria, en las que se anularon otras formas de "ser" joven asociadas al legado de la Unidad Popular, tales como los cabellos largos, la música de la Nueva Canción Chilena, el ateísmo, el *hippiesmo*, la emancipación de la mujer, la militancia en partidos políticos, etc.[34] En ese orden de ideas, González propone que el régimen de

[32] Pedro Marchant Veloz, *Movimiento Estudiantil Universitario en Chile, 1982-1988: De la organización a la fragmentación. La experiencia de militantes de las Juventudes Comunistas de Chile* (Seminario de título, Universidad de Chile, 2013).
[33] Karen Fritz Donoso, *Cultura y dictadura: Censuras, proyectos e institucionalidad cultural en Chile, 1973-1989* (Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2019).
[34] Yanko González, *Los más ordenaditos. Fascismo y juventud en la dictadura de Pinochet* (Santiago: Hueders, 2021).

Pinochet halló en las juventudes a los destinatarios ideales para conferir legitimidad a su administración y también para fidelizar a este segmento social, que consideraba destinado a perpetuar y proseguir la labor de los militares en el saneamiento cívico del país.

Los segmentos sociales juveniles de oposición, que se recuperaban lenta y paulatinamente del golpe represivo de la dictadura desarrollaron nuevos espacios de sociabilidad y expresión identitaria para recomponer aquellos que los militares desmantelaron. Víctor Muñoz Tamayo señala que las organizaciones de la juventud tomaron la forma de quiénes las levantaron[35], como por ejemplo en las juventudes de partidos políticos, las asociaciones en poblaciones marginales, la Iglesia con los núcleos de interacción juvenil en los barrios y vecindarios azotados por la miseria o represión y, por último, los focos de estudiantes subversivos ante el desmantelamiento de federaciones con los centros de alumnos en las universidades.

Por esta razón, autoras como Constanza Beltrán Arévalo analizan la tarea histórica de las juventudes estudiantiles durante la dictadura con base en los frentes de estudiantes propiamente tal y también en las organizaciones culturales, es decir, en las experiencias colectivas y en las personales; en la mixtura entre la expresión política y la resistencia cultural manifestada contra el autoritarismo[36]. La autora rescata no solamente el qué y el cómo de la acción social impulsada por los jóvenes estudiantes, sino también en la significación que esto tuvo para ellos en cuanto individuos que atravesaban "la mejor etapa de sus vidas" —en alusión al ser joven—.

En síntesis, la historiografía referida al movimiento estudiantil en dictadura, en escala nacional, se vislumbra como un área con muchas aristas, matices, enfoques y objetos de estudio. Pero es necesario profundizar en la conceptualización de la sociabilidad política

[35] Víctor Muñoz Tamayo, "Movimiento social juvenil y eje cultural: Dos contextos de reconstrucción organizativa (1976-1982/1989-2002)", *Última Década* 10, n° 17 (2002): pp. 41-64.
[36] Constanza Beltrán Arévalo, Sueños de juventud: Resistencia y memoria estudiantil en dictadura en Chile (1973- 1990), (Trabajo de investigación en el Área de Colecciones e Investigación del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, 2021).

mantenida por jóvenes estudiantes en un contexto donde el miedo y la violencia política fueron casi permanentes, en el vínculo entre la condición y sensación de juventud con la necesidad de expresión política en la clandestinidad y, por supuesto, en lo acontecido en otras zonas del país alejadas del epicentro santiaguino.

Tal como hemos advertido con anterioridad, la ciudad de Santiago ha sido la principal área de investigación en los estudios sobre la dictadura y también del movimiento estudiantil. Específicamente, los casos del movimiento al interior de la Universidad de Chile y Universidad Católica han sido los más abordados por la historiografía, cobrando especial relevancia los aspectos represivos y de censura que se vivieron en estas casas de estudio. El propósito de varios de los trabajos ha sido rescatar las memorias soterradas de estudiantes y dirigentes del movimiento durante el período dictatorial, contribuyendo a complejizar el estudio sobre el movimiento estudiantil, considerándolo como un actor social autónomo y específico en lugar de un colectivo fagocitado por las dinámicas sociopolíticas de partidos políticos u otros movimientos sociales.

Varios trabajos han focalizado estas temáticas en las Jornadas de Protesta iniciadas en 1983, extendiendo el período de estudio hasta 1986 y también 1988, nuevamente habiendo una omisión significativa de la década de 1970. En este contexto aparecen otras investigaciones situadas en el caso de los estudiantes de la Universidad de Talca, la Asociación Cultural Universitaria (ACU), la reconstitución de la Federación de Estudiantes de Chile (FECH) y las implicancias en el sistema educativo que trajo consigo la dictadura militar.

Los estudios enfocados en el movimiento estudiantil de la Universidad de Concepción son bastante escasos, apuntando mayormente a temporalidades previas y coetáneas al gobierno de la Unidad Popular y también a la post dictadura. De hecho, la literatura alusiva al

golpe de Estado de 1973 y el período de dictadura en la capital penquista es un área de análisis en progresiva consolidación.

Dentro de los estudios existentes es posible mencionar el de Danny Monsálvez Araneda respecto al desarrollo de la reforma universitaria de 1968 y las confrontaciones políticas e ideológicas entre los sectores organizados al interior del campus. Por su parte, Javier González Alarcón entrega una revisión de la actividad del movimiento estudiantil en la Universidad de Concepción durante la Unidad Popular[37]. Otros trabajos cercanos a la materia abordan el despliegue del ala izquierda del movimiento estudiantil de la UdeC entre fines de la década de 1960 y el día del golpe de Estado, como lo es el estudio de Álvaro Arce Barraza sobre el MIR, el Partido Comunista y el Partido Socialista universitarios en sus vínculos con los pobladores del Gran Concepción[38]. Algo semejante constituye la obra de Pablo Araneda, Yerko Aravena y Manuel Márquez, quienes mediante fuentes testimoniales y archivos de prensa vinculan el activismo sociopolítico del movimiento estudiantil de la UdeC con las ciudades de Tomé y Coronel durante el gobierno de la Unidad Popular, incluyendo lo realizado por estudiantes secundarios[39].

Respecto al movimiento estudiantil en plena dictadura, los estudios han sido pocos. Por un lado, es sobresaliente la investigación de Alma Barra Cáceres y Miguel Urrutia Fernández, los cuales analizan la recíproca influencia de lo social y lo político en la articulación del movimiento estudiantil universitario opositor al régimen entre 1973 y 1983, este último año caracterizado por ser la época en la que se reconstituyó la Federación de Estudiantes de Concepción tras ser desmantelada con el ascenso de los militares el 11 de

[37] Javier González Alarcón, "El movimiento estudiantil en el Gran Concepción durante los mil días del gobierno popular", en *Concepción en la Historia Reciente. Vol. I: Los días del presidente Allende*, ed. por Danny Monsálvez Araneda y Mario Valdés Urrutia (Valparaíso: América en Movimiento, 2021), pp. 159-190.
[38] Álvaro Arce Barraza, "Los movimientos estudiantiles de izquierda de la Universidad de Concepción. Planteamientos y acciones de los sectores estudiantiles de militancia del PS, PC y MIR en torno al problema habitacional y los pobladores del Gran Concepción, 1967-1973" (Tesis de Magíster, Universidad de Concepción, 2022).
[39] Pablo Araneda Herrera, Yerko Aravena y Manuel Márquez Illanes, "La reforma es solo un paso. La vinculación sociopolítica del movimiento estudiantil de la Universidad de Concepción con las ciudades de Coronel y Tomé durante la vía chilena al socialismo" (Seminario de grado, Universidad de Concepción, 2015).

septiembre[40]. Lo más valioso del trabajo lo constituyen las entrevistas realizadas a actores sociales del período, como estudiantes, funcionarios y docentes en la caracterización del clima político que imperó en el campus universitario, y cómo aquel influyó en la dinámica asociativa y el repertorio de acción colectiva del movimiento. Por otro lado, se encuentra el estudio de Yenny Bizama Zamora y Erica Rivera Sáez, quienes se dedicaron a identificar las causas que explican las características del discurso contestatario estudiantil en la universidad entre 1984 y 1987, especialmente el por qué adquiere dichos elementos distintivos en relación a la coyuntura sociopolítica nacional[41].

Recientemente, han aparecido nuevos escritos sobre el tema. El ex estudiante y presidente de la FEC en 1987, Pedro Cisterna Osorio, ha compilado sus memorias en compañía de las de sus compañeros en aquel período, en un libro editado de forma independiente en el que repasa sus años de lucha política en la universidad penquista. Como aproximación al pasado guiada por los recuerdos de protagonistas y testigos de los hechos, el libro integra una serie de anécdotas, valoraciones y explicaciones que son complementarias a los registros periodísticos y, en ocasiones, más ilustrativos que estas fuentes. También, a partir de relatos de memorias, Eduardo Solís ha escrito un breve artículo acerca de la resistencia política de la FEC en los ochenta, en relación a la influencia de la violencia política en la acción colectiva, y las dos dimensiones de las que se nutrió esa resistencia, a saber: los ecos de la reforma universitaria de 1968, y la proposición de una estrategia autónoma más frontal contra el autoritarismo de la rectoría[42].

Consideramos que el presente trabajo es un aporte a este campo de estudios en la medida en que se enfoca no solamente en los impactos represivos de la dictadura en una

[40] Alma Barra Cáceres y Miguel Urrutia Fernández, "Lo social y lo político en el movimiento estudiantil de la Universidad de Concepción (1973-1983): sujetos históricos para un tiempo de transición" (Seminario de título, Universidad de Concepción, 1992).
[41] Yenny Bizama Zamora y Erica Rivera Sáez, "Nos obligaron a despertar, pero aprendimos a soñar despiertos. Breve Historia del Movimiento Estudiantil en la Universidad de Concepción: 1984-1987" (Seminario de título, Universidad de Concepción, 2008).
[42] Eduardo Solís Álvarez, "Universidad intervenida y resistencias políticas: la experiencia de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción entre 1983 y 1988", *Intervención* 13, no. 2 (2023): pp. 113-129.

institución tan relevante para el sur del país como lo es la Universidad de Concepción, sino también en las subjetividades de las personas que en ese clima de violencia política decidieron combatir al régimen, las razones para aquello, la interpretación de su condición de jóvenes y la identificación colectiva gestada en ese contexto.

Hipótesis de trabajo

En la década de 1970, posterior al golpe de estado del 11 de septiembre de 1973, se habría instaurado en parte de la comunidad estudiantil una necesidad de identificación juvenil personal y colectiva debido a la restricción política, social y cultural del régimen. Dicha necesidad de identificación habría sido estimulada por el objetivo inicial de terminar con la designación de rectores en el campus y, más adelante, por el de contribuir a derrocar al régimen de Augusto Pinochet y, con ello, el estándar juvenil y social pretendido por aquel. Esto demostraría la complejización y el fortalecimiento del activismo estudiantil como un movimiento social rebelado no solo contra la hegemonía civil-militar sino también contra esa forma política, social y cultural del deber ser; proceso que habría sido canalizado y expresado paulatinamente en distintas unidades generacionales marcadas por la actividad política, que culminaría en la más simbólica del período, representada por la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción. Esta sería la síntesis de una cultura política por medio de la cual los jóvenes clamaron por el fin del autoritarismo con ellos como actores protagonistas.

Objetivo principal

- Analizar la importancia de las identidades juveniles en la conformación del movimiento estudiantil opositor a la dictadura militar en la Universidad de Concepción, entre 1973 y 1986.

Objetivos específicos

- Caracterizar el contexto sociopolítico en las universidades previo al golpe de Estado de 1973, y los elementos que constituyeron la cultura y perfil de los jóvenes estudiantes revolucionarios que la dictadura, más tarde, se propuso desarticular.
- Identificar los alcances de la represión desatada por los militares en el campus de la Universidad de Concepción, así como los mecanismos implementados en dicho proceso sobre la cultura del estudiante y el movimiento universitario.
- Distinguir los componentes, mecanismos y alcance del discurso sociopolítico de las autoridades militares y universitarias respecto al modelo de identidad juvenil que debían representar las y los estudiantes.
- Definir y describir las formas, significados y sentidos generacionales de la trayectoria del movimiento estudiantil en sus primeras etapas tras el golpe de Estado y la formación de incipientes núcleos de organización política.
- Describir la etapa de consolidación de la Federación de Estudiantes como unidad generacional, considerando el cénit de las protestas contra el régimen, los episodios represivos orquestados por la rectoría de la universidad y la aparición de tensiones en el seno de la unidad estudiantil.
- Identificar las características de la cultura política del movimiento estudiantil y cómo ellas se expresaron en su estructura y dinámicas de movilización.

Metodología

La metodología de trabajo en esta investigación se relaciona con los lineamientos teóricos desarrollados en el área de la Historia Reciente. Sus principales etapas mantienen directa conexión con los objetivos específicos señalados con anterioridad. En este sentido, de manera general, nuestro estudio recurre a una metodología cualitativa con enfoque interpretativo de fuentes primarias, principalmente la prensa local del período, revistas de difusión nacional, actas oficiales de la Universidad de Concepción y, por último, los testimonios de quienes vivieron los hechos abordados. Mayormente, se efectuó un análisis sistemático enfocado en categorías como representaciones de juventud, discursos represivos, y acciones del movimiento estudiantil. De igual manera, elementos del análisis discursivo estuvieron presentes para observar el posicionamiento ideológico y marco narrativo de los medios.

En un primer momento, recurrimos al análisis de la literatura especializada sobre las implicancias políticas, sociales y culturales de la instauración del régimen militar en Concepción y la universidad. Nos interesó aclarar el contexto bajo el cual se desarrollarán, en la década de 1970 y 1980, los procesos de rearticulación del movimiento estudiantil.

En un segundo momento, efectuamos una revisión profunda de la prensa local, a saber, diario *El Sur* y *El Diario Color*. Estos periódicos fueron escogidos principalmente por su disponibilidad, por su mayor dedicación a la exposición de noticias con un enfoque más serio, y por la atención que prestaron hacia lo acontecido en la Universidad de Concepción. En el caso de *El Sur*, se convirtió en nuestra principal fuente primaria debido al cierre que afectó al *Diario Color* en la década de los setenta. Y en el caso del diario *Crónica*, este no fue considerado ya que, tras una revisión preliminar, se llegó a la conclusión de que su cobertura de las noticias del acontecer político en la universidad eran más informales e infrecuentes que

los otros dos periódicos. Además, dado que pertenecía a la Sociedad Periodística El Sur, se optó por privilegiar aquel periódico del mismo nombre.

Lo que nos interesó rescatar de ellos fue la referencia que hicieron sobre esos temas a medida que se consolidaba el orden dictatorial, con enfoque en las noticias, reportajes, columnas de opinión, notas editoriales, cartas al director, fotografías y entrevistas que se hicieron a las autoridades de la casa de estudios, la gobernación local y la población civil. De esta manera, fue fundamental focalizar la revisión especialmente en los discursos que aludieron a la juventud y los estudiantes, y cómo se vinculó esa expresión discursiva con las medidas adoptadas en la gestión del campus universitario y la comunidad estudiantil. La lectura de estas fuentes se realizó de manera cronológica entre los años 1973 y 1986, con un intervalo comprendido entre los meses de marzo a diciembre —período lectivo—. Los meses de enero y febrero solo fueron consultados en los años donde se extendieron las secuelas de la movilización política hasta esos períodos, puesto que, antes de eso, no se encontró información relevante en esos meses.

De igual manera, revisamos con detalle las Memorias Oficiales de la Universidad de Concepción de los años que configuran el período en estudio. Esto con el fin de comparar su información con la señalada en los periódicos, así como para certificar y reforzar datos que allí aparecieron, como la cantidad de estudiantes por año, la lista de directivos, la creación y supresión de organismos y unidades universitarias, entre otros datos institucionales. Y por último, para no caer en un aislamiento geográfico y analítico del tema en estudio, recurrimos a examinar revistas y semanarios de alcance nacional del período como *Análisis, Hoy, Cauce* y *Mensaje*, con la finalidad de rastrear artículos, opiniones de intelectuales, reportajes y entrevistas referidas al acontecer del movimiento estudiantil a nivel nacional junto con el rol asignado a las juventudes, situando la vinculación de esas condiciones con la realidad de los estudiantes de la universidad penquista. Si bien los artículos y páginas dedicados al

movimiento estudiantil fueron muchos, resultaron muy escasos aquellos referidos a la Universidad de Concepción, hallándose éstos solo en *Análisis* y *APSI*. No obstante, los artículos enfocados en Santiago se utilizaron como base para delinear y comprender el contexto nacional del movimiento estudiantil y su vínculo con las protestas.

Una vez compilados los datos, se les sometió a un proceso de contraste para advertir discrepancias en la información entregada por los periódicos sobre un mismo hecho, y también para complejizar el conocimiento de los hechos en caso de que alguno de ellos ofreciera datos que los otros no hicieron. Mayormente, se hallaron divergencias en datos cuantitativos y cronológicos, pero en esencia, la información fue muy complementaria.

En un tercer momento, procedimos a concretar entrevistas a los testigos del período. Nuestro criterio de selección se hizo en función de quienes fueron estudiantes en la Universidad de Concepción entre 1973 y 1986, siguiendo un proceso de muestreo no probabilístico por juicio, en el que los sujetos entrevistados fuesen representativos del foco e interés de la investigación[43]. En este sentido, se utilizaron como criterios: haber sido estudiante en el período de estudio y haberse situado en oposición al régimen militar, prescindiendo de cualquier pertenencia a partidos políticos o la propia federación de estudiantes. Las entrevistas fueron semi estructuradas con análisis de tipo temático narrativo, estableciendo un conjunto de preguntas clave que los entrevistados podían responder libremente narrando sus experiencias y abriendo, a la vez, nuevas cuestiones por interrogar. El lugar se acordó según la conveniencia de los entrevistados, y todas las entrevistas fueron permitidas de ser grabadas.

Logramos concertar cuatro entrevistas en total. Una de ellas a un ex estudiante de los años setenta, y las otras tres a ex estudiantes y dirigentes estudiantiles en los años ochenta.

---

[43] Roberto Hernández, Carlos Fernández y Pilar Baptista, *Metodología de la investigación* (Ciudad de México: McGraw-Hill, 2014): p. 285.

El objetivo más relevante fue obtener testimonios que hablaran sobre la experiencia, sensación e interpretación del haber sido joven y estudiante en el período en estudio; de qué manera se percibió el clima político —en comparación con la información obtenida de la revisión hemerográfica— junto con el ideal de juventud pretendido por autoridades universitarias y militares; y si es que esto generó una necesidad social de participación política como una manera de vivir la juventud. Además, se orientaron las preguntas de manera que se pudiesen delinear los fundamentos de la estructura, cultura y actividad política desarrollada por el movimiento a lo largo del período.

Los entrevistados fueron un ex estudiante de la Facultad de Educación de los setenta; Cristián Cornejo, presidente de la FEC 1983; Alejandro Navarro, presidente de la FEC 1988; y Pedro Cisterna, presidente de la FEC 1987, cuyo testimonio fue muy coincidente con el contenido de su libro sobre la universidad durante la dictadura, por lo cual privilegiamos las citas de esa fuente dada su mayor precisión narrativa. Asimismo, se tomaron en cuenta los testimonios de ex estudiantes presentes en otras fuentes, tales como la tesis de Alma Barra y Miguel Urrutia, en la cual abundan relatos de memoria de más ex estudiantes; y también en medios de comunicación y redes sociales en las que se conservó el registro audiovisual de las entrevistas, contándose entre ellos uno de Cristián Cornejo y otro de Paulina Veloso, vicepresidenta de la FEC en 1983. Si bien el foco de esas entrevistas no fue la cuestión juvenil y generacional, sus respuestas sí aludían necesariamente a esas temáticas en distintas ocasiones, por lo cual fueron afines a los objetivos de este trabajo.

Con la información obtenida en estas entrevistas, realizamos una comparación entre las evidencias de la imposición de un modelo de juventud con la reacción que generó en parte de la comunidad estudiantil, verificando si esto gatilló su acción política en las unidades generacionales mencionadas con anterioridad. Para tal fin, definimos tres grandes etapas en la

trayectoria del movimiento estudiantil, de acuerdo con el estado de la organización política y sus mecanismos, las cuales se presentan en los capítulos cuatro y cinco.

CAPÍTULO I

LAS JUVENTUDES ESTUDIANTILES EN CHILE EN LOS LARGOS AÑOS SESENTA

La euforia revolucionaria tan característica de una parte de la sociedad chilena en las décadas de 1960 y 1970 ha sido un fenómeno crucial para comprender la trayectoria que llevó a la ruptura democrática el 11 de septiembre de 1973. Los libros, periódicos, revistas, memorias, archivos, videos y testigos que evidencian el período consignan un clima sumamente influenciado por el afán casi inocultable de alcanzar un nuevo tipo de sociedad que pudiera superar las desigualdades e injusticias del sistema capitalista imperante en el país. La instauración del socialismo era un ideal que por medio del gobierno de Salvador Allende fue más factible que nunca de ser concretado, según lo veían y sentían los miembros de la izquierda.

Entre ellos, las juventudes estudiantiles fueron un grupo protagónico, representativo y emblemático de las aspiraciones por transformaciones sociales profundas[44] ¿Pero cómo llegaron a adquirir esa representatividad? ¿A qué se debió la identificación tácita del acto revolucionario y rebelde con el ideal de juventud? Sucede que a lo largo del siglo XX, la categoría y sensación de juventud fue mutando según las condiciones políticas, económicas y culturales que configuraban el orden social del país. De esta manera, ser joven respondía a un proceso de identificación en relación al estrato social al que se pertenecía y a las instituciones sociales existentes, es decir, cómo, en cuánto jóvenes, las personas se vinculaban con su condición ya fuera campesina, obrera o estudiantil[45]. La identificación de la juventud con la figura del estudiante fue un hecho posibilitado por la masificación y extensión de la educación

[44] Marcelo Casals, *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la "vía chilena al socialismo 1956-1970"* (Santiago, Lom Ediciones, 2010): p. 9.
[45] Enzo Faletto, "La juventud como movimiento social en América Latina", en *Dimensiones políticas, sociales y culturales del desarrollo*, ed. por Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Bogotá, Siglo del Hombre Editores, 2009): pp. 265-278.

formal y universitaria principalmente entre las décadas de 1900 y 1940[46], así como por la pronta influencia que los movimientos anarquistas, marxistas y universitarios latinoamericanos —como el grito de Córdoba en 1918— tuvieron en el despertar político de la nueva y creciente masa de estudiantes chilenos.

La expansión de la cantidad de estudiantes universitarios y la adopción de ideologías radicales que hicieran frente al capitalismo, guardaron estrecha relación con la angustia existencial compartida en el período de adolescencia, que imprimió en la condición juvenil una rebeldía natural contra las pautas sociales provenientes del mundo adulto. En este sentido, de acuerdo con Garretón y Martínez, la relación de lo juvenil con la etapa estudiantil se debe a esa sensación de inquietud generacional ante un orden social gerontocrático percibido como ajeno, distante y susceptible de ser transformado, sea aquel visible en la escuela, universidad, comunidad u otros escenarios[47]. Este capítulo se propone delinear una explicación de cómo esa inquietud se materializó en la constitución de un movimiento estudiantil fuerte y complejo, con una juventud activa, combatiente y dispuesta a socavar los cimientos de la desigual sociedad chilena, objetivo que ninguna generación anterior a la década de 1960 había logrado conseguir, y que las y los jóvenes de esos años se propusieron como meta política definitiva.

La Guerra Fría en Latinoamérica: la disputa por la Modernización

El protagonismo estudiantil en los agitados años de las décadas de 1960 y 1970 en Chile no fue un proceso ajeno a las dinámicas internacionales que evidenciaban una transformación del vínculo de los jóvenes con la política. En el marco de la Guerra Fría, aquella pugna entre dos modelos de sociedad antagónicos, la injerencia de Estados Unidos en

[46] Con un crecimiento progresivo, hacia 1970 la "masa" estudiantil representaba el 28,40% de la población total, multiplicándose varias veces su porcentaje tanto en estudiantes secundarios como en universitarios a lo largo del siglo, en Gabriel Salazar y Julio Pinto, "Cabros chicos y jóvenes rebeldes en el siglo XX", en *Historia Contemporánea de Chile V. Niñez y juventud*, ed. por Gabriel Salazar y Julio Pinto (Santiago: Lom Ediciones, 2014): pp. 106-107.
[47] Manuel Antonio Garretón y Javier Martínez, *El movimiento estudiantil: conceptos e historia*, p. 20.

el continente latinoamericano sería decisiva a raíz de la agudización de los conflictos sociopolíticos que, en los distintos países del continente, representaban una amenaza para los intereses geoestratégicos de aquel país. El derrocamiento del gobierno de Jacobo Árbenz en Guatemala en 1954 marcó tendencia en lo que desde entonces sería el tratamiento destructivo de la cuestión "revolucionaria" por parte de Washington[48]. Si bien su influencia en Latinoamérica había existido desde la temprana consolidación de los estados-nación en el siglo XIX, ella había tenido un carácter ligado más bien a la explotación de las materias primas diseminadas por su territorio y a la expansión de los mercados permitidos por su comercialización. Tras el término de la Segunda Guerra Mundial, y el creciente desarrollo económico y nuclear de la Unión Soviética, la fijación norteamericana por la expansión del comunismo fue causa para un creciente intervencionismo militar y político en la región.

Sin embargo, el triunfo de la revolución cubana en 1959 cambiaría drásticamente la situación. Ella estimularía distintas medidas por parte de Washington para contener fuertemente la proliferación de la fiebre revolucionaria, principalmente por medio de ayudas económicas contenidas en la Alianza Para el Progreso, y de estrategias militares antisubversivas a través de la Doctrina de Seguridad Nacional.

La preocupación en Estados Unidos fue creciente no solamente porque representaba el ascenso de un régimen comunista a poco más de un centenar de kilómetros de su territorio, sino también porque enarbolaba la opción de la lucha armada como un medio para la conquista del poder y el cambio social, sirviendo como ejemplo y modelo para los demás países latinoamericanos. De esta manera, según Vanni Pettiná, se inaugura en la región una etapa de plena inclusión al conflicto bipolar internacional cuya mayor consecuencia será la masificación de movimientos que optaban por la lucha armada, los cuales siguiendo el ejemplo cubano, buscarían derribar el capitalismo y proceder a la instauración de una

[48] Vanni Pettinà, *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina* (Ciudad de México: El Colegio de México, 2018): p. 59.

sociedad sin clases[49]. Estos movimientos tendrían distinta composición, articulación y logros a lo largo del continente, pero uno de los principales factores de cohesión y distinción entre ellos fue la condición juvenil y estudiantil de sus miembros, quienes imbuidos por una intelectualidad marxista nutrida de los aportes de Louis Althusser, Jean Paul Sartre y Ernesto "Che" Guevara, por nombrar solo algunos, desarrollarían un espíritu y mística revolucionaria sin precedentes. Los casos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en Chile, el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) en Uruguay, y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) en Argentina serían los más emblemáticos y distintivos movimientos de la nueva izquierda latinoamericana motivada por el recurso a la lucha armada.

Y es que ese factor cuasi místico de la tradición revolucionaria latinoamericana de los años sesenta y setenta no fue solo un efecto mecánico de la acción política cubana o de aquella mencionada "rebeldía generacional" inherente a la población más joven. En realidad, la identificación juvenil con la causa y compromiso revolucionario respondió a la coyuntura histórica de América Latina en el transcurso del siglo XX, bajo el contexto de la edad de oro del capitalismo y el consiguiente Estado de Compromiso que se instaló en Chile y otros países. La cuestión del déficit industrial, desigualdad y dependencia económica —diagnosticadas como la principal causa del subdesarrollo y miseria de los países latinoamericanos desde los estudios emanados de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) a partir de 1948— y cómo poder superarla, fuera por la reforma o la revolución, sintetizaron un debate cuya esencia se hallaba en la disputa entre lo tradicional y "lo moderno". Es decir, por un lado, entre una forma de vida que se sustentaba en un orden social aristocrático, con remanentes oligárquicos y una economía basada en la exportación de materias primas con una desigual distribución de la riqueza; y por otro lado, una ilusión por la consecución de un orden social cuyos pilares fueran el progreso y el desarrollo, con el

[49] Vanni Pettinà, *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*, p. 60.

objetivo de industrializar la economía de los países, distribuir justamente las bonanzas generadas por el comercio internacional y ampliar los espacios de participación democrática de las clases históricamente marginadas del poder.

Esta clásica disputa habría de culminar en una auténtica ideología por el desarrollo, la cual permeó y creció enormemente al interior de un espacio sociopolítico particular: la universidad. En efecto, "la ideología del desarrollo se difundió entre la juventud universitaria, y desde ella trascendió. El desarrollo parecía una necesidad política urgente que ningún gobierno podía ignorar"[50]. De esta manera, las esperanzas de cambio social de parte de la población, influenciadas por el clima revolucionario que se extendía por el continente, se cruzó con una serie de conflictos estudiantiles sin resolver que se habían extendido a lo largo de todo el siglo XX[51]. Como resultado, la cuestión de la modernización para los países subdesarrollados del continente no sería interpretada como una posibilidad a largo plazo, sino más bien como una responsabilidad ineludible en el momento histórico en el que se encontraban. Junto con la masificación de la movilización popular, la agitación al interior de las universidades latinas habría de estimular una transformación significativa del concepto y finalidad misma de la educación superior, así como del papel que asumían en aquel proceso los jóvenes estudiantes, profesionales e intelectuales de Chile y otros países.

Como hemos afirmado anteriormente, en la década de 1960 ocurrieron múltiples episodios de movilización estudiantil que expusieron como nunca antes el protagonismo y maduración política de las juventudes. Más allá del simbolismo que tuvo el mayo francés de 1968, su ocurrencia puede interpretarse más como una eclosión mediática y cultural de la lucha estudiantil que como la partera de la misma. Tal como ha señalado Yanko González, el mayo parisino sintetizó en un mes varias décadas en la dialéctica de las identidades juveniles en Occidente, contribuyendo a ampliar la visibilización del sujeto juvenil y a explicar su gran

[50] Enzo Faletto, "La juventud como movimiento social en América Latina", p. 272.
[51] Renate Marsiske, "La universidad latinoamericana en el siglo XX: una aproximación", *Unión de Universidades de América Latina y el Caribe*, no. 65 (2015): pp. 59-68.

diversificación a raíz del desarrollo de "culturas juveniles", muy influenciadas por la consolidación de una industria cultural segmentada, medios de comunicación masivos y otras coyunturas políticas estudiantiles muy similares que ocurrieron en los largos años sesenta[52].

Ciertamente, esta década consagra a nivel internacional la influencia del activismo político-cultural juvenil, y en el caso de América Latina, pareciera corporeizar por vez primera los objetivos e intereses de los colectivos juveniles. Sin embargo, particularmente en el Cono Sur, distintos "mayos" antes del mayo francés hicieron mutar a la juventud en un nuevo actor social de hecho y de derecho[53]. La Reforma Universitaria de Córdoba en 1918 había inspirado tempranamente a los movimientos estudiantiles latinoamericanos a exigir mayores instancias de participación y formas de autonomía universitaria, las cuales se extenderán y profundizarán enormemente en el transcurso del siglo. De igual manera, la candidatura presidencial de Vicente Huidobro en representación de la Federación de Estudiantes de Chile (FECH) en 1925 en Chile, expuso la irrupción plena de la juventud y "su" candidato en un sistema político considerado anticuado y gerontocrático.Y en Brasil, desde fines de la década de 1930, la Unión Nacional de Estudiantes (UNE) representaría la postura sólida y organizada de los jóvenes estudiantes frente a la amenaza del fascismo alemán primero, y a los primeros intentos golpistas contra el gobierno de Joao Goulart a principios de los años sesenta. Pero las movilizaciones estudiantiles destacadas mayormente por impulsar procesos de reforma afloraron en muchos países del subcontinente en el período

[52] Yanko González, "«Sumar y no ser sumados»: Culturas juveniles revolucionarias. mayo de 1968 y diversificación identitaria en Chile", *Alpha* 30 (2010): p. 111-128. Si bien la cultura juvenil politizada, de izquierda y revolucionaria es el foco de este capítulo, las primeras culturas surgidas en Chile durante los años cincuenta fueron capitales y tuvieron mucha influencia en los distintos componentes identitarios de las demás en los años sesenta, especialmente en lo relacionado a espacios de sociabilidad, *hobbies*, instancias de ocio, moda, jergas y recepción cultural de ellas por parte del mundo adulto. Para tal fin, véase el trabajo del mismo autor, Yanko González, "Primeras culturas juveniles en Chile: Pánico, malones, pololeo y matiné", *Atenea*, no. 503 (2011): pp. 11-38.

[53] Ibíd, p. 114.

comprendido entre 1920 y fines de la década de 1950, tanto en sudamérica como en la zona central y del caribe[54].

En definitiva, la acumulación de experiencias y notoriedad pública de los estudiantes universitarios latinoamericanos fue creciendo progresivamente con el correr del siglo. En ese transcurso, el acercamiento a los partidos comunistas y socialistas, adeptos a la ideología marxista leninista, fue lógico y natural. La instalación del debate acerca de los medios para alcanzar el desarrollo y esa ansiada "modernización", planteó las opciones contrapuestas de reformar las estructuras e instituciones existentes, o cambiarlas radicalmente rompiendo con la trayectoria de dominación burguesa, alternativa en la que el alzamiento armado era visto con especial interés por un creciente número de organizaciones, movimientos y jóvenes politizados. Y es que nuevamente, el diagnóstico para los males que aquejaban al continente apuntaban hacia la dependencia mono exportadora de materias primas y a la hegemonía estadounidense en la región. En consecuencia, el cuestionamiento del orden establecido, la rebelión ante las injusticias y el término del sometimiento del hombre por el hombre, fueron ideas que penetraron en lo más hondo de la subjetividad y conciencia de los jóvenes latinoamericanos.

De allí que uno de los principales efectos de este proceso haya sido, por un lado, la politización de la cultura y, por otro lado, la militarización de la política según la visión de los movimientos armados[55]. Más que la alineación de los países latinoamericanos ya fuera con Estados Unidos —postura oficial de gran parte de los gobiernos chilenos hasta los años sesenta— o la Unión Soviética, la expresión de la bipolaridad internacional se canalizó más bien en una división de las sociedades entre quienes ansiaban un cambio profundo en las estructuras políticas, económicas y sociales, y entre quienes, o no lo deseaban, o temían un

[54] Danny Monsálvez, *La reforma universitaria de 1968 en la Universidad de Concepción. Las controversias entre reformistas, revolucionarios, masones y cristianos* (Concepción: Editorial Universidad de Concepción, 2022): pp. 78-79.
[55] Ibíd, p. 50.

desbordamiento de la iniciativa revolucionaria y por lo tanto, optaban por reformas más mesuradas.

La manera en que la dicotomía de lo tradicional y lo moderno tendría cabida en las universidades, y con ello, la disputa por resolverla por medios revolucionarios o reformistas, tendrían importantes efectos en la dinámica del activismo político estudiantil. Tal como en Córdoba en 1918, la masificación del concepto de Reforma Universitaria en los años sesenta, considerado como un mecanismo indispensable para dar solución a las problemáticas del estudiante y los sectores sociales desfavorecidos, sería fundamental para comprender la noción que las juventudes adquirían sobre sí mismas, la universidad y su tarea en la consecución del desarrollo humano en América Latina.

Los procesos de Reforma Universitaria

La politización desenfrenada que sufrió el país desde los años sesenta hasta el ascenso de los militares en 1973 fue promocionada por ellos como uno de los mayores males que habían pervertido a la sociedad en toda su historia. No solamente porque se consideraba que había sumido al país en la anarquía, sino también debido a que durante el proceso político dirigido por la Unidad Popular se socavaron las bases sociales de la civilidad e idiosincrasia chilena asociadas al patriotismo, unidad nacional y estabilidad democrática.

Las juventudes simpatizantes o militantes en la izquierda, sobre todo su ala más radical, fueron uno de los grupos más golpeados por la represión militar. Y es que la pretensión de alcanzar el socialismo, cuya vía insurreccional a la institucionalidad "burguesa" seducía a un número cada vez mayor de actores movilizados, fue particularmente viable para las y los jóvenes, que veían en los partidos —sobre todo facciones más disidentes dentro del Partido Socialista (PS)— y movimientos políticos —como el MIR— a los grandes referentes

identitarios del activismo político que debían impulsar las juventudes[56]. En respuesta, la represión sería rápida y sistemática.

Por tal motivo, es necesario establecer la trayectoria de cambios y transformaciones gestadas al interior de las universidades, como una manera de vislumbrar con mayor claridad los mecanismos, objetivos y motivos de la represión una vez estuvieran los militares en el poder, es decir, contra qué figura o ideal político se dirigió aquella y por qué. La realidad fue que la educación superior se había convertido en uno de los escenarios más conflictivos entre las distintas fuerzas políticas, primero para impulsar reformas profundas en su funcionamiento, y más tarde también para apoyar —o atacar— a la Unidad Popular y su programa de gobierno.Y es que al momento de la consumación del golpe de Estado, las universidades eran núcleos urbanos de congregación política y cultural, sobre todo para los miembros de la izquierda y la Democracia Cristiana (DC). La universidad era considerada como un espacio clave para desencadenar las transformaciones políticas y sociales que permitirían concretar la revolución, pero, a su vez, los deseos de cambio comenzaban por reformar a las instituciones mismas, subsanando las injusticias y falencias diagnosticadas como perjudiciales para estudiantes, profesores y funcionarios.

La composición del sistema universitario chileno hacia mediados de la década de 1960 consistía en dos universidades públicas —Universidad de Chile y Universidad Técnica del Estado—, tres universidades católicas —Universidad Católica de Chile, de Valparaíso y del Norte—, y tres universidades privadas —Universidad Técnica Federico Santa María y Universidad Austral de Chile—, entre las que se encontraba la Universidad de Concepción. Hacia 1970, las casas de estudio estatales concentraban a un 66% de la matrícula total del

[56] Víctor Muñoz y Carlos Durán, “Los jóvenes, la política y los movimientos estudiantiles en el Chile reciente. Ciclos sociopolíticos entre 1967 y 2017”, p. 135.

país, seguidas de las instituciones católicas con un 21,1%, y finalmente, las universidades privadas con un 12,9% de los estudiantes[57].

Si bien el proceso de reforma universitaria fue la culminación de una serie de experiencias políticas heredadas por las distintas generaciones estudiantiles, es posible datar sus primeros pasos en mayo de 1961 con motivo de la movilización de los estudiantes de la Escuela de Minas de Copiapó perteneciente a la Universidad Técnica del Estado (UTE), en rechazo a la designación del nuevo director de la escuela Miguel Fortt. La movilización estimularía una serie de tomas y protestas en las sedes regionales de la universidad en apoyo a los estudiantes de Copiapó y como una forma de expresar la crisis que se diagnosticaba en el sistema universitario.

En el transcurso de los hechos, el 25 de mayo de aquel 1961, los estudiantes movilizados compartían una declaración que vaticinaba los pilares fundamentales de los procesos reformistas que ocurrirían en adelante en las distintas universidades del país:

> "El hecho que motivara el conflicto es sólo un apéndice de problemas estructurales de la Universidad. Consecuencia directa de la forma en que se generan los cargos directivos y docentes (...) La hora llegó de cortar la raíz misma de esos defectos. Los estudiantes pensamos que ha llegado el momento de realizar una profunda Reforma Universitaria (...) Constituimos la razón de ser de la Universidad. Reclamamos por ello nuestro derecho a participar plena y activamente en la dirección de los destinos universitarios. Frente a la idea de permanecer estáticamente gobernados planteamos nuestra actitud de ser activos gobernantes"[58].

La consideración de que era necesaria una reforma universitaria se justificaba en la esencia misma de un régimen democrático en el que estudiantes y profesores, en conjunto,

---

[57] Carlos Huneeus, *La reforma universitaria. Veinte años después*, (Santiago de Chile: Corporación de Promoción Universitaria, 1988): p. 38.
[58] Federación de Estudiantes de la Universidad Técnica del Estado (FEUT), declaración sobre el conflicto en la UTE con sede en Copiapó, 1961, disponible en Archivo Patrimonial Universidad de Santiago de Chile.

fueran los dirigentes principales de las instituciones. Una mayor cuota de participación era considerada por los estudiantes como una plataforma fundamental para, en primer lugar, impulsar el progreso nacional —especialmente de los sectores populares— y, en segundo lugar, incidir en la conformación de las plantas de docentes con el fin de alcanzar la máxima eficacia científica y académica en la búsqueda de dicho progreso.

Ciertamente, el caso de los estudiantes de la UTE sería paradigmático para los siguientes procesos de reforma acaecidos en la década de 1960. En ellos no solo se profundizarían los alcances de los principios reformistas iniciales, sino que implementarían muchos otros que demostraron la aspiración estudiantil por construir universidades afines y coherentes con el curso de la modernización política y económica considerada necesaria para impulsar el desarrollo de Chile y Latinoamérica.

De esta manera, y según lo establecido por Rocío Zepeda, las exigencias de los estudiantes por una reforma en sus universidades tuvieron cabida en el panorama político debido a la realidad propia del país a partir de 1964 y a la condescendencia que la "Revolución en Libertad" promovida por el gobierno democratacristiano de Eduardo Frei Montalva mostraba con la renovación social, especialmente en materia educativa[59]. La expansión de la matrícula y cobertura escolar fueron objetivos prioritarios en el programa del gobierno de Frei, y ellos iban de la mano con la apertura de las puertas universitarias a las clases medias y populares, que parecían cerradas y distantes a estos segmentos de la población.

En primera instancia, ese proceso democratizador necesario para reformar la universidad requería fomentar el ingreso de más estudiantes a la educación superior y que además estos fueran provenientes de los sectores históricamente marginados del sistema educacional. De este modo, en el período comprendido entre el gobierno de Pedro Aguirre

[59] Rocío Zepeda Majmud, "El movimiento estudiantil chileno: más de cien años de lucha en torno a las mismas demandas" (Tesis doctoral, Universidad Católica Argentina, 2021): p. 154.

Cerda y el de Jorge Alessandri Rodríguez —1938-1964—, el crecimiento de la matrícula fue sostenido y significativo sobre todo a partir de la década de 1950, llegando a casi 33.000 estudiantes hacia fines del gobierno de Alessandri, cifra que duplicaba los números consignados en 1952. Sin embargo, sería particularmente durante los gobiernos de Eduardo Frei Montalva y especialmente en el de Salvador Allende cuando la matrícula total aumentaría espectacularmente. Durante el período democratacristiano la matrícula total creció un 15,17% respecto al gobierno anterior, alcanzando cifras que rondaban los 73.000 estudiantes hacia el año 1969. Por su parte, en el gobierno de la Unidad Popular el crecimiento sería todavía mayor y cercano al 24% en comparación al período de Frei, lo que se traducía en que, en el año 1973, la matrícula universitaria total del país fuera de unos 145.000 estudiantes[60].

No obstante, siguiendo el trabajo de Carlos Huneuus, el crecimiento cuantitativo de la matrícula universitaria disimulaba algunas cuestiones de orden cualitativo que es preciso considerar en el contexto de masificación del ideal reformista. En primer lugar, la expansión benefició a las provincias en la medida en que se construyeron universidades y sedes fuera de Santiago y Valparaíso, lo que hacia 1967 se reflejaba en que un tercio de los estudiantes universitarios eran de regiones y provincias; así el afán por la reforma llegó a otras latitudes y universidades en las que también se impulsaron transformaciones profundas en connivencia con las realidades políticas, económicas y sociales locales. En segundo lugar, la inclusión de la mujer también tuvo un alza considerable a lo largo del siglo XX, llegando ellas a constituir alrededor del 40% de la matrícula total de universitarios hacia fines de los años sesenta; a pesar de concentrarse la mayoría de las estudiantes en carreras vinculadas a la salud y servicios sociales, lo cierto es que la mujer también formaba parte de los anhelados cambios políticos y culturales que se percibían en las organizaciones estudiantiles. Y en tercer lugar, el aumento de la matrícula fue predominante en carreras con planes de estudio de cuatro años o menos —cortas—, en desmedro de aquellas con duraciones de cinco o más años —largas—;

[60] Carlos Huneeus, *La Reforma Universitaria*…, p. 38.

además, según las áreas de estudio, creció también el interés por estudiar carreras de educación, ingeniería y ciencias sociales: hacia 1973 ellas agrupaban a más del 70% de los estudiantes a nivel nacional[61].

En conjunto, esta serie de fenómenos aparejados a la expansión de la matrícula universitaria simbolizaban el protagonismo que adquiría, y del que se sentía genuina portavoz, la juventud estudiantil movilizada, en sintonía con el contexto internacional de agitación política e irrupción de movimientos sociales de una marcada tendencia juvenilizante. Tal como lo planteaba Margaret Mead, durante los años sesenta los acontecimientos simbólicos de los países —caso del mayo francés o los movimientos *hippies* y raciales en Estados Unidos— debían ser despojados de sus aspectos particulares, nacionales e inmediatamente temporales, pues el denominador común en todos ellos fue el activismo de la juventud —o juventudes—, gatillado por la inédita conformación de una comunidad mundial interrelacionada, en la que la sensibilidad por los elementos *en común* entre *nosotros* y *ellos*, estimuló una auténtica comunidad política juvenil, que se nutrió del desarrollo de las comunicaciones —en especial la radio y la televisión— para enterarse y dotar de significado a lo que ocurría en un mundo dinámico y en pleno proceso de transformación[62].

De allí que, previo y durante el proceso de reforma universitaria en Chile, la universidad "no solo creció sino que se estaba modernizando, haciéndose más amplia y diversificada"[63]. El movimiento estudiantil fue muy receptivo a las transformaciones globales que acaecían en América Latina durante las décadas de 1960 y 1970, y ello trajo consigo una radicalización política al interior de las casas de estudio a medida que se consideraba necesario cuestionar toda la función social de la universidad y reestructurar su orgánica para favorecer los procesos de desarrollo económico y social. De esta manera, para algunos la

[61] Ibíd, pp. 38-42.
[62] Margaret Mead, *Cultura y compromiso. El mensaje de la nueva generación*, (Barcelona: Gedisa, 2002): pp. 100-106.
[63] Carlos Huneeus, *La Reforma Universitaria*…, p. 42.

universidad parecía ser una institución burguesa, elitista y reaccionaria incapaz de impulsar la modernización nacional, mientras que para otros comenzaba a ser considerada un espacio de caos, agitación y proliferación de la ideología "comunista", lo cual requería de una intervención y purga de los elementos ya tildados de indeseados[64].

Los principales escenarios de la Reforma

Con motivo de esa transformación de la concepción que se tenía del espacio universitario, y del rol que del que las juventudes se sentían destinadas a llevar a cabo en el contexto de masificación de la lucha social, los aires reformistas no se apaciguaron. Y es que el clamor por el aumento de la matrícula no era sino el medio para un fin, una etapa más en el proceso de reforma universitaria. De acuerdo con el historiador Francisco Rivera, organizaciones como el Movimiento Universidad Para Todos (MUPT), fundado en 1966 en la UTE con la tarea de expandir la cobertura universitaria especialmente para hijos e hijas de obreros y campesinos, representaban objetivos específicos que guardaban estrecha relación con el trasfondo más importante de la reforma: "la integración de la Universidad a las necesidades del país, a su progreso y desarrollo; y la incorporación de la juventud como agente activo en el proyecto de apertura de las universidades a los requerimientos de los nuevos proyectos de sociedad"[65]. En suma, la coyuntura se correspondía con lo contenido en la declaración de los estudiantes de la UTE de Copiapó cuando finalizaban su proclama manifestando el deseo de que la universidad "sea no una fábrica de títulos, sino crisol de hombres íntegros"[66].

[64] Enzo Faletto, "La juventud como movimiento social en América Latina", p. 273.
[65] Francisco Rivera, "El 68´ Chileno: orígenes universitarios del triunfo y la derrota popular 1961-1983", en *Los 68 latinoamericanos. movimientos estudiantiles, política y cultura en México, Brasil, Uruguay, Chile, Argentina y Colombia*, ed. por Pablo Bonavena y Mariano Millán (Buenos Aires: CLACSO. Instituto de Investigaciones Gino Germani): pp. 175-199.
[66] FEUT, declaración sobre el conflicto en la UTE con sede en Copiapó, 1961, disponible en Archivo Patrimonial Universidad de Santiago de Chile.

De este modo, es posible delinear los objetivos de la Reforma a partir de los elementos principales que los estudiantes criticaban de manera generalizada al sistema de educación superior. Siguiendo a Carlos Huneuus[67], estos consideraban que:

1. La Universidad es una institución alejada de las necesidades de la sociedad, preocupada de su propia realidad y, por lo tanto, una fuerza tradicionalista y conservadora del orden social existente.
2. La Universidad se limita a cumplir una función académica enfocada en el otorgamiento de títulos técnicos y profesionales.
3. El sistema universitario crece de manera irracional, desequilibrando el mercado laboral con un exceso de profesionales y técnicos provenientes de carreras cuyo valor para el desarrollo nacional no ha sido considerado.
4. El conjunto de los problemas de la Universidad se debe a que son dirigidas desde afuera, por autoridades que desconocen esas realidades, generando una crisis de gobierno en su interior.

Si bien cada universidad tenía cuestiones particulares y conflictos específicos que resolver, estos cuatro puntos reflejan lo fundamental de la "crisis" en que se encontraba el sistema de educación superior. Asimismo, es posible establecer que las metas principales de los procesos reformistas en relación a ella y sus puntos críticos, fueron:

1. Expandir la oportunidad de ingreso a la Universidad a sectores más amplios de estudiantes, sin consideración de su origen y posición social.
2. Fomentar el acceso de profesionales e intelectuales competentes y eficaces a la Universidad, cualesquiera fueran sus ideologías o procedencia.
3. Democratizar el gobierno universitario, mediante la participación directa de estudiantes, profesores y funcionarios de la comunidad educativa.
4. Vincular a la Universidad con la sociedad, estrechando sus relaciones culturales, laborales y sociales[68].

[67] Carlos Huneeus, *La Reforma Universitaria*…, p. 35.
[68] Pablo Araneda, Yerko Aravena y Manuel Márquez, "«La reforma es solo un paso» La vinculación sociopolítica del movimiento estudiantil de la universidad de concepción con las ciudades de coronel y tomé durante la vía chilena al socialismo" (Trabajo fin de grado, Universidad de Concepción, 2015): p. 168.

Derivado de ese diagnóstico, es posible señalar que los pilares de la reforma universitaria en Chile se articularon en torno a dos ideas principales: democratizar el acceso y participación en la Universidad, y estimular la mayor eficacia científica y técnica en favor del desarrollo económico y social del país. Para alcanzar tales objetivos, era necesaria la participación activa de las juventudes, que debían asumir el peso histórico de su coyuntura como impulsoras de una Nueva Universidad para construir una Nueva sociedad.

Sin dudas, dentro de los múltiples procesos reformistas en las distintas universidades del país, los casos de reforma ocurridos en la UTE, y sobre todo los de la Pontificia Universidad Católica —en su sede central y de Valparaíso—, junto con el de la Universidad de Chile, serían sintéticos de esa exigencia de Nueva Universidad para una nueva realidad —el caso de la Universidad de Concepción será detallado con posterioridad—. Pero la profundidad de los procesos de reforma entre fines de los años sesenta y principios de los setenta, no se debió solo a que fueron complejas pugnas políticas acaecidas en las universidades más importantes y con mayor matrícula del país, sino a la esencia misma de las causas históricas que la habían estimulado: la inercia de la sociedad hacia cambios estructurales, las problemáticas internas de cada universidad, la gestación de una comunidad *juvenil* internacional y la influencia de diversas corrientes ideológicas marxistas, terminaron por constituir los factores explicativos de los procesos reformistas más relevantes del período[69].

Más allá de la extensión de la cobertura universitaria, el eco del grito de Córdoba en 1918, con la proclama de la soberanía universitaria, volvía a resonar con fuerza entre los estudiantes chilenos. En el caso de los estudiantes de la UTE, desde aquel 1961, ellos fueron adquiriendo experiencia y madurez política suficiente para perfilar una propuesta de reforma contundente a partir de 1963. Realizaron seminarios de Reforma, se crearon comisiones para

[69] Aldo Casali, "Reforma universitaria en Chile, 1967-1973. pre-balance histórico de una experiencia frustrada", *Intus-Legere Historia* 5, no. 1 (2011): pp. 86-87.

revisar la Ley Orgánica de la Universidad, y se llevaron a cabo sesiones del Consejo Universitario destinadas a debatir la reformulación de los tres primeros artículos de dicha ley. La designación de cargos directivos sin consulta a los estamentos, la reducción del presupuesto universitario por parte del Estado, y la Ley Orgánica en vigencia que concentraba las decisiones de la UTE en un reducido grupo de personas, fueron las principales causas para el fuerte activismo gestado en la institución desde 1966. Por medio de la ocupación extendida de la casa central, con motivo de la elección para el puesto de rector de 1967, la cual sería sin la participación estudiantil, los estudiantes y profesores logran que el presidente Frei ordene la constitución de una Comisión de Reforma Universitaria con participación del estudiantado. Con ello, renuncia a su cargo el rector Horacio Aravena en abril de 1968, y en agosto del mismo año es electo para el puesto el ingeniero Enrique Kirberg, candidato levantado por los estudiantes y apoyado también por parte del profesorado[70].

En paralelo al caso de la UTE, sería en la Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC), la segunda casa de estudios más relevante del país, donde se haría emblemático el proceso reformista a partir de 1967. De acuerdo con Garretón y Martínez, el inicio de la reforma en esta casa de estudios, sumado a las causas anteriormente señaladas, fue atribuible tanto a sus estructuras orgánicas más tradicionales y conservadoras, como a la agenda social impulsada por la Iglesia Católica en sus universidades en el marco de los principios teológicos de la liberación y hermandad con los pobres, que gatillaron una mayor preocupación de sus estudiantes por la función de la Universidad para con la sociedad[71].

Esa agenda social contó con una fuerte adhesión de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica (FEUC), la cual desde fines de los años cincuenta estuvo mayormente controlada por la Democracia Cristiana (DC), por lo menos hasta la irrupción del Movimiento

[70] Pablo Araneda, Yerko Aravena y Manuel Márquez, "«La reforma es solo un paso»", pp. 174-178.
[71] Manuel Antonio Garretón y Javier Martínez, *El movimiento estudiantil: conceptos e historia*, p. 98.

Gremialista en 1969. Ello explicaba la sensibilidad hacia los más desfavorecidos y la generación de instancias de alfabetización, operativos de salud, trabajo y escuelas de verano.

Sin embargo, estudiantes, académicos y profesores concordaban en que la estructura funcional de la Universidad era incapaz de satisfacer las necesidades del país en los años sesenta, en especial en lo relativo al autoritarismo en la gestión interna de ella. Es por eso que en junio de 1967 se lleva a cabo la ocupación de la Escuela de Arquitectura perteneciente a la sede de Valparaíso, con el objetivo de impulsar una reforma enfocada en la expansión de la participación docente y estudiantil en la designación de autoridades y toma de decisiones. Por más de tres meses no se pudo llegar a un acuerdo para deponer la movilización, y las declaraciones provenientes del cuerpo docente sintetizaban no solo los objetivos de la movilización sino la esencia misma del conflicto y de las aspiraciones por una Nueva Universidad que se harían comunes en otras instituciones a lo largo del país:

> "El problema de fondo es un problema de libertad. La comunidad universitaria ha tomado conciencia plena del Derecho Natural que le asiste a tomar las decisiones que afectan su propia vida. No aceptamos más absolutismos que reúnen en sí la suma total del poder en lo administrativo, financiero y académico. Hasta ayer esta Universidad, como otras en Latinoamérica y en Chile, fue una Universidad tutelada, mero «objeto» y no «sujeto» de las decisiones que rigen su vida. Este régimen de autoridad más que ser tal, es un caso «de abuso» de autoridad y esa situación ha terminado para siempre en la Universidad Católica de Valparaíso. La totalidad de los alumnos y los profesores no aceptan ya más ese esquema de relaciones. Nosotros proponemos un régimen de autoridad de tipo democrática, donde la autoridad emerge del seno de la comunidad libremente (...)"[72]

Si bien existía un ánimo de apertura a la reforma por parte de las autoridades universitarias y eclesiásticas, probablemente a raíz del espíritu conciliador de los jerarcas católicos, la Federación de Estudiantes declaraba en julio de aquel 1967 que existía un acuerdo para la

[72] "Declaración de profesores de la Universidad Técnica de Valparaíso", Diario *El Mercurio*, 28 de julio de 1967.

creación de una Comisión de Reforma, más no en lo concerniente a: 1) el plazo de 60 días de trabajo para la comisión exigidos por la Federación, 2) la representación del 25% en el Claustro Pleno de la Universidad, 3) el establecimiento de garantías para la convivencia universitaria sin represalias, y 4) la restitución de vicerrectores académicos destituidos[73]. Tras 51 días de movilización, y con la mediación del Cardenal Raúl Silva Henríquez entre las partes, el Gran Canciller, rector, profesores y estudiantes llegaron a un acuerdo el domingo 6 de agosto de 1967, desatando en líneas generales los nudos del conflicto planteados por los estudiantes, a excepción de la representatividad en el Claustro Pleno, que quedó fijada en un 20%[74]. Con ello se daba luz verde al proceso reformista gestado en la sede de Valparaíso.

Sin embargo, para entonces el movimiento estudiantil había irradiado su activismo hacia la casa central de la Universidad Católica en Santiago. En ella habían existido conatos de reforma desde 1963, pero sería en 1964 cuando, en la IV Conferencia de estudiantes de la Universidad Católica, se llegó al acuerdo de buscar la democratización de la designación de autoridades como rectores y decanos, buscando además la participación electoral directa del presidente de la Federación en el Consejo Superior[75]. La postura proclive a la reforma que tuvo la Iglesia Católica quedó plasmada en el Seminario educativo celebrado en la ciudad de Buga, en Colombia, el cual ayudó a "difundir entre los católicos la conciencia crítica con respecto a sus universidades, además de estar en concordancia con las demandas de alumnos y profesores de la época"[76]. De allí se reafirmaron las ideas relativas al aporte de los universitarios al desarrollo del país, la función social de las casas de estudios, la eficacia docente y el rechazo a la gestión autocrática en las universidades.

En esencia, la principal crítica de los estudiantes, académicos y docentes era contra el aislamiento e indiferencia que hasta entonces había mostrado la Universidad con los

[73] "Declaración oficial de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica de Valparaíso", Diario *El Mercurio de Valparaíso*, 28 de julio de 1967.
[74] "Fue solucionado el conflicto de la UCV", *La Unión*, 7 de agosto de 1967.
[75] Manuel Antonio Garretón y Javier Martínez, *El movimiento estudiantil: conceptos e historia*, pp. 98-99.
[76] Rocío Zepeda Majmud, "El movimiento estudiantil chileno", p. 173.

problemas sociales del país. Ese mismo año de 1964, la FEUC publica una antología con artículos académicos que analizan los problemas de la educación superior, el quehacer de las universidades católicas y la condición elitista de las casas de estudio en relación a la admisión de estudiantes de clases medias y populares[77]. De allí, las desavenencias entre los estudiantes y el Consejo Universitario irán en progresivo aumento hasta desembocar en 1967, año en que a raíz de ese análisis crítico y la necesidad de impulsar una reforma para la construcción de la Nueva Universidad, los estudiantes consideraban necesario designar también a un nuevo rector en reemplazo de Alfredo Silva Santiago. Los vientos soplaban en favor de la opción más irreverente que era la toma de la Universidad, la cual terminó por concretarse el 11 de agosto de 1967 como consecuencia de la demora e incumplimiento de lo pactado entre los estudiantes, liderados por el presidente democratacristiano de la FEUC, Miguel Ángel Solar, con el Cardenal Silva Henríquez —mediador y representante del arzobispado— y el poder ejecutivo democratacristiano. El acuerdo consistía en la designación de un prorrector como medida inicial para una sucesiva democratización universitaria y para el término del conflicto entre las partes, lo cual no se llevó a cabo en los plazos estipulados. Así, durante la toma del edificio aquel viernes 11 de agosto, se haría célebre el lienzo colgado en el frontis de la Universidad que rezaba: "Chileno, el Mercurio miente", ideado como una crítica mordaz a las editoriales del periódico de Agustín Edwards Eastman en las que se catalogaba el accionar del movimiento estudiantil como una táctica política del marxismo para atentar contra la democracia en Chile.

En una época en la que la cultura de la protesta mediante la ocupación de las casas de estudio no estaba masificada, y ante el interés mediático que generó el conflicto a nivel nacional, a los pocos días de aquel suceso el Cardenal Silva Henríquez resolvió designar a Fernando Castillo Velasco como prorrector de la Universidad, asegurar la ausencia de

[77] Luis Scherz, "Reforma y Contrarreforma en la Universidad Católica de Chile (1967-1980), *Revista del Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea*, no. 6 (1988): pp. 36-53.

represalias a los estudiantes y también una participación del 25% en el claustro que habría de elegir democráticamente al nuevo rector. El éxito de la FEUC era rotundo[78].

Pero si nos referimos a éxitos o fracasos, en el caso de la Universidad de Chile, la más grande e importante casa de estudios del país, el proceso fue más complejo y con resultados dispares. Este puede resumirse en cuatro etapas principales[79]. La primera de ellas contempla los primeros pasos del proceso reformista, con la creación del departamento de Reforma de la Federación de Estudiantes de Chile (FECH) en 1964, bajo la presidencia del democratacristiano Luis Maira, en la cual la figura del presidente de la Federación adquirió voz y voto en el Consejo Universitario. Sin embargo, nuevamente la cuestión de la participación universitaria en la conducción de la institución y la designación de sus autoridades, motivó la creación de una Convención de Reforma en 1966, obrada por la FECH y apoyada enérgica y principalmente por los jóvenes democratacristianos y comunistas. De esa convención emanó una serie de cinco cuadernillos que sintetizaban los principios de la reforma, aprobados por cinco comisiones respectivas que concluyeron necesario: 1) establecer la función de la universidad como una comunidad socialmente integrada a las necesidades del país; 2) contribuir al desarrollo de la educación superior; 3) fomentar la eficacia de la investigación y docencia para conseguir esos fines; 4) subsanar el problema del financiamiento de la Universidad; y 5) profundizar la democratización del sistema de educación superior, en las dimensiones de participación y de admisión.

No obstante, más allá del sustento programático de esos cuadernos, la FECH necesitaba conquistar la participación en la elaboración de los nuevos estatutos universitarios, que se discutirían en el Consejo Superior. Pero comunistas y democratacristianos se encontraban en posturas contrapuestas sobre esta cuestión crucial. Para los primeros, el

[78] Danny Monsálvez, *La reforma universitaria de 1968 en la Universidad de Concepción*, p. 93.
[79] Inés Reca, "El movimiento estudiantil y el proceso de reforma de la Universidad de Chile", *Revista Mexicana de Sociología*, 4 (1970): pp. 893-947. La contemporaneidad de este trabajo no ha sido óbice para la centralidad de sus interpretaciones y conclusiones, siendo coincidente con las cronologías expuestas en trabajos posteriores ya citados en este escrito.

cogobierno universitario —que incluía la designación de autoridades por parte de los tres estamentos de la Universidad— era necesario e incuestionable, mientras que para los segundos, la participación en el Consejo era lo esencial. Para resolver la disputa se convocó a un plebiscito estudiantil en 1967 que culminó con el triunfo de la perspectiva democratacristiana sobre la de los comunistas, significando el término "oficial" de la discusión por el cogobierno al interior del movimiento.

Se inaugura así la segunda etapa de la reforma, caracterizada, irónicamente, por el triunfo de la opción por el cogobierno pero al interior de una facultad en particular: la de Filosofía y Educación[80], destacada por reunir a la mayor cantidad de estudiantes en la Universidad —más de seis mil—, así como por poseer la estructura orgánica más "feudal" y antidemocrática entre todas las escuelas y facultades. La hegemonía de la izquierda en su interior, motivó la renuncia del decano Julio Hesse y la designación de Hernán Ramírez Necochea como decano interino. La movilización estudiantil llevó al Consejo Universitario a crear una Comisión conocida como la Comisión de los Catorce —la integraban siete docentes y siete alumnos—, que debía estudiar el problema y proponer una nueva estructura de funcionamiento para la facultad. Entre las iniciativas, volvía a aparecer la designación de autoridades por parte de los estudiantes, la cual se puso en práctica cuando participaron en la designación del director del Instituto de Química y también en la de Olga Poblete como directora del Instituto Pedagógico, antes de que el Consejo pudiera sancionar el reglamento creado por la Comisión. De esta manera, se contravenía no solo la autoridad del Consejo Universitario, sino además lo acordado en el plebiscito estudiantil de 1967.

La tercera etapa de la Reforma en la Universidad de Chile se abría así en el año 1968 con la modificación de ese principio de participación propuesto por la Comisión de los

[80] Para una interpretación del proceso sustentada en el contraste generacional de los estudiantes de los sesenta con las generaciones precedentes en relación a la superación del orden oligárquico, véase Hugo Cancino, "El movimiento estudiantil chileno y el proceso de Reforma Universitario, 1967-1968. El caso de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile" (Ponencia presentada en el XVI Congreso Internacional de AHILA, San Fernando, Cádiz, 6-9 de septiembre de 2011) https://vbn.aau.dk/files/58699467/Reform_Univ.pdf.

Catorce, que el Consejo Universitario no aceptó. Sin embargo, el decano Ramírez Necochea, de militancia comunista y conocido como el "decano de la Reforma", comunicaba que la mayoría de escuelas e institutos de su facultad habían decidido validar y proseguir con las elecciones de autoridades que contaban con participación estudiantil. Tras esto, el Consejo Universitario acuerda votar por reorganizar el funcionamiento autoimpuesto por la facultad, lo cual significó la renuncia del rector socialista Eugenio González, disidente de la postura del Consejo. Pero esa votación traería consigo una mayor agitación de los estudiantes, dirigidos por los de la Facultad de Filosofía, que defendían al decano Ramírez Necochea y el funcionamiento propuesto, y la FECH, que protestaba por la incapacidad de las autoridades por consolidar la Reforma. La crisis de la coyuntura obligó al Consejo a dejar sin efecto el acuerdo por intervenir la Facultad de Filosofía.

Además de todo lo anterior, sucedería en mayo de aquel 1968 la toma de la casa central de la Universidad por parte de la FECH democratacristiana, que se había vuelto crítica del protagonismo adquirido por la Facultad de Filosofía y Educación y su opción por el cogobierno. De allí sucederían más tomas de escuelas, institutos y facultades. Por otro lado, miembros del Partido Socialista (PS), el MIR y del recién creado Grupo Universitario Radical (GUR), constituyen Comandos de Reforma con el objetivo de mantener activo al movimiento estudiantil y aumentar su cada vez menor participación en las bases.

Con la renuncia de González a la rectoría, asume interinamente el cargo Ruy Barbosa, decano de la Facultad de Agronomía y el de mayor antigüedad, acto con el que es posible establecer el comienzo de la cuarta etapa del proceso reformista, caracterizada por la resolución institucional de parte del conflicto. En este punto, la FECH consigue establecer una plataforma de lucha acordada entre comunistas y democratacristianos, donde el cogobierno se mantendría como insignia del movimiento. Asimismo, su presidente, Jorge Navarrete, sostuvo y logró otro acuerdo con el rector subrogante para impulsar

institucionalmente la Reforma. Con ello se dió paso a la creación de Comisiones de Reforma por facultad, democráticamente electas y con la tarea de estudiar y más tarde ratificar los nuevos estatutos de la Universidad. La izquierda dominó la composición de las comisiones, y el rector Barbosa decidió convocar a elecciones de rector y secretario general en 1969 para conferir estabilidad a aquella resolución sobre los estatutos.

Se presentaron tres listas para ambos cargos, una de la izquierda, otra de la DC y una del colectivo Acción Reformista Universitaria. Finalmente, saldría victoriosa la lista democratacristiana encabezada por el decano de economía Edgardo Boeninger en el puesto de nuevo rector y por Octavio Maira como secretario general. De esta manera, Boeninger se convertía en el primer rector en la historia de la Universidad en ser elegido democráticamente por los tres estamentos de la institución. Sin embargo, este logro no mitigó las tensiones y diferencias internas entre las autoridades universitarias y los propios estudiantes, muy por el contrario, ellas se agudizaron sobre todo en el contexto de las elecciones presidenciales de 1970 en las que Salvador Allende y la Unidad Popular obtendrían el triunfo que los llevaría al palacio de La Moneda.

Ahora bien, no es que las etapas de la reforma en la Universidad de Chile culminen abruptamente allí, sino que delimitan el momento en el que ella fue la razón central del activismo estudiantil. Aunque el proceso aquí fue complejo, demostró la férrea oposición al autoritarismo en las universidades e inclusive ante un organismo como la FECH dominado por la juventud democratacristiana. Con el ascenso de Allende a la presidencia, se entremezcla con la profundización de la Reforma la cuestión de la construcción del poder popular, el cumplimiento del programa del gobierno y, más tarde, las consecuencias de la crisis política, económica y social que acaeció en el país[81].

Sin embargo, el hecho de que la lucha por la reforma haya coexistido con la defensa y apoyo hacia el gobierno de la Unidad Popular, no hizo sino acrecentar la participación e

[81] Rocío Zepeda Majmud, “El movimiento estudiantil chileno”, p. 164.

irreverencia de las juventudes en el proceso. La figura del estudiante, fuera secundario o universitario, había sido uno de los actores sociales más destacados en el programa de gobierno de Salvador Allende, configurándose un llamado de la izquierda y el presidente a que la juventud debía ocupar su lugar como actor protagónico del cambio social, convirtiendo su innata capacidad creativa y energía en otro agente de la revolución "a la chilena"[82]. De esta manera, en los años previos al golpe de Estado, proliferan en las universidades juventudes contestatarias de cabellos largos, liberales y cada vez más conscientes de su papel en la senda de la revolución socialista.

Las generaciones surgidas en este período de progresiva politización, desde principios de los años sesenta hasta el golpe de Estado en 1973, no pueden ser identificadas únicamente por hitos, períodos de gobierno o egresos de sistemas educativos. Para nuestros propósitos, la posición generacional de este período estuvo definida por las múltiples transformaciones globales acaecidas en materia política, cultural y social, lo que, a su vez, generó conexiones generacionales articuladas según el nivel de disposición a conseguir cambios profundos, graduales o mínimos en distintos casos, en línea con la partición de la sociedad chilena entre la izquierda, el centro y la derecha.

En este punto, es la interacción humana en núcleos específicos dentro de esa disyuntiva por la modernización lo que termina por definir unidades generacionales concretas, especialmente a través de la militancia o adherencia a movimientos y partidos políticos de marcado corte juvenil como el MIR, el MAPU, la Izquierda Cristiana o la Juventud Conservadora, puesto que es en ellos donde se comparten visiones y perspectivas del mundo que son afines, congruentes y que representan la identidad sociopolítica de las y los jóvenes. El proceso de construcción del socialismo en Chile no tuvo el mismo significado para un joven poblador militante de las Juventudes Comunistas, que para un estudiante universitario

[82] César Albornoz, "Porque esta vez no se trata de cambiar un presidente", en *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*, ed. por Julio Pinto (Santiago de Chile: Lom Ediciones, 2005): pp. 147-176.

perteneciente al MIR, y menos aún para un joven cristiano sin interés por la política. En definitiva, es en esos focos de interacción donde se gestan y diversifican las "generaciones de los sesenta y setenta", tan disímiles entre sí pero unidas por un contexto de álgida movilización y progresiva naturalización de la enemistad social y política.

La juventud revolucionaria

Habiendo delineado en líneas generales el contexto político del continente, del país y de sus procesos de reforma universitaria, y lo que ello significaba en términos de participación estudiantil y juvenil en la conducción de las universidades, es evidente que se establecía una forma de ser joven identificada en gran parte con la acción política en los espacios educativos, que habría de delinear una serie de generaciones marcadas por la organización y pertenencia a partidos y movimientos políticos. Más aún, la figura del estudiante se hizo indisoluble de su componente juvenil. Ser estudiante definía no solo una etapa de la vida sino también una identidad política y social activa. Como hemos señalado, la posición generacional de los jóvenes estudiantes chilenos en los años sesenta, estuvo marcada por las aspiraciones reformistas en las universidades y por las transformaciones propuestas por el gobierno de la Unidad Popular, independiente de las perspectivas y participación que hayan tenido distintas agrupaciones —como el movimiento Gremialista o el Frente Patria y Libertad— en esa experiencia histórica común —conexión generacional—.

En este sentido, el historiador Fabio Moraga ha señalado, siguiendo la tesis de Bourdieu acerca de la construcción social de la juventud y el "ser joven", que el discurso de la izquierda chilena descansó sobre un ideal acerca de la juventud y los estudiantes surgido desde principios del siglo XX, con herencias del racionalismo científico, el positivismo y el romanticismo literario, las cuales explicarían que, sin ese ideal sobre la juventud primero —entendido como un hito de integración a la pirámide social— los estudiantes no habrían

adquirido el protagonismo que tuvieron a lo largo del siglo XX[83]. No obstante, si entendemos la juventud como una construcción social intercalando el modelo del "deber ser" en un momento histórico determinado, con la propia oposición y reacción política y cultural ante ese imperio del adultocentrismo, es innegable que la condición de estudiante —individualmente y en tanto movimiento social— no solo ha adquirido protagonismo a la par de lo que lo han hecho las juventudes sino que ha sido determinante para definirlas y comprenderlas.

El protagonismo juvenil se vió disparado tempranamente desde 1906 con la fundación de la FECH, se acrecentó con la expansión de la matrícula universitaria desde 1920 y con el combate a la demagogia de Arturo Alessandri Palma —candidatura presidencial de Vicente Huidobro—, maduró con la resistencia y agitación necesaria en las casas de estudio para contribuir a la caída de la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo en 1931, se diversificó al ser piedra angular para la creación de alas juveniles en partidos políticos tradicionales interesados en cooptar las federaciones de las universidades, y llegó a su cénit en los años sesenta y setenta bajo el impulso del ideal revolucionario y reformista extendido en el cono sur. Todos estos procesos y hechos involucran la condición estudiantil, estableciendo unidades generacionales dentro de las conexiones y posición generacional propias de su tiempo, como la participación en las federaciones de estudiantes o movimientos políticos, el acceso e interés por el conocimiento, la formación de cuadros intelectuales, y la pretensión de magnificar la eficacia técnica y científica en beneficio de la sociedad. Tal como lo señalan Salazar y Pinto, "entre 1906 y 1973 la Universidad fue, pues, el *locus* institucional del protagonismo histórico de las juventudes chilenas —estuvieran o no matriculadas en ella—"[84].

En este caso, hacia el comienzo del gobierno de la Unidad Popular ya estaban fijadas las claves interpretativas de la posición generacional de las y los jóvenes: la comunidad

[83] Fabio Moraga, "«Ser joven y no ser revolucionario» La juventud y el movimiento estudiantil durante la Unidad Popular" en *Frágiles suturas. Chile a treinta años del gobierno de Salvador Allende*, comp. por Francisco Zapata (Ciudad de México: El Colegio de México, 2006): pp. 365-411.
[84] Gabriel Salazar y Julio Pinto, "Cabros chicos y jóvenes rebeldes en el siglo XX", p. 111.

juvenil internacional propiciada por la cultura del consumo y comunicación, y el ideal revolucionario propagado sobre todo por la Revolución Cubana. Volviendo a Margaret Mead, es quizá en este período de 1970 a 1973 cuando más visible se hizo el tránsito desde una cultura juvenil "posfigurativa" —adherida a las referencias culturales emanadas del mundo adulto—, hacia una "prefigurativa" en la que los jóvenes son sus propios referentes en la elucubración de la realidad sociocultural del presente y el futuro, más no ya los adultos[85].

Resumiendo la cuestión, es posible plantear la interrogante: ¿Qué era ser joven en este período? Considerando que este estudio se enfoca en las juventudes opositoras a la dictadura de Augusto Pinochet, es necesario responder con miras en las juventudes de izquierda, que serían lógicamente las perseguidas por el régimen y las que tendrán un papel clave en la lucha en su contra. De esta manera, sería tentador recurrir a la mítica frase dictada por Salvador Allende durante su discurso a la comunidad educativa de la Universidad de Guadalajara en México en 1972: que ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica. Visto desde arriba —siguiendo la tesis del trabajo de Peter Winn— el presidente Allende y la Unidad Popular definían con claridad el ideal del "ser joven" necesario para su coyuntura histórica, al cual demandaban una responsabilidad y ética revolucionaria imprescindibles para la construcción de la sociedad socialista. Decía Allende en aquel mismo discurso:

> "La juventud debe entender su obligación de ser joven, y si es estudiante, darse cuenta que hay otros jóvenes que, como él, tienen los mismos años, pero que no son estudiantes y si es universitario con mayor razón mirar al joven campesino o al joven obrero, y tener un lenguaje de juventud, no un lenguaje solo de lenguaje universitario"[86].

[85] Margaret Mead, *Cultura y compromiso*, p. 125.
[86] Salvador Allende, "Discurso pronunciado en la Universidad de Guadalajara en México," 2 de diciembre de 1972, *Marxists Internet Archive*, https://www.marxists.org/espanol/allende/1972/diciembre02.htm

En esta expresión, es notorio el recurso a la condición estudiantil de las juventudes para plantear una forma de ser orientada a la solidaridad y compromiso social, con la que Allende termina por imprimir a su discurso "una ética juvenil-revolucionaria, un deber ser juvenil, estudiantil y revolucionario"[87]. Era el llamado a cumplir un destino histórico, un conjunto de tareas que permitieran avanzar en la concreción de la "revolución" chilena. Ya lo había encomendado tempranamente el presidente en los primeros meses de su gobierno a sus jóvenes connacionales:

> "La juventud no podía ser espectadora de este gran proceso de transformación económica y social de Chile, la juventud es protagonista fundamental de esta etapa de la vida patria. Necesitamos, reclamamos y pedimos la energía creadora de la juventud, su lealtad revolucionaria que será puesta sin quebrantos al servicio de Chile y del pueblo (...) El cansancio más que centenario de los viejos luchadores será reemplazado por la energía juvenil, para hacer de Chile una patria distinta (...) La juventud tendrá que ser factor esencial en la transformación que esta sociedad injusta reclama, para dar paso a una nueva sociedad"[88].

A partir de estas alocuciones, es innegable que el modelo del "deber ser" joven que se pretendió estimular durante la Unidad Popular se nutría de un importante componente nacionalista y también de una acendrada "efebolatría" —usando el término de Víctor Muñoz. Lo interesante es que dichos componentes serán exactamente los mismos a los que recurrirán los militares al comenzar el proceso de refundación nacional una vez instaurados en el poder, con la diferencia de que su tarea sería satanizar el ideal juvenil gestado en el gobierno de Allende —simbólica y físicamente— y moldear uno nuevo a partir de un feroz anti marxismo y una fuerte homogeneidad sociocultural amparada en los valores y emblemas patrióticos. En este sentido, la dictadura llevaría adelante un proceso de representación juvenil

[87] Fabio Moraga, "«Ser joven y no ser revolucionario»", p. 371.
[88] Salvador Allende, "Discurso pronunciado en la Plaza de la Constitución al pueblo de Santiago," 21 de diciembre de 1970, *Marxists Internet Archive*, https://www.marxists.org/espanol/allende/1970/diciembre21.htm.

eminentemente reconstructivo, contrapuesto a la trayectoria democratizante de los actores sociales en el siglo XX, y nacido de las cenizas del proyecto sociopolítico socialista calcinado en el bombardeo a La Moneda. Por el contrario, estando en el poder, Salvador Allende nunca relegó a las juventudes disidentes a su sector político, más bien valoraba profundamente el actuar mancomunado de los jóvenes de izquierda con los democratacristianos, especialmente en instancias de trabajos voluntarios y de ayuda social, pues ello era símbolo de los "nuevos tiempos" en los que fuerzas políticas con identidades propias claramente definidas eran capaces de dialogar para beneficiar a todo el país[89]. Además, se encargó de criticar y rechazar las acciones violentistas y desórdenes públicos propiciados tanto por los jóvenes de la izquierda radical, cuyo mayor exponente era el MIR, como de los sectores de derecha representados por las juventudes de Patria y Libertad.

Pero esa transgresión juvenil revolucionaria, aún con la Unidad Popular en el poder, no solo era síntoma de una fortaleza y preparación política considerable en movimientos y partidos opositores al "reformismo" de Allende. En realidad, era una manifestación de que la conquista del gobierno seguía siendo un mero paso en el camino a la consecución del socialismo y la "nueva sociedad". Para los jóvenes revolucionarios, la figura del presidente era la de un populista, la de los parlamentarios una pléyade de funcionarios ineficaces en eterna pugna, y la de los partidos políticos una serie de agrupaciones con estructuras avejentadas y burocráticas. La conquista de la presidencia, del parlamento y la extensión de la fuerza política de los partidos eran considerados como parte de los objetivos y aspiraciones políticas "materiales" y "tangibles" que habían caracterizado largamente el historial combativo de las fuerzas de izquierda en la sociedad chilena. Tanto Carlos Huneuus como Francisco Rivera coinciden en que esta rebelión de las juventudes, más que nada de las juventudes estudiantiles, se debió a su posición generacional la cual, enmarcada en las

[89] Salvador Allende, "Entrevista para la revista Ramona" 11 de julio de 1972, *Marxists Internet Archive*, https://www.marxists.org/espanol/allende/1972/julio11.htm.

bonanzas "materiales" del Estado de Bienestar en los años sesenta, que había logrado mejorar los índices de crecimiento económico y cobertura social, en la que ya no lograban satisfacer los anhelos y valores "post materiales" centrados en la solidaridad, igualdad, libertad y compañerismo, en reemplazo de aquellas metas políticas más pragmáticas y tradicionalistas[90].

Y es que la cultura juvenil prefigurativa —actor esencial en la revolución desde abajo, si volvemos a Peter Winn— era más diversa e irreverente de lo que pretendían, y pudieron controlar, Allende y la Unidad Popular. Nuevamente, el ejemplo de la revolución en Cuba fue paradigmático y factor explicativo clave de este proceso. Bien lo ha sintetizado la autora Isabella Cosse:

> "El Che Guevara expresó el paradigma del «hombre nuevo» para el conjunto de la izquierda latinoamericana. Con su estatura heroica y su condición mítica, legitimó la estrategia de lucha y condensó las actitudes del revolucionario por excelencia. Sus textos habitaban a escala global en una profusión de formas: pintadas, canciones, consignas y volantes. Su figura, reproducida infinitamente, se volvió un emblema de rebelión y condensó las virtudes del revolucionario para los militantes encuadrados (...) Su figura legitimó el carácter sacrificial de la militancia revolucionaria"[91].

En efecto, la cultura juvenil revolucionaria no sería simplemente un actor social más dentro del oficialismo. La construcción del "hombre nuevo", personaje indispensable para edificar esa "nueva sociedad", traía consigo la necesidad de mantener la autonomía juvenil, estimular su capacidad dirigencial en las fuerzas de izquierda y evidenciar el fracaso de los mecanismos de lucha conducidos por las generaciones precedentes, con lo cual se reafirmaba su propia identidad y conciencia política. En definitiva, se trataba de "sumar y no ser

[90] Carlos Huneeus, *La Reforma Universitaria*…, 24; Francisco Rivera, "El 68´ Chileno", p. 183.
[91] Isabella Cosse, "Masculinidades, clase social y lucha política (Argentina, 1970)", *Revista Mexicana de Sociología* 81, no. 4 (2019): pp. 825-854. En su análisis, la autora hace hincapié en que esta concepción heroica del sacrificio y la muerte en nombre de la revolución, no impedía la pervivencia de una matriz sensible, tierna y emotiva en la masculinidad revolucionaria. Allí se amalgamaban los sentimientos y lo político, tanto para estructurar códigos y valores en los movimientos y agrupaciones, como para distinguirlos de a quienes se enfrentaban.

sumados", frase que le dijera Miguel Enríquez, secretario general del MIR, al mismísimo Fidel Castro durante su visita a Chile en 1971, en el contexto de la apelación del revolucionario cubano a la unidad de la izquierda chilena, cuestión que para Enríquez implicaba que la energía política de los jóvenes revolucionarios no fuera fuera diluida o cooptada por el oficialismo y los partidos dispuestos a formar alianzas con la DC y grupos conservadores.

Las juventudes del período se sentían como las verdaderas portadoras del futuro y el espíritu revolucionario, cuestión que se expresó, como hemos visto, principalmente en la participación y organización política. Pero además de la participación en distintas instancias y espacios de politización, las y los jóvenes "también fueron gestando elementos culturales específicos —muchos de ellos disímiles—, desplegando prácticas propias como jóvenes"[92]. Es decir, si bien la política y el compromiso con la deseada revolución fueron de los modelos juveniles más destacados del periodo, extendiéndose también a esferas como el teatro, la literatura y las artes, la riqueza cultural llegó mucho más lejos y a través de distintos canales, demostrando las múltiples transformaciones socioculturales que estaban aconteciendo en las juventudes. Revistas como *Ramona* —perteneciente a las Juventudes Comunistas—, *Onda* —editada por Quimantú— y *Ritmo* —de la editorial Lord Cochrane—, independientemente de la mayor o menor politización en sus páginas, daban cuenta e ilustraban a una juventud alegre, enérgica, colorida y diversa, si bien protagonista en la política, también enfocada en instancias de sociabilidad que integraran las "tendencias" del momento, como el uso de cabellos y barbas largas, *jeans*, faldas cortas, escuchar música rock, establecer relaciones de *pololeo* y tener una mayor apertura sexo afectiva.

Ciertamente, la cultura juvenil revolucionaria, y las culturas juveniles politizadas en general, establecieron distancias intergeneracionales e intrageneracionales claras con los

[92] Yanny Santa Cruz, "Entre la diversión y la revolución: experiencias culturales de los jóvenes de izquierda durante la Unidad Popular", *Última Década* 28, no. 53 (2020): p. 125-151.

adultos de mayor trayectoria política y con los jóvenes menos "radicales", respectivamente. Es lo que Yanko González ha señalado como la escenificación de su alteridad tribalizada, que habría de expresarse en cinco dimensiones constitutivas básicas, comunes a toda cultura juvenil a partir de la segunda mitad del siglo XX.

En primer lugar, delineaban un lenguaje propio, con palabras, entonaciones, frases, lemas y términos distintivos, como *grosso*, *compañero*, "avanzar sin transar" o "patria o muerte". En segundo lugar, siendo una de las más elocuentes, la música era una señal de identificación generacional, histórica y colectiva, simbolizada por la Nueva Canción Chilena —o la Nueva Ola para otras subculturas— y su compromiso social con las clases populares. En tercer lugar, una estética representativa de la colectividad, por medio de peinados, atuendos y prendas que combinaban distintos *looks*. En cuarto lugar, una amplia producción y difusión de símbolos y emblemas culturales como murales, lienzos, afiches, panfletos, documentos y libros, que reafirmaban las fronteras entre grupos y movimientos. Finalmente, la participación en actividades focales propias de cada colectividad servía para fortalecer el proceso de identificación juvenil, en especial por medio de instancias de sociabilidad cultural, política o intelectual, caso de las *peñas*, asambleas, tomas, marchas y mítines[93].

En pocas palabras, la juvenilización durante los años sesenta hasta 1973 está representada "por un proceso sociocultural transversal que interpela a un horizonte de culturas juveniles", especialmente la revolucionaria[94]. La política fue, pues, no solo un instrumento para el cambio social y la expresión del nuevo idealismo juvenil, sino también una oportunidad de significar y enriquecer la vida misma, tanto cultural, intelectual e identitariamente, que signó a múltiples unidades generacionales del período. Y los jóvenes estudiantes, con aquel destino histórico que los llamaba a impulsar esas transformaciones,

[93] Yanko González, "Sumar y no ser sumados", pp. 121-124.
[94] Ibíd, p. 125.

construyeron ese crisol de identidades en mayor medida desde los movimientos estudiantiles al interior de colegios, institutos y universidades[95].

Con la irrupción del golpe de Estado en 1973, el conjunto de esa diversidad y pluralidad identitaria fue desmantelada. Y es que para la dictadura de Pinochet, era necesario sofocar no solo cualquier conato de resistencia u oposición, sino además todo el aparataje cultural e identitario que había caracterizado a las juventudes, pues era incompatible con los principios y valores castrenses que ahora regían con mano de hierro el país bajo el fundamento de extirpar el cáncer marxista. La posición generacional había cambiado, las conexiones dejaron de articularse en torno al proceso modernizador de la sociedad, y en su lugar se configuraron a partir del grado de adhesión al régimen violentista de los militares, pero para ello, las juventudes tendrían que sobrevivir y adaptarse al largo período represivo que caracterizó a los años setenta posteriores al golpe mientras se profundizaba el proceso de refundación nacional. Finalmente, las unidades generacionales de jóvenes de izquierda o reacios al orden político de la dictadura, renacerán tímidamente a fines de esa década, entre la clandestinidad y la lucha discreta, donde nuevamente, los espacios universitarios y organizaciones estudiantiles adquirieron un claro protagonismo sobre todo a partir de la década de los años ochenta.

[95] Víctor Muñoz y Carlos Durán, "Los jóvenes, la política y los movimientos estudiantiles en el Chile reciente. Ciclos sociopolíticos entre 1967 y 2017", p. 134.

CAPÍTULO II

LOS AÑOS SESENTA, EL GOLPE DE ESTADO Y LA DICTADURA EN LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN. LA REPRESIÓN SOBRE LAS JUVENTUDES ESTUDIANTILES

La pluralización política y cultural juvenil que había caracterizado a la sociedad chilena principalmente a partir de la década de 1950, terminó abruptamente con la consumación del golpe de Estado de 1973. A partir del mismo 11 de septiembre, la oleada represiva no estuvo dirigida solo contra los declarados enemigos *auténticos* de la patria, es decir, miembros de la UP, miristas, mapucistas, líderes estudiantiles o civiles anti golpistas. También se destinó a combatir y derribar todo el aparataje político, social y cultural *simbólico* gestado durante el derrocado gobierno de Salvador Allende, y que fuera insignia de su inédito proceso de construcción del socialismo.

En el Gran Concepción, la insurgencia militar fue rápida y eficaz. La ciudad se convirtió en la segunda del país con mayor número de detenidos y víctimas de violencia en los meses posteriores a aquel martes 11 de septiembre. La rudeza militar y su férreo control de los espacios públicos en la conurbación resultó ser una cuestión lógica en la mentalidad castrense, dado que tanto Concepción como sus localidades adyacentes —mayormente Talcahuano, Tomé, Penco, Coronel y Lota— eran consideradas como bastiones del Partido Comunista y Socialista, y de la izquierda en general. Por su parte, la Universidad de Concepción se había convertido en el núcleo político, social y cultural de la ciudad, siendo el escenario para incontables jornadas de protesta, agitación, difusión artística, tertulias, voluntariados, discusiones intelectuales y, claramente, espacio predilecto en la organización de partidos y movimientos políticos.

Pero además, esta universidad tenía la particularidad que desde sus inicios, las labores de sus estudiantes estuvieron estrechamente relacionadas con la asistencia e impulso social y económico del Gran Concepción —actual región del Biobío[96]. Además, las instancias de participación y discusión política fueron abiertas a la población, a la cual se le invitaba a formar parte de talleres, jornadas de capacitación para obreros, programas de alfabetización y operativos de salud y alimentación. De esta forma, la unidad obrero-estudiantil, y entre universidad-comunidad, fueron un rasgo fundamental en la trayectoria de la institución. Con la designación de rectores a las pocas semanas del golpe, la orientación cambió radicalmente hacia una gestión centrada principalmente en la eficacia científica y tecnológica para el desarrollo de la región y el país. La condición de estudiante universitario pasó de ser un derecho —perseguido por el movimiento estudiantil— a un privilegio solo destinado a los jóvenes con mejor rendimiento académico. Pero para impulsar estas transformaciones, fue necesario no solamente asegurar el control de la Universidad de Concepción, sino además reestructurar su funcionamiento, por medio de la depuración de la planta de funcionarios, docentes y, por supuesto, del sector estudiantil, tanto en lo concerniente a la permanencia de todos los miembros de los estamentos, como de los lineamientos que traía consigo la nueva administración.

Así, este capítulo se propone identificar los mecanismos represivos empleados por las autoridades militares en la Universidad penquista especialmente sobre la figura y cultura del estudiante, en relación y contraste con esa diversidad política identitaria que había caracterizado al período de gobierno de la UP. Para establecer el cambio suscitado en el campus con el ascenso de los militares, primero es menester delinear el contexto político y social que se vivía desde mediados del siglo XX en la ciudad y su universidad, considerando

[96] Para una introducción a la Historia fundacional de la casa de estudios y las principales personalidades que gestaron su nacimiento, véase Augusto Vivaldi C. y Carlos Muñoz L., *Para una Historia de la Universidad de Concepción*, (Concepción: Ediciones Universidad de Concepción, 1994).

los aires de reforma y revolución que se extendían a lo largo del país durante los años sesenta, tal y como se ha planteado en el capítulo anterior.

La reforma universitaria en la Universidad de Concepción

No hay duda de que la trayectoria de la Universidad de Concepción desde su fundación en 1919 hasta septiembre de 1973 puede entenderse como la consolidación de un proyecto político, social, cultural y educativo propio de la ciudad y región. No solamente fue creciendo su infraestructura, mejorando la calidad de sus docentes e investigadores y ampliando su oferta educativa. Desde sus inicios, la Universidad fue permeada por las necesidades y problemáticas que aquejaban a la población penquista y de sus alrededores. Mortalidad infantil, desnutrición, epidemias, desempleo y pobreza eran solo algunas de las dificultades que mermaron la calidad de vida de los habitantes, y que motivaron el levantamiento y extensión de la institución.

De igual manera, el activismo y organización estudiantil estuvo presente casi desde el nacimiento mismo de la Universidad, mucho antes que la aparición del Campanil, el "Arco" —hoy Facultad de Ciencias Biológicas—, del Foro y el campus como se le conoce. Fue en mayo de aquel 1919, en el salón de actos del Liceo de Hombres, donde se fundó la FEC, con Eliacer Mejías como primer presidente y Elisa Guerrera con Guillermo Hardie en el cargo de vicepresidentes[97]. La joven FEC no fue muy distinta a la que se conocería en el transcurso del siglo, pues tempranamente se propuso como objetivos de trabajo el ir en auxilio de aquellas contrariedades que sufría la población. Conforme avanzaban los años de la década de 1920 y 1930, llevó adelante la creación de un periódico universitario, un Liceo Popular y también una Universidad Popular, medidas todas destinadas a estrechar el vínculo entre la Universidad y su comunidad, por medio de cursos, talleres, capacitaciones técnico-laborales y actividades culturales de todo tipo.

[97] Danny Monsálvez, *La Reforma Universitaria de 1968*, p. 97.

Asimismo, la madurez política de los estudiantes y la FEC fue progresiva y acorde al contexto nacional e internacional. La acción y sensibilidad social del movimiento estudiantil se correspondería con el apoyo a la candidatura presidencial de Pedro Aguirre Cerda en 1938 y a una toma de conciencia de la necesidad de contar con espacios directos de participación en la toma de decisiones en los espacios universitarios. Si bien los procesos de reforma que hemos analizado con anterioridad son alusivos al período de los "largos años sesenta", bajo la agudización del conflicto bipolar mundial y el divisionismo político de la sociedad chilena, lo cierto es que la palabra *reforma* —entendida como la necesidad de modificar alguna parte de la estructura universitaria— estuvo presente en el léxico de los estudiantes penquistas por lo menos desde 1940.

Dicha década estuvo marcada por los primeros grandes episodios de movilización estudiantil en la Universidad[98], iniciado entre 1944 y 1945, cuando los estudiantes habían comenzado a exigir la inclusión de sus representantes en los consejos de todas sus facultades. Por más que no hubo registro de mayores medidas de presión sobre las autoridades universitarias, la organización y capacidad analítica de los estudiantes era inédita para las primeras décadas de vida de la casa de estudios. Quizá por esa misma ausencia de estrategias confrontacionales, la rectoría de Enrique Molina Garmendia recibió con agrado la solicitud del colectivo, no obstante el Consejo Universitario dictaminó imposible conceder voto a los estudiantes en los consejos de facultad, debido al contenido mismo de los estatutos institucionales. Por lo tanto, se acordó otorgar espacio a un representante de los estudiantes en las sesiones de cada facultad, pero únicamente con derecho a voz.

No transcurriría mucho tiempo hasta que en 1947 se volverían a levantar las demandas por la concesión del voto a los estudiantes y también de reformas más estructurales. Entre ellas la ampliación de la Junta General de Socios, en la que se exigía la participación estudiantil, así como también en la designación de los directivos. La lucha por democratizar la

[98] Ibíd, pp. 97-138.

Universidad iba acompañada de la exigencia de voto en los consejos de facultades y también de la remoción de todos los docentes mal calificados por los estudiantes en instancias de revisión de la calidad académica y pedagógica. La mala recepción de rectoría ante la mayor parte de las exigencias motivaron una larga huelga estudiantil que alcanzó un eco mediático en distintas universidades del país y en la prensa local. Ante la presión, la dirección de Enrique Molina resolvió aceptar la revisión de estatutos, concesión de representación en los organismos resolutivos y voto en los consejos de facultad.

Pero la concreción de una reforma universitaria plena aún debía pasar por varias etapas. Se realizó un inédito Congreso de profesores, estudiantes y administrativos en 1952 para revisar en conjunto los problemas de la Universidad y la educación nacional, con el fin de articular la base para una reforma estructural profunda que pusiera a la casa de estudios en sintonía con las necesidades de la sociedad. La FEC, además, fue muy crítica ante las metodologías de enseñanza de los docentes y las competencias académicas de muchos de ellos, lo cual acompañaron con nuevos clamores por reformar el funcionamiento de los Institutos de estudios, poder calificar el desempeño del profesorado y ampliar las cuotas de participación estudiantil y docente en el Consejo Universitario y de facultades. En 1955, la situación escaló a una larga huelga estudiantil ante la negativa de Enrique Molina de constituir una Comisión de Reforma Tripartita —académicos, estudiantes y autoridades—, sin la participación del directorio.

La renuncia de Molina a la rectoría en 1956, a raíz de sus problemas de salud, y empañada por aquellos hechos señalados, causó el ascenso de David Stitchkin Branover como rector en el período 1956-1962, y de Ignacio González Ginouvés para el de 1962-1968. La principal característica de ambos rectores, fue que se abocaron a realizar reformas de corte académico e investigativo en el funcionamiento de la Universidad, más no en la profundización de la democracia y participación docente y estudiantil al interior de ella. La

Universidad de Concepción se mantenía sin grandes transformaciones en esta materia a medida que los vientos de la reforma soplaban con fuerza en distintas áreas del país a mediados de los años sesenta.

Con el triunfo de Eduardo Frei en 1964, y el distanciamiento cada vez mayor que la izquierda —liderada por el Frente de Acción Popular (FRAP)— tomaba de su gobierno y la DC —a causa de su tímida capacidad de reformar las estructuras socioeconómicas— la radicalización de parte de la izquierda caló profundo especialmente en sus cuadros juveniles. Entre escindidos y exiliados, reacios al discurso de la DC y al de la izquierda moderada, surgieron el MAPU, la Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP) y el MIR. Este último, por haberse constituido en 1965 con la participación de los estudiantes penquistas Miguel Enríquez y Bautista Van Schouwen, miembros de la Vanguardia Revolucionaria Marxista-Rebelde, tuvieron especial repercusión en la política de la Universidad y la ciudad. El MIR sellaría el término de los años en que la FEC estuvo presidida por la Democracia Cristiana, en ese 1966 bajo la persona de Luis Guenchor Roussel. El propio conflicto interno del partido y gobierno de Frei —los alcances del progresismo reformista— aterrizó igualmente en las células y bases del partido que conducían la FEC. Esa desatención al conflicto estudiantil en la UdeC, y el retraso de una reforma legítima y deseada desde hacía tiempo, haría perder votos a la Democracia Cristiana Universitaria (DCU) en 1as elecciones de 1967, que se orientarán en favor del Movimiento Universitario de Izquierda (MUI), culminando con el triunfo del estudiante de Medicina Luciano Cruz como nuevo presidente[99]. A partir de este hecho, la FEC sería conducida por la izquierda todos los años hasta el día del golpe de Estado en 1973.

En este escenario en el que se radicalizaba la posición ideológica de estudiantes, partidos y movimientos en la universidad, el rector Ignacio González no pudo responder con eficacia, claridad y precisión a la nueva realidad de la casa de estudios. Cuando propuso la

[99] Carlos Huneeus, *La Reforma Universitaria*…, p. 73.

creación de una Comisión Tripartita en el segundo semestre de 1967, similar a la que Enrique Molina había rechazado en 1955, faltaba menos de un mes para que el MUI y Luciano Cruz triunfaran en los comicios de Federación, además de que la proclama estudiantil por el cogobierno universitario estaba ya muy difundida entre los jóvenes penquistas de izquierda. Por ello, sería el mismo David Stitchkin quien triunfaría en la elección de rectoría de 1968, como candidato de la masonería y dispuesto a impulsar una reforma universitaria que, una vez concluida, pudiera inaugurar la nueva etapa de la institución con un nuevo rector democráticamente electo, posterior a la renuncia de su cargo.

Con tales atribuciones, se logró concretar la reforma universitaria. La Comisión de Reforma, dividida en tres subcomisiones, estuvieron compuestas por 128 miembros, con una proporción del 60% para representantes del gremio docente y un 40% para los estudiantes. Una de las más importantes medidas defendidas durante el proceso por Stitchkin y miembros de las comisiones, fue la constitución de un Claustro Pleno en el que se consagrara el voto de todos los estudiantes en la designación de nuevas autoridades, que finalmente tendría una ponderación del 25% en los resultados electorales del Claustro. Así en noviembre de 1968 se promulgaba, con la firma de Frei, el Decreto Supremo que legalizaba la reforma universitaria, que permitió ratificar los nuevos estatutos, constituir el Consejo Superior en reemplazo del antiguo Consejo Directivo Universitario, y comenzar a implementar el proyecto de reforma elaborado[100].

Poco después, en diciembre de 1968 se celebraron las primeras elecciones de rector en el marco de la nueva idea de Universidad propiciada por la reforma, que contó con una ponderación del 72% para el voto de académicos, 25% para estudiantes y 3% para no académicos y funcionarios. El inédito proceso trajo consigo la postulación de cinco candidatos a la rectoría: el médico y profesor Edgardo Enríquez Frodden, apoyado por el Partido Radical (PR) y la masonería; Manuel Sanhueza Cruz, abogado y director de la

[100] Danny Monsálvez, *La Reforma Universitaria de 1968*, pp. 207-210.

Escuela de Derecho, también del PR pero con el beneplácito de su presidente Hugo Miranda; el profesor de derecho civil Emilio Rioseco Enríquez, representando a la DC; el médico Hernán San Martín, apoyado por el PC; y Mario Riccardi, químico farmacéutico que presidía el Instituto Central de Biología y contaba con el apoyo de la FEC y el MIR[101]. La primera mayoría sería obtenida por Edgardo Enríquez, y la segunda por Emilio Rioseco, tras lo cual, en la segunda vuelta, sería finalmente Enríquez quien se adjudicaría la rectoría.

En el caso del puesto de vicerrector, se presentaron Galo Gómez Oyarzún, socialista y que contaba con apoyo del MIR; Lorenzo González Coppola, acompañando la candidatura del radical Sanhueza Cruz a rectoría; y Luis Muñoz por la DC. Serían Gómez y González los que alcanzarían las dos primeras mayorías, cuya resolución en la segunda vuelta daría por triunfador al profesor Galo Gómez. Por lo tanto, la primera elección triestamental de las autoridades universitarias, fruto de la reforma conseguida, proclamaba al radical Edgardo Enríquez Frodden como rector y al socialista Galo Gómez Oyarzún como vicerrector.

De esta manera, la Universidad de Concepción se adecuaba a los nuevos tiempos y a la realidad sociopolítica de reforma y revolución que se extendía en Chile y América Latina. Sin embargo, para gran parte de los jóvenes estudiantes de izquierda, el proceso no se detenía allí, sino que debía ser el comienzo de un acercamiento estrecho de la Universidad al "pueblo", sus necesidades y exigencias. El triunfo de Salvador Allende en 1970 no haría más que agudizar el radicalismo de algunos y la intransigencia de otros, a medida que el factor de exclusión mutua entre los tres grandes proyectos de sociedad imperantes —izquierda, centro y derecha—[102], caló hondamente en las mentalidades juveniles y su acción política.

[101] Carlos Huneeus, *La Reforma Universitaria*…, p. 76.
[102] Isabel Torres Dujisin, "La década de los sesenta en Chile: la utopía como proyecto", *Historia Actual Online*, no. 19, (2009): pp. 139-149.

La Universidad de Concepción durante la Unidad Popular

El ascenso del MIR a la conducción de la FEC en 1967 era un acto representativo de la "izquierdización" política que estaba gestándose en la provincia de Concepción. De hecho, el triunfo de Salvador Allende en las elecciones presidenciales de 1970 fue en gran parte posible por la cantidad de votos conquistados en las áreas de mayor concentración proletaria, casos de Tarapacá, Antofagasta, Arauco y, por supuesto, Concepción, donde se impuso con el 48,3% de los votos, uniéndose a las diez provincias de un total de veinticinco en el país en las que la Unidad Popular logró la primera preferencia[103]. Mientras que a nivel local, Allende triunfó en todos y cada uno de los departamentos que componían la provincia penquista por considerables mayorías[104].

La propia FEC se convertiría en uno de los principales organismos gestores de la defensa del triunfo popular ante el posible desconocimiento de los resultados por parte de la derecha. Y una vez consolidada la presidencia de Allende, la FEC se orientó a estrechar la unidad obrero estudiantil y de la Universidad con las problemáticas de la provincia, con miras a construir el socialismo en compañía del gobierno. Pero parte importante del cumplimiento de estos objetivos solo se cumplirían si se lograba profundizar la democratización universitaria a nivel de participación estudiantil, por un lado, y de la admisión de una mayor cantidad de alumnos provenientes del mundo popular, por otro[105]. No solo se trataba de contar con más brazos para levantar el proyecto de sociedad socialista, sino además de ofrecer

[103] Mario Amorós, *Allende. Biografía política, semblanza humana*, (Santiago: Penguin Random House Grupo Editorial, 2023): p. 262.
[104] Para una profundización en los fenómenos electorales de Concepción en tiempos recientes, véase José Díaz Nieva y Mario Valdés Urrutia, "Historia electoral de la provincia de Concepción en tiempos de la Unidad Popular", *Tiempo y Espacio*, no. 35, (2016): pp. 121-146.
[105] En sintonía con la expansión espectacular de la matrícula universitaria a nivel país, la Universidad de Concepción pasó de tener 7.079 estudiantes en 1970 a 10.999 en el año 1971, representando un crecimiento del 55,4%. Hacia 1972 se registraron un total de 14.340 matriculados, es decir, hubo un crecimiento del 30,3%. Finalmente, hasta el primer semestre de 1973 se contabilizaron 19.437 estudiantes, lo que representó un 35,5% de crecimiento. Las cifras contemplan a todas las sedes de la Universidad hasta el momento del golpe de Estado, a partir del cuál la tendencia de matriculados irá a la baja durante la década de 1970. *Memorias Universidad de Concepción 1971-1973*, Universidad de Concepción.

oportunidades de mejoramiento en la calidad de vida por medio de la educación universitaria, canalizando el estudio y la investigación hacia el desarrollo económico y social del país.

En este sentido, los estudiantes de la Universidad de Concepción no fueron ajenos a la efervescencia política, la polarización y la politización extrema que aconteció en el país sobre todo tras el ascenso de Allende al poder[106]. La izquierda, representada por miembros de la Unidad Popular —comunistas, socialistas y MAPU— y el MUI —perteneciente al MIR— mantuvo una difícil y frágil alianza en las elecciones de la FEC, a raíz de la propia contradicción entre sus interpretaciones del proceso revolucionario y el rol del gobierno popular, es decir, de la construcción del socialismo en el marco de la institucionalidad burguesa o mediante la insurrección popular armada.

La DCU, por su parte, se mantuvo en su propia senda luchando con el mismo conflicto elemental de su partido, que era la contraposición entre su ala progresista favorable a transar con la Unidad Popular, y el ala más cercana a la derecha que era reacia a los cambios estructurales, por lo menos hasta el asesinato de su dirigente y ex ministro Edmundo Pérez Zujovic en junio de 1971, tras lo cual sufrió una ruptura total en sus relaciones con la Unidad Popular.

Con respecto a la derecha, que se autoimpuso enfrentar al gobierno por medio de una victoria estratégica en las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, constituyó en enero de 1972 la Confederación Democrática (CODE) en alianza con la ya oposicionista DC. Así es como se va a crear en la Universidad el Frente Universitario (FU), que reunía a los jóvenes estudiantes del PN, a miembros de la DCU y a los gremialistas. En conjunto, además de ser férreos opositores al gobierno popular, también lucharon por despolitizar a la Universidad de Concepción, lo cual creían que era el resultado de la conducción errónea de la institución —personificada en Edgardo Enríquez como rector masón y padre de Miguel Enríquez, junto

[106] Javier González Alarcón, "El movimiento estudiantil en el Gran Concepción durante los mil días del gobierno popular", pp. 173-174.

con Galo Gomez, vicerrector militante del Partido Socialista— y la instrumentalización de ella y sus espacios por parte de los partidos políticos de izquierda- especialmente el MIR, que tuvo su mayor apoyo en esta casa de estudios[107].

Aún dentro de este convulsionado escenario político, la izquierda logró salir victoriosa en las elecciones de la FEC durante todo el mandato de Salvador Allende. El fomento de los trabajos voluntarios, la creación de sedes de la Universidad de Concepción y de la UTE en Coronel y Lota, respectivamente, las escuelas de verano de marcada asistencia social en Arauco y pueblos hacia el sur, la mancomunión en huelgas, protestas y tomas, y las múltiples instancias de difusión cultural e investigativa, fueron todas instancias que reforzaban el lazo de la Universidad y la sociedad que la rodeaba, contribuyendo a preservar la orientación izquierdista de la zona a nivel estudiantil y sindical.

De esta forma, las juventudes locales buscaban responder al llamado que hiciera primero el FRAP y después la Unidad Popular sobre el destino ineludible del joven estudiante y profesional chileno en el camino al socialismo. La construcción de la fuerza popular requería sacar a los estudiantes de las aulas a cumplir, mediante ese vigor juvenil, las tareas propias del proceso en los campos, industrias, fábricas, minas y calles en las que se disputaba la estabilidad del gobierno popular y el futuro de la revolución.

Y en una zona como el Gran Concepción, con características sociopolíticas e históricas ligadas a la proletarización de las masas, que sufrió las consecuencias de la dependencia económica exportadora de materias primas y del paternalismo industrial a lo largo de los siglos XIX y XX, la conducción de las fuerzas políticas necesariamente debía discutirse al interior del campus de su Universidad más importante y longeva en esa zona del país. La cuestión era precisar en función de qué objetivo se desplegaba la acción de la institución, si

[107] Ibíd, p. 177-178.

acaso para preservar el *status quo*, o contribuir genuinamente al proceso revolucionario[108]. La juventud nuevamente era llamada a ser protagonista.

Ejemplo de ello fue la visita que realizó en mayo de 1971 el presidente Allende a la Universidad de Concepción, en las que señalaba, dirigiéndose a los "compañeros estudiantes", que el subdesarrollo no solo debía ser derrotado en lo económico, por medio de la liberación política, sino también en lo científico y cultural, lo cual requería conciliar necesariamente lo político y lo estudiantil. Por ello les recordaba *su* propio lema a los oyentes: "estudiar y luchar", para formar una juventud vigilante del proceso revolucionario sobre las bases del estudio, la lucha, la crítica y la creatividad[109].

Así pues, la pretensión de los estudiantes de la Universidad de Concepción por irradiar la fuerza de los cambios a las ciudades y poblaciones circundantes tenía por finalidad hacer avanzar el proyecto del gobierno popular y allanar el camino a la consecución del socialismo. Particularmente, hubo dos episodios que evidenciaron el compromiso inclaudicable de la juventud universitaria penquista con el contexto histórico que vivían.

En primer lugar, la visita de Fidel Castro al país entre noviembre y diciembre de 1971 marcó uno de los hitos más relevantes —y polémicos para algunos— del gobierno de Salvador Allende. En su paso por Concepción, visitó la cuenca del carbón de Lota y Coronel, la ciudad textil de Tomé, la siderúrgica Huachipato en Talcahuano y, el 18 de noviembre, valoró con entereza su llegada a "esta famosa" —en sus palabras— Universidad de Concepción. Su alocución, de espaldas al Foro y mirando hacia el en ese entonces Arco de Medicina, concitó la aglomeración de miles de jóvenes estudiantes de todas las facciones políticas. No solo respondió preguntas de los movimientos y partidos de izquierda, sino también de los miembros de la DCU e inclusive de la JNU. En aquella instancia, ratificó el carácter revolucionario del proceso chileno y exhortó a los jóvenes estudiantes y militantes a

[108] Pablo Araneda, Yerko Aravena y Manuel Márquez, «La reforma es solo un paso»…, p. 212.
[109] Archivo Salvador Allende, *Las tareas de la juventud. Estudio. Trabajo. Compromiso. Salvador Allende.* 2ª ed. (México D.F.: Universidad Pedagógica Nacional, 1990): pp. 63-66.

construir la conciencia política y de clase en la población chilena. El acto fue similar a una unción para los jóvenes revolucionarios penquistas, ya que representó un refuerzo positivo al camino recorrido y al futuro que se vislumbraba para Chile.

En segundo lugar, en el transcurso de 1972, bajo los primeros síntomas visibles del estancamiento económico y el crecimiento de la inflación, se llevó a cabo el 27 de julio la Asamblea del Pueblo en el Teatro Concepción, una instancia de discusión y crítica sobre la representatividad del parlamento nacional para la concreción de las demandas y proyectos políticos populares. Participaron en ella el Partido Socialista, Radical, Izquierda Cristiana, el MAPU y el MIR, además de una pléyade de ciudadanos pertenecientes a distintos sindicatos, campamentos, organizaciones campesinas, barriales y, claramente, estudiantiles. De la Universidad de Concepción acudió Manuel Rodríguez, socialista y presidente de la FEC en ese año, el MUI y numerosos centros de estudiantes además de miembros del Consejo Superior de la Universidad[110]. Más allá de la severa crítica y rechazo que encontró la asamblea sobre todo en la figura de Salvador Allende y el Partido Comunista, lo cierto es que representó una inédita jornada de expresión política popular y local, la cual, aludiendo a las condiciones históricas de Concepción, sumado a la reticencia de un parlamento considerado como representativo de los intereses de la burguesía y no de las clases dominadas, pretendió fortalecer al gobierno de la Unidad Popular mediante la participación directa y auténtica de la ciudadanía en la forma de hacer la revolución.

Ciertamente, parte importante de la notoriedad adquirida por la Universidad de Concepción de este período en adelante, se debió al estremecido ambiente confrontacional entre las facciones políticas. Además, los hechos de violencia imprimieron un rasgo característico a la percepción de lo que ocurría en el campus y la ciudad durante los mil días del gobierno de Allende. Entre 1971 y 1972 acaecieron mayormente hechos de violencia

[110] Danny Monsálvez, "La asamblea del pueblo en Concepción. La expresión del poder popular", *Revista de Historia* 2, no. 16 (2021): pp. 37-58.

ligados a tomas de terrenos, fundos, fábricas y edificios educativos, contabilizados en 278 para ese bienio. Pero en 1973, predominaron los actos de violencia callejera entre civiles con 130 registros hasta el 11 de septiembre, más un saldo de 7 fallecidos a consecuencia de los distintos episodios de tomas y confrontaciones[111]. Los decesos con mayor repercusión local, es decir, los de los jóvenes Arnoldo Ríos Alarcón, mirista y exvicepresidente del Centro de Periodismo de la Universidad en 1971, y Eladio Caamaño Sobarzo, estudiante del Liceo N°3 de Concepción en 1972, fueron simbólicos de la penetración del conflicto y actividad política en la juventud estudiantil, tanto a nivel universitario como secundario[112].

Si el rectorado de Edgardo Enríquez Frodden, secundado por la vicerrectoría de Galo Gómez Oyarzún, entre 1968 y 1972, puede considerarse como una gestión de izquierda según la politización tripartita de la época, en la que se acentuó fuertemente la noción de la institución como una universidad militante y "roja", las elecciones para designar al rector de 1973, celebradas en noviembre de 1972, dieron el triunfo a Carlos Von Plessing Baentsch, químico farmacéutico y académico de la Universidad, de una postura mucho más distante del gobierno de Allende de lo que Edgardo Enríquez había demostrado. En aquella ocasión, Von Plessing recibió el apoyo del FU, es decir, de los adherentes a la derecha y también a la DC, algo que influyó considerablemente en la votación de los estamentos, ya que logró la mayoría de las preferencias entre estudiantes y docentes. Como resultado, se alzó con el 53,14% de los votos, superando el 40,32% conseguido por el saliente vicerrector Galo Gómez, secundado por la Unidad Popular, y el 5,95% de Francisco Bravis en representación del MUI.

La breve duración del rectorado de Von Plessing sufrió los efectos de una politización y enemistad extremas en la Universidad. Desde ocupaciones de edificios, conflictos por

[111] José Díaz Nieva y Mario Valdés Urrutia, "Confrontación y violencia política en Concepción en los días del presidente Allende (1970-1973)", *Cuadernos de Historia*, no. 50 (2019): pp. 103-133.
[112] Para una aproximación al activismo político de estudiantes secundarios en Concepción, consulte el trabajo de nuestra autoría, Diego Portiño, "«Estudiar y luchar». Las juventudes estudiantiles secundarias del Gran Concepción en el gobierno de la Unidad Popular", en *Concepción y la "vía chilena al socialismo". Del triunfo popular al golpe de Estado. 1970-1973*, ed. por Danny Monsálvez (Concepción: Ediciones Escaparate, 2023): pp. 143-176.

denuncias de adoctrinamiento marxista en las aulas, protestas por la insuficiencia de plazas en los hogares universitarios, increpaciones por la resolución pendiente de diversas cuestiones, entre otros. Enmarcada en una crisis económica severa, junto a una agudización de los hechos de violencia en el campus entre los sectores políticos, la gestión de Von Plessing se enfrentó a un momento culminante de la Historia universitaria en la que se ponía en descarnada discusión el lugar, estructura y esencia que ocupaba la institución en la coyuntura política que atravesaba el país. Todo este escenario cambiaría abruptamente tras el martes 11 de septiembre de aquel 1973.

El golpe de Estado y la reestructuración de la Universidad

Contrariamente a lo que creyeron los militares previo y durante la realización del golpe de Estado, la Universidad de Concepción supuso un objetivo estratégico relativamente fácil de controlar e intervenir. Pero debido a esa noción de que el campus representaba un foco de agitación y concentración de marxistas, la represión fue certera, rápida y eficaz. En lo que hasta entonces era una normal jornada de día martes 11 de septiembre, los miembros de las Fuerzas Armadas y Carabineros comenzaron a circundar la Universidad, instalando piezas de artillería en lugares tácticos y procediendo a la ocupación de los edificios entre las ocho y las diez de la mañana, con especial atención a los hogares universitarios, la Radio Universidad de Concepción y escuelas de carreras humanistas y de ciencias sociales.

Los allanamientos pretendían sofocar cualquier conato de resistencia armada, a la vez que conducir a todos los académicos, docentes, funcionarios y estudiantes adherentes a la Unidad Popular a los centros de detención, especialmente a la Base Naval de la Armada en Talcahuano, la Escuela de Grumetes en la isla Quiriquina y el Estadio Regional. En el transcurso, no hubo registros de enfrentamientos entre uniformados y miembros de la Universidad resistentes a la maniobra militar, por más de que entre algunos pocos estudiantes

estuvo la intención de articular una defensa ante la intervención, la cual no pudo concretarse debido al absoluto control que para el medio día ya tenían los militares sobre el campus.

El inicio de la "operación limpieza" en la Universidad, tuvo especial cuidado en el tratamiento de escuelas y facultades consideradas como nidos de la proliferación marxista. La escuela de Periodismo y Sociología, núcleos miristas y de difusión ideológica, respectivamente, concitaron la pronta detención de sus estudiantes y académicos, que fueron trasladados principalmente a la isla Quiriquina; más tarde dichas carreras serían suprimidas. Entre el día del golpe y principios de octubre de 1973, decenas de funcionarios sufrirían el mismo destino en este y otros lugares de detención.

A nivel local, los hombres representaron cerca del 90% de los detenidos, entre los cuales la población joven de entre 10 y 29 años constituyó la mayoría con el 52% del total, siendo estudiantes el 34% de ellos[113]. En otras palabras, la mayor víctima de la represión en Concepción fue la población masculina joven, con un importante componente estudiantil. Mientras que los motivos de las detenciones del personal universitario fueron estrictamente políticos, tanto por pertenecer a la Unidad Popular como haber sido simpatizante de la izquierda en general; a excepción de quienes no tuvieron auténticos motivos para ser detenidos, los cuales fueron paulatinamente liberados[114].

En este sentido, tan pronto culminó el ejercicio golpista, el movimiento estudiantil de la Universidad fue desmantelado, incluyendo a las agrupaciones favorables al nuevo régimen[115] dado que, en virtud del Bando N°1 propugnado por el General Washington Carrasco para la provincia de Concepción, todas las concentraciones y manifestaciones

[113] Danny Monsálvez, *El golpe de Estado de 1973 en Concepción: Violencia política y control social*, (Concepción: Editorial Universidad de Concepción, 2017): pp. 150-154.
[114] Mario Valdés, "La Universidad de Concepción el 11 de septiembre de 1973", *Revista de Historia* 1, no. 16 (2006): pp. 103-117.
[115] La jefatura provincial de Concepción del Frente Nacionalista Patria y Libertad comunicó la disolución del colectivo solo una semana después del golpe, habiéndose cumplido su objetivo primario de derrocar al gobierno de Salvador Allende, y procediendo a orientar los esfuerzos de sus ex miembros y simpatizantes a la reconstrucción del país, *El Diario Color*, 18 de septiembre 1973, p. 4.

públicas de cualquier género quedaban prohibidas[116]. La declaración militar instauró el estado de sitio y toque de queda, enfatizando la necesidad de que padres y adultos vigilasen atentamente el quehacer de niños y jóvenes[117]. El rigor militar caía con fuerza sobre la izquierda penquista, y en la Universidad, en un comienzo el Bando N°3 estipulaba la suspensión de actividades por 10 días, pero el rector Carlos Von Plessing extendió dicho plazo creyendo que hasta el cinco de noviembre de aquel año sería suficiente para concretar la restauración del orden, hasta entonces todo bajo un contexto de discreción e incertidumbre sobre las gestiones y funcionamiento de la institución[118].

Tras casi dos semanas posteriores al día 11 de septiembre, ya se hablaba sobre una absoluta tranquilidad y calma en la ciudad, destacando la gesta de las Fuerzas Armadas y elogiando el nuevo episodio en la historia nacional que se abría tras el descalabro que representó el gobierno de Salvador Allende[119]. A pesar de esto, las patrullas militares se mantuvieron por varias semanas más resguardando el control de la situación en los puntos claves de la ciudad y su Universidad.

En el campus, la reorganización total de la casa de estudios fue anunciada públicamente el viernes 21 de septiembre, mediante una declaración del rector Von Plessing en la cual asumía poderes plenos en la conducción de la Universidad, disolvía las Escuelas de Periodismo y Sociología, y cesaba las funciones del Consejo Superior. Dentro de las once resoluciones adoptadas, destacamos las siguientes:

> "1. Asumir el poder pleno universitario (...) como única manera de normalizar las actividades universitarias e integrar a esta Casa de Estudios en una política de realidad nacional (...)
>
> 5. Suprímense el Instituto de Sociología y la Escuela de Periodismo, por resultar evidente y de público conocimiento que permanentemente han ofendido el espíritu y objetivos universitarios (...)

[116] "9 Bandos para Concepción", *Diario El Sur*, 17 de septiembre de 1973, p. 7.
[117] Ibíd.
[118] "Postergan la Iniciación de Clases en la Universidad", *El Diario Color*, 21 de septiembre de 1973, p. 4.
[119] "El temor y la tensión dejan paso a la calma", *El Diario Color*, 17 de septiembre de 1973, p. 6.

6. Todos los estudiantes de la universidad, para conservar esta calidad, deberán matricularse de acuerdo a las normas y en el período y lugares que se indicarán oportunamente Quién no lo haga perderá por este solo hecho la calidad de estudiante universitario (...)

7. Por ahora los hogares universitarios permanecerán cerrados con el objeto de permitir su total reorganización (...)

8. Todos los elementos de difusión con que cuenta la universidad (radioemisoras, cine, imprenta, etc.) quedan a disposición de esta rectoría y su personal deberá ajustarse estrictamente a las normas e instrucciones que la autoridad Universitaria imparta (...)

9. Todos los extranjeros que a la fecha laboraban en la universidad a cualquier título incluyendo docentes no docentes y alumnos deberán (...) registrarse personalmente en la secretaría general de la Universidad premunidos de todos los antecedentes de extranjería debidamente visados por las autoridades competentes (...)"[120]

En definitiva, la reorganización de la Universidad implicaba un progresivo desconocimiento de gran parte de los avances conseguidos desde la década de 1950 en materia de democratización y participación, así como también del espíritu mismo de la Reforma de 1968, cuya consecución de mayor protagonismo de los tres estamentos en la designación de autoridades y conducción de la Universidad, comenzó a ser asociado al desquiciamiento político que la aquejaba. El rector Von Plessing se proponía tomar todas las medidas necesarias para conservar el orden, disciplina y prestigio asociados a la Universidad, con lo cual justificaba haber declarado como interino a todo el personal de la institución y llamado a una nueva matrícula a todos los estudiantes[121]. Asimismo, señaló que se respetaría el pluralismo ideológico de cada miembro universitario siempre y cuando no fuera óbice para el proceso de reestructuración, y que no existirían revanchismos ni venganzas personales. Pero, a modo de síntesis del contexto nacional que ahora se instauraba, el rector sentenció que "a la Universidad se viene a estudiar y a enseñar, pero no a hacer agitación"[122].

[120] "Resolución del rector", *Diario El Sur*, 21 de septiembre de 1973, p. 11.
[121] Danny Monsálvez, *El golpe de estado de 1973 en Concepción*…, p. 132.
[122] "No habrá persecución", *El Diario Color*, 25 de septiembre de 1973, p. 9.

Ciertamente, por aquellos días el campus de la Universidad permanecía prácticamente desierto. Los estudiantes que no habían sido detenidos o recluidos en recintos de las Fuerzas Armadas permanecían en sus hogares a la espera de la reanudación de las actividades. El 24 de septiembre volvieron a sus labores solo el personal de la Casa Central del Centro de Cómputos, Ingeniería y Mantención, Central de Adquisiciones y Cine Concepción, pero las actividades administrativas seguían en receso; no estaba permitido el tránsito peatonal en su interior y solamente circulaban por él algunos jardineros, mayordomos y auxiliares de distintos edificios con la autorización correspondiente[123].

Así, la misión de la Junta Militar se orientaba a depurar los organismos universitarios y sanear el desquiciamiento moral y social que se le diagnosticaba. La célebre declaración del General Gustavo Leigh de "extirpar el cáncer marxista" de la sociedad chilena tenía mucho que ver con la intervención en las universidades. Debido a esto, el 27 de septiembre, en reunión con el Consejo de Rectores, al que asistió Carlos Von Plessing por la Universidad de Concepción, la Junta Militar resolvió decretar la total reorganización de las casas de estudio y nombrar Rectores-Delegados con plenos poderes en todos los planteles del país.

Pero la designación de rectores no fue la única medida adoptada verticalmente por las Fuerzas Armadas. Distintas instrucciones se desprendieron y complementaron a ella, como por ejemplo la eliminación de cuerpos docentes, estudiantiles y administrativos; la supresión de centros universitarios especialmente ligados a las Ciencias Sociales; el desmantelamiento de los organismos estudiantiles; y la reducción y restricción de los gastos presupuestarios en materia de personal[124]. La profundidad de las contrarreformas adoptadas era coherente con el mensaje que rápidamente se encargó de difundir la Junta Militar a lo largo de todo el país. El 26 de septiembre, el Almirante José Toribio Merino visitó sorpresivamente la ciudad de

[123] "Solo casa central reanuda hoy actividades en la Universidad", *El Diario Color*, 24 de septiembre de 1973, p. 4.
[124] Danny Monsálvez, "La Universidad de Concepción en dictadura: delación, depuración y normalización, 1973-1980", *Historia 396* 9, no. 2 (2019): p. 193.

Talcahuano, Tomé y Concepción, según él, con la finalidad de comunicar presencialmente a las bases navales y militares que el Gobierno estaba haciendo un nuevo Chile, que la acción del martes 11 de septiembre no había sido un golpe sino un cambio del sistema, y que la solución de la crítica situación económica del país exigía el esfuerzo y voluntad de todos los ciudadanos[125].

La intervención y reorganización bajo la rectoría de los militares

En este contexto, fue cesado de su cargo Carlos Von Plessing, para concretar el primer día de octubre la asunción del primer Rector-Delegado en la Universidad de Concepción, que correspondió al capitán (r) de navío Guillermo González Bastias. Las medidas que había adoptado el ya ex rector Von Plessing fueron coherentes con la pretensión refundacional del régimen, pero para garantizar el establecimiento de una horizontalidad en la conducción de las Universidades a lo largo del país, sumado a los resquemores de la Junta Militar hacia gran parte de los políticos y funcionarios estratégicos en las instituciones activas antes del golpe —inclusive a los opositores al gobierno de Allende, que era el caso de Von Plessing— resultaba imprescindible que se impusiera la mano militar en todos los niveles educativos.

Al pluralismo ideológico que Von Plessing pretendía seguir respetando —interpretación que pudo despertar sospechas dentro del nuevo escenario sociopolítico— el nuevo rector agregó que aquel sería opuesto al concepto de Universidad comprometida y militante que había imperado como modelo institucional en los años sesenta y principios de los setenta. En su lugar, consagraría el compromiso de ella con la creación y difusión del conocimiento de todas las ideologías que respetaran el pluralismo filosófico, quedando vetada de la discusión cualquier temática relativa o cercana al marxismo, acusado de propagar un discurso filosófico totalitario y amenazante de la libertad.

[125] "Todas las universidades del país viven igual realidad", *El Diario Color*, 27 de septiembre de 1973, p. 2.

Mientras la Universidad se adecuaba a la dirección del nuevo rector, se consolidaban las medidas represivas y de reestructuración en todos los ámbitos. Principalmente, guardaron relación con la depuración del plantel académico y de funcionarios, reemplazando y designándose a vicerrectores, profesores y delegados de las numerosas sedes y escuelas de la institución.

Así, el mes de septiembre fue el período de mayor violencia política, en la que se aseguró con la fuerza de las armas, la prisión, la tortura y el exilio el control pleno del campus. El mes de octubre sería el momento en que se diseñó e instauró la nueva estructura de la casa de estudios, mientras que a partir del mes de noviembre se pondría en funcionamiento esta organización institucional. Durante el proceso, el máximo organismo de la Universidad era el Consejo Consultivo Asesor, integrado por el rector González, el secretario general Ramón Domínguez, y los delegados de las cinco áreas en que se había estructurado, con Eleodoro Peña del área de la salud; Bernardo Gesche del área de ciencias sociales; Mario Olavarría del área de ciencias físicas matemáticas y químicas; Sergio Escobar del área de asuntos estudiantiles; y Hervi Lagos del área administrativa[126].

Por aquellos días, el Consejo se orientó a la tarea de establecer las bases del proceso de matrícula al que deberían someterse todos los estudiantes de la Universidad de Concepción. Además, los veintidós delegados del rector distribuidos en las múltiples escuelas, unidades e institutos acudieron a las sesiones para revisar todos los programas y planes de estudio de las carreras existentes[127]. De más está decir que dichas instancias no contaron con ninguna participación ni consideración del estamento estudiantil. Los detalles de las materias tratadas se mantuvieron reservados, al igual que las pautas y criterios para la renovación de los programas de estudio. El único elemento de cohesión entre las medidas fue el afán de despolitizar el campus universitario dado que, en la mentalidad militar, el equilibrio político

[126] "Importantes materias verán hoy en la U", *El Diario Color*, 8 de octubre de 1973 de 1973, p. 6.
[127] "Intensamente trabajan autoridades de la U", *El Diario Color*, 9 de octubre de 1973, p. 5.

del gobierno dependía de una sincronía y solidaridad de todos los actos ciudadanos en favor de un único ente superior: la Patria alicaída y profanada por la izquierda, que debía nuevamente representar no solo a un segmento de la población, sino necesariamente a todas y todos los habitantes, para la cual no era servil la política misma, ni los partidos, ni la derecha y menos aún la izquierda[128].

Ciertamente, la misma prensa de la época anunciaba que los delegados del rector González ya habían confeccionado nóminas del alumnado que tendría "dificultades" para volver a matricularse, sin saber todavía los criterios para la selección estipulados por la unidad de Asuntos Estudiantiles presidida por Sergio Escobar[129]. Solo fue anunciado que entre el día 29 de octubre y el 3 de noviembre se llevaría a cabo el proceso de matrículas, y que la reanudación de actividades docentes y estudiantiles podría efectuarse el día quinto de este último mes. Entretanto, el rector señaló que en el caso de estudiantes pertenecientes a las disueltas carreras de Periodismo y Sociología, así como de los docentes de otras unidades académicas suprimidas, se entregarían todas las facilidades para que pudieran proseguir sus labores en otra universidad a pesar de su nefasta actuación en el desequilibrio y perversión de la Universidad de Concepción previo al golpe de Estado.

Pero también, fueron transitoriamente suspendidas nueve carreras entre las distintas sedes de la Universidad, cinco en la Sede de Los Ángeles, dos en la Sede del Carbón y dos en la Casa Central, cuyos estudiantes no podrían participar en el proceso de matrículas ni ver solucionada su situación en el corto plazo[130]. Y es que dentro de las pretensiones del rector delegado González, devolver el prestigio académico a la Universidad significaba regular los ingresos y estancia de los estudiantes principalmente en función de su eficiencia curricular y devoción completa a los estudios. Los afanes de extender la cobertura social de la Universidad comenzaron a contraerse tempranamente y en común acuerdo a partir del Consejo de Rectores

[128] "La despolitización", *Diario El Sur*, 9 de octubre de 1973, p. 5.
[129] "Panorama universitario a consejo de rectores", *El Diario Color*, 11 de octubre de 1973, p. 8.
[130] "Seis días de plazo para matricularse en la U", *El Diario Color*, 23 de octubre de 1973, p. 7.

celebrado el 22 de octubre de ese año 1973. La instancia fue presidida por el general (r) César Ruiz Danyau, rector-delegado de la Universidad de Chile, y contó con la presencia del Ministro de Educación, vicealmirante Hugo Castro Jiménez, en la cual se discutió, según el rector González Bastías, una importante problemática relacionada con la capacidad de las Universidades para admitir estudiantes de cara al año 1974, dadas las irregularidades que contribuyeron al exceso de matriculados en todas las sedes educativas del país.

En base a lo anterior, el objetivo era absorber a la mayor cantidad de estudiantes posibles, pero solo a los más aptos y con mérito académico suficiente para formarse como profesionales competentes de cara a la reconstrucción y desarrollo del país. En entrevista con El Diario Color, González Bastías zanjaba otras incógnitas, entre ellas que el cupo de las nuevas matrículas sería para 12 mil estudiantes —teniendo más de 19 mil matriculados— que las únicas carreras suspendidas de manera permanente serían Periodismo y Sociología, y que la creación de nuevos programas sería con miras hacia la contribución que traería para el país egresar profesionales en esas áreas. Manifestó también su satisfacción con el proceso de reestructuración universitaria llevado a cabo hasta entonces, y dió la instrucción de que en adelante debía aprovecharse al máximo el año académico, con "un día de mechones —no una semana— estudiar más, utilizar mejor la capacidad instalada y plenamente, día a día"[131].

En consecuencia, los criterios de selección para el proceso de matrícula fueron, por un lado, académicos, de acuerdo a la aprobación de los créditos universitarios exigidos el primer semestre —seis para estudiantes de primer año y nueve para los de cursos superiores— y la presentación de antecedentes que ratificasen la regularidad del estudiante en la Universidad, y por otro lado, políticos, vinculados a la militancia o adherencia a la derrocada Unidad Popular o cualquier agrupación de izquierda. Los estudiantes que no aparecieron en las nóminas publicadas el 29 de octubre para volver a matricularse comenzaron rápidamente el proceso de

[131] "Universidad normaliza todas sus actividades", *El Diario Color*, 25 de octubre de 1973, p. 7.

apelación, donde cada caso sería resuelto única y exclusivamente por el rector González Bastías.

En este punto, fueron decisivos los informes presentados por los delegados de las unidades académicas al rector en las semanas anteriores, las cuales contaron con el apoyo de la inteligencia militar para seleccionar a los estudiantes en condición de matricularse. Todos los alumnos que no aparecieran en las nóminas tendrían derecho a apelar por su reinserción, a excepción de aquellos que estuvieran siendo procesados por tribunales civiles o militares, los cuales no podrían ni apelar ni esperar reincorporarse a la Universidad[132].

La "operación limpieza" se convertía así en una purga drástica del estudiantado y de la planta docente. Durante la jornada del viernes 2 de noviembre, cuatro miembros de la British Broadcasting Corporation (BBC) visitaron la Universidad y al rector para conocer su situación en ese momento y también antes del 11 de septiembre. Registraron en un documental el proceso de matrícula, custodiado por militares, en el que los estudiantes adquirían una identificación nueva al finalizar el proceso, además de entrevistarse con académicos de distintas escuelas e institutos para analizar la marcha de la casa de estudios[133]. Sumado a esto, según los datos recabados por los británicos, cerca de 800 estudiantes fueron interrogados por los militares debido a sus actividades políticas.

En consecuencia, solo 12.698 estudiantes pudieron volver a la Universidad al término de aquel dictamen, en contraste con los más de 18 mil que estaban matriculados hasta el fin del primer semestre[134]. Las apelaciones se contabilizaron en casi 2.200, pero una vez revisadas todas por el rector, no se compartieron las cifras ni el porcentaje de las que fueron aprobadas o rechazadas[135]. Las que fueron denegadas por incumplimientos académicos, sumado a la

[132] "Se inicia rematrícula en Universidad", *El Diario Color,* 28 de octubre de 1973, p. 7.
[133] BBC News Mundo, "El viaje que hizo la BBC a Chile después del golpe contra Allende", video de YouTube, publicado el 2 de septiembre de 2023, https://www.youtube.com/watch?v=9kOk_GIMgCs&ab_channel=BBCNewsMundo.
[134] *Memorias Universidad de Concepción 1972-1973*, Universidad de Concepción, 343.
[135] "Terminó proceso de apelaciones en la U", *El Diario Color*, 8 de noviembre de 1973, p. 5. El 16 de noviembre se informó en el mismo periódico que en la Escuela de Educación fueron aprobadas 480 de 960 apelaciones a la negación de matrícula, aludiendo este alto índice a errores en la computación de los créditos

pérdida del derecho a ella y la matrícula en caso de inasistencia al procedimiento, que afectó claramente a estudiantes entrados en la clandestinidad, detenidos, procesados o refugiados, son factores que en conjunto explican la altísima cifra de estudiantes —más de seis mil— que fueron suspendidos o expulsados de la Universidad. Los estudiantes con matrícula denegada por falta de créditos universitarios, no significaba su expulsión de la Universidad, sino una suspensión hasta concretar la repitencia de los cursos pendientes en el año 1974, habida cuenta de la ratificación de antecedentes políticos y morales. Pero hacia el año 1974 se registró una matrícula total de 17.045 estudiantes, correspondiendo a primer año 4.921 de ellos, lo que implica que poco más de mil estudiantes de los seis mil rechazados pudieron ser del grupo de los suspendidos que tuvieron posibilidad de reintegrarse[136].

La expulsión del total restante guardó estrecha relación con el tamiz político realizado por la inteligencia militar en connivencia con civiles y funcionarios que denunciaron a conocidos y sospechosos con pasados censurables. Asimismo, el propio terror gestado en estudiantes con cualquier tipo de vinculación con la izquierda en el pasado explica que ni siquiera hicieran uso de la oportunidad de apelar un eventual rechazo de la matrícula, lo cual es un factor importante para explicar la cantidad de alumnos que no pudieron regresar a la casa de estudios.

A medida que se consolidaba el rigor militar en la sociedad chilena, la Universidad de Concepción retomó sus actividades el 5 de noviembre de 1973. Para el rector-delegado González Bastías, la reapertura significaba la rehabilitación de una Universidad "enferma", la cual volvía ahora a encauzarse en la consecución de sus nobles objetivos tradicionales ligados

universitarios de los estudiantes dadas las numerosas prestaciones que le conferían otras escuelas y unidades. No obstante, los testimonios de la época coinciden en que la Escuela de Educación fue una de las más intervenidas en relación a la purga de los estudiantes y al control de las cátedras y participación en las aulas, lo que explicaría la alta cantidad de apelaciones por el alto activismo político de sus miembros, en "Casi 50% de apelaciones aceptadas", *El Diario Color*, 16 de noviembre de 1973, p. 6.

[136] *Memorias Universidad de Concepción 1974*, Universidad de Concepción, p. 22.

a la producción y difusión del conocimiento, tras haberse convertido, en sus palabras, en la Universidad más conflictiva de Latinoamérica[137].

Consolidación del "nuevo tiempo" en la Universidad durante los años setenta

Con el comienzo del año académico de 1974, la Universidad de Concepción había sorteado el período de incertidumbre y avasallamiento del movimiento estudiantil que trajo consigo la reestructuración tras el golpe de Estado. La vida universitaria debía adecuarse a las nuevas autoridades y el país que se pretendía construir con el enemigo marxista derrotado. Por más que la prensa, el rector y los militares de Concepción pretendían proyectar una imagen de una Universidad en la que se respetaba el pluralismo ideológico, y en la cual reinaban la paz y tranquilidad, lo cierto es que en la memoria de ex estudiantes, docentes, académicos y funcionarios, la Universidad de Concepción cambió drásticamente tras el golpe, transitando hacia un clima gobernado por la desconfianza, el temor y la sospecha.

Y es que la delación entre funcionarios, docentes y estudiantes se volvió una práctica cotidiana en los espacios de la Universidad. Ella respondía a una concepción maniquea de la sociedad por parte de quienes ahora detentaban el poder y formaban parte de la corriente "oficialista", en la que no habían términos medios sino únicamente buenos y malos, patriotas y antipatriotas[138]. La influencia de la Doctrina de Seguridad Nacional (DSN) fue determinante en la conformación de un ideario que castigaba la disidencia de la línea formativa y cívica trazada por los militares en los espacios públicos y privados, en los cuales el "enemigo" de la patria no debía tener cabida.

El control sobre los espacios universitarios con capacidad de difusión, como la radio Universidad de Concepción —que contó con resguardo militar hasta bien entrado el año 1974— y el Teatro de la Universidad de Concepción —disuelto en octubre de 1973— fueron

[137] "Universidad debe cumplir sus nobles objetivos", *El Diario Color*, 8 de noviembre de 1973, p. 6.
[138] Danny Monsálvez, "La Universidad de Concepción en dictadura"…, p. 206.

actos que reforzaban el imperio de la fuerza militar y la uniformidad política y cultural que se imponía en todo el país. La hegemonía del fervor patriótico supeditaba toda expresión individual y colectiva hacia el apoliticismo.

En contraste con el álgido período político que se vivió antes del golpe, los ex estudiantes de aquel entonces han rememorado que en los años sucesivos, la Universidad de Concepción parecía ser un mundo aparte, ajeno a la realidad y consciencia que se tenía de los crímenes que se cometían contra miles de personas por parte de los servicios de inteligencia. Como si al interior del campus no hubiera movimiento ni actividad alguna que diera la impresión de que se vivía una dictadura. Sin embargo, las conversaciones recónditas por los pasillos, el instinto de evitar grupos numerosos en el campus, y el enmudecimiento involuntario en las clases con cualquier apertura a lo político, filosófico o social, denotaban un clima regido por el rigor policíaco y militar, donde el amedrentamiento de los potenciales opositores fue constante[139]. Aquellos eran días de desconfianza, de prácticas delatoras frecuentes, y de abusos académicos en contra de estudiantes con cualquier atisbo de crítica al orden establecido y a la Junta Militar.

Como resultado, a raíz del miedo y el cuidado con que debía emitirse cada comentario, entre los propios estudiantes cundió la confusión y paranoia por identificar a informantes infiltrados en los cursos, aulas y facultades. La sospecha de estar vigilado, de sufrir revanchismos personales y de ser víctima de violencia física o simbólica fueron sentimientos comunes a lo largo del período dictatorial.

Además, el 25 de abril de 1974 se publicó el nuevo reglamento general de la Universidad de Concepción, ratificado por el rector-delegado. Principalmente, contenía disposiciones relativas a la regulación de la admisión y permanencia de los estudiantes, considerando la denuncia de muchas autoridades acerca del insólito crecimiento de la

[139] Alma Barra y Miguel Urrutia, "Lo social y lo político en el movimiento estudiantil de la Universidad de Concepción (1973-1983): sujetos históricos para un tiempo de transición", pp. 32-42.

matrícula en el período de la Unidad Popular, con presencia de estudiantes que ni siquiera habían terminado la educación secundaria. Por ello, se definieron los requisitos para ser estudiante regular, así como también los criterios para la promoción y egreso de los profesionales, destacando una mayor rigurosidad en la aprobación de asignaturas y en el control de la asistencia a clases. En lo relativo a los planes y programas de estudio, estos serían propuestos por las distintas unidades al área académica respectiva, la cual, junto con el Vicerrector académico, se encargaría de aprobarlo, aunque la sanción definitiva de todos los programas recaía finalmente en el rector-delegado[140].

Los últimos dos artículos permanentes del nuevo reglamento eran certeros en cuanto a la pérdida de la condición de estudiante y la expulsión de la Universidad:

"48. Los alumnos a quienes se les compruebe suplantación, indisciplina o ejecución de cualquier acto deshonesto o contrario al Espíritu de la universidad, serán sancionados con medidas que puedan alcanzar a la pérdida de su condición de alumno de esta universidad.

49. Quién haya sido eliminado de una carrera universitaria, no podrá repostular a esta carrera bajo ningún pretexto. Tampoco podrá postular a otra carrera donde la o las asignaturas reprobadas estén incluidas también en el plan de estudios."[141]

Eran la confirmación de un estado de vigilancia y amenaza constante en contra de estudiantes que incurrieran no solo en malas prácticas académicas sino también cívicas y morales. La presión sobre estudiantes opositores al nuevo régimen parecía ser implícita dado el "oasis" en que se había convertido el campus universitario, libre de consignas políticas y que ahora invitaba al descanso, el estudio y la meditación. Reinaba un silencio absoluto y una visible higiene en paredes y muros, otrora auténticos lienzos para trazar lemas y sellos políticos e identitarios[142].

[140] "Reglamento General de la Universidad de Concepción", *El Diario Color*, 3 de mayo de 1974, p. 7.
[141] Ibíd.
[142] "Campus invita al estudio", *Diario El Sur*, 20 de noviembre de 1973, p. 9.

La situación descrita se extendería a lo largo de los años setenta y también de los ochenta, si bien la intensidad de la represión fue oscilando entre coyunturas con un cariz más crítico o controversial, como sucedería con los académicos de la Universidad, que atravesaron múltiples episodios de exoneraciones y despidos injustificados que motivaron su accionar político. Con los estudiantes sucedería algo similar. Independientemente de que la organización sociopolítica no pudiera articularse abiertamente hasta 1983, la clandestinidad y ambiente de temor obligó a los estudiantes opositores a disponer de espacios de sociabilidad que no tenían inicialmente una motivación política *per se*, sino una relacionada con la identificación sociocultural e identitaria que servía como vehículo para la expresión discreta y sosegada del descontento político estudiantil y juvenil. En dichas instancias, como torneos de fútbol, juntas en el Foro y, sobre todo, las peñas universitarias, era factible para los estudiantes establecer tímidos diálogos sobre la política del país y la Universidad con otros que pensaban de igual manera.

Sin embargo, la inexistencia de un proyecto transversal de reacción ante la embestida militar, aparte de la difusa y reducida escala de difusión de los medios de comunicación de que disponían los miembros restantes del MIR, del Partido Comunista y del Partido Socialista, impidió que los cuadros juveniles y estudiantiles tuvieran una base diversa pero sólida de herramientas teóricas que permitieran, al menos, saber cómo resistir la violencia de la dictadura. Y es que, como lo señalan algunos testimonios, en esos años el objetivo principal era sobrevivir a la ola represiva que se había desatado, ante lo cual se reducía considerablemente el impulso combativo y organizativo de los jóvenes estudiantes.

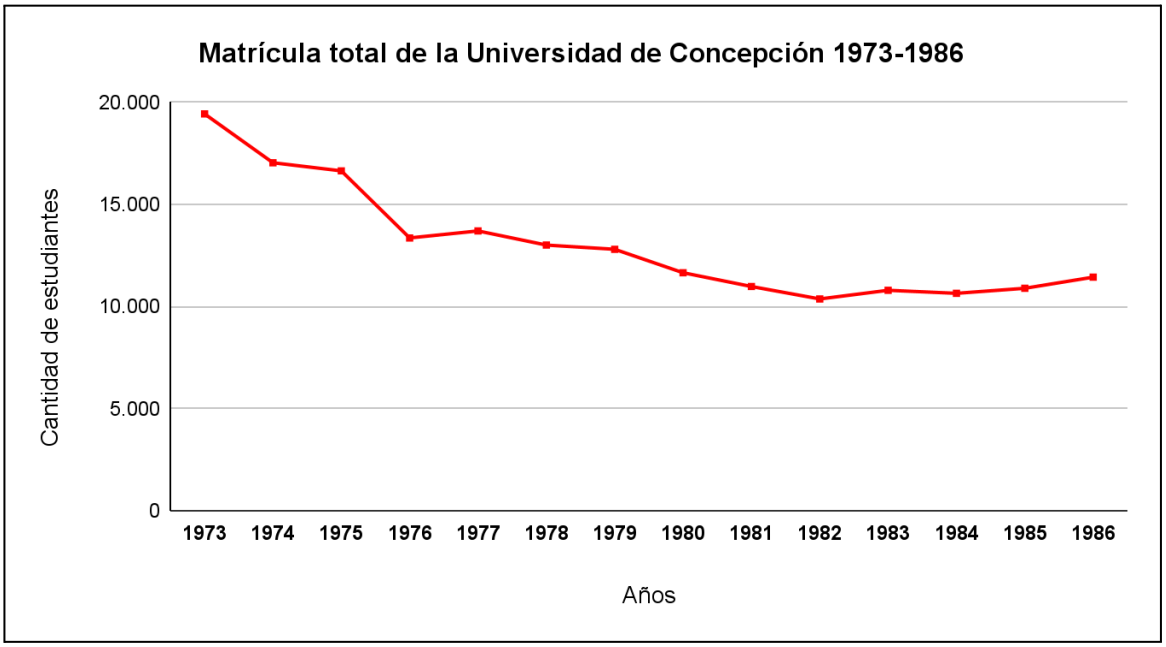

Figura 1. Fuente: Elaboración propia a partir de Memorias de la Universidad de Concepción 1973-1986.

Las banderas insignes de la lucha estudiantil durante los años sesenta y principios de los setenta, como la extensión de la matrícula a las clases populares, la ampliación de la cobertura social de la Universidad y el fomento de la unidad obrero-estudiantil, fueron no solo relegadas sino también contrariadas por los rectores-delegados. Se redujeron los cupos en los hogares universitarios, se confirió un halo de excelencia y elitismo al proceso de ingreso a la institución, y, como elemento más perceptible, se redujeron progresivamente la cantidad de estudiantes matriculados y los cupos que se ofrecían a postulantes de primer año.

No es casualidad que a partir de 1974 haya comenzado a disminuir la cantidad de estudiantes. Por un lado, debido a que para el rector-delegado González Bastías era una prioridad fortalecer los criterios de selección en el ingreso a la Universidad, en el afán de devolverle su prestigio admitiendo solo a los mejores y más capacitados postulantes[143]. En este sentido, en el mismo año se crea la División de Admisión y Control Académico Estudiantil (DACAE), que contaría con tres departamentos: Estadística y Control Académico

[143] Prueba de ello fue el salto de 450 puntos mínimos exigidos para postular a la Universidad de Concepción para el año 1975, a 500 para el año 1976. "Quinientos puntos exige U penquista a futuros alumnos", *El Diario Color*, 2 de octubre de 1975, portada.

Estudiantil, Coordinación de Aulas y Admisión y Registro de Alumnos[144]. Este último, creado en el mes de octubre, tenía por función realizar la selección de los postulantes a la Universidad de Concepción, sin perjuicio de las atribuciones reglamentarias que en la materia eran competentes a otros funcionarios como por ejemplo el rector-delegado y directores de unidades académicas[145]. El organismo fue instituido con carácter permanente y, debido a lo anterior, era coherente con el objetivo dictado en el reglamento general de conferir eficacia administrativa a la admisión de estudiantes e impedir el ingreso de elementos indeseados.

Por otro lado, la reducción del número de estudiantes estuvo ligada al sensible déficit presupuestario que la Universidad arrastraba desde antes del golpe de Estado. Esa crisis motivó el recorte de gastos, personal y, por supuesto, estudiantes. Antes de la promulgación del decreto ley N°4 de 1981 sobre el financiamiento de las universidades, ya en 1974 la Junta Militar había instruido a los rectores-delegados a tomar acciones para lograr el autofinanciamiento de los planteles al menos en el nivel de docencia, además de reducir para todos ellos la cantidad de recursos aportados por el Estado. Fue este problema el que tuvo que enfrentar el rector González Bastías, así como también, y con mayor complejidad, su sucesor Heinrich Rochna Viola a partir de junio de 1975. La situación hizo contemplar como opción de financiamiento el cobro de arancel total a los alumnos que pudieran pagarlo, así como también recurrir a exoneraciones de funcionarios y académicos en las que la línea que separaba la necesidad de salvaguardar el presupuesto universitario de la persecución política resultaba muy imprecisa.

La rectoría de Guillermo Clericus en los años ochenta

Los estudiantes debieron mantenerse como meros espectadores en el transcurso de la depuración y reestructuración de la Universidad, pero en muchos de ellos se acumulaba un

[144] *Memorias Universidad de Concepción 1974*, Universidad de Concepción, p. 10.
[145] "Creada Comisión de Selección Permanente de Ingreso a la U", *El Diario Color*, 22 de octubre de 1974, p. 3.

descontento y una necesidad de hallar espacios de libre expresión y manifestación de ese mismo malestar. Si bien en 1976 el rector Rochna Viola decretó la conformación de un Centro de Alumnos designado por las mismas autoridades universitarias —lo cual se verá en detalle en el capítulo 4— este no podría adquirir un nivel de participación importante en la toma de decisiones universitarias ni en la canalización de los genuinos intereses y preocupaciones de los estudiantes. El resto de su rectorado, no se concedieron mayores espacios para la participación estudiantil, pero sí se mantuvieron las estrictas vigilancias al interior de las aulas, bibliotecas y salas de estudios.

A partir de la asunción del Coronel (r) Guillermo Clericus Etchegoyen en 1980, tras haber sido pro rector en el período de Rochna Viola, se agudizan dos cuestiones en el interior de la Universidad. Primero, la presencia de miembros de la inteligencia militar —principalmente de la Central Nacional de Informaciones (CNI)— en los espacios del campus, con la finalidad de recopilar y entregar información sobre estudiantes y académicos opositores al régimen a las autoridades universitarias, regionales y nacionales. En segundo lugar, sobre todo desde 1982 en adelante, la violencia política ejercida por Carabineros hacia estudiantes, funcionarios y académicos que estuvieran participando en las múltiples instancias de manifestación política en el lustro de 1982-1986[146]. Aquel lapso de tiempo sería, de acuerdo con testimonios, en el que se contaría la mayor cantidad de actos de espionaje y delación sobre los estudiantes, como resultado de esa mayor presencia de integrantes de la CNI. La situación estaría en sintonía con el momento en que comienzan a arreciar las protestas nacionales y la rearticulación del movimiento estudiantil al interior de la Universidad, cuando las condiciones permitían una relativa mayor apertura a la manifestación pública de la oposición a la dictadura, a sabiendas de los mayores niveles de represión que se cernían sobre el campus.

[146] Danny Monsálvez, *Los académicos de la Universidad de Concepción contra la dictadura de Pinochet: intervención, organización, lucha y la Universidad para los universitarios, 1973-1990* (Concepción: Editorial Universidad de Concepción, 2023): p. 111.

Y es que para Guillermo Clericus, era imperativo erradicar con mayor energía la política de las unidades académicas y también de las salas de clases. Sin embargo, el inicio de su rectorado coincidió con la ratificación de la Constitución Política de 1980 elaborada por la Comisión presidida por Enrique Ortúzar Escobar e integrada por Jaime Guzmán. En coherencia con lo consagrado en la carta fundamental, a principios de 1981 entró en vigencia la Ley General de Universidades, que en sus artículos 1 y 4, decretaban que ellas tenían entre sus funciones la de ser instituciones de cultura, y que tenían el derecho de ser autónomas en el cumplimiento de sus fines, respectivamente[147].

En ese contexto, quizá el de mayor credibilidad de la dictadura, con una reducción de la inflación y el desempleo, previo a la crisis económica de 1982 y a las consecuentes jornadas de protestas en 1983, desde 1977 se había planteado en la opinión pública la noción de que cundía entre la juventud un "apagón cultural", a raíz de los deficientes resultados en las postulaciones a las Fuerzas Armadas y en la rendición de la Prueba de Aptitud Académica para ingresar a las universidades. Para algunos, dicho apagón significaba un síntoma de la decadencia del sistema educativo y sus visibles malos resultados, tanto a nivel académico como en el mismo nivel de "capital cultural" de las juventudes , pero para otros, representaba una trayectoria histórica de la sociedad en la que se había perdido el sentido integral de los aprendizajes, lo cual, junto a la sobreabundancia de información, generó un desinterés y desconcierto en jóvenes y adultos hacia las expresiones culturales[148].

De esta manera, el rectorado de Clericus se caracterizó por ser inflexible con las personas que fueran consideradas opositoras en cualquier sentido a la Junta Militar o a Pinochet, al tiempo que permitía una mayor apertura para el ocio y la recreación en el campus. La Universidad debía ceñirse a sus "nobles" objetivos tradicionales, entre los cuales la creación y difusión cultural destacaba. Pero el apagón cultural diagnosticado se explicaba

[147] Secretaría General del Consejo de Rectores de las Universidades Chilenas, *Nueva Legislación Universitaria Chilena* (1981).
[148] "El apagón en los universitarios", *Diario El Sur*, 11 de abril de 1977, p. 7.

mayormente debido al rigor con que la censura caía sobre cualquier desviación del orden social construido por los militares, que sofocaba no solo la ejecución sino también toda intención de las y los jóvenes por hallar sus identidades a través de música, poesía, artes, lecturas, agrupaciones o medios de comunicación que estuvieran bajo sospecha de contrariar al régimen militar. Por ello, y amparado en la consagración de la libre asociación de las personas en la Constitución de 1980, en 1981 Clericus firmó el decreto 274 por el cual se aprobaba el Reglamento General de Asociaciones Estudiantiles. Con esta medida, los estudiantes de la Universidad de Concepción tenían el derecho a:

> "(...) organizarse libremente y desarrollar una actividad determinada, sea esta cultural, artística, social, deportiva o gremial, siempre que sea un complemento al estudio y coadyuve a la formación espiritual y social de sus integrantes. Estas actividades se llevarán a cabo con las solas restricciones y prohibiciones que establece la Constitución política y las leyes de la República o se contrapongan a disposiciones reglamentarias generales de la universidad"[149]

En otras palabras, la "apertura" mostrada por el rectorado de Clericus seguía siendo un instrumento de presión sobre los estudiantes. La Ley General de Universidades, en su artículo sexto, establecía que la autonomía universitaria no las autorizaba a "amparar ni fomentar acciones o conductas incompatibles con el orden jurídico, ni para permitir actividades orientadas a propagar, directa o indirectamente, tendencia político partidista alguna. Estas prerrogativas, por su esencia misma, excluyen el adoctrinamiento ideológico político"[150]. Por tal motivo, las primeras asociaciones que comenzaron a formarse entre los estudiantes, no tendrían un acendrado color político, pero sí sembraron la semilla para la intención de reconstruir los Centros de Alumnos democráticos y la Federación de Estudiantes. La iniciativa de Clericus, gestada en la creencia de absoluta hegemonía del poder militar y su

[149] *Memorias Universidad de Concepción 1981*, Universidad de Concepción, p. 21.
[150] Secretaría General del Consejo de Rectores de las Universidades Chilenas, *Nueva Legislación Universitaria Chilena* (1981).

proceso de refundación nacional, había contribuido a avivar esa chispa de rebeldía juvenil que habría de encarar frontalmente a la dictadura en los años venideros, y que desde 1978, previo al plebiscito constitucional de 1980, ya había impulsado tímidas acciones principalmente en carreras pertenecientes a las escuelas de Ingeniería y Derecho[151].

Pero también, le otorgaba la facultad de dejar caer sobre los involucrados en política las medidas represivas de expulsión, sanción y persecución. Además, sobre todo a partir de la maduración del movimiento estudiantil en el transcurso de 1982 en adelante, la violencia ejercida por Carabineros en el fragor de las protestas fue recurrente. Y uno de los hechos más luctuosos fue el asesinato del estudiante de Ingeniería en Ejecución Mecánica, Caupolicán Inostroza Lamas, el 27 de marzo de 1984 en el contexto de una manifestación que se extendió a la frontera entre ciudad y Universidad, en las inmediaciones de la Casa del Arte, donde el joven estudiante fue abatido. Bajo el desarrollo de la octava jornada de protestas nacionales, y tras la reconstitución de la FEC hacia fines de 1983, la represión de la dictadura se extendía con fuerza para sofocar la rebelión civil. La Universidad de Concepción era una de las primeras casas de estudio en las que se volvían a celebrar elecciones democráticas para designar una Federación de Estudiantes —en la Universidad de Chile y Universidad Católica no sucedería sino hasta fines de 1984 y 1985, respectivamente— y era de buen conocimiento en el rector-delegado Clericus que la acción estudiantil había renacido lenta pero progresivamente desde la segunda mitad de la década de los setenta.

El nuevo escenario del régimen, confrontado por masivas protestas en Santiago, Concepción y las principales ciudades del país, abrió una nueva ola represiva en los ochenta. En el período de dictadura, se contabilizaron 73 víctimas y/o desaparecidos pertenecientes a la comunidad de la Universidad de Concepción, divididas entre estudiantes, docentes, egresados y ex alumnos. De ellas, 53 fueron detenidas entre 1973 y 1976, representando a más del 70%

[151] Pedro Cisterna Osorio, *¿Dónde estuvimos en los 80? La FEC en dictadura* (Concepción, 2024): pp. 38-42.

del total, 7 entre 1977 y 1980, 8 entre 1981 y 1984, y por último, 5 entre 1985 y 1989[152]. Esto demuestra que en el período de reorganización comenzado el mismo día del golpe y consolidado durante 1974, bajo la rectoría de Guillermo González Bastías, se concentró la mayor cantidad de víctimas, la mayoría de ellas militantes del MIR. Además, de acuerdo con los informes de derechos humanos, 27 de las víctimas totales eran estudiantes regulares de la Universidad al momento de su detención o desaparición.

Las cifras del período de rectoría de Guillermo Clericus, son también acompañadas de altos índices de violencia policial dentro y fuera del campus universitario, siendo la muerte de Caupolicán Inostroza el caso más emblemático de los niveles de violencia, así como el de Eduardo Borie, estudiante de Licenciatura en Español alcanzado por balas disparadas por Carabineros poco después del deceso de Inostroza. Pero también, dentro de las 8 víctimas fatales en el período 1981-1984, fue dramático el asesinato de José Randolph Segovia, estudiante de Ingeniería Civil Mecánica en la Universidad, el 26 de mayo de 1985 tras haber sido detenido por Carabineros. Resultó muy particular que este estudiante era conocido por no tener una activa participación política; se dedicaba solo al estudio y su detención y asesinato correspondieron a un exceso de violencia policial tras cursarle una infracción de tránsito. Los uniformados pretendieron alterar los fatídicos hechos disponiendo el cadáver y los últimos momentos de vida del joven estudiante para simular un suicido. Su cuerpo aparecería el lunes 27 de mayo en las aguas de la playa Rocoto en Hualpén[153].

Los asesinatos, detenciones y vejaciones de estudiantes de la Universidad, inclusive de los que no tenían afiliación política o ideológica, respondían a la necesidad de mantener el imperio del miedo y el terror. Los militares de Concepción, conscientes del pasado "rojo" de su principal Universidad, y de la progresiva movilización que acontecía, reafirmaban el

[152] Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. *Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*, Tomo I (Santiago: Gobierno de Chile, 1991).
[153] Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, *Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*, Tomo III (Santiago: Gobierno de Chile, 1991), p. 306.

poderío de la dictadura mediante el recurso a la violencia en cualquier espacio e instancia. En este sentido, otro caso ilustrativo fue el de Paz Macaya Aretxabala, estudiante de Bioquímica en la Universidad, militante de las Juventudes Comunistas, que en la noche del 7 de junio de 1985, en el sector de Huertos Familiares en San Pedro de la Paz, fue alcanzada, abusada y agredida por cuatro individuos que le hicieron saber que lo mismo le ocurriría a otras dirigentes estudiantiles de la Universidad si persistían en su accionar.

Todos los dispositivos de intimidación tenían el objetivo de mitigar el instinto de rebeldía y de lucha por la democracia al interior del campus. Por ello, testimonios indican que los tiroteos a las facultades de Derecho e Ingeniería, principales instigadoras en la época, eran otras acciones recurrentes mientras se celebraban reuniones de la FEC y coordinadoras de facultades.

Ahora bien, para el aseguramiento del clima necesario para la concreción de las actividades deseadas en el campus, fue necesario contar con instrumentos normativos oficiales que reglamentaban, bajo pena de sanciones, sumarios y exoneraciones, el comportamiento, actitudes y expresiones de la población estudiantil. Antes de la primera protesta nacional masiva, Guillermo Clericus había combatido las escasas manifestaciones de oposición públicas en la Universidad mediante el levantamiento de sumarios carentes de transparencia y uniformidad en sus criterios. Con ellos había censurado a los estudiantes de las primeras organizaciones estudiantiles creadas al alero del decreto que firmara en 1981 legalizando estas iniciativas, especialmente a las que mostraban una tendencia de izquierda o de marcada oposición a la dictadura. La Agrupación de Estudiantes Democráticos de la Facultad de Ingeniería de la Universidad, denunciaba en 1982 que los procesos de sumarios se llevaban a cabo de manera selectiva sobre estudiantes bajo sospecha de acciones ilícitas, siendo citados a declarar en horas de clases bajo constantes amenazas de ser expulsados de la Universidad. Según el organismo, estas medidas formaban parte de una iniciativa de Clericus

por "acallar el descontento generalizado que muestran los estudiantes hacia las actuales condiciones universitarias"[154]. Ciertamente, hasta 1982 la disconformidad estudiantil todavía se mostraba de manera soterrada y no directamente confrontacional dada la anemia política que aún afectaba a gran parte de la población chilena.

A partir del desarrollo de las protestas nacionales en 1983 y la creciente movilización al interior en la Universidad para reconstituir la FEC, el rector delegado Clericus aprueba los decretos 44 y 45, los cuales dictaban un cuerpo de normas de ética y un reglamento de investigaciones sumarias para los estudiantes de la Universidad de Concepción, respectivamente[155]. Entre los puntos que contenía, el más punitivo era el que asignaba "la calidad de delito a la participación directa o indirecta en la manifestación de cualquier tendencia político-partidista dentro o fuera de la Universidad", con el cual se legitimaba el actuar de las Fuerzas Armadas para disuadir cualquier actividad sospechosa dentro del campus. Los intentos de los estudiantes por comunicarse directamente con las autoridades universitarias, y no por los organismos designados en facultades y unidades académicas, también serían catalogados como ilícitos, así como "invitar, patrocinar o facilitar el ingreso al campus universitario u otros recintos a personas extrañas a la Universidad con el fin de que participen en actos, reuniones o manifestaciones estudiantiles"[156].

Las penas para cada delito no estaban indicadas en el documento, sino que eran establecidas por el rector-delegado, e iban desde la amonestación escrita, a la suspensión por uno o más semestres, y finalmente la expulsión como resultado de la reincidencia en las infracciones. Desde 1983, las sanciones fueron habituales no solo para estudiantes sino también para los académicos, creciendo tanto en número como en la severidad de las medidas. Fueron particularmente duras con las principales caras visibles del renacido movimiento

[154] "Proceso sumario a tres estudiantes de la U", *Diario El Sur*, 6 de julio de 1982, p. 5.
[155] *Memorias Universidad de Concepción 1983,* Universidad de Concepción, p. 11.
[156] "En la U. de Concepción: Alza de matrícula y reglamento de ética preocupan a los estudiantes", *Diario El Sur*, 3 de marzo de 1985, p. 3.

estudiantil, y con ello un motivo recurrente para las paralizaciones y ocupaciones de escuelas, facultades y edificios administrativos.

Pero las medidas punitivas adoptadas por rectoría no sólo iban dirigidas a suspender temporalmente a los estudiantes, perjudicando con ello su desempeño académico y trayectoria educativa. También apuntaban hacia coartar la posibilidad misma de estudiar en la Universidad. Y es que desde 1982, se hizo recurrente la práctica de quitar las becas y beneficios estudiantiles a quienes participaban en las actividades de oposición. La Universidad de Concepción, siendo la principal casa de estudios del sur del país, recibía a una gran cantidad de jóvenes provenientes de distintas ciudades y zonas fuera de la urbe penquista, muchos de los cuales requerían un beneficio de residencia o arancel —o ambos— para costear su educación. Solo en los meses de marzo de 1983 en adelante, iniciando el período lectivo, se enteraban de que sus beneficios habían sido revocados, cundiendo en ellos la incertidumbre y desesperación por ser incapaces de proseguir sus carreras[157].

En ese contexto, el reglamento de sumarios permitía a los estudiantes apelar a las sanciones; no obstante el rector delegado, quién era el que determinaba cada una de ellas, podía también formar parte de la comisión resolutiva en compañía del vicerrector de la Universidad, el secretario general y los decanos de las facultades a las que pertenecían los estudiantes investigados. En otras palabras, la existencia y promulgación de un reglamento para levantar sumarios en contra de quienes incumplían las normas éticas de la Universidad, era una forma de conferir justificación y legitimidad pública a una serie de castigos que el mismo rector ya había determinado con anterioridad al proceso deliberante.

De esta manera, Clericus trataba de seguir manteniendo al campus aislado del acontecer nacional, funcionando como un mundo aparte en el que imperaba el orden y la

[157] Esta información fue obtenida de una entrevista realizada a Cristián Cornejo, en Memorias Colectivas del Biobío. "Resistencia del Movimiento Estudiantil Universitario", video de Facebook, 44:27, publicado el 4 de noviembre de 2020, https://www.facebook.com/memoriascolectivasbiobio/videos/ciclo-memorias-colectivas-de-la-resistencia-en-concepci%C3%B3n-historias-de-vida-en-d/1093420874446506/.

quietud por medio de la represión, el miedo y el amedrentamiento, cuyos cauces institucionales eran gestados a puerta cerrada y que solamente servían como fachada del autoritarismo.

Los hechos demuestran que las Fuerzas Armadas, las autoridades locales y la rectoría de la Universidad, debían sofocar bajo cualquier medio las manifestaciones opositoras y el creciente poder movilizador de los estudiantes. La rearticulación de la FEC, el fortalecimiento de los partidos políticos opositores y la masificación de la actitud combativa al régimen de Augusto Pinochet, simbolizaban una desviación total del orden instaurado en los días del rectorado de Guillermo González Bastías, que se consolidó en el de Heinrich Rochna Viola, y que comenzó a tambalear, pero defendiéndose salvajemente, en el largo rectorado de Guillermo Clericus Etchegoyen, quien fuera señalado por algunos como la encarnación de Pinochet en la Universidad de Concepción[158].

[158] Pedro Cisterna Osorio, *¿Dónde estuvimos en los 80? La FEC en dictadura*, p. 55.

CAPÍTULO III

DICTADURA, JUVENTUD Y UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN

Con el golpe de Estado de 1973 no solamente se puso fin a la institucionalidad democrática, sino también a las formas e instancias de sociabilidad y participación civil. Particularmente, el proceso de diversificación y pluralización identitaria juvenil que había caracterizado a las décadas precedentes sufre una drástica inflexión. Los principales motores de producción y circulación de las identidades juveniles, como los partidos políticos y la industria cultural, fueron cercenados por el afán refundacional de la Junta Militar[159].

La posición generacional que abría el ascenso de Augusto Pinochet al poder dejaba atrás el período de activismo y movilización sociopolítica juvenil. En su lugar, se instauró un ideario nacional que fomentaba el culto a una juventud despolitizada y tendiente a enaltecer la cultura y valores militares[160]. La intervención de las universidades bajo la designación de los rectores, supuso un abrupto final de las unidades generacionales que, por medio de federaciones, agrupaciones y alas juveniles de partidos políticos, hicieron de la política su factor de cohesión e identidad.

Ello se logró no solo a través de los dispositivos del terror, sino también de la "fundación de un nuevo espacio social en el que fuera posible cristalizar institucionalmente las relaciones de poder del nuevo proyecto ordenador", que hiciera del orden social un dominio gobernable y distinto al legado por la Unidad Popular[161]. En otras palabras, la lógica represiva estuvo estrechamente relacionada primero con la "normalización" de la situación política nacional, y después con la transformación social que necesitaba el proyecto neoliberal

[159] Luciano Benítez, Yanko González y Daniela Senn, "Punkis y New Waves en dictadura: rearticulación y resistencia de las culturas juveniles en Chile (1979-1984)", *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud* 14, no. 1 (2016): p. 194.
[160] Víctor Muñoz y Carlos Durán, "Los jóvenes, la política y los movimientos estudiantiles en el Chile reciente. Ciclos sociopolíticos entre 1967 y 2017", p. 137.
[161] Manuel Guerrero Antequera, "El conjuro de los movimientos sociales en el Chile neoliberal", *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* 12, no. 2 (2006): pp. 147-156.

esbozado y propuesto por los "Chicago Boys" para operar en plenitud. El ejercicio de la violencia sobre grupos y segmentos sociales tan específicos, entre ellos las juventudes, se explica por la resistencia que demostraron al nuevo contexto como consecuencia de los saberes, prácticas e identidades desarrolladas previamente al quiebre democrático[162]. De esta manera, la dictadura tuvo que impulsar un profundo proceso de disciplinamiento social para cumplir sus objetivos.

Por tal motivo, el objetivo de este capítulo es distinguir los elementos de ese proceso de disciplinamiento social en las juventudes estudiantiles de la Universidad de Concepción. La ciudad penquista y su principal casa de estudios, herederas de una particular trayectoria histórica, política, social y económica en Chile, concitaron la atención por sus "enrojecidas" orientaciones políticas antes del golpe, y a raíz de ellas mismas, también ocuparon un lugar especial en el proceso de refundación nacional que Augusto Pinochet y los miembros de la Junta Militar tanto justificaron. En los primeros años que siguieron al golpe, se dieron cuenta de que para acabar con la izquierda era necesario desincentivar cualquier posible interés de las personas en la política y los partidos, recurriendo al miedo y la violencia en espacios públicos y privados; pero además, comprendieron que se debía cooptar esa base social de apoyo que la Unidad Popular había hallado principalmente en la juventud[163].

A medida que se ponía en marcha el engranaje neoliberal, la promesa del éxito y la prosperidad se convirtieron en emblemas del discurso militar. Las y los jóvenes que cumplían el modelo del deber ser, limitándose al estudio, sirviendo patrióticamente y trabajando duro para el bien común, podrían percibir las bonanzas del "Nuevo Chile". Y también, de la mano con lo anterior, tanto ellos como sus familias y allegados se mantendrían a salvo de las legítimas medidas de defensa de la seguridad del Estado. Así, en este capítulo nos

[162] Ibíd, p. 149.
[163] Verónica Valdivia, Rolando Álvarez y Julio Pinto, *Su revolución contra nuestra revolución. Izquierdas y derechas en el Chile de Pinochet (1973-1981)* (Santiago: Lom Ediciones, 2006): p. 209.

detendremos en los componentes, mecanismos y alcances que se desarrollaron para imponer dicho modelo de juventud en la Universidad de Concepción.

Dictadura y juventud

El simbolismo que tuvo la concreción del acto de Chacarillas el 9 de julio de 1977 en la trayectoria política-institucional de la dictadura, es de digna consideración historiográfica. En gran medida, debido a que los rasgos constitutivos de la solemnidad con la que se revistió resumen los sellos de la obra y legado de la Junta Militar en el proceso de refundación nacional. Primero, se encuentra el culto a lo joven, coincidiendo su celebración con el Día Nacional de la Juventud —el 10 de julio— y con la designación de quienes ascenderían a la cumbre del cerro Chacarillas; segundo, la sacralización de la cultura, valores e historia militar, dado que aquella efeméride se conmemoraba en honor a los 77 soldados caídos en la Batalla de la Concepción durante la Guerra del Pacífico; y tercero, el punto de inflexión que representó en la personalización del poder político de la Junta Militar en la figura de Augusto Pinochet, por medio del discurso que pronunció en aquella jornada y que apuntaba a consolidar la institucionalidad del régimen.

A grosso modo, la juventud, la tradición militar y la persona de Pinochet delineaban e ilustraban las normativas simbólicas y culturales que debían regir los nuevos tiempos. La mística que rodeó el acto de Chacarillas fue una demostración de la forma y contenido que revestía el orden social imperante: brillantes antorchas sobre las cabezas de los jóvenes que desfilaron bajo el peso de una noche fría, frente a los ojos de la gran cantidad de civiles que concitó el evento, iluminaban la trayectoria hacia la nueva cultura cívica. En este sentido, es posible señalar que tras su realización, se consolidaron varios cambios, entre estos: la idea de que la dictadura debía proponerse metas y no plazos, con ella dirigiendo la consecución de las mismas; la primacía de los grupos de Chicago Boys y Gremialistas —principales gestores y promotores del evento— por sobre los nacionalistas; y la atracción que Pinochet generaba por

sobre los demás miembros de la junta —en medio de las avanzadas tensiones que arrastraba con Gustavo Leigh[164].

La liturgia antes descrita, ocurrida mientras arreciaba la tortura y el terror en el país bajo la gestión de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), es uno de los factores que permiten circunscribir a la dictadura en sus primeros años, en un proceso de *fascistización*, "por cuanto además de imprimir un cariz terrorista a la dominación de clase, impone una política de adoctrinamiento palingenésico y fidelización juvenil para reproducirse, logrando «encarnarse» en nuevas subjetividades e identidades generacionales leales al régimen"[165]. No obstante, este no transitó hacia un estado plenamente totalitario, pues más allá de la censura, instrucción y férreo control de los medios de difusión y comunicación, no se impuso una ideología única ni por medio de un partido político oficial ni por otra colectividad institucionalizada[166].

Durante la década de los setenta, el proyecto de refundación nacional más bien se articuló en torno a dos ejes principales que lo dotaban de solidez intrínseca: la represión sistemática del enemigo marxista y la restauración a través de la implantación de modelos de ciudadanía en diversos ámbitos, como el de lo *juvenil* y lo *femenino*[167], que condujeran a la población hacia actitudes y comportamientos funcionales al orden social deseado.

Sin dudas, para la Junta Militar lo que había legado la Unidad Popular no era sino un "desgobierno" total e indiscutible. Es por eso que, tan pronto como se hubo estabilizado la crisis derivada del golpe de Estado, Gustavo Leigh, en representación de la Junta Militar, aprovechaba la oportunidad de inaugurar el año académico de 1974 en la Universidad

---

[164] Matías Alvarado Leyton, "El acto de Chacarillas de 1977. A 40 años de un ritual decisivo para la dictadura cívico-militar chilena", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 16 de febrero de 2018.
[165] Yanko González Cangas, "«Así van a ser ustedes porque así los estamos formando»: Juventud, adoctrinamiento y fascistización en la dictadura Chilena, 1973-1983", *Historia y Memoria*, no. 20 (2020): p. 102.
[166] José del Pozo Artigas, *Diccionario histórico de la dictadura cívico-militar en Chile. Período 1973-1990 y sus prolongaciones hasta hoy*, (Santiago: Lom Ediciones, 2018): p. 119.
[167] Para un análisis similar con enfoque de género, véase Ana López Dietz y Sandra López Dietz, "El modelo de mujer en dictadura: una mirada a la imagen de Lucía Hiriart a través de la revista *Amiga* (Chile, 1976-1979)", *Historia 396* 13, no. 2 (2023): pp. 145-178.

Católica de Chile, para entregar un discurso en la Facultad de Derecho, justamente con el fin de reafirmar la convicción de sus autoridades, académicos y estudiantes acerca de que Chile, a pesar de estar regido por militares, seguía viviendo bajo un Estado de Derecho. Además, los convocaba a ser partícipes del proceso de creación de la nueva institucionalidad, pues sabía que sin la complicidad de los juristas esta perdería legitimidad y eficacia. Y con respecto a los jóvenes estudiantes y profesionales, les comisionó en plenitud el futuro de la "misión fundacional":

> "Tenemos especial fe en la juventud chilena. Son ustedes, estimados jóvenes, los que deberán encarnar esas nuevas generaciones que, con renovada mentalidad, podrán consolidar un Chile Unido y libre en la grandeza de su misión futura. Tienen por delante una verdadera misión fundacional (...) Les formulo un llamado a proseguir la recuperación de la patria sembrando por todas partes el espíritu de generosidad, de esfuerzo, de respeto y, sobre todo, de cumplimiento del propio deber"[168].

En vista de esta pretensión, la posición generacional que se inaugura con la dictadura, para los que crecían o nacían en ella, quedaría determinada por ese arquetipo político, social y cultural impuesto sobre la juventud. Pero, las conexiones generacionales se ramificaron, a grandes rasgos, en tres grandes grupos: los activistas adherentes al régimen y su modelo *juvenil*, los opositores a su esencia, institucionalidad e imaginario sobre este *deber ser*, y los espectadores pasivos que, fueran afines o distantes al discurso del régimen, no lo explicitaron abiertamente. Sin embargo, cada categoría terminó siendo heterogénea en relación a las causas de su determinación —historial familiar, desinformación, desinterés, miedo, conveniencia, militancia partidista, etc— y factores como la clase social, educación, experiencias de vida, religión, entre otros.

[168] Gustavo Leigh, "Discurso pronunciado en la Universidad Católica de Chile con motivo de la inauguración oficial de las actividades académicas en la Facultad de Derecho", 29 de abril de 1974, *Memoria Chilena*, https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-85798.html.

Figura 2. Afiche que apelaba a la participación juvenil en el proceso de reconstrucción nacional[169].

Dicho de otro modo, las conexiones antes descritas no agotaban la riqueza y los matices generacionales derivados de esa heterogeneidad causal y factorial. De hecho, es a partir de allí donde cristalizan las unidades generacionales que interesan a nuestro estudio.

No obstante, es posible afirmar que en el Gran Concepción y su Universidad, se dan dos visiones paralelas respecto del modelo de juventud que se comenzaba a construir.

Por un lado, para las autoridades militares que ocuparon los cargos públicos anteriormente democráticos las juventudes debían ser la semilla del proyecto de país pretendido por la Junta Militar, para más tarde ser herederas de ella. Ante la vista del intendente de la provincia durante 1974, General Washington Carrasco, los jóvenes eran el germen de la nueva patria, debiendo formarse en adelante bajo el imperio de la "disciplina, el orden, la honradez y la responsabilidad que se habían perdido por un sector de la ciudadanía"[170]. En relación a esto, múltiples notas editoriales en la prensa local reforzaban la

[169] *Diario El Sur*, 15 de julio de 1974, p. 10.
[170] "Los jóvenes son el germen de la nueva patria", *El Diario Color*, 12 de octubre de 1973, p. 6.

noción de que en Europa y Norteamérica se disipaba la efervescente rebeldía juvenil que desde 1968 se extendió por gran parte del mundo, asociándose a un fenómeno sociológico resultante de la ampliación del mercado del trabajo y los medios de consumo. Lógicamente, en Chile se comenzaba a valorar ese modo de vida en el que la juventud, principalmente la de condición obrera, solo está "interesada en su trabajo, aspirando a ganar más dinero y pasar los atardeceres frente al televisor"[171].

Esa quietud en la vida cotidiana era un importante paliativo para la sensación constante de amenaza que los miembros de la Junta Militar sentían respecto al comunismo internacional. El General Gustavo Leigh, conocido por su aversión a la doctrina, señalaba que la juventud era el principal medio por el cual los marxistas trataban de retomar el poder en Chile, razón por la que era necesario trabajar en estrecha coordinación con ella, y de esa manera cortar toda opción de infiltración. Además, entendía que el gobierno conducido por los militares era nacionalista, apolítico y con enormes responsabilidades sociales que la juventud debía compartir, a la vez que ser partícipe de ellas[172].

Similarmente, el Almirante José Toribio Merino, visitando la Universidad de Concepción en mayo de 1975, establecía que la integración de la juventud y las universidades al proceso de reconstrucción nacional era fundamental por cuanto allí se formaban los dirigentes sociales que conducirían el avance del país[173].

La connivencia entre las gobernaciones locales y provinciales con las organizaciones insignes de la política juvenil de la dictadura, a saber, la Secretaría Nacional de la Juventud y el Frente Juvenil de Unidad Nacional (FJUN), favoreció las conexiones generacionales entre la ciudadanía adherente al régimen y la parte de ella que, en vez de apoyarla públicamente, simpatizaba más discretamente con su gestión. Para la Junta Militar, el nacionalismo no era ni

[171] "Nuevas tendencias de la juventud", *El Diario Color*, 24 de julio de 1974, p. 3.
[172] "Llamado a trabajar por Chile sin odios hizo el General Leigh a la juventud", *Diario El Sur*, 21 de agosto de 1974, p. 2.
[173] "El papel de la Universidad en el presente y futuro del país", *El Diario Color*, 7 de mayo de 1975, p. 2.

fascismo ni una forma de política, sino el sustento de toda la estructura social y las acciones que se tomaban en su favor, razón por la cual estimularon vigorosamente el vínculo entre juventud y gobierno a lo largo de todo el período en que controlaron el poder.

Ahora bien, la otra visión del modelo de juventud fue promovida netamente por los rectores delegados en el campus de la Universidad de Concepción. Tanto Guillermo González como Heinrich Rochna y Guillermo Clericus trataron de promover un modelo eminentemente técnico, sustentado en la dedicación exclusiva de los estudiantes universitarios al estudio. Esto no implicaba una contraposición con el modelo juvenil propuesto fuera del campus; al contrario, eran coherentes y complementarios, donde la misión de la Universidad era crear, difundir y aplicar los conocimientos científicos para mitigar el desequilibrio socioeconómico del país.

En este sentido, en la Universidad de Concepción no se trató de impulsar un proceso de "ideologización" vertical que pudiera contrastar con la izquierdización acaecida previamente al golpe[174]. Es decir, no se inculcó la participación en los organismos juveniles patrocinados por la dictadura. Pero sí se produjo un profundo y agresivo conductismo tendiente a focalizar toda la actividad de la Universidad y de sus estudiantes al quehacer académico. El disciplinamiento promovido rápidamente por González Bastías, desautorizando toda agrupación autónoma de los estudiantes en el campus, reformando los programas de estudio, exonerando docentes y funcionarios, y manteniendo el rigor militar en las dinámicas sociales entre los estamentos, buscó abstraer completamente a la Universidad de actividades ajenas al proceso de enseñanza y aprendizaje[175]. El sector estudiantil de la Universidad de Concepción se consideraba pervertido por la agitación política, con lo cual el rigor militar era necesario y justificado para devolverla a su estatus de orden y normalidad.

[174] Alma Barra y Miguel Urrutia, "Lo social y lo político en el movimiento estudiantil de la Universidad de Concepción (1973-1983): Sujetos históricos para un tiempo de transición", p. 28.
[175] "Pasado, presente y futuro", *El Diario Color*, 14 de mayo de 1975, p. 2.

De hecho, consultado por el estado de la Universidad en 1975, el ex rector Ignacio González Ginouvés —del período 1962-1968—, hacía un positivo balance del trabajo realizado hasta entonces en la institución tras el período "destructivo" de los cuatro años anteriores al 11 de septiembre de 1973. Para él, las juventudes eran el motor de la Universidad y debían concedérseles todas las instancias de expresión y comunicación para transmitir sus necesidades y deseos de mejora. No obstante, el ex rector acentuaba el hecho de que la gestión del organismo universitario era demasiado complicada para ser resuelta con decisiones de asamblea. En su visión la juventud simplemente no estaba capacitada para participar en la toma de decisiones, ni tampoco era siempre motivada por intereses totalmente ajenos a los personales. Por estas razones, González Ginouvés sentenciaba que las decisiones de la conducción universitaria debían ser tomadas por quienes estaban en las mejores condiciones para hacerlo: adultos, militares y profesionales de sólida trayectoria y compromiso netamente con el desarrollo académico y científico[176].

En el caso del período de Guillermo Clericus, la masificación de la protesta en el país a partir de 1983 dividió su período como rector entre distintas formas de interpretar los roles juveniles y su vínculo con la política y la cultura. En primera instancia, Clericus parecía estar de acuerdo en promover una mayor libertad asociativa en los estudiantes de la Universidad, principalmente a raíz del apagón cultural que se diagnosticaba con pesar a raíz de los malos resultados académicos y la "falta de cultura" y conocimientos entre las y los jóvenes. Esto reforzaría lo señalado anteriormente acerca de la rápida aprobación que otorgó a la creación de agrupaciones estudiantiles desde 1981, año en el que se autorizaron 9 organizaciones principalmente de estudiantes pertenecientes a las facultades de Educación e Ingeniería[177], aumentando a 19 hacia fines de 1982, esta vez con importante presencia de carreras de las facultades de Ciencias Sociales y de Humanidades y Arte[178]. No obstante, quedó claramente

[176] "Ex-rector ausculta a la Universidad", *El Diario Color*, 7 de diciembre de 1975, portada.
[177] *Memorias Universidad de Concepción 1981*, Universidad de Concepción, p. 23.
[178] *Memorias Universidad de Concepción 1982*, Universidad de Concepción, pp. 22-23.

estipulado en el decreto que las autorizaba, que este tipo de agrupaciones no podían contravenir el reglamento universitario ni tampoco la ley respecto a la desviación de los propósitos de las organizaciones hacia tintes políticos.

Y es que no había necesidad de seguir recalcando un hecho que ya se daba por concretado: la política había sido extirpada de la Universidad, al menos en teoría. De esto se jactaba el rector delegado Rochna Viola en 1979 antes de entregar el mando de la Universidad a Guillermo Clericus. La casa de estudios, según él, gozaba de paz y de un clima propicio para el sano desarrollo de las actividades de profesores y estudiantes. Aún cuando reconocía la permanencia de "elementos negativos", confiaba en los académicos y los propios estudiantes para prevenir un nuevo descalabro en la conducción de la Universidad[179].

Tras el cambio de mando, Clericus señaló a diario *El Sur* que sería inflexible contra el proselitismo político en la Universidad, cosa que demostró rápidamente con distintas exoneraciones de funcionarios y designaciones a nivel de vicerrectoría- donde ubicó al ex rector Carlos Von Plessing-, direcciones de escuelas y facultades, y también en otras principales áreas de la estructura académica y administrativa[180].

Pero este discurso de apertura cultural y recio apoliticismo duró hasta que la "estabilidad" sociopolítica en la Universidad se remeció con el retorno de las protestas y de la FEC en 1983. Desde entonces, Clericus entregó a los medios y la comunidad un discurso en el cual se mostraba más dócil y dispuesto a armonizar la libre asociación política en la Universidad con la actividad cultural, entendiendo este hecho como ejercicio de una facultad que antaño los jóvenes estudiantes no habían sido capaces de comprender. Es más, en agosto de aquel año comentó a diario *El Sur* que personalmente no se oponía a la expresión de las

[179] Danny Monsálvez, "La Universidad de Concepción en dictadura: delación, depuración y normalización, 1973-1980", p. 203.
[180] Danny Monsálvez, *Los académicos de la Universidad de Concepción contra la dictadura de Pinochet…,* p. 107.

ideas de los estudiantes, y que "dentro de nuestra casa de estudios, por decisión de la rectoría, no se ha ejercido ni ejecutado ninguna acción que impida la expresión"[181].

Sin embargo, poco antes de dicha declaración ya se intensificaba la movilización estudiantil en la Universidad ante los conflictos arancelarios de los estudiantes, el autoritarismo del propio Clericus y la represión y vigilancia en el campus. Algunas de las protestas se realizaban directamente en el frontis del edificio Virginio Gómez dado que, según una entrevista del estudiante de Ingeniería Civil Química, Richard Vargas —dirigente clave del movimiento estudiantil— dicho inmueble creado "para servir al estudiante, se ha transformado en un centro de soplonaje desvirtuando totalmente su esencia"[182].

En efecto, el discurso del rector delegado Guillermo Clericus se contradecía totalmente con la propia estructura represiva articulada en los primeros años de su rectorado. Cuando asumió la rectoría en 1980, designó a Rodolfo Zuloaga Meneses como Director de Asuntos Estudiantiles, división que en ese año aún pertenecía a la Vicerrectoría de Administración y Finanzas, y que era indicada como núcleo del espionaje en la Universidad dados los presuntos lazos de Zuloaga con la CNI. Pero en 1981, Clericus trasladó esta unidad a la Vicerrectoría Académica donde también funcionaba la DACAE —ubicada en el actual edificio Virginio Gómez— bajo la jefatura de Claudio Sáez Fuentes, la cual llevaba el control de la situación académica de los estudiantes, así como también de la selección de los nuevos postulantes[183]. Es decir, con ese cambio la Dirección de Asuntos Estudiantiles tendría estrecha cercanía con todos los datos e información relevante sobre la situación académica de los estudiantes.

De esta manera, esa información se convertiría en recurso para el amedrentamiento e intimidación. Según los ex estudiantes del período Alejandro Navarro Brain y Ricardo Pérez Zúñiga, fue en esas divisiones de la Universidad desde donde emanaron las amenazas de

[181] "Estudiantes pueden usar libertad de asociación", Diario *El Sur*, 27 de agosto de 1983, portada.
[182] "Rondas silenciosas en U. de Concepción", Diario *El Sur*, 19 de agosto de 1983, p. 5.
[183] *Memorias Universidad de Concepción 1980-1984*, Universidad de Concepción.

pérdida de becas y beneficios e inclusive la extorsión, mediante la toma de fotografías y grabaciones de intervenciones comprometedoras en las aulas de quienes ya participaban en las primeras manifestaciones, para así hacerles saber que estaban identificados[184].

En resumen, Clericus se vió forzado a suavizar su discurso oficial cuando el retorno de la FEC estaba cerca, dado que así esperaba no enardecer ni avivar la organización estudiantil. De la misma forma en que lo hacía la ministra de Educación Pública, Mónica Madariaga, al visitar la Universidad de Concepción en mayo de 1983, declarando que la nueva legislación no impedía el sustento de ideas políticas al interior de las universidades, siempre y cuando no se fuera en contra del "ser" universitario cayendo en el proselitismo de una determinada ideología[185].

En el caso de Clericus, las protestas y actos de oposición le parecían ahora aceptables siempre y cuando se hicieran a través de los cauces correctos, consistentes en no dañar el patrimonio de la Universidad, ni paralizar el período lectivo o sortear los "canales" dispuestos para el entendimiento entre autoridades y estudiantes. Pero a partir de 1985 y sobre todo en 1986, nuevamente volvería a referirse a las juventudes politizadas como un conjunto de individuos carentes de cordura y demostrando acciones que no estaban a la altura de la Universidad de Concepción. Para entonces consideraba que los estudiantes se habían alejado de los "calmados y fructíferos" años iniciales de su rectoría, siendo resultado de ello un incremento inusitado de estudiantes "fracasados" en carreras como medicina debido a su participación en los desórdenes[186].

Finalmente la rebeldía juvenil de las y los estudiantes había hecho ingobernable la Universidad de Guillermo Clericus. Poco importaban ya las medidas conductistas tendientes a

[184] Alma Barra y Miguel Urrutia, Lo social y lo político en el movimiento estudiantil de la Universidad de Concepción…, p. 45-47.
[185] "Nueva legislación universitaria abordó la ministra Madariaga", Diario *El Sur*, 14 de mayo de 1983, 5. En el transcurso de esa visita, tras haber dictado una clase magistral en el Teatro Concepción, la ministra se encontró con una protesta de unos 400 estudiantes de la Universidad de Concepción que la esperaban a la salida del edificio, rechazando su presencia y el análisis sociopolítico presente en su discurso.
[186] "La polémica judicial", Diario *El Sur*, 26 de febrero de 1986, p. 11.

mantener la derribada imagen idílica del campus universitario y de sus jóvenes estudiantes, porque en Concepción y el resto del país la ciudadanía había despertado de su letargo, tal y como se mencionaba en una columna de Diario *El Sur* que volvía a diagnosticar el viejo síntoma de la politización en 1986: "esa Universidad [de Concepción] no ha muerto. Está enferma, pero se recuperará, porque la necesitamos desesperadamente"[187].

Golpe estético y cultural: la transformación cívica y el disciplinamiento juvenil en la ciudad y la Universidad

En la década de los años setenta, Augusto Pinochet visitó la ciudad de Concepción en varias ocasiones. Cada una de estas instancias fue una auténtica procesión mesiánica, en la cual se paralizaron las actividades de toda la ciudad para recibir al jefe de Estado que había liberado a Chile de la dictadura marxista —entregaremos más detalles sobre ellas en el siguiente apartado—. Además, fue particularmente visible en los días u horas que duraron sus visitas, la profundidad de lo que se ha denominado el golpe "estético y cultural" propinado por la dictadura. Claramente, la violencia no fue el único fundamento para la conservación del poder militar, pues también lo fueron la dominación e influencia por medio de signos y símbolos que resignifcaron y recontextualizaron los espacios públicos, las instituciones y las figuras de autoridad.

En el Gran Concepción, fueron rápidos y notables los cambios en la toponimia de las ciudades adyacentes. Algunas tomas y campamentos, plagados de referencias a personajes y pueblos foráneos, como el caso de los campamentos de Talcahuano conocidos como Lenin, Luciano Cruz, José Tohá, Hernán del Canto y Fidel Castro, pasaron a llamarse asentamientos y poblaciones Diego Portales, José Miguel Carrera, Jorge Montt, Sargento Aldea y General

[187] "La Universidad que necesitamos", Diario *El Sur*, 7 de marzo de 1986, p. 5.

Baquedano, respectivamente[188]. Misma situación ocurriría con calles y lugares en distintos puntos de Chiguayante, Coronel y la propia Concepción.

La designación de autoridades, derivada del bando número 37, fue otra de las medidas antidemocráticas adoptadas en el transcurso de la adecuación al nuevo contexto, principalmente en los cargos de directores de escuelas, presidentes de juntas de vecinos, alcaldes, intendentes, entre otros. El sistema educativo fue quizás donde más claramente se pudieron percibir las transformaciones: se fomentó la obligatoriedad de celebrar acto cívico los días lunes, se incorporó una estrofa al canto del himno nacional dedicada a los "valientes soldados", se estableció la "semana patriótica" entre el 15 y 22 de mayo en todos los establecimientos de la región, la semana de "la bandera" en los días cercanos a la conmemoración de la Batalla de la Concepción, y se otorgó más notoriedad a los estandartes de las Fuerzas Armadas en liturgias católicas en la Catedral de la ciudad y la zona céntrica[189].

En el caso de la Universidad de Concepción, los testimonios han coincidido en la quema y ocultamiento de libros, la compulsión por recortar cabellos, barbas y bigotes ante la invasión militar, y el repliegue de toda la actividad cultural relacionada con la música, prensa, voluntariados y actividades recreativas. Inclusive, toda la "onda" juvenil y sus subculturas no politizadas, como la de algunas agrupaciones *hippies*, también fueron censuradas de la vista del público, incluyendo sus atuendos, costumbres y prácticas consideradas contrarias a la nueva moral imperante. En última instancia, se trataba de sofocar cualquier posible tentación de participar en actividades, grupos, espacios y lugares asociados a una actividad política o cultural como las de antaño.

En la prensa local —Diario *El Sur* y *El Diario Color*, los más proclives a publicar columnas de opinión, análisis y reportajes de tinte histórico y político— figuras como la de Edgardo Enríquez Frodden y Galo Gómez Oyarzún, fundamentales en la conducción

[188] Danny Monsálvez Araneda, "El golpe de Estado de 1973 en Concepción: Violencia política y control social", p. 119.
[189] Ibíd, pp. 121-123.

universitaria durante la Unidad Popular, fueron abiertamente menoscabadas dados sus historiales políticos y supuestas responsabilidades en el descalabro acontecido en la Universidad. Asimismo, la imagen de Salvador Allende también fue sistemáticamente denostada. Cuando se le mencionaba, no era como "ex presidente" sino como el "doctor" Allende, y no hubo aspecto de su vida pública y privada que no fuera malversado y cuestionado en relación a su ejercicio del poder. En conjunto, todos los adherentes de la izquierda, fueran políticos, autoridades, funcionarios, militantes y estudiantes, recibieron una dura exposición en los medios de comunicación y un consecuente relegamiento al rincón del oscuro pasado de la patria. La juventud en sí misma fue un tópico central sobre todo en Diario *El Sur*, copando reportajes, notas editoriales, noticias, entrevistas y publicidad en las cuales se analizaba lo que esta debía ser, lo que había sido antes de la "segunda independencia nacional" consumada con el golpe de Estado, y cómo podía ocupar su lugar en el momento histórico que ahora les correspondía vivir.

Estaba claro que la nueva juventud no debía formarse con el ejemplo de los políticos y dirigentes de partidos depuestos el día del golpe, ni siquiera con el de los "triunfantes" miembros del PN o la DC. En su lugar, las instancias de readecuación se articularon en torno a la veneración de los próceres de la patria y los valores legados de sus gestas, sobre todo de Bernardo O´higgins y Diego Portales. Pero, nuevamente, ese enfoque en la disciplina y la rectitud, sumado a la censura, contribuyó al diagnóstico del apagón cultural que se hizo célebre durante y después de la dictadura. Inclusive, la situación estimuló una serie de medidas tendientes a enriquecer la cultura juvenil y potenciar sus conocimientos.

Prueba de ello es que en agosto de 1978, se celebraron en la Universidad de Concepción las Terceras Jornadas Nacionales de Cultura, cuya finalidad era generar un "debate abierto para la discusión al más alto nivel de los problemas de coordinación, planificación y estímulo a la vida cultural de la nación"[190]. El evento fue patrocinado por el

[190] "Las Terceras Jornadas Nacionales de Cultura", *Diario El Sur*, 3 de agosto de 1978, portada.

Consejo de Rectores de las Universidades Chilenas y la Dirección Nacional de Bibliotecas, Archivos y Museos, con presencia de su director Enrique Campos Menéndez. Las primeras dos versiones se habían realizado en 1975 y 1976, en la Universidad Católica de Valparaíso y la Universidad Técnica del Estado, respectivamente, teniendo buena acogida por parte de la Junta Militar y el Ministerio de Educación dada su promoción de la cultura. El turno de la Universidad de Concepción fue coordinado por la Vicerrectoría de Extensión y Comunicaciones, teniendo por temática principal el nexo entre juventud y cultura, con foco en el análisis de los aspectos más relevantes de la actividad cultural del país y su incidencia en la formación de la juventud.

Las jornadas se articularon en base a cinco ejes temáticos que ejemplificaban el sentido de su convocatoria y las pretensiones de sus asociados: elementos para enriquecer la formación cultural de la juventud; fomento del conocimiento local y regional del país; estímulo a la creación cultural y artística; recursos para la actividad cultural; y medios de comunicación y formación cultural[191]. Tal como se ha mencionado, el apagón cultural, la "idiotización" de la juventud denunciada por los medios y la esterilidad de la producción cultural hacían necesaria una revisión de las medidas adoptadas en esta área más allá de la satanización del legado de la Unidad Popular.

En realidad, la magnitud de la confianza demostrada en las juventudes, y por ende la necesidad de acercarlas a la gestión del gobierno, había respondido desde temprano a una necesidad de los militares por encontrar legitimidad social y apoyo público en un estrato de la población considerado decisivo. La propia fundación de la Secretaría de la Juventud el 28 de octubre de 1973, en pleno período de "guerra interna", expresó "la avanzada claridad estratégica de centrar en las y los jóvenes una intervención planificada tanto de persuasión y

[191] "Terceras Jornadas de Cultura en la U", *Diario El Sur*, 3 de agosto de 1978, p. 3.

fidelización, como de coerción y coacción" para construir esa base social de apoyo[192]. Por su parte, la creación del FJUN en 1975, con especial activismo e influencia de Jaime Guzmán, tuvo un origen y ejecución más político que social: si la Secretaría tenía un rol más bien asistencialista y recreacional en el saneamiento de la juventud, ilustrando la bondad de los deportes, el folklore, el estudio y la mesura cívica, el Frente era más un movimiento político paraestatal —sin reconocimiento público oficial— incrustado en el funcionamiento del Estado y contando con aportes logísticos y financieros directos, cuya finalidad era generar adherentes y fieles seguidores jóvenes al régimen y figura de Pinochet, aspirando a vincularse con el gobierno y servir activamente en la conducción del país[193].

La red de la Secretaría se extendía verticalmente desde la dirección nacional hacia las regionales, provinciales, locales y vecinales, siendo sus células de Talcahuano, Chiguayante y Concepción las más activas en la zona penquista. En la Universidad no lograron permear de manera significativa, en parte debido a que el papel de la Secretaría ya era suplido por la Dirección de Asuntos Estudiantiles y la Vicerrectoría de Extensión y Comunicaciones[194]. Y es que con la normalización de las actividades universitarias, era fundamental para las rectorías delegadas mantener la apariencia de orden, quietud y tranquilidad en el campus y en el sentir de sus estudiantes. Lógicamente, se reanudaron la mayoría de las actividades extra curriculares tradicionales, como los campeonatos deportivos entre facultades, los conciertos de la orquesta sinfónica de la Universidad, las jornadas de estudio e investigación científica, los talleres musicales y artísticos, las campañas solidarias para los desfavorecidos, las fiestas de la primavera, y también las míticas escuelas de verano a partir de 1975.

La difusión de las actividades gestadas en el campus se hizo mediante los canales y medios de comunicación oficiales dispuestos por la Universidad. La Radio UdeC, una vez que

[192] Yanko González Cangas, "El Golpe Generacional y la Secretaría Nacional de la Juventud: purga, disciplinamiento y resocialización de las identidades juveniles bajo Pinochet (1973-1980), *Atenea*, no. 512 (2015): p. 89.
[193] Yanko González Cangas, *Los más ordenaditos: Fascismo y juventud en la dictadura de Pinochet*, pp. 93-95.
[194] Cristián Cornejo Moraga, entrevista personal, Concepción, 4 de octubre de 2024.

retomó su programación habitual, se orientó hacia programas que rescataran la cultura tradicional chilena, así como a dar cabida a la música clásica y folklórica. La emisora difundió múltiples noticieros y programas de crónicas, además de algunos programas de filosofía, ciencia y bellas artes conducidos por docentes de la Facultad de Humanidades. De más está señalar que abundaron los programas especiales con motivo de cada efemérides ligada a las Fuerzas Armadas, con especial atención al Mes del Mar y el Mes de la Patria[195].

La editorial universitaria limitó la circulación de publicaciones y libros, restringiendo tanto la cantidad de lanzamientos como la pluralidad política e ideológica de sus páginas. Por lo tanto, las publicaciones orientadas a las ciencias políticas y sociales fueron claramente las que contaron con menor divulgación y financiamiento. Las de mayor tiraje finalizando la década de los setenta fueron las revistas *Atenea*, cuyo número 437 en 1978 fue en homenaje al bicentenario del nacimiento de Bernardo O´higgins; *Gayana*, con enfoque en la biología; *Acta Literaria*, perteneciente la Facultad de Humanidades y Arte; la *Revista de Derecho*; el periódico mensual *Columnas Universitarias* y el semanario *Al Día*, estos últimos fungiendo como medios oficiales de la difusión de actividades y eventos culturales, académicos, científicos y sociales celebrados en la Universidad. Mediante estos documentos buscaba construirse una imagen institucional humilde y comprometida con el progreso y desarrollo, aun cuando sus lazos con organizaciones afines o controladas por la dictadura, como el Centro de Madres (CEMA), o el Consejo de Rectores, y también con países que todavía mantenían relaciones con Chile, caso de Estados Unidos y Alemania Federal, eran evidentes por medio de pasantías, convenios e intercambios de estudiantes y académicos.[196]

Asimismo, Diario *El Sur* contenía una columna especial titulada “Vida Universitaria”, en la cual se dedicaban a divulgar todas las actividades extra curriculares y de extensión que

[195] *Memorias Universidad de Concepción 1982*, Universidad de Concepción, p. 89.
[196] Consuelo Emhardt Vera, “Periódico Al Día de la Universidad de Concepción (1976-1979). Memoria y patrimonio documental institucional” (Tesis de pregrado, Universidad de Concepción, 2021): p. 61.

se celebraban en las tres sedes, con el fin de acercar a las comunidades al núcleo cívico que pretendían ser las casas de estudio.

El panorama en el campus pretendía erguirse de manera homogénea, sin sobresaltos y con el control pleno de sus espacios y avenidas. La apacible disposición de sus monumentos, edificios y áreas verdes, que naturalmente inducían a percibir un clima propicio para el desenvolvimiento de investigadores e intelectuales de calidad superior, contrastaba enormemente con la estructura represiva y las experiencias de dolor y terror que proliferaban en sus interiores, todo a partir de la pretensión de hacer de la Universidad una institución gobernable y ejemplar bajo las directrices de los rectores delegados González Bastías, Rochna Viola y Clericus Etchegoyen.

Las visitas de Augusto Pinochet a Concepción

Tal como hemos señalado, durante la década de los setenta Pinochet visitó la ciudad todos los años en el lustro 1973-1977. Los objetivos de sus visitas, primero como Presidente de la Junta Militar, y a partir de diciembre de 1974 como Presidente de la República, fueron eminentemente estrategias políticas pero también simbólicas en el afianzamiento de la institucionalidad militar.

Pinochet recorría el país con pretendidos aires de humildad y simpleza, pero su discurso estaba cargado de una autopercepción mesiánica que caló hondamente en las conciencias de los penquistas, quienes otrora regidos por el caos y el desorden, vieron en la figura del Presidente de la Junta la posibilidad de volver a orientar sus vidas a la normalidad. Y es que el surgimiento y desarrollo del Pinochetismo puede ser analizado bajo la utilización de un doble recurso a retóricas religiosas[197]. Primero, el actuar en nombre de una cruzada ideológica contra el marxismo en miras de la salvación de la patria en todos sus ámbitos de la

[197] Pablo Ortúzar Madrid, Carolina Tomic y Sebastián Huneuus, "El mesianismo político de Augusto Pinochet y la lucha por el espacio sacrificial", *Revista Temas Sociológicos*, no. 13 (2009): p. 243.

perversión infernal del comunismo internacional. Y segundo, el imperio de un orden sacrificial que los militares, y sobre todo Pinochet, efectuaban para revestir sus figuras de mayor aceptación, como quedó demostrado con su constante alusión al fundamentalismo de la "familia" chilena en el proceso de refundación nacional —por la cual, según diría Pinochet en Concepción a fines de 1973, los militares trabajaban hasta 15 horas diarias— con el atentado conducido por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez en 1986 —aludiendo que su salvación fue obra de la Virgen del Carmen— y con su detención en Londres en 1998 —que lo convirtió en un mártir para la derecha.

En medio de ese proceso, la juventud fungía como el rebaño que en algún momento se haría cargo de heredar la obra de la dictadura y perpetuar su legado.

Desde su primer arribo a la ciudad, Augusto Pinochet se rodeó de un aura mística que reforzaba esas creencias de predestinación a salvar a Chile mediante el pleno esfuerzo de todas las autoridades, y el apoyo inclaudicable de la juventud. Su visita a finales de octubre de 1973 al Regimiento N°6 "Chacabuco", se mantuvo como una "sorpresa" que ocasionó una serie de preparativos bajo un clima cargado de nerviosismo y poblado de periodistas y fotógrafos. Habiendo llegado a las instalaciones, con uniforme de campaña, cuchillo en la bota y pistola en cinto, estableció que su visita no era como Presidente de la Junta Militar sino como Comandante en Jefe del Ejército, con lo cual hacía un llamado a toda la población penquista, especialmente a la juventud, a colaborar de manera activa y con sacrificio por la reconstrucción del país[198].

Pero también, un hecho muy interesante fue que el propio Pinochet, en relación a la designación de Concepción como "zona roja", señaló:

> "La gente de aquí es normal. No hay provincias rojas, sino solo unos pocos dirigentes en cada parte. La gente se ha dado cuenta cómo han actuado las FF.AA. y Carabineros. La gente penquista tiene

[198] "Sorpresiva visita de General Pinochet", *El Diario Color*, viernes 26 de octubre de 1973, portada.

conciencia, es gente honorable, trabajadora, bien intencionada. Yo mismo lo sé bien porque estuve destacado durante un año en Lota, en 1948. Todavía me acuerdo de los nombres y apellidos de los dirigentes, del presidente del Sindicato"[199].

La búsqueda de legitimidad del régimen requería ante todo que la población estuviera convencida de que el depuesto gobierno marxista era minoritario y no representaba los intereses de la mayoría. Pero Pinochet estaba plenamente consciente de que Concepción y su Universidad eran focos de agitación política fieles a la Unidad Popular y la nueva izquierda, razón por la cual se mostró en esa ocasión como un militar listo para el combate, compadeciéndose de aquellos que se estuvieran preparando para atentar contra las Fuerzas Armadas, dada la brusca respuesta que obtendrían de su parte[200]. Asimismo, no dejaba de señalar la "especial" responsabilidad y contribución que la provincia de Concepción tenía con el país, y en consecuencia, justificaba con ella la aplicación del mayor rigor de la fuerza y la ley para imponer y asegurar el orden en la conurbación. No solo los antecedentes históricos ratificaban la tendencia izquierdista de Concepción, sino también la propia reacción militar durante y tras los primeros meses del golpe de Estado.

La segunda visita, en mayo de 1974, con la Universidad de Concepción en pleno funcionamiento, y en el marco de una lenta estabilización económica, muestra a un Pinochet cuya figura se ha robustecido del apoyo social de la ciudad, que destaca de manera fehaciente su discurso anti demagógico y la ciega devoción al trabajo ciudadano colectivo en la reconstrucción del país[201]. En los dos días que recorrió la zona del carbón, se hizo presente en la Maestranza de Schwager, el Hospital de Lota, el Gimnasio 11 de Septiembre y las oficinas de la Empresa Nacional del Carbón (ENACAR) en esa misma ciudad. En esta última instancia, se reunió con los trabajadores expresando que, para el gobierno, la situación de la

[199] Ibíd.
[200] Ibíd.
[201] "Presencia del General Pinochet", *El Diario Color*, 8 de mayo de 1974, p. 2.

cuenca del carbón era muy preocupante dado que se calculaba su retraso socioeconómico en unos 25 años. Por ello, supervisó los planes de innovación de la fábrica de alimentos preparados y las instalaciones de los trabajadores de la ENACAR.

En su paso por el gimnasio de la ciudad, presenció una demostración de la Asociación Deportiva Escolar Primaria y del Orfeón del Carbón acompañado por un coro de niños. Entre ellos, dos le entregaron como regalo una esfinge de minero tallada en carbón de piedra. Llegado su momento de hablar, Pinochet indicó a los niños y jóvenes presentes que su obligación era estudiar y prepararse para el futuro, dado que "el porvenir de la patria está en su juventud (...) ustedes tienen la responsabilidad de estudiar y prepararse para asumir más tarde las labores de la conducción del Estado"[202].

La lógica del cambio generacional fue claramente perceptible en su discurso, en el cual, a raíz del golpe de Estado, se había establecido una clara distinción generacional entre las juventudes pervertidas por la política, y las nuevas generaciones crecidas en el rigor del orden y el patriotismo. En ese lapso, Pinochet resolvió visitar sorpresivamente la Universidad de Concepción, recorriendo el Barrio Universitario en compañía del rector-delegado Guillermo González y el intendente de Concepción Agustín Toro Dávila. Se reunió brevemente con estudiantes del Instituto de Anatomía y valoró positivamente el clima de la Universidad y la dedicación que veía en los estudiantes. Aún así, recalcó la importancia que para el gobierno tenían las juventudes y la necesidad de que se concentraran únicamente en sus deberes y no en desviaciones políticas de ninguna especie.

Su tercera visita, el 16 de junio de 1975, la primera tras haberse investido como Presidente de la República, fue solo por un día con motivo de comprobar personalmente operativos militares en la zona a raíz de la extraña muerte del Capitán Osvaldo Heyder en la ciudad de Talca a principios de ese mes[203]. Pero esto no desvirtúa que haya sido quizás la más

[202] "El porvenir de la patria está en su juventud", *El Diario Color*, 8 de mayo de 1974, p. 3.
[203] El Capitán de Ejército Osvaldo Heyder Goycolea fue hallado muerto el 5 de junio de 1975 en Pencahue, Cerro de la Virgen, con una herida de bala en su cráneo. Si bien la dictadura acusó rápidamente homicidio de la

trascendente de sus estancias en Concepción respecto a las instancias en las que compartió con la juventud. Tras salir de una reunión con autoridades de la ciudad en la Intendencia, ubicada en la Plaza de la Independencia, Pinochet se dirigió a las instalaciones del Teatro Concepción ubicado en avenida O´higgins frente a la misma plaza (lo que es su actual ubicación). Allí lo esperaba una multitud de jóvenes —principalmente universitarios— dispuestos no solo a escuchar su mesiánico discurso de liberación y elogio al aporte a la refundación nacional desarrollado en Concepción, sino también a entregar y recalcar su fidelidad y compromiso al futuro de la obra del régimen.

Los estudiantes universitarios, representados por el presidente del comité coordinador universitario de la Secretaría de la Juventud, Mario Fernández, comentaron al dictador algunas de sus principales preocupaciones relativas al bienestar estudiantil en temas como alimentación y presupuestos para estudiar, pero valorando la preocupación mostrada por el gobierno en materias afines y reafirmando el compromiso de los universitarios con el porvenir de la patria. Algo similar señaló el joven Renato Varela, alumno del Liceo Enrique Molina y representante de los estudiantes de enseñanza media, agradeciendo la presencia de Pinochet tanto en la ciudad como en el campo y enfatizando la plena disposición de los estudiantes secundarios para acudir a cualquier requerimiento para hacer de Chile una gran nación. Finalmente, el secretario regional de la juventud, Roberto Torres, anunció que todos los esfuerzos de la Secretaría se orientaban a que la juventud dejara su rol de espectadora para transformarse en protagonista activa del quehacer nacional.

En palabras del propio Torres, la juventud penquista se encontraba sólida y vigilante frente al renacer de dos peligros principales. Por un lado, la proliferación de ideologías

---

mano de extremistas, las circunstancias de su deceso, y sobre todo su enfrentamiento con la DINA en Valparaíso a raíz de su oposición a la brutalidad con la que trataban allí a presos políticos del MIR, llevaron a su familia y sus abogados a considerar la opción de que Osvaldo Heyder fue víctima de la violencia política militar. Actualmente, su caso se encuentra temporalmente sobreseído, aun cuando sus familiares buscan reabrir el sumario, convencidos de su asesinato por parte de la dictadura en complicidad con miembros de la infame Villa Baviera (Colonia Dignidad).

extranjeras ligadas al comunismo internacional y, por otro lado, el retorno de los políticos divisionistas a posiciones estratégicas en la conducción del país. El binomio anticomunista y sacrificial del discurso pinochetista había sido ya fielmente captado por las juventudes.

En ese momento, Pinochet tomó la palabra en el escenario, respaldado por el General Nilo Floody, el gobernador provincial Contralmirante Christian Storaker, y varios miembros de su comitiva presidencial. Comenzó recordando el legítimo ascenso de los militares al poder tras la solicitud de su intervención por parte de todo el pueblo de Chile, a partir de lo cual dió inicio al desarrollo de un nuevo concepto de nacionalidad que ahora regía en la sociedad. Destacó que en nombre de ese concepto los soldados caídos dieron su vida para cambiar la faz de Chile, pensando en su futuro, y que ese futuro "son ustedes, la juventud de Chile". La proyección que el régimen hacía de sí mismo a través de la juventud reforzaba la noción evidenciada por el dirigente juvenil Roberto Torres, de que durante la Unidad Popular ella no había sido protagonista, sino relegada a una posición secundaria y de sumisión a la implantación del régimen totalitario marxista.

Asimismo, Pinochet recalcó la postura reticente del régimen frente a la reaparición de políticos. Hasta entonces los militares mostraban indiferencia cuando antiguos políticos, sobre todo democratacristianos, salían a hablar públicamente sobre la Junta. Hablando directamente a ellos, Pinochet expresó que "ustedes se acabaron señores. Ustedes no son el futuro de Chile. Si quieren saber dónde están los futuros gobernantes, miren a la juventud, a esta juventud. Ahí están los nuevos gobernantes". Y frente a lo que se volvería una multitud enardecida al finalizar su intervención, vale la pena citar textualmente su alocución de cierre:

> "Soy un viejo soldado que comprende el valor que tiene nuestra juventud. Yo no trabajo para mí, yo trabajo para el futuro de Chile, para la construcción de un nuevo Chile, donde primen los valores morales, donde no tengamos extrema pobreza, donde la juventud tenga posibilidades de ir a la Universidad. La primera preocupación del Gobierno será dar los medios para que la juventud se eduque como corresponde

(...) [llamo a] aquellos que han estado enfermos de doctrinas foráneas para que observen y comprendan el propósito del Gobierno de trabajar solo por Chile, para tratar de levantar a la gente de menos ingresos, para ir erradicando a los que viven en condiciones muy pobres, para hacer un Chile que no le tenga miedo a nadie, porque sabe que los mejores están pensando en Chile"[204].

La notable supremacía del ciudadano nacionalista en todas las capas sociales era algo de lo que Augusto Pinochet no renegaba. Solamente los verdaderos patriotas serían los idóneos para formar parte en la construcción y conducción del nuevo país, mientras que los que actuaban guiados por intereses ajenos al bienestar del país, eran catalogados como parte del problema que los militares buscaban subsanar. La juventud se erigía entonces como la sangre nueva, como los puros de espíritu y conciencia, como los ciudadanos inmunes al germen político de antaño, aquel que había afectado tan fuertemente a Concepción. Inclusive, Pinochet volvió a exhibir claridad y contundencia sobre este tema al reunirse previamente con el Intendente Regional, los Gobernadores Provinciales y Secretarios Regionales Ministeriales, aseverando: "recuerden que eso se terminó, la política se acabó (...) Aquí no hay elecciones, y a lo mejor me voy a morir yo, y el que venga atrás tampoco llamará a elecciones"[205].

[204] "El futuro de Chile está en la juventud", *El Diario Color*, 25 de mayo de 1976, p. 16.
[205] "Satisfacción presidencial", *El Diario Color*, 17 de mayo de 1975, p. 16.

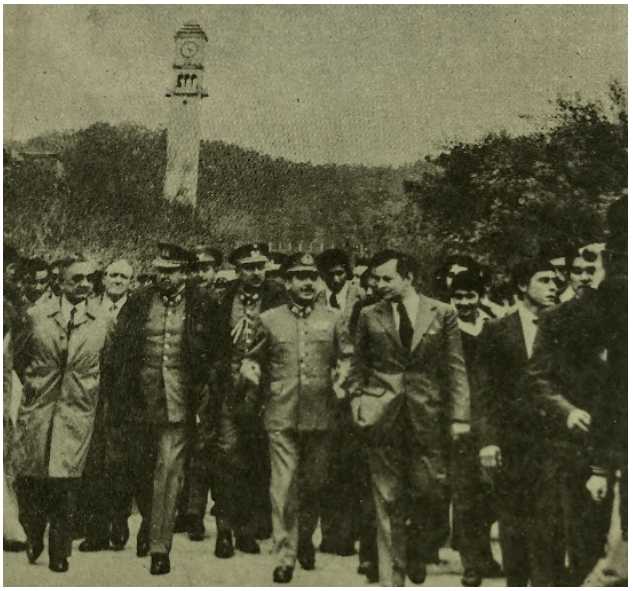

Figura 3. Los militares pasean por la Universidad de Concepción en 1974. De izquierda a derecha: el rector-delegado Guillermo González, General Augusto Pinochet, el intendente general Agustín Toro Dávila y el ministro de Economía Fernando Léniz[206].

Figura 4. Demostraciones del enaltecido vínculo entre Augusto Pinochet con los niños y niñas de Concepción, durante su segunda visita a la ciudad representando la presidencia de la República. Fuente: *El Diario Color*, 17 de julio de 1976.

[206] "Autorizada organización de los bancos de fomento", *El Diario Color*, 8 de mayo de 1974, portada.

En cada una de sus estancias en Concepción, Pinochet alabó no solo la calma y tranquilidad de la ciudad, también el rápido desarrollo industrial, pesquero y agropecuario de toda la VIII región, a la que ya consideraba un modelo a seguir por las demás regiones. De esta manera, la cuarta visita en julio de 1976 fue más extensa y colmada de celebraciones y demostraciones de adhesión. El día de su llegada incluía una recepción por casi ocho mil estudiantes de enseñanza básica y secundaria en el aeropuerto, y posteriormente un acto cívico en la Plaza de Independencia, frente a la Intendencia Regional, el cual sería animado por integrantes de la Agrupación Provincial del Folklore. También se contemplaba una reunión en la Intendencia con el Comité de Desarrollo Regional, y más tarde en el Teatro Concepción con las organizaciones y representantes juveniles, respectivamente. Finalizando esa jornada, sería homenajeado por las organizaciones juveniles de la provincia, encabezadas por los máximos dirigentes de la Secretaría Regional de la Juventud. Nuevamente, el factor de las juventudes era crucial en la imagen de apoyo al régimen.

La quinta visita en 1977 fue mucho más fugaz pero igualmente festinada como las anteriores. Principalmente, destaca la cercanía de Pinochet, en compañía de Lucía Hiriart, con los niños, niñas y juventudes. Los registros y la prensa enfatizaban el calor humano del dictador con la población más joven, a la que exhortaba a seguir trabajando desinteresadamente por el bien del país, del cual se harían cargo ocupando el lugar que otrora había sido corrompido por la casta política. Ya hacia 1978, el proyecto de constitución estaba en marcha y era considerado indispensable en la concreción del proyecto político de los militares, en el cual los políticos no podían tener cabida. Para Pinochet, el proceso debía avanzar sin apuros para lograr edificar un Estado fuerte y autoritario que fuera un paso más allá de la alicaída democracia “tradicional”, en la que se sacrificaba la seguridad por el pleno ejercicio de la libertad política. Por el contrario, para los militares era preferible vivir en una

sociedad sin mayores atribuciones cívicas, pero controlada por medio de la fuerza y la coerción[207].

En este sentido, persistió la lógica de guerra interna emanada de la Doctrina de Seguridad Nacional, pero ahora un paso más allá de la división entre aliados y enemigos, siendo las categorías de patriotas y antipatriotas las que configuraban el entramado social. El muchacho joven y el hombre que se embarcaba en la temprana adultez eran a ojos de Pinochet los "chilenos auténticos", para los cuales se construía la nueva institucionalidad con el fin de otorgarles diversas posibilidades de alcanzar grandes destinos[208].

Es así como la década de los setenta en Concepción y su Universidad se fue moldeando un arquetipo de juventud que pudiera conferir estabilidad y legitimidad al régimen, que si bien se impuso verticalmente por medio de la estructura política militar, también recogió las interpretaciones, sensaciones y aspiraciones de estudiantes y jóvenes trabajadores en el proceso de refundación nacional. Muchos anhelaban el orden y la quietud, especialmente en un espacio de prestigio como la Universidad de Concepción, para lo cual dieron su beneplácito a la obra de la dictadura. El componente cívico que permitió sustentar por tantos años al régimen de Pinochet, ciertamente halló a sus protagonistas en los grandes empresarios, asociaciones gremiales, profesionales y organizaciones de mujeres, pero el factor juvenil, tan heterogéneo y diverso, y que concitó esta profunda atención por parte de los líderes de la Junta Militar, sigue debiendo una cuota de responsabilidad historiográfica que permita comprender su impacto en la trascendencia del pinochetismo y el legado sociocultural de la dictadura, que aún pervive en las mentalidades de quienes fueron jóvenes durante esos 17 años, y hasta en quienes hoy en día transitan por esa condición social.

[207] "No vamos a entregar el gobierno a los políticos", *Diario El Sur*, 6 de mayo de 1978, p. 18.
[208] "Chile hacia Nueva Institucionalidad", *Diario El Sur*, 6 de mayo de 1978, portada.

CAPÍTULO IV

ORÍGENES DE LA ORGANIZACIÓN ESTUDIANTIL EN DICTADURA: DE LAS GENERACIONES DESPOLITIZADAS A LAS GENERACIONES MOVILIZADAS (1973-1983)

La rearticulación del movimiento estudiantil en la Universidad de Concepción pasó por distintas etapas marcadas por la violencia, el terror y la clandestinidad. Gradualmente, los espacios para la discreta y tímida discusión y análisis de la realidad política transitaron hacia una serie de acciones más visibles, transversales y confrontacionales del orden universitario imperante. En ese proceso, es posible establecer unidades generacionales que fueron surgiendo y cohesionando las identidades juveniles que lograron pervivir frente a la arremetida de la tortura, la prisión y la muerte.

Tras una década de inmovilismo político público, la paupérrima situación laboral y financiera del país gatilló una masiva reacción popular en sus principales ciudades a partir de 1983. Pero antes de eso, en la Universidad de Concepción las y los estudiantes atravesaron un largo período de marginación en la conducción de los asuntos de la casa de estudios —férreamente controlados por los rectores delegados— y de silencio voluntario ante la arremetida de la represión y del giro neoliberal que afectaba a las áreas educativa, cultural y económica.

Por ello, en este capítulo proponemos analizar no solo los mecanismos y las formas, sino también los significados y sentidos generacionales de la reconstitución del movimiento estudiantil en la Universidad en base a dos períodos principales. Primero, desde el día del golpe de Estado en 1973 hasta 1975, lapso en el que las opciones y acciones de resistencia en este lapso fueron casi nulas y enfocadas más bien en la solidaridad y mancomunión entre estudiantes, para sobrevivir en el escenario de censura y violencia que se desplegaba desde todos los organismos de la institución.

Y segundo, en el transcurso de 1976 hasta 1983, que será un período marcado por los primeros núcleos generacionales de oposición a la dictadura, como los Comités Democráticos (CODE) en distintas carreras, la profundización de la actividad partidaria opositora en la clandestinidad —mayormente de la DC, el PS y el PC— y el auge del renacer cultural por medio de las peñas y talleres dispuestos por la Universidad y cooptados por estudiantes de oposición, que permitían intercambiar subrepticiamente ideas, reflexiones y sensaciones acerca de la realidad política.

Esta fue una etapa donde la pluralidad generacional se edificó en torno a distintos núcleos, con foco en la identificación colectiva a través de creencias, miedos y opiniones comunes, en lo que se ha catalogado como la hegemonía de "lo social" por sobre "lo político" al interior del campus[209]. Este primer conjunto de acciones más organizadas, sin predominio ni tampoco total prescindencia de los partidos políticos, corresponden a lo que Brodsky y Pizarro denominaron el "activo democrático", es decir, la creación de espacios para desarrollar las relaciones propias que la dictadura bloqueaba a las juventudes[210].

Aunque también, es el período donde surgieron organismos como los Centros de Alumnos designados y las organizaciones gremiales al interior de la Universidad, las cuales se acoplan a la estructura autoritaria orquestada por los rectores delegados, siendo las instancias "oficiales" de participación. No obstante, por esa misma razón, no lograrán ser núcleos unitarios de los intereses y anhelos de gran parte de la comunidad estudiantil.

Este segundo período va a culminar en el año 1983, y estará definido por las primeras manifestaciones públicas y abiertamente opositoras a Guillermo Clericus y la dictadura, así como por la intromisión más certera de los partidos políticos en la conducción de las facciones latentes al interior del propio movimiento estudiantil. En 1983, este va a cristalizar

[209] Alma Barra y Miguel Urrutia, "Lo social y lo político en el movimiento estudiantil de la Universidad de Concepción (1973-1983): Sujetos históricos para un tiempo de transición", p. 79.
[210] Ricardo Brodsky y Ramiro Pizarro, "La constitución del movimiento estudiantil como proceso de aprendizaje político", en *Juventud Chilena: Razones y Subversiones*, editado por Irene Agurto, Gonzalo de la Maza y Manuel Canales (ECO-FOLICO-SEPADE, 1985): p. 139.

en la reconstitución de la FEC y desde allí, será una organización fundamental no solo en el fortalecimiento de la cohesión y ampliación de las facultades de los estudiantes, sino también como unidad generacional para los jóvenes que definió su juventud en el Chile de los años ochenta.

Los años de supervivencia: 1973-1975

Según lo expuesto en el capítulo anterior de este trabajo, los primeros años tras el golpe de Estado fueron notables por la neutralización de toda actividad política en el campus de la Universidad. Los estudiantes que habían sido protagonistas en la movilización política durante la Unidad Popular, fueron forzados al exilio, autocensura y marginación de los espacios en el campus. O bien, formaron parte del grupo de estudiantes cuya matrícula fue rechazada por el rector en el proceso de reincorporación celebrado a fines de octubre de 1973.

La Universidad de Concepción se convirtió en un lugar separado de la realidad urbana, pues no había lugar para la discusión, la crítica o inclusive la reflexión del acontecer nacional o del extinto gobierno popular. La mentalidad militar en el trato a la ciudadanía fue coincidente con la duración que, hasta septiembre de 1974, tuvo el estado de guerra en todo el territorio del país. Por aquel entonces, solo se han registrado esporádicas y muy escasas manifestaciones o actos de oposición en las cercanías de la Universidad, los cuales ni siquiera eran reconocidos como tal por la prensa penquista, siendo tildados como vandalismo o meros desórdenes de estudiantes de la casa de estudios[211].

Las preocupaciones eran otras: enfocarse en la carrera, las evaluaciones, la carga académica y, para los disidentes de la dictadura, sobrevivir y mantenerse fuera de peligro, vigilancia o amenaza. Además, en los primeros años de la dictadura no existió ningún canal comunicativo oficial entre la comunidad estudiantil y el rector delegado Guillermo González. Las únicas instancias de interacción fueron mayormente en la Casa del Deporte para la

[211] "Detenidos 18 universitarios por promover desórdenes en el centro", *El Diario Color*, 2 de abril de 1974, p. 3.

inauguración de los años lectivos, la celebración de convenios generados entre la Universidad y otras instituciones, y cualquier acto ligado a la promoción de la investigación académica y científica. El proceso de reestructuración, saneamiento y depuración no ofrecía posibilidad de réplica ni de opinión.

Por la misma razón, para ex estudiantes como Cristina Valenzuela, de la carrera de Filosofía y después Sociología en el lustro 1971 a 1976, la única posibilidad era trabajar individualmente los temas vinculados a la política, al menos como objeto de estudio ante la imposibilidad de organizar a las y los estudiantes frente a las problemáticas propias del quehacer universitario. El aislamiento social y político era absoluto, con lo cual la capacidad de plantear objetivos colectivos se reducía al mínimo[212].

Las relaciones interpersonales habían cambiado drásticamente a como eran antes del golpe de Estado. Para quienes se dedicaron a sobrevivir y resistir, en los primeros años tras el golpe la realidad quedó compuesta por la oferta de un modelo de vida que no tenía nada en común con la mancomunión gestada antes de 1973, según consignaba *Análisis*:

> "Los estudiantes democráticos se juntan a resistir ideológica y valóricamente frente al aislacionismo, las actitudes individualistas y la progresiva transformación de los jóvenes en seres receptivos, que han introyectado sus propias potencialidades creativas e hipotecado su voluntad, al precio de una calma aparentemente ventajosa que también a ellos les fue impuesta"[213].

Lo político fue convertido en un concepto necesariamente negativo y terrible para cualquier joven, y la participación social de cualquier tipo, en una práctica sospechosa e ilegítima.

---

[212] Cristina Valenzuela, entrevista por Alma Barra Cáceres y Miguel Urrutia Fernández, en "Lo social y lo político en el movimiento estudiantil de la Universidad de Concepción (1973-1983): Sujetos históricos para un tiempo de transición", p. 33.
[213] Juan Veglia, "El movimiento estudiantil, hoy", *Análisis* no. 23 (1980): p. 41.

La progresiva reactivación del movimiento: 1976-1982

a) El Centro de Estudiantes de la Universidad (CEUC)

Cuando ya se había asegurado la tranquilidad y plena reestructuración de la Universidad tras casi tres años desde el día del Golpe, el rector Heinrich Rochna Viola estimó necesario articular un canal de comunicación oficial con los estudiantes. El principal objetivo era que pudieran expresar sus inquietudes y realizar sugerencias respecto a las decisiones adoptadas por las autoridades en materia académica. De esta manera, por medio de la resolución 1.008 en noviembre de 1976 se determinó la creación del Centro de Estudiantes de la Universidad, cuya finalidad sería:

> "Servir de portavoz de los alumnos frente a la Universidad en su conjunto, además de propender a la convivencia de los Universitarios y participar en las actividades de extensión, extraprogramáticas, de bienestar, acción social, deportivas y culturales. Su Comité Ejecutivo estará integrado por siete alumnos, representativos de cada una de las Áreas Académicas de la Universidad de Concepción"[214].

Para pertenecer al organismo era necesario cumplir con el arquetipo juvenil que se había empezado a perfilar en el discurso de las autoridades; es decir: ser alumno regular, tener buen rendimiento académico y hacerse acreedor de la nominación por poseer idóneos antecedentes personales y sobre todo morales.

Cada Unidad Académica tendría un Centro de Estudiantes con un delegado dependiente de su director. En total, el Comité Ejecutivo del CEUC estaría formado por siete estudiantes, los cuales dependían directamente de la rectoría. Los delegados podían durar solo un año en sus funciones con un máximo de dos períodos continuos o alternados, y contaban con el apoyo económico y administrativo de la Dirección de Asuntos Estudiantiles. Su

[214] *Memorias Universidad de Concepción 1976*, Universidad de Concepción, p. 18.

conformación se oficializó el 16 de noviembre de 1976 en la Escuela de Derecho, quedando la primera directiva presidida por el estudiante de quinto año de medicina Pablo Cordero Diez.

Ahora bien, para el rector delegado Rochna Viola esta medida significaba un avance para que los estudiantes se sintieran parte integral de la Universidad y miembros activos de sus quehaceres[215]. Sin embargo, en los años en que el CEUC estuvo activo, sus atribuciones se mantuvieron estrictamente ceñidas a la resolución de origen. Es decir, se limitaba a organizar las jornadas de "mechoneo", las fiestas de la primavera, de la juventud, campeonatos deportivos entre facultades, jornadas de cultura, entre otras actividades diversas. El gran problema con el CEUC fue justamente que no era representativo de los intereses reales de una gran parte de los estudiantes que anhelaban una democratización en la designación de sus representantes. Y aunque sus dirigentes hubiesen querido serlo, no habría sido posible.

El testimonio de Pedro Arce Vera (seudónimo), ex estudiante de la Universidad entre fines de los setenta y principios de los ochenta, coincide con esta limitación en las acciones del CEUC:

> "Los centros de alumnos designados (...) ¿Quién lo designaba? (...) Se juntaba el Director del departamento, seguramente con algún profesor más antiguo, el secretario académico, y con las listas de los estudiantes y más o menos hablando con los profesores que hacían clases en primer año, segundo año, tercer año, que ya más o menos los conocían, decía, ya, este chico...Ya, nombrémoslo delegado para tener un interlocutor con el cual entendernos con algún problema de los estudiantes (...) Me acuerdo yo particularmente del delegado de deportes de mi curso en primer año. O delegado de curso, pero era el que veía la cosa de los deportes, que era Enrique Fierro, que había sido compañero mío en el liceo (...) Él fue nominado delegado y me daba risa porque de repente había un partido de fútbol y llegaba Enrique Fierro y decía «aquí está la pelota». Pero no que internamente el curso, digamos, el primer año se fuera a organizar para hacer alguna cosa, alguna actividad, algún pedimento, alguna cuestión. No"[216].

[215] "Centro de estudiantes organiza la U local", Diario *El Diario Color*, 18 de junio de 1976, p. 3.
[216] Entrevista personal con Pedro Arce Vera (seudónimo), Chiguayante, 30 de octubre de 2024.

Esa carencia de representatividad y escasa posibilidad de llevar a discusión temas más relevantes para la comunidad estudiantil sería importante en los años venideros. El establecimiento autoritario de representantes estudiantiles es una de las causas para la reactivación del deseo de libertad y democracia, tal y como lo interpreta Cristián Cornejo, quien fuera estudiante de primer año en 1979:

> "Es dialéctica la relación, obviamente, del punto de vista político, es dialéctica en el sentido de que, si no hubiese existido eso [los centros de alumnos designados] la posibilidad de que se hubiese reorganizado democráticamente el movimiento estudiantil, a lo mejor hubiese sido más complejo, más difícil o a lo mejor no hubiera ocurrido (...) Pero nos destacamos por ser rebeldes, desde el principio nos rebelamos al mechoneo, no aguantamos que nos mechonearan, y dentro de estas acciones rebeldes empezamos a discutir este tema del delegado, y por qué el presidente, el representante de los estudiantes, es un tipo que no lo conocemos nosotros, nadie lo eligió, entonces nosotros empezamos un poco con el rollo de nosotros elegir a nuestro representante delegado del curso, y lo pusimos ahí, y hablábamos entonces a través de nuestro delegado, y le decíamos a nuestro delegado, «oye, pero anda a otro curso que elijan a su delegado, y júntense los delegados, y hablemos como delegados»"[217].

Así, las propias organizaciones representativas del estudiantado propiciadas por rectoría, no gozaban ni de la atención de los medios ni del apoyo de los alumnos. Pero aun cuando para muchos ex estudiantes el CEUC no estuvo compuesto por jóvenes ciegamente devotos a la dictadura ni a los rectores delegados[218], hay concordancia en que por sus antecedentes personales y familiares tenían mayor posibilidad de ser indicados por los

[217] Cristián Cornejo, entrevista personal, Concepción, 4 de octubre de 2024.
[218] Esto no impidió que en el camino al plebiscito ratificatorio de la Constitución de 1980, varios alumnos de la Universidad de Concepción entregasen un amplio apoyo institucional a la opción Sí, incluso apareciendo días antes de la votación una inserción de cinco carillas a página completa en Diario *El Sur* que contenía nombres y mensajes de académicos, funcionarios y de esos alumnos que daban su apoyo a la Constitución de Pinochet. En Danny Monsálvez, *Los académicos de la Universidad de Concepción*…, p. 101-105. En vez de ingresar a un organismo tan limitado en funciones como el CEUC, los estudiantes fieles a Pinochet tenían participación en agrupaciones juveniles más adentradas en la acción sociocultural directa, sobre todo la Secretaría de la Juventud, fuera en el interior o exterior de la Universidad.

directivos para "representar" a la comunidad estudiantil, conformando una especie de élite universitaria que representaba el arquetipo juvenil deseado.

Por lo tanto, era común que en la bienvenida de estudiantes de primer año, los rectores delegados se reuniesen en la Casa del Deporte con esa "élite" de estudiantes presente, para entregar un mensaje de lo esperado para el año lectivo y las ideas fuerza de la administración universitaria. Los invitados a esos eventos eran también los considerados como idóneos para ocupar los intrascendentes cargos de delegados estudiantiles. Así lo ha consignado Patricio Villaseñor, estudiante de Historia en el lustro 1981-1985:

> "Cuando yo entré, Clericus y su gente seleccionaban a los mechones; de repente a mí me llegó una invitación para un almuerzo con el rector (...) parece que buscaban el *jet set*, después yo supe que tenía un pariente asesor del rector; en la casa me dijeron que fuera y yo estaba choreado porque me sentía de izquierda, pero fuí un poco por curiosidad (...) estaban todas las pinturitas (...) y ahí Clericus nos dijo: «¡Ustedes son los cuadros de la élite de nuestra juventud, deben dar la conducción!». Incluso se me acercó Zúñiga [presidente designado del centro de alumnos de Historia] y me dijo: «a tí yo te noto una persona tranquila y responsable, podrías tú hacerte cargo del curso»[219].

En definitiva, los testimonios reflejan no solo en la escasa representatividad colectiva del CEUC, sino también en que no fue una unidad de interacción social y generacional que pudiera cohesionar los intereses, preocupaciones y expectativas de la comunidad estudiantil o al menos una parte de ella. Sus miembros eran más bien indiferentes a la cuestión política producto del propio ambiente de despolitización que se impulsó en los años setenta en la Universidad, y del hecho de ser un grupo selecto que funcionó mayormente como canal de comunicación entre rectoría y los estudiantes, para dialogar sobre conflictos cotidianos de poca relevancia comunitaria. Es más, para algunos ex estudiantes interconectados por esas

[219] Patricio Villaseñor, entrevista por Alma Barra Cáceres y Miguel Urrutia Fernández, en "Lo social y lo político en el movimiento estudiantil de la Universidad de Concepción (1973-1983): Sujetos históricos para un tiempo de transición", pp. 43-44.

posturas los años setenta estuvieron más definidos por la dedicación plena a los estudios, en un rango de sociabilidad reducido a sus mismas carreras, cursos y compañeros de aula, que les permiten definir *su* generación por esas instancias compartidas[220].

Resulta evidente que la depuración política en la Universidad había sido bien implementada. Solo en la clandestinidad, y muy discretamente en el espacio público universitario, comenzaron a gestarse espacios de unidad generacional alternos y sellados por la lucha política.

b) Las Asociaciones Estudiantiles y Gremiales

La propia futilidad del CEUC ante los poderes plenos de la rectoría llevaron a que su Comité Ejecutivo renunciara a sus designaciones en abril de 1981, algo que para el propio Clericus no tuvo ninguna repercusión dado que a esos estudiantes "no los conocía nadie"[221], con lo cual no hacía más que ratificar la poca relevancia que desde su origen había tenido el organismo. En ese contexto, y como hemos mencionado con anterioridad, Guillermo Clericus decreta la autorización para que los estudiantes pudieran crear sus propias agrupaciones estudiantiles. Es decir, trató de impulsar el fortalecimiento del gremialismo en la Universidad. Pero para poder constituirse, debían sortear un extenso y complejo proceso de revisión en el cual en muchas ocasiones debían reestructurar sus estatutos, ya que, por ejemplo, elegían un nombre que la rectoría no aceptaba, o porque se sospechaba que habían pretensiones sociopolíticas en su conformación.

[220] Las instancias de participación social, política y cultural en la ciudad se redujeron a espacios como el Sindicato Petrox, el Colegio Médico, la Mutual Carpinteros y Ebanistas, y particularmente la Parroquia Universitaria de Concepción, la cual se convirtió en un importante refugio para los penquistas perseguidos y acosados por la violencia política tras el golpe de Estado en 1973; y con el transcurso de los años en "un lugar de encuentro, diálogo y oración para las comunidades eclesiales de base", con un notorio componente estudiantil. Benjamín Donoso y Danny Monsálvez, *Parroquia Universitaria de Concepción. Un espacio de encuentro, diálogo y solidaridad. 1966-1989* (Ediciones Escaparate, 2017): pp. 124-126.
[221] Diario *El Sur*, 27 de abril de 1981, p. 4.

De esta manera, algunas de las asociaciones estudiantiles van a adquirir gran notoriedad ya fuera por la cantidad de miembros que lograron reunir, o por anidar las primeras acciones colectivas que cuestionaron no necesariamente a la dictadura —todavía—, sino a la estructura académica y administrativa de la Universidad, como los sistemas de evaluación, los servicios estudiantiles y las decisiones tomadas por rectoría[222].

En ese escenario, la mayoría de las asociaciones tenían fines originales concretos y específicos vinculados con la extensión científica y humanística de las labores de los programas de estudio. Sin embargo, la posibilidad de abrir organizaciones autónomas permitió a los estudiantes de oposición comenzar a crear muchas de ellas con la finalidad de unificar el común rechazo a la situación en la universidad y el país, para de esa manera contar con al menos un espacio relativamente legítimo frente a la normativa institucional.

Ese fue el caso de la asociación estudiantil "Lautaro" de los estudiantes del departamento de Historia, la cual funcionaba sin la autorización de la Dirección de Asuntos Estudiantiles, justamente porque era sabido que sus pretensiones iban más allá de lo cultural o académico. En la práctica, la asociación buscaba convertirse en un Centro de Alumnos democrático, lo cual logró dado que sus índices de participación fueron muy altos para la época, con decenas de estudiantes copando las asambleas en las salas del departamento y eligiendo a mano alzada a sus representantes que buscarían satisfacer los intereses y necesidades culturales, académicas, deportivas y sociales de quienes la componían.

Sin dudas, la relativa permisividad mostrada con la creación de estas organizaciones despertaba la sospecha no solo de los directivos universitarios sino también de los propios estudiantes. Luego del fracaso del CEUC, las organizaciones gremiales tenían la posibilidad

[222] Entre ellas, estuvo el taller "Enrique Molina Garmendia" propuesto por estudiantes de la Facultad de Ingeniería, el cual debió cambiar su nombre —pues se les cuestionó que con el nombre del fundador de la Universidad generaban la impresión indebida de representar a toda la comunidad— y constituirse como "Asociación Gremial de Estudiantes Andrés Bello", la cual llegaría a contar con 600 asociados. Precisamente, la asociación nació a raíz de la disconformidad de estudiantes de Ingeniería por la exoneración del docente de matemáticas Ramón Correa, tras la cual solicitaron audiencia con Clericus en la cual, según los testimonios, salieron ignorados y humillados.

de representar los intereses disciplinares específicos de quienes estuvieran afiliados a ella, a diferencia del CEUC que era un organismo centralizado y el único autorizado para representar a toda la comunidad estudiantil.

En relación a esto, en 1981 Luis López era estudiante de Ingeniería Comercial en la Universidad, y en 1980 había sido presidente del CEUC. Como ex "dirigente" estudiantil, consideraba que la representación gremial era lesiva para la comunidad universitaria, ya que estas podían servir como fachada para la reunión de estudiantes con un mismo tipo de pensamiento político, y posteriormente, tras contar con el reconocimiento de la Dirección de Asuntos Estudiantiles, derivar en la creación de otra asociación gremial con voto en masa para representar a una facultad completa. Justamente, ese era el acuerdo que se había tomado por parte de los estudiantes participantes en el Comité de Defensa de los Derechos Juveniles (CODEJU) —instancia de coordinación de las juventudes políticas— desde su reaparición en Concepción en septiembre de 1980: establecer asociaciones gremiales únicas por facultad y así contribuir a la unificación del movimiento.

Por tal motivo, a López el sistema gremial le parecía bueno, pero solo cuando las personas que actuaban en él también eran "sanas" y buenas. En su perspectiva, la apertura con las organizaciones significaba el retorno de la "politiquería" en la Universidad de Concepción, y con ello los intentos por atentar contra el orden establecido por la Junta Militar[223].

En este sentido, para estudiantes como Luis López y otros acordes al arquetipo juvenil de Estado—fieles al orden institucional, respetuosos de la figura de Augusto Pinochet y abocados al servicio comunitario— la representación estudiantil por medio de una sola entidad federativa era la mejor opción, la cual propusieron por escrito al rector delegado Clericus. No obstante, esta debía regirse por un sistema de votación indirecto que además, por estatutos, tenía que prohibir el proselitismo político en los dirigentes estudiantiles, bajo el riesgo de perder automáticamente su puesto. López era consciente de la escasa

[223] "Universidad Penquista", Diario *El Sur*, 24 de mayo de 1981, p. 5.

representatividad del cargo que había ostentado, así como de su limitado rango para tomar decisiones más allá de organizar fiestas y recibir a los mechones, y por eso trataba de resguardar mayores prerrogativas para el proyecto que había presentado al rector asegurándose de normar la condición despolitizada de la federación[224].

Aún así, Clericus nunca se mostró dispuesto a la conformación de una única organización estudiantil[225]. Su apuesta por los gremios resultó inevitablemente en la concreción de los temores bien fundados que señalaba Luis López en aquellos días. Por un lado, había estudiantes motivados por crear organizaciones ajustadas a la reglamentación dictada por la universidad, y por otro lado, estaban los que asistían a estas primeras reuniones con la idea de que fuera la plataforma inicial hacia el establecimiento de centros de alumnos democráticos y, en un futuro idealizado, a una federación de estudiantes.

Así es como lo recuerda Pedro Cisterna —estudiante de Ingeniería Química a principios de los ochenta y futuro presidente de la FEC en 1987— en relación a la conformación de la Asociación de Estudiantes de Ingeniería, luego de una notable asamblea en el edificio de aulas Salvador Galvez —más conocido como "el plato"— con cientos de asistentes:

> "Había una cantidad considerable de gente buena onda en ese grupo de estudiante de ingeniería, como se calificaba a la gente de oposición a la dictadura, también había estudiantes pro dictadura, no todos

[224] Con esta apreciación, también reafirmaba lo expresado por Clericus acerca del limitado alcance del CEUC y, por ende, la nula identificación generacional que pudo haber simbolizado para al menos una parte de la comunidad estudiantil. De hecho, López realizó un pequeño "mapa" político de la Universidad, estableciendo que un 70% de los estudiantes solo iba a estudiar para obtener su título, un 20% eran activistas de izquierda y el 10% restante se dedicaba a luchar por el bienestar estudiantil sin inmiscuirse en política, grupo en el cual él se encontraba. "Universidad Penquista", Diario *El Sur*, 24 de mayo de 1981, p. 5.

[225] Según Pedro Arce Vera, quién tras terminar su pregrado comenzó a trabajar como docente en la Universidad en 1981, el tema de la representación de los estudiantes fue motivo de discordia entre Clericus y sus directores académicos y profesores, ya que, a diferencia de ellos, él seguía insistiendo en atomizar el movimiento estudiantil para evitar cualquier insurgencia política que desordenara el campus; a pesar de las evidentes dificultades técnicas y administrativas de entenderse con decenas de gremios de distintas carreras, todos con diversos intereses, necesidades y objetivos. Se trataba de lo que Manuel Antonio Garretón denominó "lógica de reversión", consistente en evitar toda posible movilización estudiantil y cualquier expresión que pudiera originarlas.

> nos conocíamos mutuamente ni teníamos información de quién era quién, a excepción de los que lideraban este proceso, pero había ciertos signos y códigos identitarios (...) Igual el clima de esta asamblea era muy estudiantil, no había una animosidad marcada por diferencias políticas o ideológicas entre los que estábamos (...) El desarrollo y anhelo futuro de esta organización era algo muy íntimo que sabía cada uno de los presentes de manera muy personal"[226].

A partir de aquella memoria es posible señalar que la plena rebeldía juvenil no estaba despierta todavía. Seguía adormecida por los embates de la censura y tomaba sus resguardos para mostrarse abiertamente frente a los demás. Sin embargo, estos incipientes espacios de politización sí lograron cohesionar después de muchos años los intereses y las expectativas de parte de la comunidad estudiantil. Mayormente, estas instancias fueron las primeras en las que se pudo canalizar la expresión, inquietud y ansia juvenil por hacerse escuchar. Lo más importante de las organizaciones estudiantiles fue justo eso: abrir la inquietud de la necesidad de organizar a los estudiantes y dejar instalada en el consciente e inconsciente colectivo la aspiración a reconstituir la FEC[227].

A diferencia de lo que sería la federación en el futuro, las organizaciones estudiantiles y sus espacios de interacción derivados eran de una pretensión política más fugaz y focalizada en la necesidad de expresión juvenil. Aún así, constituyeron unidades generacionales inéditas sobre todo para los estudiantes que ingresaron a la educación superior después de 1973, ya instalada la dictadura, sin participación estudiantil y sin conocer dinámicas sociopolíticas autónomas e independientes de la influencia cívica y militar de los rectores delegados.

En suma, las generaciones que ingresaron a estudiar después del golpe de Estado, y culminaron sus estudios a principios de los años ochenta, hallaron sus sellos y unidades de identidad generacional entre estos espacios: en las actividades que podía coordinar el CEUC y la rectoría, en la presión de aprobar los exámenes de grado para obtener el título, en las

[226] Pedro Cisterna Osorio, *¿Dónde estuvimos en los 80?...*, p. 40.
[227] Ibíd, p. 41.

discretas escuelas de verano y voluntariados, en las jornadas de investigación científica y humanista, y en las posibilidades de participación que lograron generar las Asociaciones Estudiantiles despolitizadas.

c) *Los Comités Democráticos (CODE)*

De acuerdo con lo señalado por la revista *Análisis* en 1982, las universidades y el movimiento estudiantil cambiaron significativamente desde 1978. Ese año coincide con la fundación de la Agrupación Cultural Universitaria (ACU) en la Universidad de Chile; con las primeras manifestaciones políticas de oposición indiscretas en el Instituto Pedagógico; y especialmente, con la proliferación de los denominados Comités de Participación Estudiantil o Comités Democráticos (en adelante CODE) en varias universidades de Santiago y de regiones[228].

En la Universidad de Concepción, si bien los CODE se convertirían en núcleos fundamentales en el inicio del activismo político, hay que destacar que también, a fines de los años setenta, la reactivación de la oposición estudiantil fue facilitada en gran medida por las interacciones gestadas al interior de los hogares estudiantiles. Particularmente, su organización se concretó en el denominado Frente de Resistencia de Hogares, el cual, desde una plataforma antiimperialista, anticapitalista y en contra de la dictadura, fue uno de los primeros espacios en los que se planteó una acción colectiva más allá del ámbito académico y desafiante del régimen. Entre sus objetivos se planteaba la consecución de gratuidad en el acceso a los hogares estudiantiles, la organización de los estudiantes beneficiados con ellos, la libre elección de dirigentes estudiantiles y el término a toda la intervención militar en la

[228] Felipe Pozo, "Otra vez los universitarios", *Análisis* no. 50 (1982): p. 26.

universidad. Su primera declaración la suscribieron los pocos estudiantes pertenecientes a células de la DC, el MIR y el Partido Comunista Revolucionario[229].

Es por eso que la aparición de los CODE también se ha fijado en el transcurso de aquellos años, específicamente en 1978. El quinquenio de 1979 hasta la reconstitución de la FEC en 1983, fue un período de tiempo semejante a la duración mínima de la mayoría de carreras y programas de estudio de pregrado en la Universidad, razón por la cual muchos estudiantes que conocieron o participaron en el Frente de Resistencia de Hogares y los CODE, también lograron formar parte del proceso de retorno de la FEC, con lo cual estos primeros espacios constituyeron un vehículo fundamental en la maduración sociopolítica del movimiento estudiantil. El Frente y mayormente los CODE, conformaron la militancia social predominante en estos años, siendo las primeras organizaciones cuya única finalidad era discutir y ejecutar acciones para acelerar el término de la dictadura y volver a la democracia.

Constituyeron una unidad generacional insoslayable para muchos ex estudiantes, no siendo eclipsados por el simbolismo del retorno de la FEC, sino adhiriéndose a ese resultado como una etapa de politización previa, pionera e incipiente de lo que sería posteriormente la democratización de los espacios universitarios.

En un inicio, los CODE en la universidad funcionaban como pequeñas agrupaciones semi clandestinas de menos de una docena de estudiantes militantes en distintos partidos que compartían la aversión contra la dictadura. Dado que la organización estudiantil todavía era muy débil, los CODE se articularon en función de una doble finalidad: primero, ser un espacio para la libre expresión y diálogo entre los jóvenes politizados; y segundo, permitir identificar e integrar a otros jóvenes politizados de los cuales se tenía pleno conocimiento y

[229] Danny Monsálvez Araneda y Javier González Alarcón, "La federación de estudiantes de la Universidad de Concepción (FEC): golpe, resistencia, rearticulación y lucha durante los años de la dictadura", en *Concepción en la Historia Reciente. Volumen II. Los años de la dictadura de Pinochet 1973-1990*, coordinado por Danny Monsálvez Araneda (América en Movimiento: 2024), 212.

confianza en su oposición a los militares[230]. Aún cuando quienes impulsaron la conformación de los CODE fueron en su mayoría estudiantes con militancia en la DC, el MIR y el PC, esta no fue óbice para la mancomunión y unidad en el objetivo principal a pesar de las diferencias ideológicas existentes.

Se trataba de contar con un espacio que, antes de servir para la coordinación y preparación de las protestas, pudiera suplir la necesidad de "juntarse para conversar, para sentirse algo más libres, porque en la universidad en aquellos tiempos uno no se atrevía a opinar absolutamente nada", según recordó Carlos Almanza, quien fuera estudiante de Derecho a principios de los ochenta, y más tarde miembro de la FEC en 1987[231]. Los CODE se articularon a nivel de carrera o departamentos académicos, y sus reuniones eran una o más veces a la semana en los primeros años. Además, los CODE de una misma facultad conformaron representaciones para vincularse con los de otras, en lo que se llamó "inter CODE".

Los CODE tuvieron la relevancia de integrar, por un lado, el deseo juvenil de expresarse libre y abiertamente sobre la realidad política nacional y universitaria, y por otro lado, ilustrar y reforzar las evidencias de que el CEUC no era un órgano legítimo y representativo de las preocupaciones estudiantiles. De allí se fortaleció el afán de democratizar los espacios, inclusive agotando la opción de solicitar autorización a las decanaturas para conformar centros de alumnos democráticamente electos (como ocurriría en la carrera de Biología Marina en 1982).

Con los CODE se afirma una unidad generacional que logró captar la rebeldía y resistencia juvenil de quienes estaban hartos del autoritarismo y de la imposición de un modelo de universidad lejano de las necesidades de sus estudiantes y del país. De hecho, si en

[230] Paula Cisterna Gaete y María Eliana Vega Soto, *Resistencia en blanco y negro: memoria visual de los 80 en Concepción* (Concepción: 2016): p. 64.
[231] Carlos Almanza Latorre, entrevista por Alma Barra Cáceres y Miguel Urrutia Fernández, en "Lo social y lo político en el movimiento estudiantil de la Universidad de Concepción (1973-1983): Sujetos históricos para un tiempo de transición", p. 63.

los inicios de la década de 1980 el movimiento estudiantil aún estaba en una etapa embrionaria, es por medio de la masificación de los CODE y sus oportunidades de interacción política que se coordinan las primeras grandes acciones de oposición con repercusión pública y mediática.

d) Las primeras manifestaciones públicas

Si se quisiera precisar un hito que sella la plena reactivación del movimiento estudiantil en la Universidad de Concepción, se encontrarán distintas interpretaciones por parte de sus protagonistas y testigos. El carácter mayormente clandestino de los CODE y su factor de compartimentación reforzaron su función de catalizar las inquietudes estudiantiles, más que la de ser el foco originario de la politización. Para Cristián Cornejo, que se convertirá en el primer presidente de la FEC en dictadura, no hay sino distintos escenarios de origen ya que, desde su llegada a Concepción en 1979 —tras haber militado en las Juventudes Comunistas en Santiago— se enteró de distintas mutuales que funcionaban en la ciudad con gran protagonismo de estudiantes de la Universidad, así como de diversos núcleos culturales gestados en Talcahuano y Lota[232].

Para él, la primera acción distintiva y masiva del movimiento ocurre en el verano de 1982, en un voluntariado en la comuna de Arauco patrocinado por la propia Universidad, gracias al desconocimiento de la participación política de miembros como Cornejo y otros estudiantes en los CODE. Con ello lograron convencer al vicerrector de extensión, Dr. Hagen Gleisner, de conceder apoyo logístico y financiero a los participantes, quienes en realidad buscaron articular un nexo político con la organización mapuche "Ad Mapu", realizando las actividades propias del voluntariado pero también fomentando la resistencia a la dictadura en

[232] En ese contexto se levantaron revistas organizadas por las y los estudiantes de la facultad de Ciencias Biológicas y Recursos Naturales, denominadas *Araucaria* y *Coihue*, ambas sufriendo tempranamente la censura y clausura por parte de la Universidad.

ese sector del sur —y con eso enriqueciendo la propia experiencia de los estudiantes movilizados. De acuerdo con el testimonio, el voluntariado logró movilizar alrededor de 100 personas "súper bien organizadas (...) [y] la mayoría de ellos fueron después, a la vuelta, el activo político de lo que empezó a ocurrir en la Universidad"[233].

Para otros ex estudiantes como Maite Figueroa, en esa época estudiante de la facultad de Educación, la plena emergencia del movimiento estudiantil comienza en los días jueves desde los primeros meses lectivos de 1982. El tejido sociopolítico que permitieron los CODE entre distintas facultades, culminó en la idea de protestar abierta y pacíficamente cada día jueves al mediodía en las escalinatas del foro de la Universidad, con vistas hacia el Arco de Medicina (hoy Facultad de Ciencias Biológicas). La acción consistía simplemente en sentarse en silencio en las escaleras por 5 o 15 minutos, y en un inicio no reunía a más de unas decenas de personas, razón por la que muchos estudiantes ni siquiera notaron esta expresión contestataria al transitar por la zona. Ese silencio podía interpretarse de dos maneras: fuera como homenaje a la memoria de todos los detenidos, desaparecidos y asesinados por la dictadura en la comunidad universitaria y en todo el país, o también como una exteriorización del sentimiento juvenil amordazado y obligado a callar frente a la completa reestructuración de la Universidad de Concepción. De cualquier modo, era una interpelación directa y clara en contra del autoritarismo de Clericus, constituyéndose como un acto de rebeldía inédito luego de casi 10 años de letargo.

A medida que los CODE hicieron convocatorias directas para formar parte de los *sittings*, comenzó a crecer el número de estudiantes participantes, quienes desafiando al miedo y la sensación de vigilancia siempre presentes en el campus, decidían sumarse a la silente fila que ocupaba el foro universitario todos los días jueves. Llegada la hora 12, cuando el campanil reproducía el himno universitario, los protestantes procedían a entonarlo con un fuerte énfasis en el verso "por el desarrollo libre del espíritu". De esa manera, el número de

[233] Cristián Cornejo, entrevista personal, 4 de octubre de 2024.

asistentes pasó de las decenas a los centenares, con lo cual también aparecieron las primeras sanciones para los participantes, en función del reglamento disciplinario vigente desde 1981, las cuales iban desde la amonestación verbal y escrita, hasta la pérdida de becas, créditos y beneficios estudiantiles[234].

Ahora bien, para Pedro Cisterna la primera gran manifestación pública del movimiento estudiantil ocurrió en septiembre de ese año 1982. Se trató de una marcha por la calle Barros Arana a la altura de la intersección con la calle Colo Colo, compuesta por un grupo de 30 a 40 personas, entre los cuales habían reconocidos estudiantes militantes de la DC, el PS y algunos comunistas con participación en los CODE. En el lugar de los hechos, gritaron consignas en contra de la dictadura, lanzaron panfletos y se propusieron avanzar a lo largo del paseo peatonal ante la mirada atónita de los transeúntes, entre los cuales estaba Pedro[235]. Sin embargo, la marcha sería rápida y duramente sofocada por la represión de Carabineros, aún cuando no por ello se dispersó del inconsciente colectivo de los testigos la idea de que algo se fraguaba en las juventudes universitarias penquistas; una pequeña pero decisiva muestra de que la dictadura y sus imposiciones políticas, sociales y culturales eran rechazadas por un sector no despreciable de la ciudadanía.

A pesar de las distintas visiones sobre el origen de la movilización política del movimiento, es evidente que 1982 fue un punto de inflexión no solo en su estructura orgánica sino en los alcances y objetivos trazados para la lucha política. Los CODE unificaron y otorgaron corporalidad a la ahogada rebeldía juvenil, a la imberbe disidencia de los estudiantes con la dictadura y a los reiterados intentos de contar con espacios democráticos para la conducción de los asuntos estudiantiles. El movimiento estudiantil dió un avance significativo cuando los CODE se fortalecieron bajo la meta de democratizar la Universidad,

[234] Paula Cisterna Gaete y María Eliana Vega Soto, *Resistencia en blanco y negro: memoria visual de los 80 en Concepción*, pp. 64-66.
[235] Pedro Cisterna Osorio, *¿Dónde estuvimos en los 80?...*, pp. 46-50.

en contraposición al intento de los rectores delegados por mantener suspendido el instinto de actividad política en los estudiantes.

Tal como ocurría con el rechazo al CEUC y la conformación de asociaciones estudiantiles, los CODE sirvieron para canalizar la necesidad de identificación juvenil, contribuyendo a su expansión y fortalecimiento, demostrando que con unidad y organización se podía resistir y combatir a la dictadura, algo en lo que muchos y muchas estudiantes encontrarían su razón de ser y de sentirse jóvenes de acuerdo al momento histórico que les había tocado vivir.

e) El retorno de las protestas y el fortalecimiento del movimiento

A raíz del cénit que alcanzaron las cifras de perseguidos, detenidos y desaparecidos entre 1973 y 1978, Tomás Moulián ha catalogado a ese período como la fase terrorista de la dictadura militar. Esto no solo permitió neutralizar cualquier resistencia política contra el régimen, sino que también impidió cualquier posible oposición civil al proyecto económico neoliberal que desde mediados de esa década se puso en marcha. Por lo tanto, la instauración del modelo estuvo desde su origen marcada por la radicalidad y la falta de legitimidad ciudadana, hallando sustento en la "revolución" de cuatro grandes áreas: comercial, financiera, de capitales y de privatizaciones[236]. Particularmente, esta última área era considerada fundamental por parte de los economistas al servicio del régimen, ya que según ellos el estatismo legado por la Unidad Popular impedía la inserción de Chile en la libre competencia de los mercados internacionales, y por ende obstaculizaba el crecimiento económico.

[236] Manuel Gárate, "Revolución capitalista", en *De la utopía al estallido. Los últimos cincuenta años en la historia de Chile*, comp. por Alessandro Guida, Raffaele Nocera y Claudio Rolle (Fondo de Cultura Económica, 2022): p. 56.

La ley general de universidades promulgada en el verano de 1981 estaba estrechamente ligada a la necesidad de introducir esa lógica neoliberal en la educación superior. Para Manuel Antonio Garretón, la impulsiva reforma educativa se explicaba porque, a pesar de la brutal reestructuración de las universidades desde 1973, ellas aún pertenecían al viejo orden político; es decir, había que eliminar de raíz el papel del Estado, reemplazarlo por las leyes del mercado y atomizar la demanda social en espacios como las universidades. Pero además, porque en vista de la creciente efervescencia del movimiento estudiantil en los últimos años de la década de los setenta, era necesario fortalecer el orden en esas instituciones[237].

De esta manera, si el corolario de la institucionalidad del régimen fue la constitución de 1980, el de la institucionalidad universitaria fue la ley orgánica de 1981[238]. Con esta medida, la dictadura buscaba terminar con los males de la educación superior que, en su percepción, eran el crecimiento irracional e inorgánico del sistema universitario, la fuerte supervisión del Estado, la ausencia de gobernabilidad en las instituciones y la regresión social ocasionada por la existencia de la gratuidad[239]. Promulgada la ley, uno de sus más cuestionados artículos fue el que redujo el aporte fiscal directo a un porcentaje decreciente a partir del correspondiente al año 1980, con lo cual las universidades se vieron forzadas a aumentar sus costos, reducir la cantidad de becas y crear nuevos impuestos para enfrentar la reducción de apoyo estatal[240].

En la Universidad de Concepción, esta última consecuencia sería de gran envergadura en el proceso de articulación del movimiento estudiantil[241]. Sin embargo, al momento de

[237] Sergio Marras, "¿Incitación a la universidad disidente?", *APSI* no. 91 (1981): p. 3.
[238] María Isabel Valdés, "El movimiento estudiantil en la universidad de hoy", *APSI*, no. 110 (1982): p. 21.
[239] Mauricio Rifo Melo, "Transformación de las universidades chilenas durante la dictadura cívico-militar. ¿El inicio de un sistema neoliberal privatizado o la construcción de una crisis? (1973-1990)" (Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona, 2019): p. 282.
[240] Ibíd, pp. 281-300.
[241] Las memorias correspondientes al año 1982 comenzaban lamentando el hecho de que, ante la disminución de aportes fiscales a la Universidad, fue necesario crear nuevos impuestos a la venta de boletos en la Lotería de Concepción, por un valor del 15% según lo dictaba la ley n° 18.110, reduciéndose los ingresos por la participación de la Universidad en ella y también la cantidad de personas que asistían. Además, se ponía sobre la

comenzar a regir la nueva ley (a principios de 1981) todavía no se reglamentaba la existencia de organizaciones estudiantiles, por lo que el movimiento, concentrado principalmente en los CODE y algunos talleres culturales, tendría que madurar más para lograr una mayor capacidad organizativa. Hasta entonces, los espacios de discusión y participación seguían siendo lugares para hacer escuchar la inquietud juvenil de las y los estudiantes.

Todo cambiaría con las secuelas de la crisis económica de 1982 y el hartazgo de la sociedad chilena frente al autoritarismo y la violencia política desatada. El año 1983 se inaugura en la Universidad de Concepción con un clima donde la actividad política era más palpable y menos subterránea, coincidiendo con la amplitud y masificación de las reuniones de los CODE, la extensión del número de asociaciones estudiantiles y gremiales, y el protagonismo que los partidos políticos como el PC, la DC y el PS Almeyda tenían en esos espacios. En ese ambiente más movilizado llegaron las movilizaciones masivas de la ciudadanía.

La primera convocatoria a protestar fue orquestada por la Confederación de Trabajadores del Cobre (CTC), a raíz del descontento social derivado de la crisis económica latente desde 1982. El día fijado fue el 11 de mayo de 1983. En distintos puntos de Concepción se concentraron grupos de manifestantes, lanzando "miguelitos" (grampas metálicas), quemando neumáticos e interrumpiendo el tráfico. Sin embargo, para el intendente regional, brigadier general Eduardo Ibáñez Tillería, la ciudad vivió un clima de tranquilidad — propiciado por la extraordinaria vigilancia policial sobre todo en la zona céntrica[242]. Aun cuando la mayoría de periódicos "oficialistas" y otros medios de comunicación señalaban que la tranquilidad había reinado igualmente, la realidad en las calles de las principales ciudades del país era muy distinta.

---

mesa la necesidad de recaudar más ingresos por medio de nuevos cobros e impuestos a los estudiantes. *Memorias Universidad de Concepción 1982*, Universidad de Concepción, pp. 6-94.

[242] "Concepción vivió un clima de tranquilidad", Diario *El Sur*, 12 de mayo de 1983, portada.

En la Universidad de Concepción, se mantuvo una protesta pacífica en el foro y con varias carreras paralizadas durante la jornada, como fue el caso de Biología. Tal como venía siendo habitual, las y los jóvenes estudiantes permanecieron sentados en las escalinatas del foro, entonando los himnos nacional y universitario, y exhibiendo pancartas y carteles de apoyo a la protesta. Parte del grupo se dirigió al Arco de Medicina, y luego a la diagonal Pedro Aguirre Cerda, terminando la marcha en la población Agüita de la Perdiz tras una feroz represión de Carabineros. Todavía persistía el miedo, la inseguridad y la duda respecto a salir de la melancolía y sumarse a las masas movilizadas.

Pero esta primera instancia, fue un punto de encuentro e identificación entre las juventudes que ya habían despertado su rebeldía y disconformidad. Entre el fragor de la protesta, los gritos y los cánticos, fue posible para los estudiantes reconocerse en una nueva dimensión hasta entonces ajena: fuera de las cuatro paredes de la biblioteca, de las facultades y de los casinos; ahora se reconocían participando activamente en la tan denostada actividad *política*, luchando por cambiar la sociedad antidemocrática en la que vivían.

Tras esta primera gran jornada de protesta, la oposición a Pinochet había obtenido importantes conclusiones: primero, que el disenso era transversal y posible; segundo, que los partidos políticos habían sido sobrepasados por el movimiento ciudadano; y tercero, que los militares habían sido sorprendidos ante el nivel de organización demostrado por él[243].

Por estos motivos, la convocatoria para la segunda jornada de protestas, fijada para el 14 de junio de ese año, fue realizada por el movimiento sindical, lo cual repercutió negativamente en la masividad de la participación y en la agresiva represión sobre los movilizados. A pesar de ello, en la Universidad de Concepción se acusó recibo del llamado y, bajo una intensa lluvia que no logró aplacar los ánimos de los estudiantes, se realizó una

[243] Patricio Quiroga, "Las jornadas de protesta nacional: historia, estrategias y resultado, 1983–1986", *Encuentro* 4, no. 11 (1998): p. 44.

marcha desde el barrio universitario hasta el centro de la ciudad, destacándose además por un 90% de ausentismo a las clases.

Las siguientes jornadas de protesta siguieron concitando a más estudiantes, cargados de más banderas, panfletos y lienzos con los cuales desplegaban el claro mensaje de poner fin al autoritarismo en las universidades y en todo el país. Durante la tercera jornada, el 12 de julio, nuevamente fueron centenares de estudiantes los que marcharon por el barrio universitario con destino al foro, el cual ya se había convertido en el epicentro simbólico y "seguro" de las manifestaciones, puesto que siendo una de las áreas más icónicas de la Universidad, concitaba gran atención de periodistas y civiles que registraban todo lo que allí acontecía[244]. Similarmente, la cuarta jornada, llamada para los días 11 y 12 de agosto, consolidó el recurso al toque de queda por parte del gobierno regional, así como las detenciones a estudiantes solo por hacer rayados, distribuir panfletos y gritar contra el régimen[245].

Pero a pesar de la notable convocatoria tras años de reclusión, era necesario para el movimiento estudiantil consolidar un organismo representativo de todos los estudiantes, que pudiera tener legitimidad democrática frente a la rectoría y que fuera depositario de los auténticos intereses y necesidades de la comunidad estudiantil. El retorno de la FEC era lo que hacía tiempo se venía discutiendo en los CODE y las asociaciones estudiantiles, no solo como una necesidad, sino también como un deber.

No obstante, había que sortear un problema básico pero decisivo: ¿cómo lograr movilizar a una comunidad de jóvenes indiferente, distante o temerosa de participar en la lucha por la democracia? Tal como hemos revisado, las organizaciones estudiantiles hasta 1983 todavía eran dispersas, cohesionadas por fines de alcance difuso y sin una capacidad de unificar en una sola entidad la representación estudiantil. A eso se le sumaba la gran cantidad

[244] "Cuatro horas en toque de queda vivió Concepción", Diario *El Sur*, 13 de julio de 1983, portada.
[245] "Concepción: tranquilidad relativa con 24 detenidos", Diario *El Sur*, 12 de agosto de 1983, portada.

de estudiantes culturalmente apagados, interesados solo en obtener su título o en ver televisión y en no arriesgarse bajo ninguna circunstancia a las consecuencias del activismo político.

Los actos hasta entonces, como hemos dicho, representaban un grito juvenil acallado por mucho tiempo, y ahora lo que se necesitaba, ante la demostración de que el descontento social tenía un carácter generalizado y que la dictadura no era invencible, era estructurar y canalizar esa efervescente rebeldía en acciones concretas que pudieran desestabilizar al régimen y su representación en la Universidad de Concepción.

Los partidos políticos habían estado buscando sobrevivir y volver a organizarse tan pronto como irrumpió el golpe. A lo largo de la década de los setenta, en medio de la clandestinidad, la DC, el PS, el PC y lo que restaba del MIR, seguían tratando de articular cuadros de base, los cuales durante mucho tiempo no superaron grupos de más de 10 personas. La DCU recién lograría expandir su número de miembros a varias decenas en ese año 1983, al igual que el PS y el PC, y en el caso del MIR, hasta 1984 solo contó con una base integrada por cuatro estudiantes, algunos que ni siquiera eran militantes activos[246].

Sin embargo, como hemos analizado, todas las etapas previas al retorno de la FEC, es decir, los talleres culturales, los CODE y las asociaciones, se sirvieron del apoyo indispensable de los partidos políticos, que aportaron con militantes, simpatizantes y, sobre todo, experiencia organizativa para combatir a la dictadura[247]. Debido a esto, el desafío de movilizar a más estudiantes fue sorteado principalmente con el impulso y atracción que generaban los partidos políticos, los cuales, a fin de cuentas, habían sido los flamantes "delegados" de la soberanía ciudadana en gran parte del siglo XX, hasta su reclusión con la

[246] Alma Barra y Miguel Urrutia, "Lo social y lo político en el movimiento estudiantil de la Universidad de Concepción (1973-1983): Sujetos históricos para un tiempo de transición", pp. 55-59.

[247] Ciertamente, a principios de la década de los ochenta, cuando la oposición comenzaba a formalizar su estructura, en revistas como Análisis ya se planteaba que la relación entre los partidos y el movimiento estudiantil era enriquecedora y una necesidad para la expansión de este último de cara al enfrentamiento con el régimen. A pesar de que, al mismo tiempo, dicha situación inauguraba el problema de la suplantación de las direcciones de masas por las direcciones político-partidistas, junto con un consiguiente deterioro en la representación auténtica de la comunidad estudiantil. Juan Veglia, "El movimiento estudiantil, hoy", pp. 43- 45.

llegada del golpe de Estado[248]. Inclusive, Paulina Veloso Valenzuela, que sería vicepresidenta de la primera FEC en 1983 militando en las juventudes del PS, ha señalado que sin el apoyo de los partidos políticos, el movimiento estudiantil muy difícilmente habría existido en la Universidad durante la dictadura[249]. Más allá del problema de la representación, lo fundamental era movilizar a la mayor cantidad de personas posible.

Si bien la situación de la legitimidad sería visible en el transcurso de los años ochenta en la Universidad de Concepción, sobre todo desde 1987, la cohesión generacional a principios y mediados de la década estuvo marcada por la primacía de la unidad en la lucha contra la dictadura, por sobre cualquier diferencia ideológica o partidista —las cuales existían— dado que hasta no consolidar el sueño del retorno de la FEC, cualquier desavenencia era superflua en la organización de la lucha. Esto permitía a los partidos políticos cooptar los espacios democráticos gestados hasta entonces y coordinar un objetivo común, lo que hacia fines del año 1983, explicaría el hecho de que todos los miembros de la primera mesa directiva de la FEC tenían militancia política en las juventudes de los partidos, y que contaran con un amplio respaldo de jóvenes independientes. Nuevamente, y a pesar de ser todavía una meta, la FEC ya se constituía como una unidad generacional para los distintos grupos de estudiantes de la Universidad.

f) 1983: El regreso de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción

La iniciativa de reunir a más estudiantes en el movimiento trajo consigo el crecimiento orgánico de las juventudes de los partidos políticos. A principios de los ochenta, el PC era el que dominaba ampliamente la composición de los CODE, mientras que la DC tenía también

[248] Gabriel Salazar, *La Gran Alameda de la Soberanía Popular (testamento político de un historiador)* (Santiago: CEIBO Ediciones, 2023): pp. 67-73.
[249] Esta información fue obtenida de una entrevista realizada a Paulina Veloso Valenzuela, en TVU Noticias. "40 Años Refundación FEC UdeC: recordamos los desafíos de la primera directiva estando en dictadura", video de YouTube, 31:39, publicado el 11 de noviembre de 2024. https://www.youtube.com/watch?v=xdC7OgyWAhs&t=204s&ab_channel=TVU

gran presencia en las asociaciones gremiales. Si bien aún era un obstáculo la consecución de salas y espacios para celebrar reuniones y asambleas, algunos profesores y funcionarios de las facultades prestaron apoyo logístico invaluable para esas oportunidades[250].

El año 1983, desde sus inicios, consolidó liderazgos y hegemonías en las escuelas y facultades de la Universidad. La izquierda era claramente dominante por sobre la DC, pero ambas se constituyeron en las principales fuerzas de la lucha democrática. Cada facultad tenía sus propias formas de organización y acción, pero pocas contaban con centros de alumnos democráticos *de facto*, como era el caso de Biología Marina. Ese precedente organizativo, les permitió a los estudiantes de esa carrera comenzar el año con el primer paro de una carrera en dictadura, con Cristián Cornejo en la presidencia del centro de alumnos[251].

Además, poco después, derivada de esa apertura y mancomunión juvenil frente a las injusticias en la Universidad, se constituyeron centros de alumnos autónomos y democráticos justamente en las carreras de Historia y Derecho. En la primera, fue Patricio Villaseñor quien asumió como presidente, sin tener militancia política en ese momento, aunque más tarde ingresaría al PS Almeyda. Y en la segunda, fue Dante Gebauer, a la cabeza de la lista de izquierda, quién asumió la presidencia del centro de alumnos formado en Derecho, secundado por el DC Martin Donoso en la secretaría general, y Paulina Veloso (socialista) en la secretaría de finanzas.

Para Pedro Cisterna, el paso dado por la carrera de Derecho fue fundamental para el avance del movimiento estudiantil, ya que, por un lado, la carrera era una de las más

[250] Además, la masificación del movimiento se hacía visible mediante la constante difusión de panfletos, rayados en los muros y baños del foro y las facultades, y el "boca a boca" que en los partidos de fútbol, fiestas y tertulias al interior del barrio universitario, permitían comentar sobre el estado y próximas acciones del movimiento estudiantil.

[251] La movilización había sido adoptada rápida y naturalmente como protesta a raíz de las sanciones decretadas contra dos de sus estudiantes, por haber participado en los sittings en el foro, consistentes en la remoción de sus becas. El paro contó con el apoyo de casi un centenar de estudiantes reunidos en el hall de la Facultad de Ciencias Naturales y Recursos Naturales, en la jornada del 28 de marzo, y con el respaldo solidario de estudiantes de Historia y Derecho que llegaron a la concentración. Como resultado de esa acción, los beneficios de los estudiantes afectados fueron restituidos. En Alma Barra y Miguel Urrutia, "Lo social y lo político en el movimiento estudiantil de la Universidad de Concepción", p. 83.

prestigiosas en la Universidad, por lo cual concitaba gran atención de los medios de comunicación y las autoridades universitarias; y por otro lado, porque los niveles de discusión y preparación teórica de sus estudiantes estaban por sobre el promedio del de las demás facultades, razón por la cual no habían alumnos en esa escuela ajenos al acontecer en la Universidad, y con ello, se abría la posibilidad de integrar a todas las fuerzas políticas de la facultad en la gestación del centro de alumnos[252]. La carrera de Derecho había dado un fuerte aventón al movimiento, estimulando la creación de nuevos centros en otras carreras, reforzando la idea de reconstituir la FEC y, sobre todo, fortaleciendo la convicción de las juventudes politizadas por asumir el protagonismo histórico de su coyuntura[253].

De esta manera, la ya bien difundida rebeldía juvenil en la Universidad, tendría sus momentos más importantes a partir de septiembre de 1983. La quinta jornada de protestas, fijada entre los días 8 y 11 de septiembre, tuvo un perfil y simbolismo muy especial. Representaba la consolidación de una década de autoritarismo, y dado que para el régimen cada 11 de septiembre desde 1973 era otro aniversario de la llamada "segunda independencia nacional", resultaba imperativo para los estudiantes demostrar el descontento e irrumpir en esa fecha tan emblemática para los militares.

Para ese entonces, el movimiento estudiantil llegaría más legitimado y fortalecido que nunca antes en el período de dictadura. Esto debido a que, en junio de 1983, durante el proceso de pago del arancel de las carreras, los estudiantes acogidos al crédito fiscal —que representaban más del 50% de la matrícula en la Universidad— se enteraron de que el monto traía un cobro de un 16% más, a raíz de la reducción del aporte estatal luego de la

[252] De hecho, se alentó la participación de todos los sectores políticos, incluyendo los de derecha. Por eso es que la dirección del centro de alumnos se disputó entre tres listas, que replicaban la política de los tres tercios tan característica de los años sesenta hasta 1973: izquierda, centro y derecha. Si bien la izquierda y la DC mantuvieron el sentido de unidad en la presentación de candidatos a los distintos cargos, lo más destacable de la elección fue el altísimo 99% de participación estudiantil, tanto de alumnos de pregrado como de postgrado, algo que contribuía a ratificar y divulgar el transversal instinto democrático que se apoderaba de la mentalidad de la comunidad estudiantil.

[253] Pedro Cisterna Osorio, *¿Dónde estuvimos en los 80?...*, pp. 62-63.

promulgación de la ley general de universidades de 1981, sin notificación ni explicación previa.

Los miles de pesos que significaba este recargo adicional, sumado a los gastos en materiales, alimentación y alojamiento de los estudiantes, afectaron directamente al bolsillo de ellos y sus familias, y por esa misma razón fue prácticamente un *casus belli* que decantó en una transversal participación de muchísimos estudiantes al interior del movimiento, buscando la forma de revertir el impuesto[254]. Como resultado, en agosto de 1983, en una asamblea convocada por los CODE y centros de alumnos en la Parroquia Universitaria, con una inédita cantidad de asistentes, y luego de un activo y enriquecedor debate, se creó la Coordinadora de Organizaciones Estudiantiles de la Universidad de Concepción (CEUC), convirtiéndose en el primer organismo unitario y autónomo que pretendía representar a toda la comunidad estudiantil desde el golpe de Estado de 1973.

Con el acuerdo de respaldar y canalizar las demandas e inquietudes de la comunidad estudiantil solo a través de la Coordinadora, el 23 de agosto de 1983 se puso término a la existencia de las siete asociaciones gremiales remanentes en el campus y reconocidas por la rectoría, el mismo día en que Alejandro Navarro Brain era elegido presidente del centro de alumnos del Departamento de Filosofía[255].

De esta manera, otro intento de encasillar a las juventudes de la Universidad de Concepción era abortado; pues ya había acontecido con los Centros de Alumnos designados, y ahora se repetía la situación con las asociaciones gremiales. En su lugar, bajo el rigor de la clandestinidad y la compartimentación habían resurgido los partidos políticos, se habían conformado los CODE y se gestó un "síntoma" de democratización con los numerosos centros de alumnos levantados en cada carrera.

---

[254] Mientras tanto, desde la dirección financiera de la Universidad se había planteado la posibilidad de conceder créditos a los estudiantes para el pago del impuesto del 16%, algo que, si bien muchos estudiantes hicieron, se trató de impedir simplemente llamando a resistir la firma del pagaré hasta encontrar una mejor solución.
[255] "Disuelven las asociaciones universitarias", Diario *El Sur*, 23 de agosto de 1983, p. 5.

Con este significativo avance en la lucha democrática, el 29 de agosto se presentó ante la prensa y la comunidad la directiva de la Coordinadora: como presidente Cristián Cornejo, de militancia comunista; como secretario general, Dante Gebauer, de la Izquierda Cristiana; como secretario de actas, Carlos Cruz, también comunista; y como secretario de finanzas, Patricio Villaseñor, que era independiente. Como hemos analizado, los cuatro integrantes tenían una trayectoria ya bien consolidada, y ello era evidente dado que Cornejo, Gebauer y Villaseñor eran los presidentes de los centros de alumnos de sus carreras: Biología Marina, Derecho e Historia, respectivamente, mientras que Cruz era renombrado como miembro de la coordinación de estudiantes de Ingeniería.

En conjunto, ese día ofrecieron una conferencia de prensa en la Facultad de Ciencias Biológicas y Recursos Naturales, comunicando dos grandes iniciativas: primero, la confirmación de la búsqueda por reconstruir la FEC, y segundo, la realización de un congreso de estudiantes para los primeros días de septiembre, que contaría con la participación de 120 delegados con derecho a voz y voto, y de cualquier otro estudiante interesado, con solo derecho a voz.

La iniciativa no solo se planteaba como una asamblea coyuntural, sino como un punto de partida para el establecimiento de vínculos con más organizaciones estudiantiles regionales y nacionales comprometidas con la democratización. Además, los estudiantes manifestaban claramente su comprensión del rol fundamental que las juventudes habían desempeñado en la lejana época de la Unidad Popular, y que había sido largamente suprimido por la dictadura desde la irrupción del golpe. Para Víctor Limardo, en ese entonces presidente del Centro de Alumnos de Música, existía un sentir mayoritario por "por lograr retomar nuestro papel como jóvenes intelectuales críticos, comprometidos y conscientes de la realidad de nuestra patria, para así ser actores en la evolución de ella"[256]. Así, el desafío era doble: por un lado, al

[256] "Congreso con proyecciones nacionales en U. penquista", Diario *El Sur*, 30 de agosto de 1983, p. 5.

autoritarismo en las universidades, y por otro lado, al arquetipo juvenil despolitizado que hasta entonces había logrado imponerse en muchos jóvenes penquistas.

A pesar de la apertura logística del rector, concediendo horarios y espacios para los dos días que ocupó el congreso, todavía no había ninguna posibilidad de contar con dependencias propias ni con un reconocimiento oficial de la Coordinadora de las organizaciones. Aún así, tal como se consignaba en la revista *Análisis*, en un reportaje sobre la situación del movimiento estudiantil en las provincias fuera de Santiago, para los jóvenes de la Universidad de Concepción lo que contaba era la capacidad organizativa desarrollada, ya que su sola existencia era una demostración profunda de la preferencia por la democracia[257]. Esa fue una de las principales conclusiones del congreso, que los jóvenes debían: "asumir el papel de gestores y no meros observadores de la situación que vive Chile"[258].

Ciertamente, el documento conclusivo del congreso, contenía una serie de solicitudes cuyo principal pilar cohesivo era la democratización de la Universidad en todos sus significados. Por medio de ella, se esperaba ampliar la libertad de expresión en el campus y en las aulas, mejorar los servicios de alimentación y hospedaje, solucionar el conflicto del crédito fiscal y levantar las sanciones contra estudiantes que hasta entonces habían participado en distintas manifestaciones. Así llegaron el 7 de septiembre a la casa de la rectoría para reunirse con Clericus, instancia en la cual, según Dante Gebauer, secretario general de la Coordinadora, se percibió un positivo cambio de actitud en el rector delegado y su disposición a las solicitudes estudiantiles, señalando inclusive que, bajo ese clima, la FEC debería retornar antes de finalizar el año académico[259].

---

[257] Patricia Collyer y Felipe Pozo, "Movimiento estudiantil: democracia, única demanda", *Análisis*, no. 59 (1983): p. 21.
[258] "Estudiantes aprobaron: declaración al pueblo y universitarios de Chile", Diario *El Sur*, 5 de septiembre de 1983, p. 5.
[259] "Universitarios plantean sus peticiones", Diario *El Sur*, 8 de septiembre de 1983, portada.

Sin embargo, cada avance que se conseguía en los diálogos con Clericus, era seguido de un retroceso significativo por motivos ligados a la represión sobre el movimiento estudiantil. De cierta manera, cuando el rector delegado cedía —aparentemente— a las exigencias de la comunidad estudiantil, prontamente les hacía recordar que la democratización *de facto* no contaba con la suficiente fuerza para socavar la militarizada autoridad —ejercida arbitrariamente— de la rectoría.

Esto fue lo que ocurrió luego de los significativos avances conseguidos entre el mes de agosto y los primeros días de septiembre. Como mencionamos anteriormente, la quinta jornada de protestas se vivió con especial intensidad en la ciudad de Concepción, y el movimiento estudiantil de su universidad más importante fue protagonista de los hechos. De un total aproximado de diez mil personas participantes en las manifestaciones del 8 de septiembre, tres mil fueron solamente estudiantes de la Universidad de Concepción[260], quienes se dirigieron masivamente por la diagonal Pedro Aguirre Cerda hasta el Palacio de Tribunales, y luego por calle O'higgins, hacia la concentración principal en Plaza de Independencia.

En el transcurso de su realización, el propio Clericus fue consultado por las posibles medidas represivas que podrían caer sobre los participantes en la marcha. Ante ello, el rector delegado fue reiterativo al señalar que, mientras no dañasen a la comunidad universitaria ni a su patrimonio, no se aplicarían sanciones a los estudiantes movilizados.

Si bien el rector cumplió en no aplicar sanciones en lo inmediato, sí fue cómplice de aprobar el "sorpresivo" decreto de vacaciones universitarias justamente para la semana de las protestas —coincidente con la celebración de fiestas patrias— en connivencia con los rectores delegados en la Pontificia Universidad Católica de Chile y la Universidad Técnica Federico Santa María, quienes también dieron el visto bueno al receso —solo el rector de la Universidad del BioBío manifestó su desacuerdo—. Con esta medida, las autoridades

[260] "Diez mil personas marcharon ayer por calles penquistas", Diario *El Sur*, 9 de septiembre de 1983, p. 5.

universitarias se desentendían de cualquier situación crítica derivada de las secuelas de la quinta jornada de protestas.

Efectivamente, el viernes 9 de septiembre, en un nuevo día de movilizaciones, hubo 33 detenidos en el fragor de la protesta, quedando 17 de ellos en libertad el día domingo, mientras que los 15 restantes fueron trasladados a la Cárcel Pública de Concepción, siendo 14 de ellos estudiantes universitarios, varios de la Universidad de Concepción[261].

Tras replegarse, y sin saber el estado de las compañeras y compañeros detenidos, miembros de la Facultad de Ciencias Jurídicas resolvieron esa misma tarde de viernes ocupar las dependencias de la facultad, en repudio a la represión policial. Similarmente, dado que dos de los detenidos, Mario Uribe y Jorge Ramos, eran interno y estudiante de la carrera de medicina, respectivamente, los alumnos de esa carrera aprobaron el domingo 11 de septiembre la paralización indefinida de sus actividades en los distintos hospitales de la región, hasta no ver bajo libertad incondicional a sus compañeros detenidos. Y un día antes, el sábado por la tarde, en la Parroquia Universitaria, 68 estudiantes habían iniciado una huelga de hambre. Mientras que el día lunes 12 de septiembre, más de 500 estudiantes se reunieron en el foro para discutir y acordar acciones frente a los hechos de violencia del día viernes pasado[262].

Es decir, en el lapso de 48 horas, se llevó a cabo la primera toma de facultades en dictadura, el primer paro indefinido y una de las primeras huelgas de hambre masivas, todas coordinadas en la exigencia de la liberación de los detenidos y el esclarecimiento oficial de los hechos por parte de las autoridades implicadas. Mientras tanto, la rectoría de Guillermo Clericus había decretado vacaciones universitarias el mismo día sábado 10 de septiembre.

---

[261] Cinco miembros de la Coordinadora de estudiantes de la Universidad, en compañía de dos profesores de la Escuela de Derecho, sostuvieron una reunión con el Intendente Regional, brigadier general Eduardo Ibáñez Tillería, presentando sus acuerdos y los enviados por los casi 200 estudiantes ocupantes de la Facultad de Ciencias Jurídicas, que insistían en la liberación incondicional de los detenidos y la investigación de lo acontecido en calle Angol. Lo primero se logró rápidamente, pero lo segundo nunca se esclareció. "Estudiantes hicieron asamblea en el foro", Diario *El Sur*, 13 de septiembre de 1983, p. 5.

[262] Ibíd.

De esta manera, el movimiento estudiantil estaba quizás en la cima de la ola contestataria, en el cénit de su capacidad de convocatoria y cohesión. Por lo tanto, se decidió proseguir con el objetivo principal que era la reconstitución de la FEC. En el transcurso de esas semanas se había puesto en marcha un activo proceso de elaboración y difusión de los futuros estatutos de la federación, el cual se había acordado en una asamblea de la CEUC, siendo Paulina Veloso la dirigenta principal de esa tarea. Cada facultad había comenzado a convocar a las distintas juventudes existentes al interior de la comunidad estudiantil, con el fin de dotar al proceso del mayor rigor democrático posible. Y es que los temas a definir eran centrales en el proceso de articular la FEC: formato de elección, quórum de ratificación, estatutos del organismo, tribunal calificador de elecciones, financiamiento, composición de la directiva, etc.

Se puede inferir que, en aquellos días, era difícil equilibrar las dos dimensiones en las que se desenvolvían las juventudes protagónicas de la lucha democrática: por un lado, estaba la esfera política, en la que debían sortear los embates y la estructura de la dictadura presente en la universidad, asistir a asambleas, difundir panfletos, hacer rayados, coordinar reuniones de base en el caso de los militantes, asistir a las protestas, entrevistarse con funcionarios y autoridades, etc. Y por otro lado, estaba la dimensión estudiantil, que en ocasiones parecía quedar en un segundo plano en vista de la vorágine en que había entrado el año 1983; aún así, los estudiantes tenían que cumplir con sus obligaciones de estudiantes: ir a clases, estudiar para evaluaciones, investigar en la biblioteca, comprar materiales, hacer ayudantías, trabajar en tesinas, etc.

Estas “vidas paralelas” fueron imbricadas por las expresiones y rituales propios de la juventud: enamorarse, formar amistades, ser bohemios, experimentar modos de vida, entre otros. Sin dudas, estos espacios estuvieron fuertemente influidos y, en ocasiones, determinados por la participación de los amigos, los conocidos, los *pololos* y los compañeros

de aula en los CODE, en las juventudes políticas de los partidos, en los centros de alumnos y cualquier organización estudiantil que permitiese conocer personas y empaparse de la lucha por la democracia.

Aprovechando este notorio robustecimiento del movimiento estudiantil, el 24 de septiembre la CEUC logró concertar por vez primera una reunión oficial con Clericus, en representación única del estudiantado. Las demandas presentadas fueron de mucho mayor alcance y desafiaban los nudos principales para la movilización estudiantil, consistentes en: apoyar la derogación de la ley general de universidades, terminar con la política de los rectores delegados, poner fin a los sistemas represivos en las casas de estudio, entregar apoyo a los alumnos de bajo nivel socioeconómico y concretar la formación de una única federación de estudiantes plenamente reconocida.

Más reuniones fueron celebradas, pero ante la mirada de los estudiantes, no había ningún avance en las materias discutidas; es más, en esos mismos días se publicó el nuevo decreto universitario 83-449, el cual establecía otra vez que las organizaciones estudiantiles legítimamente reconocida por rectoría serían las asociaciones gremiales, con la única diferencia de que ahora podrían denominarse como centros de alumnos[263]. No habría reconocimiento oficial a la Coordinadora ni a ninguna eventual federación única de los estudiantes.

Frente a esos incumplimientos y retrocesos, el 6 de octubre por la mañana, cada facultad se organizó para debatir las causas de una huelga nacional convocada por universitarios de todo el país, y discutir el apoyo que eventualmente se le daría. Al mediodía, confluyeron en el foro para una asamblea general de la CEUC, en la que se acordó paralizar las actividades. Solamente las carreras de Odontología, Ingeniería Civil Mecánica y el segundo año de Educación Parvularia estuvieron en desacuerdo con la medida. El resto de carreras concitó casi un 80% de adhesión a la movilización, dado que algunos estudiantes

[263] "Estudiantes analizan males de la universidad", Diario *Las Últimas Noticias*, 8 de octubre de 1983, p. 23.

optaron por seguir normalmente con sus actividades, algo que fue plenamente respetado por la CEUC. De esa manera, se gestó la primera paralización universitaria desde el 11 de septiembre de 1973, por un lapso de 24 horas[264].

La directiva de la CEUC, comunicó su plena satisfacción con los resultados de la convocatoria y nuevamente acusó a rectoría de obstaculizar la libre expresión de la comunidad estudiantil en materias que necesitaban ser reformadas. Era notorio que la represión no cesaba, menos aún con la modificación que en ese mismo período se hizo a la ley 12.927 sobre seguridad interior del Estado, cuya nueva versión, la ley 18.256, contemplaba presidio, relegación o extrañamiento a quienes llamasen a alterar el orden público mediante actos sin autorización, además de hacerlos cómplices de los posibles daños ocasionados a la propiedad pública y privada en la concreción de dichos actos[265].

A pesar de esto, a principios de noviembre, se constituyó un Tribunal Calificador de Elecciones (TRICEL), integrado por 18 miembros de las distintas facultades de la Universidad de Concepción, que se encargó de confeccionar las 35 mesas en las que podrían sufragar casi ocho mil estudiantes del campus Concepción el 11 de noviembre respecto a dos interrogantes: primero "¿Estás de acuerdo con la constitución de una Federación de Estudiantes única en la Universidad de Concepción?", y segundo "¿Estás de acuerdo con los estatutos de la Federación de Estudiantes elaborados por la Asamblea Constituyente?".

Los estatutos fueron dados a conocer por la CEUC, organizando también un debate público el martes 8 de noviembre en el Instituto de Lenguas, para aclarar cualquier duda o consulta sobre el escrito. En esencia, se declaraba que los principios de la FEC estaría compuesta por una directiva de cinco miembros, elegidos por votación directa y universal; un Consejo Directivo integrado por la directiva y 12 vocales; y una Asamblea General en la que

[264] "Pacíficamente se cumplió primer paro estudiantil", Diario *El Sur*, 7 de octubre de 1983, p. 5.
[265] "Primeros detenidos por nueva ley antiprotesta", Diario *El Sur*, 29 de octubre de 1983, portada.

participaría dicho Consejo y los representantes de los centros de alumnos, en función de uno por cada 100 estudiantes del centro respectivo[266].

Para dotar de legitimidad al proceso, Dante Gebauer señaló que la meta era alcanzar al menos un 60% de participación estudiantil. Por lo tanto, antes y durante el día de la votación, el llamado fue a que todos los estudiantes del campus, opositores al proceso incluidos, pudieran manifestar ya fuera su aprobación o rechazo a la idea de conformar una federación única o al contenido de los estatutos elaborados. Esto no hacía sino demostrar que para gran parte de los alumnos, la federación era un sello generacional y un hito histórico que debía contar con la opinión de todos los involucrados; y que, a diferencia del régimen de Pinochet, no se podía silenciar ni minimizar una postura disconforme con la democracia.

De esa manera, concluida la elección, los resultados fueron ampliamente favorables tanto a la aprobación de la federación única, que alcanzó el 95% con 4.986 votos, como a los estatutos propuestos, que logró el 67,9% con 3.548 preferencias. Solo 145 estudiantes, es decir el 2,7%, se opusieron a la constitución de la FEC, mientras que 1.141, correspondiente al 21%, lo hicieron respecto a los estatutos. Los restantes votos fueron nulos y blancos, representando el 0,8% para ambas opciones. En conclusión, habían participado 5.222 estudiantes, lo que representaba un 64,87% del universo de electores, con lo cual se había conseguido la meta de la legitimidad necesaria[267].

Lo que seguía entonces era establecer listas, candidatos y campañas para la celebración de las elecciones de la FEC el miércoles 30 de noviembre. Durante el hiato entre el plebiscito de ratificación y las elecciones como tal, la Universidad de Concepción volvió a ser un mundo aparte, tal y como en los primeros años de la dictadura, pero ahora con una diferencia radical. El campus se convirtió en una verdadera isla democrática, llena de carteles, murales, lienzos, panfletos, debates y espacios de reflexión, donde la libertad de expresión y

[266] "Todo dispuesto para el referéndum en la U.", Diario *El Sur*, 6 de noviembre de 1983, p. 5.
[267] Diario *El Sur*, 12 de noviembre de 1983, p. 2.

el deber histórico de miles de jóvenes se volcó hacia conseguir su propio organismo representativo frente al delegado directo de Augusto Pinochet personificado en Guillermo Clericus. La bullada identificación de los jóvenes estudiantes con el compromiso político hacia la democratización de su universidad y el país, daba sus mayores resultados en los últimos meses de 1983.

La elección para la directiva sería por cargos, y como se podía votar por candidatos de distintas listas, la idea de los estudiantes opositores era lograr unificar en una sola a todo el espectro de la oposición universitaria. Sin embargo, avizorando lo que sería la tónica en los años venideros, esto no fue posible de concretar producto de las diferencias históricas entre la izquierda y la DC[268]. Además, la DC aún no lograba concitar una gran atracción entre la comunidad estudiantil penquista por sus propios medios, situación que era acorde con su deplorable capacidad orgánica y frágil situación económica en todo el territorio nacional a principios de los ochenta[269].

Si bien la situación en la izquierda, marcada por los exilios, detenciones y asesinatos masivos, no era mucho mejor, sí contaban con una mayor trayectoria combativa en la Universidad de Concepción tímidamente desde los primeros años del golpe. Puesto que, en la consciencia colectiva, y en los hechos, la izquierda estaba siendo la gran víctima de la represión militar, con lo cual la solidaridad de los estudiantes naturalmente se orientaba a apoyar a este sector en las primeras elecciones democráticas de federación.

En consecuencia, las dos listas de la oposición se conformaron siguiendo la estructura de la oposición político partidista contra Pinochet, es decir, una la lista del Movimiento Democrático Popular (MDP), por la izquierda, y otra de la Alianza Democrática (AD),

[268] Al interior de la izquierda, en cuya amplitud se encontraban los comunistas, socialistas, miristas, mapucistas, familiares de detenidos desaparecidos y muchos simpatizantes sin militancia, se despertaron sus profundas diferencias y críticas hacia la DC con ocasión de la elección. La deuda histórica de este partido, a raíz de su influencia decisiva en el allanamiento del camino hacia el golpe de Estado, y su acusado reformismo, fueron argumentos de peso para que se produjera el distanciamiento con la izquierda.
[269] Rafael Otano, *Crónica de la transición. 1984/2006*, (Santiago: Planeta, 2024): pp. 279-283.

representando a la DC, al Partido Social Demócrata y a los radicales. La lista N°1 del MDP, como era de esperarse, presentó como candidatos a las y los estudiantes de renombrado compromiso, capacidad, experiencia y trayectoria en la lucha estudiantil: Cristián Cornejo, para presidente; Paulina Veloso, para la vicepresidencia; Alejandro Navarro, para secretario general; Carlos Cruz, para secretario de actas; y Jaime Pino para secretario de finanzas. Además, 12 estudiantes de distintas facultades postularon en la lista a los cargos de vocales.

Por su parte, en la lista N°2, de la AD, sus miembros estaban plenamente conscientes de la debilidad que sufría la DC —principal conglomerado de la coalición— para alcanzar un triunfo. Sin embargo, actuando a semejanza del espíritu del "grupo de los trece", llevaron adelante su propia lista[270]. Los candidatos fueron: Carlos Maturana (DC), para presidente; Román Espinoza (independiente de izquierda), para la vicepresidencia; Sergio Micco (DC), para secretario general; Roberto Parada (radical), como secretario de finanzas; y Richard Vargas (DC), para secretario de actas. Y al igual que la lista N°1, presentaron 12 candidatos para las vocalías.

Ahora bien, los estudiantes que no se alineaban con la oposición, e incluso quienes adherían al orden institucional de la dictadura, también levantaron sus listas. Para entonces, la línea que separaba el rango meramente universitario de la elección del acontecer político nacional era sumamente difusa, y rápidamente se presentó como una pugna entre oposición y oficialismo. La lista N°3 se presentó como representante de los independientes, de quienes no buscaban extrapolar los conflictos estudiantiles fuera del campus universitario, ni tampoco levantar una resistencia drástica e inclaudicable contra la rectoría de Clericus. No obstante, solamente presentaron tres candidatos a vocales: Patricio Silva, Iván Campos y Jorge Aguilar.

Finalmente, la lista N°4, en un inicio, solo presentó al estudiante Víctor Allendes como candidato a vocal, pero el 30 de noviembre, el mismo día de la elección, este se trasladó a una quinta lista presentada en la última hora. Sus miembros, miembros del denominado

[270] Pedro Cisterna Osorio, *¿Dónde estuvimos en los 80?...*, pp. 79-81.

Frente Universitario[271], declararon que pretendían representar a todos los estudiantes que optaron por la abstención en el referéndum del 11 de noviembre, dado que creían que "la juventud universitaria realmente anhela una federación"[272]. De esa manera, se entendía que esta lista representaba a los estudiantes alineados con el gobierno. Por ella postularon Luis Ortiz para la presidencia; Alejandro Athens, para la vicepresidencia; Jorge Abarca, para la secretaría general; Benjamín Srain, para secretaría de finanzas; y a Gabriela Herrera para la secretaría de actas[273].

Al ser oficializadas por el TRICEL, Cristián Cornejo resumió los objetivos de la lista N°1, destacando como prioridades el fortalecimiento de la federación como eje del movimiento estudiantil, la revisión de sus estatutos según las observaciones de distintos sectores, el estudio del financiamiento universitario, la mejora de las condiciones de bienestar y académicas, la recuperación de la autonomía universitaria y la implementación de un gobierno universitario transitorio para avanzar hacia la democratización plena, todo mediante el término del sistema de rectores delegados[274].

Resulta fácilmente apreciable que las metas elaboradas por la lista N°1 no eran sino la síntesis de todos los problemas diagnosticados en los años transcurridos desde el golpe de Estado. A excepción del contexto represivo, los jóvenes del movimiento estudiantil seguían compartiendo un conjunto de demandas muy similares a las que levantaron sus antecesores en el lejano período de la reforma en 1968, y también durante el gobierno de la Unidad Popular, pero ahora en un contexto radicalmente diferente. Aún así, el clamor juvenil seguía buscando ser escuchado y atendido.

---

[271] Denominación idéntica a la del organismo levantado por los jóvenes estudiantes del Partido Nacional, de la Democracia Cristiana y del movimiento gremialista, que fueron opositores al gobierno de la Unidad Popular en los años setenta.
[272] "Apareció quinta lista para elección de U.", Diario *El Sur*, 30 de noviembre de 1983, p. 5.
[273] Ibíd.
[274] "Cuatro listas postulan a Federación de Estudiantes", Diario *El Sur*, 27 de noviembre de 1983, p. 5.

Conformadas las listas, se desarrollaron las campañas abiertamente en todos los espacios del campus, pero especialmente en el foro. El día fijado para la elección fue el miércoles 30 de noviembre, con 34 mesas disponibles para sufragar y con el recuento oficial de votos a realizarse en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales.

A medida que se concretaba la trascendental jornada, los primeros resultados arrojaban una cómoda victoria para la lista N°1. Según *Las Últimas Noticias*, se constataba una participación de alrededor de 5.700 estudiantes, que representaban el 60,14% del total de la Universidad de Concepción, es decir, casi 9.500 estudiantes[275]. Con este resultado, se superaba la meta necesaria para otorgar legitimidad a la elección.

El conteo arrojaba que para la presidencia de la FEC, Cristián Cornejo, de la lista N°1, obtenía la primera mayoría con 2.332 votos. Para la vicepresidencia, Paulina Veloso, de la lista N°1, lideraba con 2.476 votos. En el caso de la secretaría general, Alejandro Navarro, de la lista N°1, conseguía 2.006 votos; en la secretaría de finanzas, Jaime Pino, de la lista N°1, obtenía 2.144 votos; y en el cargo de la secretaría de actas, Carlos Cruz, de la lista N°1, alcanzaba 2.111 votos[276].

La victoria de la lista N°1 en la conquista de la mesa directiva, con el lema"Porque ellos han dado la cara, hoy los seguiremos apoyando", era a todas luces contundente. Habían triunfado en todos los cargos principales, y obtenían también un importante triunfo en la elección paralela de los 12 vocales para la FEC[277].

Con una ubicación ideológica claramente de izquierda, quedaba conformada la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción, que sería válida hasta junio de 1984, entre medio de abrazos, celebraciones, lágrimas y ensordecedores gritos y cánticos que

[275] "Cornejo: Vamos a luchar por las reivindicaciones estudiantiles", Diario *Las Últimas Noticias*, viernes 2 de diciembre de 1983.
[276] Ibíd.
[277] Seis de sus candidatos eran electos vocales, a saber: Pablo Giustinianovich, Alejandro Amaro, Rodrigo Dresdner, Hernán Henríquez, Rolando Palacios y Hugo Cautivo. Por su parte, la lista N°2 aseguraba cuatro vocales: Sergio Castro, Yarek Chocano, Germán Acuña y Pedro Cisterna. Finalmente, la lista N°5 elegía a dos vocales: Juan Carlos Urra y Víctor Allendes.

reforzaban el ambiente de júbilo presente en las áreas verdes del campus. Los años de represión y después de movilizaciones, habían desembocado en un organismo autónomo y democráticamente electo con el que los estudiantes pretendían expresar sus más relevantes aspiraciones, necesidades y deseos juveniles en una universidad y sociedad regida férreamente por los militares.

Para el presidente electo, Cristián Cornejo, el triunfo debía ser compartido por todos los jóvenes estudiantes de la institución, con lo cual no distinguía entre vencedores y perdedores en el resultado de la elección. Se iniciaba una etapa en la que se esperaba que la unidad fuera el rasgo más significativo. También así lo interpretaba Paulina Veloso, haciendo el llamado a que todos los jóvenes de la Universidad, incluyendo los que habían votado por otras listas, se animaran a participar en un proceso que, nuevamente, se atribuía a cada uno de los estudiantes.

La presentación oficial de la renacida FEC se realizó el martes 6 de diciembre, con notoria solemnidad y participación de distintos estudiantes provenientes de otras universidades. Pero también, con veloz dinamismo político y programático ya que, en ese mismo acto celebrado en el foro, se comunicó a la comunidad de estudiantes que la primera acción de la FEC sería solicitar la renuncia del rector delegado Guillermo Clericus, en concordancia con los objetivos dados a conocer por la lista triunfadora en el proceso de campañas.

Al mismo tiempo, mientras se mostraba con potestad y legitimidad democrática esa efervescente rebeldía juvenil, la directiva de la FEC comenzaba los preparativos para los trabajos voluntarios de verano del año 1984, pues como jóvenes, decía su presidente:

> "Estamos ansiosos de trabajar por hacer de la Universidad un lugar en el que todos los estamentos se puedan sentir representados, dignos y considerados (...) Tenemos mucho que entregar y por lo mismo

nos interesa tomar contacto directo con las familias necesitadas. También nosotros, como futuros profesionales, tenemos mucho que aprender de ese intercambio de experiencias sociales"[278].

Como jóvenes que se habían identificado con el activismo político en las más difíciles y adversas circunstancias, habían aprendido mucho. Pero también, como jóvenes estudiantes, debían seguir aprendiendo sobre diversas áreas de la vida en el Chile de Augusto Pinochet. El hito principal de su incansable movilidad, se había conseguido: la FEC había vuelto; un haz de luz democrático iluminaba la densa oscuridad del autoritarismo que seguía controlando a Concepción y tantas otras ciudades. Pero no sería el final sino un punto de inflexión en la unificación generacional que la FEC había representado, pues los años venideros serían igualmente complejos y cargados de represión. La rectoría de Guillermo Clericus, sin otorgar opiniones concretas sobre el acontecimiento, al punto de que, como dijimos, no se le hizo una sola mención en las memorias oficiales de ese año, daba a entender que no tenía qué decir sobre un organismo que ni siquiera reconocía como tal para representar a la comunidad estudiantil.

Los aletargados estudiantes de la década de los setenta ya no eran los mismos que los de los años ochenta, que se habían organizado a niveles insospechados, y creando con ello una entidad democrática auténtica. Tras el tiempo transcurrido desde el golpe de Estado, los jóvenes de ese presente, como mencionó Cristián Cornejo en una entrevista personal, "éramos como rebeldes, y nos gustaba esa cosa de resistir, de ir contra la corriente"[279].

[278] "Renuncia de rectores delegados como primera tarea de la FEC", Diario *El Sur*, 6 de diciembre de 1983, p. 5.
[279] Cristián Cornejo, entrevista personal, 4 de octubre de 2024.

CAPÍTULO V

LA REBELIÓN ESTUDIANTIL EN DICTADURA: EXPANSIÓN Y RADICALIZACIÓN DE LAS PROTESTAS (1984-1986)

En el vínculo de las juventudes con la política en el transcurso de los años desde el golpe de Estado, se instaló primero una promoción del régimen de una juventud despolitizada, pero cultural y socialmente activa en la construcción de su legitimidad, y luego a una lenta recomposición del tejido social opositor inicialmente a través de las artes, las peñas o algunos espacios gestionados por la Iglesia Católica, con un fuerte espíritu de resistencia (el ciclo de apelación patriótica y resistencia cultural)[280]. Tras la crisis económica de 1982, se inaugura un ciclo del movimiento estudiantil marcado por la sublevación sociopolítica y la formalización de la oposición partidaria, con las universidades siendo escenarios claves de la agitación juvenil. Este coincide con la tercera etapa en la que se adentra el movimiento estudiantil de la Universidad de Concepción, tras dejar atrás los períodos de supervivencia y temprana organización de los estudiantes que analizamos en el capítulo anterior.

Transcurridos diez años desde el golpe de Estado, y de la incontrarrestable hegemonía de la Junta Militar, el fracaso económico y el descontento sociopolítico se conjugaron para facilitar la acción estudiantil, que veía cómo el régimen terrorista que se había institucionalizado desde la promulgación de la constitución de 1980, debía ahora tomar en cuenta la correlación de fuerzas políticas y respetar sus propias leyes y plazos establecidos para la transición democrática[281]. La resistencia cultural gestada desde fines de los setenta, culminaría en la articulación de una oposición estudiantil más compleja y nutrida de esas energías juveniles que se propusieron salir del letargo y buscar su libertad.

---

[280] Víctor Muñoz y Carlos Durán, "Los jóvenes, la política y los movimientos estudiantiles en el Chile reciente. Ciclos sociopolíticos entre 1967 y 2017", p. 138.
[281] Tomás Moulián, *Chile Actual. Anatomía de un mito*, 1ª ed. (Santiago: Lom, 1997): p. 274.

En base a esto, en el presente capítulo pretendemos describir la consolidación del movimiento estudiantil como una unidad generacional de resistencia, en lo que corresponde a su tercera etapa sociopolítica entre 1984 y 1986, cuando la movilización universitaria alcanza su punto más álgido[282]. Se examinará el papel central de la FEC como articuladora de la lucha estudiantil, los mecanismos de organización y radicalización de las protestas, así como las tensiones y alianzas surgidas en el seno de la oposición. Asimismo, indagaremos en los significados generacionales de esta etapa, considerando el impacto de la represión estatal, la emergencia de liderazgos y la influencia de este período en la configuración de una identidad política estudiantil que trascendería a la dictadura.

1984: La plena irrupción de las protestas, las detenciones y las expulsiones.

Tras la euforia juvenil desatada en la Universidad de Concepción durante 1983, cuyo mayor logro fue sin dudas la reconstitución de la FEC, los dirigentes estudiantiles se abocaron a las tareas para el verano de 1984. Los largos meses de organización, estudio y evaluaciones, plagados de incertidumbre, temores y frustraciones, daban paso a un nuevo período para la historia de la casa de estudios y de su movimiento estudiantil. Pero el sello generacional que había representado la conquista de la federación única seguiría siendo el nexo de unidad y mancomunión para gran parte de los estudiantes. La FEC fue conformada enteramente por los alumnos de la Universidad, era *su* medio y/o canal de interacción, expresión y desenvolvimiento.

Por ese motivo, los trabajos voluntarios de verano, que, como hemos analizado en capítulos anteriores, fueron una tradición emblemática de la lucha social y de la extensión de las labores universitarias hacia la comunidad en los años sesenta y principios de los setenta,

[282] En el marco del ciclo sociopolítico entre 1983 y 1989 definido por Muñoz y Durán, caracterizado por la oposición de democracia y autoritarismo, la politización pública y la expresión visible de las juventudes organizadas.

fueron pensados por la FEC como una instancia para satisfacer el impulso juvenil de cooperación y asistencialismo a las ciudades del gran Concepción más desfavorecidas.

Los jóvenes estudiantes necesitaban también un momento para ser solo jóvenes; pletóricos desde el retorno de la FEC, su identificación juvenil con el activismo político derivó en una necesidad de sentir que, con sus conocimientos académicos y capacidades profesionales en salud, educación, ingeniería y artes, podían salir del campus y aportar al bienestar de las comunidades circundantes de la capital penquista. Así, la ciudad elegida para los trabajos voluntarios fue el pueblo de Lota. Allí se llevaron a cabo operativos de salud, educación y vinculación con redes y organizaciones políticas y sociales, mayormente en Lota Bajo[283].

De esta manera, la primera gran actividad orquestada y dirigida por la FEC fue un rotundo éxito. Pero luego del interludio de verano, el año 1984 se vislumbraba como uno que estaría marcado por la consolidación de los procesos políticos asentados en 1983. Sin embargo, dicha consolidación solo llegaría tras resistir los embates de la represión, la cual seguía cobrando víctimas por medio de detenciones, desapariciones, asesinatos y torturas.

Mientras tanto, la oposición a la dictadura seguía atorada en la discusión acerca de los medios por los cuales enfrentarla: fuera por la movilización popular masiva y confrontacional hasta derrocar al régimen, que postulaba el MDP, o bien por medio de estrategias institucionales ligadas a la exigencia de elecciones libres y al favorecimiento de la presión internacional sobre la figura de Augusto Pinochet y su brutal régimen de terror, que era defendida por la AD. En vista de esa importante debilidad, era imperativo para la oposición cohesionar y fortalecer la base social de lucha contra la dictadura, pues ninguna de las dos vías para enfrentarse al régimen tenía la fuerza política suficiente para concretar el derrocamiento de los militares o forzarlos a entregar voluntariamente el poder[284].

[283] Pedro Cisterna Osorio, *¿Dónde estuvimos en los 80?...*, pp. 87-91.
[284] Patricio Quiroga, "Las jornadas de protesta nacional: historia, estrategias y resultado, 1983–1986", p. 50.

Pero además, 1984 fue el año en que irrumpió con fuerza, y como una organización seria, el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), cuya línea de acción iba más allá de la propuesta por el MDP al proponer que el debilitamiento conducente al derrocamiento de la dictadura, debía hacerse a través de la violencia política y enfrentamientos armados. La continuación de las jornadas de protestas ahora estaría acompañada de episodios de resistencia paramilitar coordinadas mayormente por el FPMR[285].

Por lo tanto, había más opciones de movilización para los estudiantes de la Universidad de Concepción, objetivos más ambiciosos, tareas más complejas y un ambiente en general más convulsionado. Asimismo, los riesgos eran claramente mayores: la vigilancia aumentaba, la represión se desataba y el régimen de Pinochet hacía uso de todos sus dispositivos del terror, por medio del estado de sitio y la ley "anti protestas", para mitigar la rebelión civil.

En ese contexto se inauguraba el año académico en marzo de 1984, con la FEC operando plenamente en sus tareas. Entre sus proyectos, y con el fin de contribuir a la integración plena de la juventud estudiantil a la libre expresión y difusión de ideas, se contaba la creación de un programa informativo en la radio de la Universidad de Concepción, la edición de una revista universitaria y la adopción de medidas de apoyo a la movilización de los académicos de la casa de estudios, a raíz de exoneraciones injustificadas acaecidas a fines de 1983[286].

---

[285] Y en Concepción, el inicio formal de las acciones armadas puede situarse en 1983 con la llegada del "primer oficial" del Partido Comunista, bajo el nombre clave de "Manuel", a la ciudad de Lota con el fin de dar instrucción sobre "métodos conspirativos" a las bases locales del partido, de donde posteriormente se nutriría de militantes el FMPR. Con los años, se sucederían en la capital penquista y sus ciudades aledañas una serie de operaciones del Partido Comunista, y más tarde del Frente, consistentes en crear apagones de electricidad, voladuras de torres de alta tensión, recuperaciones de armas, automóviles y dinero, preparación combativa y de seguridad, junto a una intensiva campaña de reclutamiento para engrosar las filas de la organización. En Manuel Fernández Gaete y Miguel Ávila Carrera, "Más allá de las barricadas. Las acciones armadas del FPMR y el MAPU-Lautaro contra la persistencia del proyecto dictatorial. Gran Concepción, 1986-1991", *Anuario IEHS*, no. 34, no. 1(2019): pp. 195-218.

[286] "FEC se reúne para programar recepción", Diario *El Sur*, 1 de marzo de 1984, p. 2.

Pero también, rápidamente se produjeron reuniones, discusiones y entrevistas a la prensa con motivo de una nueva cuota de derecho de matrícula que se había comenzado a cobrarse a los estudiantes, así como por el excesivo costo de los almuerzos ofrecidos en el casino "Los Patos"[287]. La cuota ascendía a los cinco mil pesos y se estableció como requisito previo para la ratificación de la matrícula de todos los estudiantes. La FEC resolvió, tal como hizo la CEUC en junio de 1983, instruir a la comunidad estudiantil en no cancelar el valor dispuesto, ya que se consideraba una errada manera de hallar una solución al decreciente aporte fiscal a la educación superior por parte de las autoridades. La respuesta oficial de la universidad sería no claudicar en el cobro de la cuota de matrícula, pero otorgando facilidades de pago y salvaguardando la permanencia de los estudiantes que estuvieran en apuros económicos para cancelar el monto. Así, el llamado de la FEC fue a seguir desacatando el cobro[288].

Con el fin de transmitir directamente las inquietudes diagnosticadas, se delinearon las primeras reuniones oficiales con Guillermo Clericus para plantear las problemáticas. Si bien la FEC reconocía que uno de sus principales objetivos apuntaba a terminar con los rectores delegados, sabían que el mencionado Clericus era la única autoridad válida en la universidad con quien discutir en esos momentos. La FEC le dejaba en claro que no se consideraba una isla, ni sus estudiantes seres ajenos al mundo que les rodeaba, con lo cual se harían presentes en toda discusión relativa a jornadas de protesta y movilización[289].

Es más, la iniciativa de terminar con el designio de rectores en la casa de estudios, vio su primer documento oficial en el escrito titulado "Nuestro Proyecto". Así se lo hicieron saber al director de Diario *El Sur*, en una visita de cortesía que se le ofreció el 21 de marzo de 1984 bajo la representación del secretario general Alejandro Navarro. En ella comunicaron además que habían planificado una invitación al Gobernador Provincial, teniente coronel Darwin

[287] "La FEC se opone a cuota de derecho de matrícula", Diario *El Sur*, 5 de marzo de 1983, p. 4.
[288] "Todos los alumnos deben pagar la cuota de matrícula", Diario *El Sur*, 14 de marzo de 1983, p. 4.
[289] "Presidente de la FEC: Hay que luchar con la verdad", Diario *El Sur*, 7 de marzo de 1983, p. 4.

Sotomayor, y al propio rector Guillermo Clericus, a un foro abierto en el auditorio Universidad de Concepción.

El objetivo era conocer las posturas y pensamientos de ambas partes involucradas, estudiantes y autoridades, para acordar el mejoramiento de la situación de los universitarios. Pero también, para entregar el citado proyecto consistente nada menos que en una proposición de un gobierno transitorio en la Universidad de Concepción. Esta se originaba de la inquietud con que la FEC había observado el deterioro del sentido de la universidad, la calidad de su docencia, la extensión, la investigación y la convivencia de una auténtica comunidad universitaria[290].

En base a ello plantearon el proyecto, que contemplaba como indispensable punto de partida para la democratización del campus, la renuncia de Guillermo Clericus. Con ese avance, se conformaría un consejo de decanos, elegidos por y entre los docentes de cada facultad —cumpliendo un mínimo de ocho años de antigüedad para ser electo— que se encargaría de designar a un rector transitorio. El accionar de la FEC se convertía así en el segundo proyecto bien constituido que exigía la salida de los rectores delegados para la democratización de la universidad[291].

Aunque para Guillermo Clericus, la posibilidad de poner su cargo a disposición era absolutamente impensable[292]. Con lo cual, el primer desafío que la FEC planteaba oficialmente a la autoridad del rector, apelando a una cierta racionalidad, recibía una contundente negativa.

---

[290] "FEC quiere dialogar con gobernador y el Rector", Diario *El Sur*, 22 de marzo de 1983, p. 5.

[291] El primero había corrido por cuenta de la filial Concepción de la Asociación Universitaria y Cultural Andrés Bello, nacida a fines de 1983 en representación del malestar e inquietud de los académicos y profesores universitarios de la capital penquista. En ese período, habían compartido una propuesta de siete puntos para la recuperación de la institucionalidad democrática en la Universidad de Concepción. En Danny Monsálvez, *Los académicos de la Universidad de Concepción*…, p. 124.

[292] Además, tildó a los estudiantes de malagradecidos en vista de los esfuerzos que hacía la universidad al entregar facilidades de pago en la frágil situación económica que se venía arrastrando desde hace años. "Señaló rector Clericus: Matriculas solo cubren el 15% del presupuesto de la U.", Diario *El Sur*, 23 de marzo de 1984, p. 5.

No obstante, estos primeros esfuerzos de la FEC en el cumplimiento de su programa pasarían a un segundo plano a partir del 27 de marzo de 1984, tras el asesinato del estudiante Caupolicán Inostroza en el contexto de la octava jornada de protesta nacional. Tras la confirmación de su muerte, correspondió a la FEC, encabezada por Cristián Cornejo comunicar en asamblea abierta en el foro el asesinato de Caupolicán. Rápidamente, se resolvió por parte de estudiantes de la Facultad de Ingeniería, a la que Caupolicán pertenecía, hacer ocupación de sus instalaciones, la cual se replicaría en las Facultades de Educación y Ciencias Biológicas.

En la Parroquia Universitaria, 26 estudiantes de la Universidad de Concepción iniciaron una huelga de hambre que se extendió desde el miércoles 28 al sábado 31 de marzo, con la finalidad de exigir atención e investigación sobre el asesinato de Caupolicán. Asimismo, el Arzobispo José Manuel Santos lamentó la violencia con la que se había desarrollado el conflicto, abogando por la primacía de la paz y el diálogo en la resolución de este[293]. De igual manera lo hicieron académicos y funcionarios de la Facultad de Ingeniería de la universidad, esa misma noche del asesinato[294], los cuales exigieron la aclaración de los hechos, sanciones para los culpables y el apoyo a la moción de que se designase un ministro en visita[295].

Por su parte, la FEC ofreció una conferencia de prensa en la que llamaban a una paralización de actividades entre el lunes 2 y el martes 3 de abril, como primera medida ante lo ocurrido. Además, luego de intensas discusiones, se acordó exigir no solo el pronunciamiento de Guillermo Clericus sobre el asesinato del estudiante, sino también su inmediata renuncia dado que su accionar no fue considerado "digno de rector alguno, sea

[293] "Pastoral universitaria lamenta los sucesos", Diario *El Sur*, 2 de abril de 1984, p. 5.
[294] Es más, de esa reunión en el Colegio de Ingenieros de Concepción, surgió la base para crear la primera organización de académicos de la universidad, que sería protagonista de la oposición a Clericus en los próximos años.
[295] "Estudiantes ocuparon 3 facultades de la Universidad de Concepción", Diario *Las Últimas Noticias*, 3 de abril de 1984.

delegado o no". De igual manera, se hizo el llamado al Intendente Regional para requerir el total cese de la represión a los manifestantes[296].

En base a todo lo anterior, es innegable que a pesar de la mancomunión, unidad y solidaridad gestada hasta entonces entre los estudiantes, que permitía creer en una relativa seguridad al contar con apoyo de compañeros y compañeras, el asesinato de Caupolicán Inostroza fue un duro golpe no solo para el movimiento estudiantil, sino también para cada joven estudiante movilizado. El luctuoso hecho era una demostración palpable sobre la gravedad de la violencia política desatada por la dictadura, y su impacto de alta gravedad, como rememora Pedro Cisterna:

> "Había un gran dolor, pena y una indignación enorme (...) Pero en esta situación con una emocionalidad radical que se resiste y responde a la violencia que te mata, que te borra alguien que es parte de ti, que tú todos los días lo ves, sin necesidad de mirarlo, lo ves porque está ahí, porque es un compañero que cuando vas a clases pasa por el lado tuyo (...) Era uno más de los que conformábamos la comunidad estudiantil (...) Lo habían hecho muchas veces, lo habíamos leído en algún informe de derechos humanos, lo habíamos escuchado en la radio, lo habíamos conversado con alguien muy cercano, ahora repetían su forma de actuar criminal sin respeto por la vida el año 84 con un compañero de nuestra universidad"[297].

Solo restaban dos meses para que en junio de ese año se eligiera a la nueva directiva de la FEC, con lo cual era necesario priorizar los objetivos dispuestos, que en este caso correspondió a la búsqueda de justicia por la muerte de Caupolicán Inostroza. Pero ¿qué más se podía privilegiar en ese contexto? ¿Cuáles debían ser las principales preocupaciones del organismo?

[296] "Paralización en U. de Concepción", Diario *El Sur*, 1 de abril de 1984, p. 5.
[297] Pedro Cisterna Osorio, *¿Dónde estuvimos en los 80?...*, pp. 96-98.

Respecto a este tema, la FEC comenzó a ser asistida en materia judicial por Augusto Parra, abogado de la universidad, y Martita Worner, abogada del Servicio Social del Arzobispado de Concepción, ligado a la Vicaría de la Solidaridad. Particularmente en el caso de Parra, su vínculo con los estudiantes sería fundamental en los años venideros ante los episodios de represión, sanciones y exoneraciones, convirtiéndose en un académico reconocido por su labor de apoyo a las víctimas de violencia política en la universidad[298].

Dado el generalizado descontento en todos los estamentos de la comunidad estudiantil, el Consejo Académico de la universidad hizo un llamado a todos los estudiantes para que reafirmaran su intención de estudiar dejando de lado las numerosas paralizaciones e interrupciones de actividades, bajo el riesgo de clausura del semestre en aquellas facultades que insistieran en ello.

En relación con este amedrentamiento del Consejo Académico, las siguientes paralizaciones no fueron de gran envergadura, y se limitaron a algunas horas con carácter "reflexivo", en apoyo al llamado de protesta universitaria a nivel nacional[299]. Incluso, en aquel entonces la represión ya asomaba directamente sobre todos los miembros de la directiva de la FEC, ya que el organismo contaba con antecedentes que fundamentaban amenazas de rapto en contra de la vicepresidenta Paulina Veloso, y constantes seguimientos al secretario de actas Carlos Cruz. Misma situación para Cristián Cornejo, quien fue constantemente vigilado por servicios de inteligencia, así como también acosado en algunas asignaturas por profesores que lo hicieron reprobar[300]. Por lo tanto, la FEC y sus asesores jurídicos presentaron un recurso de amparo preventivo para todos sus miembros ante los tribunales de justicia, declarando además de que "las intimidaciones, la vigilancia de las casas y otros hechos no lograrán paralizar

[298] Acompañados por él, la FEC se entrevistó con el presidente de la Corte de Apelaciones, Eleodoro Ortiz Sepúlveda, para presentar una petición de ministro en visita que contribuyera a esclarecer el asesinato de Caupolicán. Como resultado, la Corte designó a José Martínez Gaensly como ministro en visita. Sin embargo, el requerimiento presentado por la Corte de Apelaciones solo era en base a una posible infracción a la Ley de Seguridad Interior del Estado, por el apedreamiento de la casa del intendente el mismo 27 de marzo, más no la investigación por el asesinato de Caupolicán Inostroza.
[299] "Solo por dos horas paralizan estudiantes", Diario *El Sur*, 12 de abril de 1984, p. 5.
[300] Cristián Cornejo, entrevista personal, 4 de octubre de 2024.

nuestro accionar como legítimos representantes del estudiantado de la Universidad penquista"[301].

Así pues, se aproximaba el mes de junio y con ello la segunda elección para la directiva de la FEC para el año 1984. La atención se dirigía a las listas y candidatos que pretendían conquistar la mesa directiva de la FEC en la jornada de votación fijada para el 26 de junio de 1984. Y es que de antemano, el cambio más visible de cara a la segunda elección, era el fortalecimiento de la DCU tanto en el número de sus partidarios como en el gran número de facultades y carreras en las que tenía presencia encabezando centros de alumnos y CODES. La campaña testimonial de 1983 no se repetiría en 1984, dado que las posibilidades de triunfar eran mucho más realistas. Por su parte, la izquierda, que controlaba la primera FEC, representando al MDP, había sufrido naturalmente aquel desgaste tras casi un año de absoluta movilización, pero también, había comenzado a enfrascarse en discusiones internas propias de los partidos que componían el movimiento.[302]

Prueba de ello es que el plazo original para presentar oficialmente las listas de candidatos tuvo que aplazarse desde el 5 de junio al lunes 11 del mismo mes, ya que hasta aquella fecha no se había oficializado ninguna candidatura[303]. Sin dudas, las citadas tensiones al interior de la izquierda hicieron compleja la decisión final de agruparse en una sola lista. Mientras tanto la DCU, sin necesidad de buscar grandes alianzas dado su crecimiento, agitada movilización y cohesión con los miembros de la Alianza Democrática —PR, Unión Socialista Popular, socialistas de la facción de Ricardo Núñez, entre otros— logró presentar su lista

[301] "Fue presentado ayer recurso de amparo para dirigentes de la FEC", Diario *El Sur*, 12 de abril de 1984, p. 5.
[302] Las tensiones radicaban entre comunistas y miembros del MIR acerca de las estrategias de insurrección popular, en los socialistas acerca de expandir la alianza hacia partidos de centro como la DC y el PR, y por supuesto, entre todos ellos en la designación de candidatos que dejaran satisfechas a las colectividades.
[303] "No se ponen de acuerdo candidatos a la FEC", Diario *El Sur*, 6 de junio de 1984, p. 5.

única[304]. Las contradicciones en la izquierda y el crecimiento orgánico de ese partido, terminaron por allanar el camino al triunfo de la DCU.

Las listas quedaron formalmente compuestas el martes 12 de junio, en un inicio con cinco disputando la mesa directiva, y cuatro de ellas presentando candidatos a la presidencia. La lista N°1 estuvo encabezada por Dante Gebauer, en representación de socialistas y la Izquierda Cristiana, en la que militaba. La lista N°2, por Juan Ángel Villanueva, de medicina y miembro de la DC, como presidente; Sergio Castro, de Odontología, como vicepresidente; Sergio Micco, de Derecho y militante de la DC; Hernán Maturana, para secretario de actas; y Rodrigo Parada, radical, a la secretaría de finanzas. La lista N°3, por Cristián Cornejo de Biología Marina, miembro del PC, para la presidencia de la directiva. La lista N°4, solo con Ernesto Torres, de Ingeniería en Ejecución Mecánica y miembro del Partido Humanista, para el cargo de secretario general. Y por último, la lista N°5 que solo llevó a Pilar Cuevas para la presidencia, sin militancia política pero autodefinida como oficialista del régimen[305].

En cuanto a los programas y objetivos de cada lista, lo más notorio fue que, a excepción de la lista N°4, todas las demás incluían como objetivo fundamental el término del sistema de rectores delegados. Por lo tanto, se podría decir que las diferencias eran más de forma que de fondo.

La lista N°1 incluía como tema central el financiamiento universitario derivado de la ley general de 1981, que seguía siendo opresivo para los estudiantes y sus familias, además de comprometer el accionar de la FEC con el resto de organizaciones estudiantiles en el país, tarea que hasta entonces había estado al debe. En representación de la lista N°2, Sergio Micco comunicó que una de las más importantes características de su coalición era la búsqueda de

[304] Además, habían contado con la presencia de Radomiro Tomic en mayo de ese año 1984, quien visitó la universidad y entregó un discurso cargado de críticas en contra de la dictadura, alineado con sus principios políticos y religiosos de democracia de consensos, respeto a los derechos humanos y defensa de los más desfavorecidos. Su presencia había reforzado no solo la convicción de sus jóvenes partidarios, sino que también había logrado atraer a jóvenes de otras latitudes políticas o incluso a quienes no tenían simpatías por algún sector.

[305] "Presentaron oficialmente a los candidatos a la FEC", Diario *El Sur*, 13 de junio de 1984, p. 5.

una oposición movilizada por formas no violentas, muy de cerca a los planteamientos de la DC como partido en la lucha contra la dictadura.

En el caso de la lista N°3, Paulina Veloso se encargó de cimentar la oposición más confrontacional que representaba la alianza entre comunistas, miembros del MIR y facciones socialistas. No solo apostaban por defender los atropellados derechos de los estudiantes, sino que eran la única lista que extrapolaba directamente la organización estudiantil a la búsqueda del fin de la dictadura militar, como una tarea impostergable de cara a la obtención de justicia y libertad[306]. Por su parte, la lista N°4 se alineó con la lista N°2 en defender las formas no violentas de movilización, lo cual explicaba el hecho de que no buscaran la salida de Guillermo Clericus, pues se consideraba una exigencia demasiado radical[307]. Finalmente, la lista N°5 reducía el papel de los estudiantes universitarios en el conflicto político del país, al de ser promotores de la investigación y el saber, herramientas con las que lograrían no quedarse al margen.[308]

Cada lista llevó adelante una intensa campaña de difusión y discusión sobre el futuro de la universidad. Los mayores hitos recayeron en las visitas simultáneas de Radomiro Tomic, en favor de la lista N°2, y de Manuel Almeyda, militante socialista y primer presidente del MDP, apoyando a la lista N°3[309]. En este escenario ¿era posible hablar de una agudización de las tensiones entre las corrientes al interior de la FEC, y de la propia izquierda que controlaba su directiva?

Los hechos permiten señalar que el resultado de la elección no se explica sin aludir a la fisura que había llevado a la izquierda a presentar dos listas, con Dante Gebauer por un lado, y Cristián Cornejo por el otro. No es que hubieran diferencias fundamentales en la lucha antidictatorial, ya que eso era el factor que sellaba la unión frente a toda adversidad, pero sí

[306] "Tres listas disputan la presidencia de la FEC", Diario *El Sur*, 27 de junio de 1984, p. 5.
[307] Ibíd.
[308] Ibíd.
[309] "Debate político caracteriza proceso electoral de la FEC", Diario *El Sur*, 22 de junio de 1984, p. 4.

estaban presentes discrepancias estratégicas acerca de la conducción de la FEC y la manera de desplegar las acciones del movimiento estudiantil, tal y como ocurría con los partidos de oposición fuera de la universidad.

Finalmente, la lista N°1, con Dante Gebauer como candidato a presidente, fue retirada de la campaña poco antes del 26 de junio, que era la fecha límite dispuesta por el TRICEL para marginarse del proceso, a través de una asamblea abierta realizada en el estadio de la universidad entre los miembros de la izquierda, incluyendo los de la lista N°3. Aún así, el desgaste había sido notorio, la confusión se había extendido, y los votos de muchos estudiantes fueron en favor de la lista N°2 de la DCU.

De esa manera, de los más de diez mil estudiantes de pregrado de la universidad, menos los de los campus Chillán y Los Ángeles, el universo de votantes se establecía en casi nueve mil. Llegado el día de la elección, un martes 26 de junio, esta fue celebrada en precarias condiciones dado el nulo aporte de la rectoría al proceso, donde se contabilizó la participación de casi 4.800 estudiantes[310]. Al final del día, se contabilizaron 2.306 votos en favor de la presidencia de Juan Ángel Villanueva, con lo cual la DCU lograba ponerse a la cabeza de la presidencia de la FEC.

Pero ni la DCU festejaba en el rostro de la izquierda, ni la izquierda prometía revanchismos en el camino de la nueva administración. Los tiempos no estaban para eso. La colaboración trató de seguir definiendo las relaciones entre las juventudes políticas, a pesar de las claras diferencias ya expresadas. El nuevo presidente, Juan Ángel Villanueva, buscaba mantener la cohesión del movimiento y mejorar las formas de participación estudiantil de cara a los objetivos más ambiciosos contenidos en su programa, siempre resguardando las formas pacíficas de manifestar el descontento[311].

---

[310] "Tres listas disputan la presidencia de la FEC", Diario *El Sur*, 27 de junio de 1984, p. 5.
[311] "Nuevo presidente de la FEC: Si no superamos las diferencias, jamás lograremos la unidad", Diario *El Sur*, 29 de junio de 1984, p. 5.

No obstante, la violencia sería, paradójicamente, un recurso habitual en el segundo semestre de 1984, tanto a nivel físico como académico. Las primeras medidas de la FEC dirigida por Villanueva, se orientaron a insistir en el fin del sistema de rectores delegados, esta vez recurriendo al Intendente Regional de turno, brigadier general Eduardo Ibáñez Tillería, solicitando el cese de la intervención militar en la Universidad de Concepción y el apoyo para democratizar la institución[312]. Según Sergio Micco, la FEC era consciente de que ni siquiera habría una respuesta oficial a la carta en la que sintetizaron su postura, pero lo consideraron un "rayado de cancha" que ilustraba que la búsqueda de la salida de Clericus seguiría en pie. Así se lo hicieron saber enviándole también a él una copia del escrito[313].

La acción en esos días guardaba estrecha relación con el pavor, inquietud e impactó que causó en la ciudad de Concepción el asesinato de tres militantes del MIR el 23 de agosto de 1984, a saber: Luciano Aedo Arias, Mario Lagos Rodríguez y Nelson Herrera Riveros, en lo que se conoció como "Operación Alfa Carbón". En consecuencia, los estudiantes consideraban fundamental y necesario proseguir con el afán de desmilitarizar la universidad para, al menos, sentirse seguros en su casa de estudios.

Bajo ese contexto, *El Sur* entrevistó por primera vez en profundidad a Guillermo Clericus desde el retorno de la FEC a fines de 1983. En la conversación se abordaron distintos temas, entre ellos la economía de la universidad, la existencia de la FEC, el problema de la democratización, la política nacional y proyectos para la institución. Aunque los más extendidos, fueron justamente los relativos a la situación política de la universidad.

Y es que en general, Clericus reafirmó con suma tranquilidad que no tenía ninguna intención de renunciar, y que no valoraba el recurso a la democracia para la elección de autoridades como los rectores. Aún así, el rector delegado no se podía mostrar como el mayor enemigo de la movilización estudiantil y académica, pues debía respetarse el derecho a la

[312] "FEC pide al Intendente fin de intervención en la U.", Diario *El Sur*, 29 de agosto de 1984, p. 5.
[313] Ibíd.

libertad de asociación consagrado en la constitución de 1980. En consecuencia, reconocía la legitimidad jurídica de la FEC en tanto organización con objetivos, según él, "aparentemente" lícitos y respaldados por la carta fundamental. Es decir, reconocía la imposibilidad de impedir la proliferación de ese tipo de asociaciones. Sin embargo, astutamente se negaba a atribuirse el derecho a reconocer la validez representativa de la FEC sobre todo el estudiantado:

> "Yo no tengo por qué reconocerla. Yo no soy quién para reconocer nada (...) Si reconociera a la FEC me estaría arrogando una atribución que no me pertenece. Tener la insolencia de pretender atribuirse una facultad como la de sacramentar cosas, eso debería ser sancionado como pecado de vanidad (...) No me opongo a que haya una sola dos o tres o que no haya ninguna. La universidad solo reconoce la calidad de estudiante al que está matriculado regularmente en ella. Si los estudiantes católicos se quieren agrupar, allá ellos. Personalmente les daría los mismos derechos a los estudiantes mahometanos"[314].

En otras palabras, la FEC era una organización más dentro de la universidad que no tenía porque ser investida de una potestad que ni siquiera se consideraba necesaria. Para Clericus existían "muchos más problemas que [le planteaban] los estudiantes por escrito que los que [le planteaban] los jóvenes de la FEC"[315].

Como se observa, era una respuesta elegante para decir que nunca había existido ni existiría algún tipo de reconocimiento a la FEC como única y legítima organización representativa del estudiantado. Para él, la política juvenil en la universidad era solo para anular el respeto entre individuos y fomentar el terrorismo. Consultado entonces por instancias no políticas en las que los jóvenes pudiesen desahogarse, manifestó que "ese es un problema ajeno a la universidad"[316]. En base a esa mentalidad, sucederían los dos episodios

[314] "La libertad de asociación se garantiza en la Constitución", Diario *El Sur*, 2 de septiembre de 1984, p. 7.
[315] Incluso, le parecía que la FEC representaba a un sector por medio de un canal que no era formal, pues para eso existían todos los organismos de extensión y bienestar estudiantil oficialmente universitarios. Ibíd.
[316] Ibíd.

que marcarían los últimos meses de 1984, que guardaron relación justamente con violencia policial y exoneraciones masivas de estudiantes.

La violencia fue desatada poco después de la entrevista de Clericus con *El Sur*, cuando por primera vez desde los años setenta, se autorizó el ingreso de Carabineros al campus universitario el 5 de septiembre. La imagen de helicópteros, gas lacrimógeno, perros entrenados y columnas de uniformados con fusil en mano eran totalmente rupturistas con las pasivas avenidas del campus y sus modernos edificios. El objetivo de Carabineros era sofocar el repliegue del movimiento estudiantil tras una movilización en el centro de la ciudad que culminó en la universidad, a la vez que desalojar la toma que los estudiantes habían levantado en la Facultad de Ciencias Biológicas y de Recursos Naturales.

Más de 100 estudiantes fueron apaleados, detenidos y trasladados a comisarías locales, entre ellos toda la directiva de la FEC. La mayoría fueron liberados tras unas horas de detención, pero muchos otros pasaron varios días más tras haber sido derivados a la fiscalía[317]. Mientras tanto, en medio del violento desalojo de la Facultad de Biología, decenas de alumnos también sufrían la detención policial. Más aún, una de sus estudiantes requería atención médica de urgencia por mordidas de perros policiales, y también dos estudiantes más por impactos de bala en las piernas y espalda baja[318].

La brutalidad del hecho llevó a la FEC a presentar una querella criminal en contra de quienes ordenaron y ejecutaron el desalojo[319]. Para ello, contaron con el apoyo de la Comisión Chilena de Derechos Humanos, presentando una denuncia en la Primera Fiscalía Militar por transgresiones al artículo 330 del Código de Justicia Militar. El asunto se había convertido en motivo de discusión en gran parte de la ciudad, pues la gravedad de la acción policial había

[317] Pedro Cisterna Osorio, *¿Dónde estuvimos en los 80?...*, pp. 152-158.
[318] "Se recuperan los heridos durante desalojo de la U.", Diario *El Sur*, 9 de septiembre de 1984, p. 5.
[319] Cada detención y agravio sufrido por los alumnos en el foro —principal lugar para ordenar a los detenidos— iban acompañados por interrogaciones sobre la posesión de armas y material subversivo en las facultades, junto con un evidente nivel de conocimiento e inteligencia de Carabineros acerca de los estudiantes más renombrados en el movimiento. Con ello, no había sino una ratificación de los lazos entre Carabineros, Inteligencia Militar e información proveniente de la universidad.

dejado importantes secuelas físicas y emocionales en los estudiantes afectados[320]. Con lo cual, la FEC hacía un llamado a que los medios de comunicación siguieran desafiando la censura y autocensura tal como hicieron al publicar los detalles del ingreso policial al campus. Asimismo, denunciaban la "increíble incapacidad de diálogo del rector delegado [y] la asombrosa falta de criterio del Consejo Directivo"[321].

No se podía demostrar la responsabilidad directa de Clericus en los hechos, pero la denuncia aludía al rector delegado y a los miembros del Consejo Directivo como autores intelectuales del delito de lesiones graves y violencia desmedida contra más de un centenar de estudiantes[322]. Poco después, con el conflicto aún latente, se desarrollaron nuevas protestas en la Casa del Arte, en presencia del embajador de Canadá en Chile, Clayton Bullis, que se encontraba en el acto. Decanos de distintas facultades, el alcalde de la ciudad Claudio Arteaga y otros miembros de la administración penquista sufrieron la ira de los estudiantes, que no permitieron el normal desarrollo de la actividad, insistiendo con gritos que exigían la salida de Guillermo Clericus.[323]

Lo que siguió fue otra medida en contra del rector delegado, consistente en un llamado a plebiscito por parte de la FEC, para consultar al alumnado si deseaban que el rector delegado dejase su cargo, y si se adherían a un paro nacional universitario. La consulta iba acompañada de una serie de formas de protestas "creativas", que el presidente de la federación Juan Villanueva defendía como necesarias y eficaces, tales como elevar volantines con leyendas inscritas y jugar fútbol con una pelota marcada[324]. Pero la medida adoptada fue cuestionada por el rector Clericus, que tildó a la FEC como organismo incapaz de razonar dado que sostenía una posición eminentemente política. Para Villanueva, la perspectiva del rector delegado no contenía ninguna novedad, y lo que realmente le importaba era consultar a

[320] "Carta al director: La FEC y los docentes", Diario *El Sur*, 12 de septiembre de 1984, p. 2.
[321] Ibíd.
[322] "La FEC apeló al artículo 330 del Código Militar", Diario *El Sur*, 15 de septiembre de 1984, p. 5.
[323] "Agravio a invitados en la U. de Concepción", Diario *El Sur*, 22 de septiembre de 1984, portada.
[324] "Plebiscito en la U.", Diario *El Sur*, 25 de septiembre de 1984, p. 5.

las bases por algo que la FEC ya había propuesto y buscado a lo largo de todo un año. Igualmente, se esperaba que no se dejasen caer nuevas sanciones sobre los estudiantes involucrados en los sucesos en la Casa del Arte, ya que según Villanueva con ello solo se fomentaría la intranquilidad en el ambiente estudiantil[325].

No obstante, no quedaron registros en la prensa local acerca de los resultados de dicha consulta estudiantil. Los testimonios tampoco refieren a él como un suceso de mayor envergadura.[326]. Pero sí concitó la atención un nuevo paro de 48 horas a los que se sumaron las organizaciones estudiantiles de la Universidad de Concepción, Universidad del Biobío y Universidad Federico Santa María, acordado con otras federaciones a nivel nacional. Los días de movilización, 4 y 5 de octubre, tuvieron gran acogida en la comunidad estudiantil de la universidad penquista, con una gran concentración en el foro denominada como el acto "Fuera Clericus", con reuniones por facultad de los centros de alumnos y una silenciosa marcha a las dependencias de Radio UdeC para, por medio de una nueva carta, manifestar el derecho de los estudiantes a estar presentes no solo en el contenido emitido, sino en el espacio informativo mismo, según declaró Juan Villanueva[327]. Además, se instaló la discusión en los centros de alumnos de adherir o no a un llamado a paro nacional el día 30 de octubre.

Sin embargo, faltaba todavía otro episodio para ilustrar los impactos represivos luego de unos meses tan políticamente agitados. La aprobación de las bases al paro nacional del 30 de octubre, se hizo después de la participación de una delegación de la FEC en el Primer Congreso Nacional Estudiantil celebrado entre el 26 y 28 de octubre en la PUCV, lo cual desembocaría más tarde en la creación del Consejo de Federaciones de Chile —hoy conocida

[325] "Dirigentes de la FEC: No ocultamos nuestra posición política", Diario *El Sur*, 26 de septiembre de 1984, p. 4.
[326] Más repercusión en aquellos días tuvieron la inauguración que concretó la FEC de un hogar estudiantil para estudiantes con dificultades económicas, ubicado en las calle Maipú con Vilumilla y que, bajo el pago de 30 mil pesos por parte de la federación, dió techo a 40 estudiantes de la universidad. El acto fue uno de los pocos logros tangibles de la FEC 1984, dado su enfrascamiento con la rectoría de Clericus y su atención a los atropellos de que eran víctimas tantos estudiantes. El hogar contó con aportes financieros de la Iglesia Pentecostal, docentes de la universidad y muchos estudiantes solidarios, arrendándose a bajo costo a los más necesitados. "FEC inauguró un hogar estudiantil", Diario *El Sur*, 30 de septiembre de 1984, p. 5.
[327] "Parcial, el paro en las universidades", Diario *El Sur*, 5 de octubre de 1984, p. 5.

como CONFECH. El movimiento estudiantil seguía dando grandes pasos en su lucha contra la dictadura, y así se hizo sentir con nuevas tomas de facultades y de salas de clases efectuadas en la universidad el día de la paralización.

A pesar que la toma de la Facultad de Medicina fue la más importante, y que la entrega de las dependencias se hizo en menos de 24 horas de iniciada la ocupación[328], durante la primera mitad de noviembre, se siguieron sucediendo las tomas de las facultades, del casino Los Patos y también de las actividades en el campus. Los hechos fueron un detonante y excusa para la suspensión masiva de 51 estudiantes de la universidad el 17 de noviembre, medida adoptada directamente por Guillermo Clericus en vista de que dichos estudiantes "desde hace bastante tiempo [habían] estado obstaculizando la vida académica"[329]. Para el rector delegado, lo que ocurría en la universidad era algo que repetiría a lo largo de lo que restaba de la década, y que denominó como la pérdida de cordura en la comunidad estudiantil, que esperaba subsanar con este tipo de acciones.

La respuesta de la FEC fue paralizar inmediatamente las actividades, en apoyo a los 51 compañeros exonerados por un semestre, más otros cinco que fueron suspendidos por dos. No solo cayó sobre ellos la separación de la universidad, sino también la pérdida de todos sus beneficios de alimentación y alojamiento. Sin embargo, para empeorar la situación, el Consejo Académico decidió terminar abruptamente todas las actividades de docencia del año 1984, faltando únicamente la toma de exámenes finales en los primeros días de diciembre[330].

El año terminaba en medio de una enorme polémica, ya que en el tiempo transcurrido bajo la dictadura, nunca se había recurrido a una decisión de tal magnitud en la casa de estudios. Continuaron las asambleas, reuniones y protestas pacíficas en el foro, e incluso se gestó una reunión de la FEC con el Intendente Regional Eduardo Ibáñez, pero los resultados

[328] "Ocupados locales en la UBB y U. de Concepción", Diario *El Sur*, 30 de octubre de 1984, p. 5.
[329] "51 alumnos suspendidos en la U. de Concepción", Diario *El Sur*, 18 de noviembre de 1984, p. 5.
[330] "Suspendidas clases en U. de Concepción", Diario *El Sur*, 23 de noviembre de 1984, portada. La razón presentada fue justamente la paralización impulsada por la FEC, la cual había alterado el normal funcionamiento del plantel y, por ende, hacía estéril la continuación de clases y actividades que no serían atendidas.

fueron escasos: si terminaban con los disturbios, se podrían suspender las órdenes de detención que pesaban sobre los 51 estudiantes, según cada caso[331]. Para tal fin, la rectoría optó por la creación de una comisión especial para estudiar cada caso, compuesta por el secretario general Gustavo Villagarán; el decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas, Hernán Troncoso; los decanos de las facultades a las que los estudiantes pertenecían; y el mismísimo rector Guillermo Clericus, que era el que había determinado las exoneraciones[332].

La FEC quedaba atenta a las propuestas del intendente y también de la rectoría, pues aparte de protestar, no había mucho más que hacer. A medida que se acercaba el fin de año, tanto los estudiantes como los académicos manifestaron su preocupación con el patrullaje de Carabineros y militares en el campus de la universidad, algo que el Intendente Regional Eduardo Ibáñez simplemente catalogó de "preocupaciones infundadas", dado que las labores de resguardo de los uniformados supuestamente eran para el cumplimiento de actividades de limpieza de muros y edificios[333].

Lo último que promulgaría la rectoría de Guillermo Clericus a fines de noviembre de ese año, para preocupación de académicos y estudiantes, fue un nuevo reglamento de ética para los alumnos de la universidad, que "perfeccionaba" algunos acápites del anterior en vigencia. Rápidamente, cundió el temor de que se convirtiese en una nueva herramienta de control, represión y justificación de posibles medidas contra el estudiantado, como se encargarían de demostrar los hechos en 1985.

Finalmente, con gran dificultad, los exámenes finales terminaron rindiéndose el 16 de diciembre, en medio de tensiones y desconfianzas entre la comunidad estudiantil y toda palabra proveniente de las autoridades universitarias. De esta manera, el año 1984 había resultado ser un período sumamente turbulento, violento y cargado de conflictos dentro y

[331] "Si terminan los disturbios, no habrá más órdenes de detención", Diario *El Sur*, 24 de noviembre de 1984, portada.
[332] Ibíd.
[333] "Jamás se ha ordenado el sitio de la universidad", Diario *El Sur*, 24 de noviembre de 1984, p. 5.

fuera de la orgánica de la FEC, la cual, hasta entonces, había respondido con madurez y haciendo uso de todos sus recursos existentes para resistir las embestidas represivas de Clericus y los militares. La unidad en contra de la dictadura se mantenía firme, y la FEC seguía demostrando ser un lugar de amparo para los estudiantes y sus familias cuyos derechos habían sido avasallados, sobre todo para los agredidos, detenidos y exonerados. Los hechos habían demostrado que la identificación juvenil con la actividad política, viviendo en una feroz dictadura, traía consigo daños colaterales inevitables y de muy alto costo. Aún así, la convicción de los jóvenes movilizados estaba intacta.

1985: Las primeras grandes crisis en la universidad y fisuras en el movimiento estudiantil.

Si algo había quedado demostrado en los dos años con la presencia de la FEC, es que el joven universitario había cambiado. Ya no se quedaba callado, ni desviaba la vista de las injusticias que sufrían otros compañeros. El sentido de mancomunión no se debilitó en ningún momento a pesar de las enormes dificultades. Por tal motivo, a sabiendas de que se cuestionaría cualquier medida mínimamente perjudicial para cualquier estudiante, la deslegitimada rectoría de Guillermo Clericus decidió dejar en claro desde principios del año 1985, que las sanciones serían severas para los estudiantes movilizados.

El nuevo Reglamento de Ética así se lo permitía. Entre sus principales artículos nuevos se consideraba como falta grave la afectación de bienes universitarios, la participación en desórdenes que alterasen la actividad académica y cualquier expresión de tendencia política, considerándola incluso un delito dentro y fuera de la institución, tanto para autores como cómplices de ellas.[334]. En esencia, se trataba de una plena criminalización de la protesta, por medio de la ilegalización de las dinámicas de participación juvenil de los *nuevos*

[334] "Severas sanciones para alumnos que causen desmanes", Diario *El Sur*, 23 de marzo de 1985, p. 10.

universitarios. Guillermo Clericus, asistiendo periódicamente a reuniones de rectores delegados celebradas en Santiago, era consciente del crecimiento de la organización estudiantil a nivel nacional y particularmente en su universidad, con lo cual estableció un férreo sistema de control del estamento estudiantil.

Pero ¿Qué tanto se había privilegiado la unidad frente a la represión a pesar de las divergencias anunciadas en el transcurso de 1984?

La FEC comenzó acusando que el documento, que contenía en total 17 disposiciones, solo pretendía reprimir sistemáticamente toda manifestación disidente. Asimismo, criticaban el hecho de que su elaboración y promulgación se habían hecho completamente a puertas cerradas, sin consultar a ningún organismo universitario. Y por último, que se trataba de un escrito que adolecía de una técnica jurídica adecuada, pues no tipificaba penas para la infracción de sus disposiciones, sino que se establecían las mismas penas para varios "delitos" diferentes[335].

También desde el estamento académico provino una crítica al documento, a través de la refinada pluma del profesor de la universidad e ingeniero Dr. Pedro Vera Castillo. Según el académico, las nuevas normas eran innecesarias y reflejaban la intención subyacente de "terminar con el movimiento estudiantil y sus legítimas reivindicaciones (...) así como también aparecen inspiradas en la obsesión de separar al estudiante universitario de la política contingente (...)"[336]. De allí que los primeros esfuerzos de la FEC se orientaran a la situación de los estudiantes suspendidos en noviembre de 1984 y el impacto de la crisis económica de la universidad en los estudiantes.

Con respecto a la primera cuestión, de los estudiantes exonerados el año anterior, muchos habían solicitado reconsideraciones ante las autoridades académicas, aún cuando las suspensiones de uno o más semestres se mantuvieron sin modificación. No había forma de

[335] Ibíd.
[336] "Con el mazo dando", Diario *El Sur*, 4 de abril de 1985, p. 3.

sortear el decreto de Clericus en esta materia, pues la propia Corte de Apelaciones consideró legales las medidas adoptadas por el rector delegado[337]. La derrota de la FEC en esta ocasión había sido contundente.

Y algo similar ocurría en relación con el encarecimiento de la matrícula, que había sufrido una nueva alza de entre un 18 y 25%, como secuela de la reducción del aporte fiscal directo y la obligación de la universidad de generar nuevos impuestos para recaudar fondos[338]. El alza de los costos para pagar las carreras, sobre todo las más onerosas como Medicina y Derecho, había sido ostensible[339]. No quedaba otra opción más que estrujar los ingresos familiares o endeudarse para cubrir los gastos de estudiar.

Y para empeorar la situación, hubo nuevos estudiantes sancionados a fines de abril, pertenecientes a la Facultad de Ingeniería, con motivo de su participación en protestas y paralizaciones de marzo de 1984, tras el asesinato de Caupolicán Inostroza. Es decir, la rectoría había comenzado a castigar también a todos los involucrados en los mayores episodios de agitación política en la universidad, a pesar del tiempo transcurrido desde aquellos[340].

Ahora bien, como hemos señalado en capítulos anteriores, en este punto de 1985, entre fines de mayo y principios de junio, sucedieron con algunos días de diferencia, los horrores de la represión en las personas de José Randolph Segovia, estudiante de Ingeniería Civil Mecánica, y Paz Macaya Aretxabala, estudiante de Bioquímica. Sin embargo, dado que los casos de ambos, asesinato y violación respectivamente, fueron concretados fuera de la

[337] "Corte consideró legal medida de Rectoría de la U. penquista", Diario *El Sur*, 18 de abril de 1985, p. 9.
[338] "Nuestros alumnos pagan un tercio del valor real de las carreras", Diario *El Sur*, 22 de marzo de 1985, p. 10.
[339] Pero para Clericus, los estudiantes pecaban al no valorar los aportes del fisco y de la propia universidad en el apoyo al pago de sus carreras, que, según él, seguían manteniendo a la Universidad de Concepción como el plantel más barato del país. Ibíd.
[340] No era algo sorpresivo, puesto que con motivo del sexagésimo quinto aniversario desde la fundación de la universidad, el decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas, Hernán Troncoso Larronde, pronunció un discurso en el Teatro Concepción señalando que la violencia y la política hace tiempo venían siendo intrusos lesivos del espíritu universitario, lo cual respondía a una deficiente formación inicial de las juventudes en sus hogares, pues llegaban a la educación superior con ideas erradas de lo que eso significaba. Consideraba que el concepto de "universidad militante", además de anticuado, hacía perder respetabilidad al plantel. En medio de ovaciones, también aprobó sus palabras el Ministro de Educación Pública, Horacio Aránguiz Donoso, presente en la ceremonia. "La Universidad militante pierde su respetabilidad", Diario *El Sur*, 15 de mayo de 1985, p. 11.

universidad en circunstancias no esclarecidas, la respuesta de la FEC no consistió en una avalancha de movilizaciones, sino en acotadas paralizaciones y en la presentación de solicitudes de investigación en los tribunales de justicia, junto con la nueva visita de un ministro delegado[341].

Tal como hemos mencionado, los esfuerzos de la FEC se orientaban a la defensa de los compañeros reprimidos y en formas de superar el encarecimiento de los estudios. Detenidos y desaparecidos, por un lado, y estudiantes forzados a suspender sus estudios, por otro lado, eran las principales víctimas. En sus posibilidades, la FEC levantaba solicitudes de defensa y coordinaba, junto con estudiantes de otras universidades penquistas, las medidas consideradas necesarias para superar el déficit de apoyo fiscal a las universidades, a través de cartas y petitorios enviados al Ministro de Educación Horacio Aránguiz[342].

En ese contexto, llegaba el momento de articular las listas para la tercera mesa directiva de la FEC. Antes de consagrar el acto, se llevó a cabo una modificación de los estatutos de la FEC. Según el nuevo sistema, si una lista obtenía más del 50% de los votos, asumía el control de los cargos directamente. En caso contrario, se integraban dos o más listas cuyos votos combinados superasen el 50% más 1, distribuyendo los cargos entre los candidatos más votados de las listas integradas.

Esto no solo garantizaba una mayor representatividad y legitimidad del organismo estudiantil, sino que también fomentaba la cooperación entre las listas para alcanzar la mayoría. Justamente, este fue el caso entre la izquierda y los democratacristianos, quienes, tras arduas y extensas discusiones lograron acordar la presentación de una única lista.

---

[341] De hecho, los recursos de amparo y solicitudes de esclarecimiento elaborados por la FEC seguían involucrando a Caupolicán Inostroza, a los estudiantes desalojados de la Facultad de Biología en 1984, y ahora a Paz Macaya y José Randolph. Era una demostración de la imposibilidad de conseguir un mínimo de justicia dado el cerco impuesto por la dictadura en todo trámite ligado a violaciones a los derechos humanos. "FEC pidió ministro en visita por agresión a estudiante", Diario *El Sur*, 15 de junio de 1985, p. 6.

[342] "Estudiantes piden porcentaje extra de Crédito Fiscal", Diario *El Sur*, 11 de julio de 1985, p. 10.

Resultó que para esta nueva elección se terminaron por presentar tres listas, todas auto calificadas como de oposición, pero dos de ellas sustentadas en la línea política de la derecha. La lista N°1 reunió a los miembros de la DCU, del MDP y a sectores independientes como la Izquierda Cristiana (IC) y facciones del PS. Sus candidatos fueron Sergio Micco, estudiante de medicina de la DC, para presidente; Ximena Hinrich, estudiante de Derecho de las juventudes socialistas, para vicepresidenta; Rodrigo Dresdner, estudiante de medicina del PC, para secretario general; Sandra Micco, estudiante de Medicina de la IC, para secretaria de finanzas; Pedro Cisterna, estudiante de Ingeniería Civil Química de la DC, para secretario de actas; y Augusto Quintana, estudiante de Derecho, para secretario de difusión, cargo que se había creado en la reforma de los estatutos como una forma de perfeccionar el trabajo comunicacional de la FEC[343].

La lista N°2, reunió a los estudiantes pertenecientes al denominado Movimiento Universitario (MU), cuyo líder y candidato a presidente, Mario Rojas Sepúlveda, estudiante de derecho, calificó como un conglomerado de fuerzas políticas diversas desde la centro izquierda hasta la derecha. No se catalogaban de oficialistas, por el contrario, planteaban una serie de medidas sustentadas en la base fundamental de terminar con el sistema de rectores delegados, para luego proceder a atender los principales problemas del estudiantado según lo permitiesen las posibilidades de la universidad[344].

Finalmente, la lista N°3 representaba a estudiantes nacionalistas con una ideología amparada en la de los restantes ex miembros del Partido Nacional, que durante 1985 intentaban revivir a dicha colectividad. No obstante, sus candidatos tampoco se presentaban como oficialistas y, en lo que ya era una necesidad incuestionable, también concordaban en el cese del sistema de rectores delegados. Sus candidatos fueron Marcelo Poblete M., estudiante

[343] Como se observa, los nombres eran de jóvenes con ratificada trayectoria política en el último año, además de que pertenecían a todas las principales fuerzas políticas del campus, con lo cual, desde el inicio de la campaña, habían sobradas confianzas en que se lograría un ventajoso resultado.
[344] "Solo candidatos opositores en la elección de la FEC", Diario *El Sur*, 25 de agosto de 1985, p. 15.

de Derecho; Francisco Hurtado P., para vicepresidente; Max Fleckenstein F., para secretario general; y Carlos Reyes, para secretario de difusión.

Las elecciones se establecieron para los días 2 y 3 de septiembre, con un activo proceso de campaña comenzado hacia finales de agosto. La unidad entre la izquierda y la DC cristalizó en un sólido triunfo de la lista, que alcanzó el 51% del total de las votaciones, que se contabilizaron en casi seis mil sufragios. Por lo tanto, la victoria fue directa y permitió a la lista N°1 ocupar todos los cargos de la mesa directiva, además de consolidar un segundo período consecutivo bajo la presidencia de la DC. Entonces, ¿se habían sorteado en esta oportunidad las posibles divergencias políticas en el movimiento?

Momentáneamente, sí. Pero, a los pocos días de efectuada la votación, se llevó a cabo un nuevo y violento desalojo de los edificios universitarios por parte de Carabineros, el día miércoles 4 de septiembre, que sería decisivo en el transcurso de los hechos que remarcarían fuertemente las diferencias estratégicas.

La acción de desalojar fue directamente solicitada al Intendente Regional Eduardo Ibáñez, por Guillermo Clericus, quien aducía saqueos en las bodegas de las facultades por parte de los estudiantes, con el fin de levantar barricadas y crear elementos de protesta al interior del campus en las protestas de ese día. De esa manera, 98 estudiantes de la universidad fueron detenidos, y si bien fueron liberados paulatinamente, el acto en sí, concretado con helicópteros, gas lacrimógeno y una indiscriminada invasión del campus, concitó la más rotunda condena por parte de estudiantes y académicos[345]. Además, según el nuevo presidente de la FEC, Sergio Micco, los Carabineros que lo detuvieron en el desalojo le hicieron saber que todos los dirigentes de la FEC tenían una orden de detención.

La federación decretó un paro indefinido hasta obtener la renuncia de Guillermo Clericus, los académicos respaldaron la medida, y el propio rector señaló que, de ser esa la

[345] "Desalojo en U. de Concepción", Diario *El Sur*, 5 de septiembre de 1985, portada.

situación, no dudaría en volver a convocar a la fuerza pública[346]. Mientras tanto, se realizaban marchas pacíficas hacia el centro de la ciudad, asambleas de centros de alumnos y de facultades para acordar las paralizaciones y nuevas protestas[347]. Y es que el desalojo había sido tan agresivo y desproporcionado, que no solo los estudiantes, sino también profesores, funcionarios y auxiliares en plena realización de sus labores, sufrieron los daños colaterales de la intromisión policial[348].

Las recriminaciones de la FEC continuaron en contra del rector y los decanos de las facultades, exigiendo la renuncia de todos ellos. Sin embargo, dada la evidente imposibilidad de aquello, se resolvió en asamblea abierta en el foro retornar a las clases el 12 de septiembre, pero con la promesa del todavía presidente Juan Ángel Villanueva de que la FEC llevaría adelante una verdadera campaña de presión en contra de las autoridades universitarias, para así forzar su salida[349].

Los diálogos entre la FEC y el Consejo Académico seguían siendo infructuosos, y con Clericus ni siquiera había posibilidad de entablarlo. En consecuencia, junto con sus asesores jurídicos, la FEC presentó a la Primera Fiscalía Militar de Concepción una petición para declarar reo al rector Guillermo Clericus, por ser autor reincidente de delitos de violencia en contra de la comunidad estudiantil, primero en septiembre de 1984 y más tarde en septiembre de 1985[350]. A pesar de que todos los intentos de sancionar judicialmente al rector delegado habían sido estériles, pues se congelaban al escalar en la burocracia pública y militar, era otra forma de contribuir a su desprestigio y así forzar su salida.

Por muchas que hayan sido las dificultades, fue significativo que todas las fuerzas políticas de la universidad, incluyendo las "oficialistas", estuvieran de acuerdo con la medida

[346] "Clericus cuenta por qué pidió la fuerza pública", Diario *El Sur*, 6 de septiembre de 1985, p. 9.
[347] "Reuniones de académicos y estudiantes en la U.", Diario *El Sur*, 6 de septiembre de 1985, p. 11.
[348] Es más, el acto nuevamente llegó a niveles de discusión mediática en la ciudad, generando el repudio por parte de más de 15 organismos, entre ellos sindicatos, autoridades, la Asociación Andrés Bello, el Colegio Provincial de Abogados, el Colegio de Enfermeras y también del Consejo Académico de la universidad. "Declaraciones coinciden en que fue un atropello", 8 de septiembre de 1985, portada.
[349] "Vuelven a clases en U. de Concepción", Diario *El Sur*, 11 de septiembre de 1985, p. 11.
[350] "Piden que rector Guillermo Clericus sea encargado reo", Diario *El Sur*, 13 de septiembre de 1985, p. 10.

principal de la FEC destinada a terminar con la rectoría de Clericus. Además, los hechos que marcarían el término del año 1985, como veremos, contaron con una perspectiva y aproximación solidaria y mancomunada de todos los sectores políticos. Esto seguía reforzando la defensa del sello generacional propio que los estudiantes habían construido tras tantos esfuerzos, sufrimientos y derrotas, pues no solo le pertenecía a los jóvenes de izquierda y opositores a Pinochet, sino que, como lo dijera Cristián Cornejo, Juan Ángel Villanueva y más tarde Sergio Micco, le pertenecía a todos los estudiantes de la universidad.

Así las cosas, el siguiente episodio represivo sería a principios de octubre, cuando el presidente de la FEC Sergio Micco, que se encontraba en Santiago con otros dirigentes estudiantiles universitarios de Concepción, y miembros del arzobispado de la ciudad, fue detenido por presunta infracción a la Ley de Seguridad del Estado a raíz de los hechos del 4 y 5 de septiembre, cuando se produjo el desalojo de las facultades tras protestas en el foro[351]. Misma suerte corrieron el presidente de la FECH Yerko Ljubetic y Raúl Sunico, exvicepresidente de la federación de estudiantes de la Universidad del Biobío.

Un paro total de 48 horas, protestas en la plaza de tribunales en el centro de la ciudad, vigilias en la escuela de Derecho, *sittings* en el foro y una carta dirigida al presidente de la corte de apelaciones de Concepción fueron las medidas inmediatas adoptadas por la FEC y estudiantes de la Universidad del Biobío[352]. También, una vez más el hecho alcanzó un importante alcance mediático, expresado en el apoyo que desde distintos frentes recibieron los dirigentes detenidos[353]. Finalmente, el 4 de octubre fueron liberados todos los estudiantes detenidos en Santiago, tras cinco días de prisión, y por intervención del Ministerio del Interior, que desistió de las acciones judiciales. El presidente de la FEC, apenas liberado,

[351] "Detenido en Santiago presidente de la FEC", Diario *El Sur*, 1 de octubre de 1985, portada.
[352] "Detenidos otros 2 dirigentes estudiantiles", Diario *El Sur*, 2 de octubre de 1985, portada.
[353] Entre ellos Mariano Ruiz-Esquide, en representación del Colegio Médico; Augusto Parra, colaborador de la FEC y miembro del Consejo Provincial del Colegio de Abogados; académicos de la universidad; el obispo Alejandro Goic Karmelic, vía carta en representación de la Vicaría de la Solidaridad; y el sacerdote Gabriel Giraud, de la Parroquia Universitaria. De igual forma, la Juventud Nacional, encabezada por Marcelo Poblete, se sumó a las paralizaciones y a la crítica frente a la arbitraria detención. "Con vigilia continuó la adhesión con detenidos", Diario *El Sur*, 3 de octubre de 1985, p. 11.

valoró enérgicamente el apoyo, solidaridad y capacidad de movilización del movimiento, con independencia de las posturas ideológicas y políticas[354].

Sin embargo, aquellas nuevas y agresivas muestras del autoritarismo sirvieron para catalizar dos cuestiones fundamentales: primero, la adopción de una gran y extensa paralización universitaria, iniciada el 5 de noviembre tras un plebiscito convocado por la FEC para consultar a las bases, que buscaba ser un golpe decisivo a la rectoría de Clericus[355]. Y en segundo lugar, las dificultades, hasta ese momento sorteadas, que habían amenazado a la unidad del movimiento estudiantil, gracias a desavenencias en la conducción, estrategias y resoluciones que se adoptaron en el transcurso de dicha paralización, que terminaron por socavar la alianza entre la izquierda y la DC.

El inicio del paro nuevamente transformó el escenario del campus en un clima de guerra, marcado por la represión de Carabineros y su reiterado ingreso a las dependencias, la presencia de encapuchados y varios detenidos en el proceso. Y es que la fuerza de la movilización se alineaba con la persistencia de los estudiantes por terminar con la intervención militar en las universidades, que además seguían demostrando ineficacia en los servicios de bienestar estudiantil tales como las residencias para los alumnos, beneficios de alimentación y una sede para la FEC, etc[356]. De esa manera, los disparos, bombas lacrimógenas, palizas y detenciones dentro y fuera de las facultades, tanto contra estudiantes, funcionarios y académicos[357], detonaron una crisis mediática sobre el conflicto en la universidad que se prolongaría por meses[358].

---

[354] "Micco: Estoy orgulloso de la solidaridad de mis compañeros", Diario *El Sur*, 5 de octubre de 1985, p. 6.

[355] El plebiscito había sido acordado tras la realización de un congreso de estudiantes universitarios en aquellos mismos días, que convocó a un delegado por cada 100 alumnos, presidentes de los centros de estudiantes, y la FEC en su totalidad. Fue celebrado en el foro y en la Biblioteca Central con participación de todas las fuerzas políticas, y se abordaron cuestiones de primera urgencia acerca del bienestar estudiantil, organización del movimiento, estrategias de movilización, modelo de universidad alternativa, entre otras. Además, la redacción de sus conclusiones contaron con apoyo de otras federaciones de estudiantes, e hicieron hincapié en el compromiso inclaudicable de seguir luchando por la democracia en las aulas y también en las ciudades. "Estudiantes preparan congreso universitario", Diario *El Sur*, 22 de octubre de 1985, p. 10.

[356] Pedro Cisterna Osorio, *¿Dónde estuvimos en los 80?...*, p. 183.

[357] "Académicos repudian acción policial", Diario *El Sur*, 9 de noviembre de 1985, p. 10.

[358] Una vez más, las figuras principales de la ciudad comenzaron a manifestar su opinión. Para el obispo Alejandro Goic, la situación era un importante llamado de atención sobre la condición de estudio de los jóvenes,

Con el paro indefinido, gran parte de las facultades se encontraban ocupadas por estudiantes, incluyendo Medicina, Humanidades, Odontología, Educación, escuelas de Ingeniería, Ciencias Biológicas, y también la Casa del Deporte. Inclusive, se sitió por unas horas la Casa Enrique Molina Garmendia, donde estaba el despacho del rector delegado Clericus. Así, las primeras reuniones entre Sergio Micco, presidente de la FEC, y el rector delegado fueron infructuosas, en tanto este último exigía la deposición del paro para poder entablar negociaciones y acuerdos[359]. No era admisible para la FEC terminar con la movilización a medida que nuevos estudiantes eran detenidos y no había garantías de mejoras hacia el futuro. Sin embargo, el reloj había comenzado a correr, y nuevamente el cierre anticipado del semestre era un factor decisivo en la convicción de muchos estudiantes con la paralización, que se extendió durante todo el mes de noviembre.

Hacia el día 19 de dicho mes, ante la crisis sin aparente solución, se efectuó una reunión entre dirigentes de las asociaciones de académicos de la universidad y una gran cantidad de profesores. También Sergio Micco fue invitado a exponer la percepción de los estudiantes sobre la situación. En su intervención, el presidente de la FEC exigió el término de los sumarios por sanciones a estudiantes, que se reconociera a la federación como organismos oficial de la representación estudiantil y que se concertase una nueva reunión con el rector delegado para buscar una salida a la crisis[360]. Más reuniones, declaraciones y tomas fueron concretadas[361], con los estudiantes buscando un mínimo de aceptación de sus demandas antes de volver a clases.

---

y por ende una oportunidad de hacer primar el diálogo entre las partes en conflicto, en medio de la agudización de la crisis política en el país. En el caso del Intendente Eduardo Ibáñez Tillería, la responsabilidad de lo que ocurriese en las universidades era enteramente de los rectores delegados, con lo cual sentenciaba que era improcedente por parte de cualquier estamento sortear canales de comunicación y dirigirse directamente a él, pues en su visión no le correspondía arbitrar conflictos de organismos autónomos. Los académicos de la universidad, por su parte, continuaban respetando la medida estudiantil, repudiando la violencia policial y presentando solicitudes de intromisión al Intendente Ibáñez sobre el ingreso de los uniformados al campus. "Efervescencia universitaria debe ser un llamado de atención", Diario *El Sur*, 12 de noviembre de 1985, p. 9.

[359] "No habrá diálogo hasta que no haya normalidad", Diario *El Sur*, 13 de noviembre de 1985, p. 13.

[360] Ibíd, p. 9.

[361] En particular, la subida al Campanil por parte de algunos estudiantes, el intento de toma de la Biblioteca Central y la toma de la Central de Cómputos.

Pero, a pesar de todos los compromisos e insinuaciones de apertura al diálogo, por parte del Intendente Ibáñez, y del vicerrector académico Carlos Von Plessing —que había suplido a Clericus temporalmente durante un viaje de este último a Santiago— el 25 de noviembre Guillermo Clericus recurrió a un numeroso contingente de Carabineros para desalojar la universidad, con su propia presencia en el acto. Además, declaró ilegal y disuelta a la FEC, confirmó el normal término del año académico y señaló que recibiría a estudiantes y académicos una vez normalizadas las actividades.

La maniobra había sido sorpresiva, impredecible e inesperada, con muchos estudiantes presenciando el desalojo desde las escalinatas del foro, durante el cual no se registraron lesionados ni detenidos. Por su parte, Sergio Micco, presidente de la FEC, y Pedro Vera, presidente de las asociaciones de académicos, concurrieron al Arco de Medicina, donde el joven dirigente estudiantil reafirmó la mantención de la protesta y la voluntad por conseguir resultados favorables. En definitiva, fue un recordatorio para los estudiantes que, a pesar del alcance popular de sus protestas, y del apoyo de distintas personalidades, estamentos y autoridades, seguían viviendo en una dictadura. La democracia no existía, y sus opiniones apenas eran consideradas dignas de una limitada reflexión.

La existencia legal de la FEC había sido impugnada por Clericus, así como lo fueron sus propuestas de normalización al ser presentadas a los estudiantes. Multitudinarias asambleas en el foro orquestadas por la federación seguían incitando a los alumnos a no rendir los exámenes finales. Mientras tanto, el rector delegado contaba con el pleno apoyo del Ministerio de Educación y del Intendente Ibáñez en materia de seguridad policial para el campus[362].

Apenas dispuesto a retirar eventualmente la fuerza policial del campus, Clericus propuso a los estudiantes volver a clases el día 2 de diciembre. No obstante, para algunos grupos de estudiantes, sentarse a dialogar aceptando sus prerrogativas significaba la

[362] "Demandas en la U", Diario *El Sur*, 27 de noviembre de 1985, portada.

ratificación de la ilegalidad de la FEC denunciada por el rector. Esta situación constituyó un punto de inflexión en la unidad misma de la federación que tanto había caracterizado al movimiento estudiantil desde hacía años, pero ¿cuáles eran las interpretaciones al respecto?

Algunos estudiantes, principalmente de la DC, y por ende también su presidente Sergio Micco, estaban dispuestos a transar según lo propuesto por Clericus, ya que, para la FEC, el recurso jurídico empleado por el rector para declarar ilegal al organismo, basado en el artículo 8 de la Constitución, no tenía sustento para disolver a una federación de carácter pluralista. Pero otro grupo de alumnos, de izquierda y ligados al MDP, entendía que antes de ceder, era necesario que Clericus retirase las amenazas de querellas contra estudiantes participantes en las tomas, así como declarar sin efecto las sanciones contra estudiantes efectuadas antes de la misma paralización[363]. Aunque, como hemos mencionado, el tema del cierre anticipado del semestre, y sus perjudiciales consecuencias, fue decisivo para la distinción entre las partes. Para parte de la FEC y la DC, era necesario salvaguardar un correcto cierre del semestre —particularmente para estudiantes de último año, como el propio Micco en Derecho— a través de una apertura considerada como necesaria, pues consideraban que ninguna concesión era gratuita. Mientras que para los jóvenes ligados al MDP, se podían obtener mejores resultados con la extensión de la paralización, a pesar del turbulento término de las actividades académicas que eso implicaba.

Grande sería la sorpresa de todos cuando Guillermo Clericus, el 29 de noviembre, propuso al Consejo Académico terminar aquel día con la docencia de pregrado del año 1985, dando por concluidas las gestiones para resolver el conflicto con los estudiantes. La oferta a los alumnos había caducado, y la rectoría se adelantó al triunfo de una respuesta negativa a su ofrecimiento que se sondeaba como posible entre la comunidad estudiantil[364]. A grandes rasgos, la "propuesta" de la rectoría nunca se pensó para ser discutida, sino acatada.

[363] "FEC hará hoy una consulta", Diario *El Sur*, 29 de noviembre de 1985, portada.
[364] "Sorpresa total en la Universidad", Diario *El Sur*, 1 de diciembre de 1985, portada.

El conflicto entre los propios estudiantes se agudizó por la aceptación directa, de un sector de la FEC, del ofrecimiento de Clericus de cerrar el semestre y rendir los exámenes finales el 16 de diciembre. En asamblea al interior de la Parroquia Universitaria ese mismo día 29, se votó por aceptar la propuesta, defendida por la DC, llamando a las bases a apoyar la opción, a pesar de no tener garantías respecto a las represalias contra el estudiantado, cuestión que el sector dirigido por Ximena Hinrichs, de izquierda, consideraba imprescindible. Sin embargo, el resultado, de 27 votos contra 11, respectivamente, llevó a 22 dirigentes estudiantiles, entre ellos los tres miembros de la directiva de la FEC, pertenecientes al MDP —Ximena Hinrichs, Rodrigo Dresdner y Sandra Micco—, junto a vocales y presidentes de centros de estudiantes, a manifestar abiertamente su discrepancia con la "despreocupada" conducción de sus otros líderes para con las bases estudiantiles, especialmente en lo relativo a su seguridad ante la continuación de la fuerza policial en el campus y futuras sanciones contra estudiantes[365]. Inclusive, Dresdner acusaba a la DC de intransigencia ante visiones distintas al interior de la FEC[366].

La situación había resquebrajado algunas confianzas, y desnudado las divergencias en la FEC que se creían superadas o, al menos, controladas. Para Sergio Micco, entrevistado por *El Sur*, de la cohesión habían pasado a una enorme dispersión, pero que para él no representaban exactamente un quiebre. Aún así, señaló que parte de sus compañeros no habían sabido pensar "fríamente" la propuesta medianamente positiva de la rectoría, en la que tuvieron injerencia sus aliados académicos para conseguir escasos beneficios para el estamento estudiantil. Resultó muy llamativa la explicación que entregó el presidente de la FEC respecto a ese fenómeno:

[365] "Surgen divergencias en el seno de la FEC", Diario *El Sur*, 4 de diciembre de 1985, p. 3.
[366] "Alumnos condicionan la rendición de exámenes", Diario *El Sur*, 4 de diciembre de 1985, p. 6.

> "Es que la frialdad, la prudencia y la paciencia no son las mejores virtudes de los jóvenes (...) Yo estoy tratando de salir racionalmente del conflicto pero me encuentro con un rector y algunos estudiantes que intentan polarizar cada vez más el problema"[367].

La valoración que hacía Sergio Micco es cuando menos muy interesante. No solo sentó una frontera entre sus compañeros democratacristianos y los jóvenes de izquierda, sino que pareciera desprenderse momentáneamente de *su* propia juventud, en la medida en que los estudiantes que discrepan de su postura verifican la impulsividad y falta de control inherente a las juventudes, atributos denunciados durante años por los adultos y autoridades oficialistas de la época. Casi pareciera como si parte del discurso militar hubiera subsistido en su consciencia[368].

El 5 de diciembre se dio inicio al proceso de finalización del semestre, y si bien la mayor parte de los estudiantes desistió de las movilizaciones, algunos grupos en la Facultad de Ciencias Jurídicas, y otros en el foro liderados por Ximena Hinrichs, seguían discutiendo la cuestionada resolución del conflicto[369]. La fractura en el seno de la FEC parecía ser más importante de lo que se había previsto, al punto de que Humberto Burotto, presidente de la FECH, presente en la ciudad y en dicha asamblea en el foro, hiciera el llamado a mantener la unidad del movimiento penquista por sobre sus diferencias partidistas[370].

El retiro oficial de Carabineros del campus se había efectuado el día 5 de diciembre, mayormente por la influencia de los académicos Pedro Vera y Hernán Maturana, representantes de las asociaciones de docentes, ante el general Alejandro Cabezas. Sin embargo, los uniformados siguieron estando presentes en las calles adyacentes y puntos

---

[367] "Rector debe terminar con clima de guerra", Diario *El Sur*, 4 de diciembre de 1985, p. 12.
[368] Aún así, este síntoma de dispersión en la unidad del movimiento puede entenderse más bien como la expresión de una forma alternativa de juventud asociada a la forma de hacer y entender la política, que hasta entonces se había replegado ante la necesidad de cohesionar a los estudiantes y hacer prevalecer una única línea opositora a la dictadura. En esencia, era la demostración de las distintas juventudes que identificándose con la acción política, fuera a través de la DC, el PC, el PS, la JN o de la movilización independiente, coexistían en la unidad generacional que la FEC había representado para los estudiantes desde la lucha por su retorno.
[369] "FEC quiere dialogar con rector Clericus", Diario *El Sur*, 6 de diciembre de 1985, portada.
[370] Ibíd.

estratégicos de entrada al extenso barrio universitario, pues la intención del general era "incorporar el policía al paisaje de la Universidad", para así evitar conflictos con antisociales en las cercanías de la casa de estudios y, sobre todo, impedir cualquier conato de nuevas tomas de facultades y edificios.

De esta forma, llegaba a su fin el ajetreado año 1985 en medio de una crisis política que llamaba la atención de toda la ciudad. Junto con ello, las fisuras en la FEC serían aún mayores a partir del año 1986, con lo cual, el sello de la cohesión en torno al organismo representativo de los estudiantes comenzó a agrietarse, a bifurcarse y, por extensión, a debilitar la fortaleza del movimiento estudiantil, que se enfrascaría en serias disputas ideológicas y partidarias sobre la estrategia de lucha contra la dictadura militar. Pero, antes de eso, una nueva debacle en el verano de 1986 coparía la atención de los medios y los esfuerzos mancomunados de académicos y estudiantes frente a la tozuda rectoría de Guillermo Clericus.

1986: ¿El año decisivo?

Mientras en la Universidad de Concepción los estudiantes se enfrascaban en hondas disputas con las autoridades delegadas del plantel, la izquierda más radical del país contemplaba el inicio de 1986 con la idea de que sería el año definitivo para concretar el derrocamiento de Augusto Pinochet[371].

Como había sido habitual, las decisiones arbitrarias y medidas represivas más severas de Guillermo Clericus, habían sido adoptadas en período de recesos universitarios y vacaciones, con el fin de evitar reacciones inmediatas y coordinadas de los estudiantes, junto con su posibilidad de apelar a ellas adecuadamente.

[371] Para los jóvenes universitarios militantes, simpatizantes o "ayudistas" de agrupaciones como el MIR y el FPMR, las acciones de insurgencia debían masificarse y expandir su alcance en la conciencia civil. Pero, para el estudiante penquista promedio, opositor a la dictadura, activo en el movimiento estudiantil y, cuando menos, adherente a un partido político, una parte importante del año se destinaría a luchar contra dictámenes autoritarios emanados de la rectoría, así como también a sortear el divisionismo al interior de la FEC como consecuencia de los hechos de 1985.

Y con esa misma estrategia, el 24 de enero de 1986, fue tomada la decisión de sancionar a 261 estudiantes y 5 académicos de la Universidad de Concepción[372]. Del total, 86 alumnos fueron suspendidos por cuatro semestres —dos años—, 49 por dos semestres —un año— y los 126 restantes fueron amonestados por escrito. En el caso de la FEC, sus seis directivos fueron oficialmente expulsados de la casa de estudios el 25 de enero[373].

La comunicación de la medida, por medio del decreto número 86-057, fue realizada aquel día 24 por Gustavo Villagrán, secretario general de la universidad, y Héctor Venegas, director de Asuntos Estudiantiles, quienes afirmaron ni siquiera haber leído el documento sino solo haberlo ratificado como orden directa del rector Clericus, procediendo luego a su promulgación[374]. La insólita medida paralizaría toda actividad académica hasta el primer día de abril, a la vez que ocasionó una agitación generalizada en la opinión pública de la ciudad, dada la inédita amplitud de la decisión, justo cuando el año 1985 había terminado tan abrupta y alborotadamente.

Las razones aducidas por Clericus fueron "la grave alteración del orden universitario en 1985 y por su acatamiento de un instructivo emitido por la autollamada FEC, en que se incita a ejecutar actos que llevan a la ingobernabilidad de la Universidad"[375], en razón de los hechos de noviembre de 1985, cuando se llevaron a cabo diversas ocupaciones y manifestaciones en construcciones emblemáticas como el Campanil y la Biblioteca Central. Asimismo, mientras las suspensiones fueron adoptadas por el propio rector, la expulsión de los dirigentes de la FEC corrió por cuenta del fiscal ad hoc Rodolfo Zuloaga Meneses[376], el

---

[372] Los académicos exonerados definitivamente fueron aquellos que se erigieron como principales dirigentes y líderes de sus asociaciones gremiales, a saber: Marco Antonio Allendes, docente del Departamento de Filosofía; Hilda Cid, bióloga y presidenta de la Asociación Cultural Andrés Bello Filial Concepción; Víctor Silva, docente de Farmacia; Juan Carlos Ortiz, docente y dirigente gremial en la Facultad de Ciencias Biológicas; y Pedro Vera, profesor y dirigente en la Facultad de Ingeniería. Más tarde, se sumaría a ellos el profesor de Antropología Víctor Bustos.

[373] "Deshaucian a 5 profesores y sancionan a 261 estudiantes", Diario *El Sur*, 25 de enero de 1986, portada.

[374] "Rectoría tomó las medidas", Diario *El Sur*, 25 de enero de 1986, p. 9.

[375] Ibíd.

[376] Guillermo Clericus había encargado a Rodolfo Zuloaga una investigación sumaria en contra de la directiva de la FEC a principios de enero de 1986, cuya cancelación estaba dentro de las exigencias de los estudiantes en el contexto de los coletazos del paro de fines de 1985.

mismo que fuera director de DACAE a principios de los años ochenta, y apuntado por estudiantes como hombre ligado a servicios de inteligencia y espionaje de los estudiantes movilizados.

En este sentido, a los sancionados por dos o más semestres se les entregó un plazo de tres días para apelar la decisión, que sería atendida por una comisión investigativa compuesta por diversas autoridades del plantel y por el propio rector, quien además sería el que adoptaría la resolución final[377]. En el caso de los dirigentes de la FEC, se les dieron cinco días para apelar una decisión en la que el fiscal Zuloaga no dió lugar a la presentación de defensas ante su fallo[378].

Como era de esperarse, las reacciones de repudio provinieron de una pléyade de políticos, académicos, profesionales y religiosos de la ciudad y del país. Tal como se presentaba en *El Sur*, el conflicto en la universidad era concerniente a toda la comunidad[379].

Pero no solo fue un apoyo moral y solidario, dado que muchas de las organizaciones que solidarizaron con los afectados, integraron la creación de un Comité de Defensa de los sancionados y exonerados en la Universidad de Concepción, a los pocos días de conocerse la medida represiva. Sus principales tareas serían abogar por el término del sistema de rectores delegados y luchar por el respeto del carácter de corporación de derecho privado que tenía originalmente la universidad[380]. El Comité, además, se encargaría de estimular la integración de la comunidad a la defensa de los afectados, participando en asambleas abiertas y movilizaciones dentro y fuera de la universidad.

---

[377] "Expulsada directiva de la FEC", Diario *El Sur*, 29 de enero de 1986, p. 11.
[378] Ibíd.
[379] Los mensajes de apoyo comenzaron a llegar, entre ellos de Gabriel Valdés, presidente de la DC; del Partido Nacional y sus juventudes; de la Asociación Gremial de Educadores de Chile (AGECH); de la Sociedad de Biología de Chile; de la Central Democrática de Trabajadores; de la FECH; de asociaciones de Medicina, Ingenieros, Abogados y Dentistas con sus consejos regionales; de la Asociación Cultural Andrés Bello; de la Pastoral de Derechos Humanos del Arzobispado de Concepción; entre otras.
[380] Su comisión coordinadora estuvo integrada por Pedro Vera, en representación de las asociaciones de académicos; Ricardo Barrenechea, por el Comando Regional de Trabajadores; Humberto Otárola, por la Comisión Chilena de Derechos Humanos; el sacerdote Carlos Puente, por la Iglesia Católica; Ximena Hinrichs y Rodrigo Dresdner, por la FEC; Martita Wörner, por la Pastoral de Derechos Humanos; y Mario Aravena, por la Federación de Colegios Profesionales.

Con respecto a la disputa judicial, esta contó con tres frentes principales. Primero y principal, la presentación a principios de febrero de un recurso de protección para todos los alumnos afectados en la Corte de Apelaciones. Este fue presentado por los abogados Bernardo Espinoza, jefe de la unidad jurídica del Departamento Pastoral de Derechos Humanos del Arzobispado de Concepción, y Adolfo Veloso, presidente de la Comisión Chilena de Derechos Humanos[381]. El 11 de febrero, la Corte de Apelaciones decidió tramitar el recurso presentado, dando también la orden de no innovar la condición de estudiantes de todos los afectados mientras se estudiaba el caso, dejando sin efecto práctico la determinación de Clericus[382].

Ese fue el segundo frente: el estrictamente universitario, que comenzó con el uso del derecho a apelar por parte de la directiva de la FEC, a pesar de que Clericus fuese juez y parte en su resolución. Dado que ellos seis fueron los más afectados, pues no fueron suspendidos sino expulsados, agotaron toda opción existente.

Con respecto al tercer frente del litigio, este corrió por cuenta del Intendente Regional Eduardo Ibáñez. En virtud de la gravedad de la situación, este se vio forzado a conformar el 6 de febrero una comisión dedicada a estudiar "objetivamente" a los afectados caso por caso. Ella estuvo integrada por cinco personas, a saber: Jorge Menchaca Pinochet, asesor jurídico de la Intendencia, y René Covarrubias Jordán, asesor de asuntos universitarios del Ministro de Educación; mientras que como miembros de la Universidad de Concepción, figuraron Hernán Troncoso Larronde, decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas; Enrique Ruggeri Vega, profesor de las facultades de Humanidades y Educación; y Gustavo Villagrán Cabrera, secretario general de la casa de estudios[383].

Los tres escenarios del conflicto llevaban a cabo de manera autónoma sus tareas, pero, hacia el final, el peso de la decisión recaía en la Corte de Apelaciones. En consecuencia,

[381] "Presentan recurso de protección ante Corte de Apelaciones", Diario *El Sur*, 7 de febrero de 1986, p. 10.
[382] "Tribunal decidió tramitar recurso", Diario *El Sur*, 12 de febrero de 1986, portada.
[383] "Comisión verá problema de U.", Diario *El Sur*, 7 de febrero de 1986, p. 9.

primero entregó su veredicto la comisión de la Intendencia el día 13 de febrero, que concluyó que el rector delegado se ajustó a la reglamentación vigente dentro de sus atribuciones, con lo cual su decisión era considerada legal[384].

Después, fue Guillermo Clericus el que se comprometió a estudiar algunas de las apelaciones de los 263 sancionados. Pero, el día 23 de febrero, la mesa directiva de la FEC fue nuevamente notificada de su expulsión definitiva de la universidad, también con base en el resultado de la comisión de la intendencia[385]. Pocos días después, entrevistado por *El Sur*, el rector delegado sentenciaba que la situación era irreversible, que a él se le pagaba justamente para hacer gobernable la universidad, y que no se habían sancionado intenciones sino hechos[386]. Recién el 4 de marzo, fue designada por Clericus una Comisión de Apelación para los sancionados, la cual se esperaba desde el mes de enero[387].

Llegados a este punto, la tensión al interior del campus había llegado a un punto crítico. Según Cristián Cornejo, aún estudiante de la universidad en ese año, Clericus no podía asomarse fuera de su oficina dado que su desprestigio y el repudio de los estudiantes eran tales que le resultaba muy peligroso. En ese contexto, y aduciendo problemas de salud en el sistema circulatorio, Guillermo Clericus presentó una licencia médica de plazo indefinido el 6 de marzo de ese año, tras lo cual fue Carlos Von Plessing, el vicerrector académico, quien asumió como rector subrogante con los plenos poderes que le otorgaba la ley[388].

En medio de especulaciones sobre una eventual renuncia, los dirigentes de la FEC catalogaron la medida como una muestra evidente del temor de la rectoría a enfrentar el

[384] "Rector actuó conforme a la reglamentación vigente", Diario *El Sur*, 14 de febrero de 1986, p. 11.
[385] "Comisión de la U. confirmó expulsión de directiva FEC", Diario *El Sur*, 24 de febrero de 1986, p. 13.
[386] "Situación es irreversible", Diario *El Sur*, 26 de febrero de 1986, portada.
[387] Los integrantes de ella fueron once académicos de la universidad, a saber: Jorge Jiménez Espinoza, director de Docencia; Pablo Saavedra Belmar, de Ciencias Jurídicas; Ventura Cerón Ravest, de Ingeniería; Emilio Ginouvés Asenjo, de Educación; Alfredo Hoffman Schlack, de Medicina; Julio Brieva Alvarado, de Farmacia; José Petermann Trillat, de Ciencias Económicas; Rafael Vera Mage, de Ciencias; Elías Apud Simon, de Ciencias Biológicas; Luis Vargas Sanhueza, de Odontología; y el secretario general Gustavo Villagrán como ministro de fé. "Rector designó ayer Comisión de Apelación", Diario *El Sur*, 4 de marzo de 1986, p. 9. Mientras tanto, exigían una revaluación de las exoneraciones los nueve decanos de la universidad, a la vez que también entregaban su apoyo a los exonerados la Corporación para la Regionalización del Biobío, las logias masónicas de Concepción, más jerarquías de la Iglesia Católica, entre otras instituciones locales.
[388] "Clericus deja la rectoría de la U.", Diario *El Sur*, 7 de marzo de 1986, portada.

conflicto, mientras que Carlos Von Plessing rápidamente se mostró coherente con las decisiones y postura imperturbable de Clericus. Aún así, el rector delegado Guillermo Clericus no volvería a ser relevante hasta el año 1987, pues en julio de 1986 venció su primera licencia, la cual renovó seguidamente hasta febrero de aquel año 1987. De cierta manera, con independencia de sus problemas de salud, su salida forzada no fue exactamente un triunfo para los estudiantes, ya que Von Plessing se mantenía en la misma línea que él. Pero, sin dudas, la formación militar de Clericus era un factor clave en el autoritarismo ejercido en la universidad, algo que lo distinguía de Von Plessing quien no tenía incorporado en su trayectoria profesional esa instrucción.

En medio del caos, y con el retraso del inicio del semestre hasta principios de abril, finalmente el 20 de marzo se conoció el fallo de la Corte de Apelaciones sobre las sanciones. Por medio de 49 considerandos, el tribunal había rechazado y dejado sin efecto el decreto de Guillermo Clericus contra los 263 estudiantes, pues este iba en contra del inciso N°2 del artículo 19 de la Constitución, relativo a los derechos de las personas[389]. Los jueces habían catalogado de arbitraria y desproporcionada la medida, no obstante no cuestionaron la potestad del rector para imponer sanciones, ni desconocieron la necesidad de establecer disciplina al interior del campus[390]. Aún así, la decisión había sido celebrada por toda la comunidad universitaria y ciudadana, pues la rectoría debía acatar el fallo del tribunal superior, y así lo hizo. Contando con el derecho, la Universidad de Concepción y su Consejo Superior decidieron no recurrir ante la Corte Suprema para efectuar una contra sentencia del dictamen, como una manera de contribuir a la normalización del plantel[391].

El conflicto medular había sido solucionado, y era una de las primeras victorias rotundas de la FEC desde su resurgimiento, incluyendo la salida de Guillermo Clericus de la rectoría. Las clases comenzaron a principios de abril, pero la lucha estudiantil no declinó.

[389] "Alumnos universitarios deben ser reintegrados", Diario *El Sur*, 21 de marzo de 1986, portada.
[390] Ibíd.
[391] "La Universidad no interpuso recurso", Diario *El Sur*, 22 de marzo de 1986, portada.

¿Qué seguía para la FEC luego de haber revertido una medida represiva tan drástica? ¿Había salido airosa la mancomunión y unidad del movimiento? ¿O con el tiempo volvieron a aparecer las diferencias que la crisis había mantenido en segundo plano?

Mientras los académicos daban pasos importantes hacia la creación de una federación gremial única en la Universidad de Concepción, los estudiantes, con el alma de nuevo en su cuerpo tras las sanciones, se abocaron a la tarea de conseguir dos cosas: primero, un local para la FEC, y segundo, un aporte financiero por parte de la universidad para dicho organismo, ambas solicitudes largamente tramitadas. La FEC había comprendido que las movilizaciones debidamente justificadas ante la opinión pública, podían ejercer una presión sobre rectoría que tendría influencia significativa sobre las posibilidades de éxito de sus demandas. Y así lo hicieron.

La FEC siguió insistiendo en exigir la renuncia del ahora rector Von Plessing, para dar paso a una elección democrática del cargo, a lo que este se negó rotundamente[392]. Tiempo después, el 1 de julio de 1986, Von Plessing comunicó a la prensa que había aprobado entregar un financiamiento a la FEC, luego del trabajo de una comisión designada para tal fin, integrada por Hervi Lagos, vicerrector de Administración Financiera y de Personal; René Mansilla, decano de la Facultad de Ciencias Económicas; Uwe Schotte, decano de la Facultad de Ingeniería; y Jorge Oliva, director de finanzas[393]. El monto sería de 200 mil pesos mensuales, y la utilización quedaría sujeta a los criterios de la Dirección de Asuntos Estudiantiles, pero serían íntegramente manejados por la FEC. Asimismo, se avanzó en la aprobación de buscar un local para las funciones de la FEC en las inmediaciones del barrio universitario[394].

[392] "La FEC pide la renuncia del Rector", Diario *El Sur*, 29 de abril de 1986, p. 9.
[393] "Analizan financiamiento y local para la FEC", Diario *El Sur*, 21 de abril de 1986, p. 13.
[394] "Financiamiento logró la FEC", Diario *El Sur*, 2 de julio de 1986, portada. Sería a principios del mes de enero de 1987, ya bajo la presidencia de Pedro Cisterna, que la FEC obtuvo el acceso a un inmueble propio facilitado por la rectoría, en calle Chacabuco a media cuadra de la Casa del Arte.

Junto con adquirir apoyos tangibles, al menos de palabra, la FEC también era "oficialmente" reconocida por la autoridad universitaria. A diferencia de Clericus, Von Plessing asumió que la FEC era un organismo representativo legítimo de la comunidad estudiantil, facilitando así las conversaciones y posibles acuerdos en distintas materias. También, se desarrolló en mayo de ese año 1986 el segundo Congreso Nacional Estudiantil orquestado por la CONFECH, del cual emanaron nuevas jornadas de movilización y paralización para los meses restantes del año. En representación de la FEC, asistió Pedro Cisterna, quien comenzaba a consolidar su liderazgo como posible candidato para la mesa directiva de 1987, secundado por los "chascones" de la DC y otros líderes estudiantiles de Valparaíso y Santiago[395].

Y es que, respecto a la nueva elección, la fisura entre la izquierda y la DC había sido notoria desde muy temprano. El presidente de la JDC en aquel entonces, Patricio Rodríguez, descartó en septiembre de 1986 la posibilidad de aliarse con el MDP en la Universidad del Biobío, e indicó que lo mismo ocurriría en la Universidad de Concepción[396]. Según el dirigente, como colectividad habían llegado a un punto en el que no iban a transar sus valores democratacristianos para el modelo deseado de universidad en favor de una unidad política con la izquierda, como había sido la tendencia en los primeros años de la década. Ciertamente, luego de dos años conquistando la presidencia de la FEC, la DCU había logrado un importante grado de desarrollo que le permitía enfrentarse solitariamente a la izquierda tradicional, que apostaba por la política de la insurrección popular masiva y confrontacional.

Para los comunistas, socialistas y miristas, principales núcleos de la izquierda, la DCU se había convertido virtualmente en un enemigo más en la lucha contra la dictadura. Las trabas a la rebelión popular y estudiantil, el liderazgo "conciliador" de Sergio Micco frente a la rectoría, y sobre todo, la postura de su sector político en el gran paro de fines de 1985, eran

[395] Pedro Cisterna Osorio, *¿Dónde estuvimos en los 80?...*, pp. 199-210.
[396] "Descartan alianza de la DC y el MDP", Diario *El Sur*, 20 de septiembre de 1986, portada.

cuestiones imperdonables en el actuar de la DCU. La unidad generacional que representaba la FEC como espacio de identificación colectiva en medio de la dictadura, llegaba rápida e inevitablemente a su fin.

No solo era una cuestión de alianzas en las elecciones, sino la forma misma de relacionarse para conducir el movimiento estudiantil la que demostraba la fragmentación. Las juventudes comenzaban a enclaustrarse en sus partidos, a convertir la rivalidad en enemistad, y a identificar la esencia y deber del movimiento con las posturas ideológicas de sus partidos.

Eso sí, la unidad prevalecía al verse afectado directamente cualquier compañero los casos del encadenamiento en la puerta del decanato de la Facultad de Educación de Alejandro Navarro, Adriana Soto, César Cornejo, Patricio Paredes y Andrés Stuardo, estudiantes de esa facultad, que exigían un representante estudiantil con derecho a voz en el Consejo de Jefes de Departamento[397]; y también de la huelga de hambre de Rodolfo Inzunza, ex preso político y estudiante de medicina, que tras ser acusado de asaltar la oficina del Banco Concepción en el foro de la universidad en 1982, fue forzado a dejar sus estudios de medicina en la universidad, exigiendo mediante la huelga su reintegro a la carrera[398].

Ante hechos como estos, volvía esa aparente unidad estudiantil a través de la solidaridad, la empatía y el apoyo material y moral a las demandas de sus compañeros. Sin embargo, esta vez eran acompañados de un juicio interpretativo de la validez o futilidad que las acciones tenían para el movimiento. Aún así, las polémicas y la atomización del movimiento eran evidentes: a finales de junio de 1986, fue ocupada por encapuchados la Biblioteca Central, desarrollándose actos vandálicos y ajenos al quehacer del movimiento, pues la FEC se distanció inmediatamente de los hechos[399].

---

[397] "Dirigentes se encadenaron para pedir participación", Diario *El Sur*, 9 de mayo de 1986, portada.
[398] Pedro Cisterna Osorio, *¿Dónde estuvimos en los 80?...*, p. 211; "En huelga de hambre", Diario *El Sur*, 10 de junio de 1986, p. 10.
[399] "Encapuchados ocuparon la biblioteca de la U.", Diario *El Sur*, 26 de junio de 1986, portada.

No era una situación incomprensible dado el acontecer nacional marcado por la irrupción de numerosos actos de resistencia armada coordinados por el FPMR, que llamaban a la juventud a sumarse y protagonizar la insubordinación civil. Y la coronación de aquello, con el atentado contra Augusto Pinochet en el Cajón del Maipo a principios de septiembre, sorprendió a la FEC organizando ramadas en la universidad, lo que algunos miembros de la izquierda consideraban totalmente frívolo y fuera de lugar.

Ciertamente, lo último que cabe en este capítulo de nuestro trabajo, alude a la elección de la FEC para el año 1987, período a partir del cual las fisuras en la FEC se hicieron más profundas, y el foco de la resistencia se desvió por la inercia del plebiscito de 1988 y las elecciones presidenciales de 1989.

Para entonces, los análisis del PC y la DC, principales fuerzas de la izquierda y el centro, sobre la estrategia más adecuada para terminar con la intervención militar en las universidades, y de paso con la dictadura, seguían siendo polos opuestos.[400]. En ese contexto, el 9 de octubre se inscribieron formalmente cuatro listas para la cuarta elección de la FEC. La primera de ellas, la lista A, reunía a estudiantes del Movimiento Universitario y de asociaciones gremiales en distintas facultades. Sus candidatos fueron Jaime Dinamarca, de Derecho; Andrés Arriagada de Ingeniería; Cristián Montenegro, de Economía; Paula Lama, de Educación; Pablo Calderón, de Derecho; y Gladys Tallard, de Química y Farmacia. Fue la lista más claramente "oficialista", pues varios de sus miembros estaban ligados a la UDI y a grupos independientes de derecha.

La lista B, fue del Grupo Universitario Radical, que no había logrado solventar una alianza con la DC, prescindiendo del vínculo que entre ambos sectores tendía a nivel nacional

[400] La política de rebelión popular de masas adoptada por el PC, no descartaba ningún método de lucha de cara a la "inevitable" derrota del régimen, y aun cuando no llamaba abiertamente a la insurrección armada, no condenaba los actos de resistencia perpetrados por el FPMR, ni se disponía a diálogo alguno con el oficialismo. Por su parte, la DC seguía apostando por la salida pactada de Pinochet en base a la aceptación tácita de las disposiciones de la constitución de 1980, con las cuales se distanciaba de cauces ajenos a la nueva institucionalidad mediante los cuales se pretendía derrocar a los militares; y así, la negociación y mesura política eran sus mayores rasgos. En Hernán Venegas Valdebenito, "Trayectoria del Partido Comunista de Chile: de la crisis de la unidad popular a la política de rebelión popular de masas". *Universum* 2, no. 24 (2009): p. 285.

la Alianza Democrática. Estuvo integrada por cuatro candidatos a la mesa directiva, entre ellos Manuel Carrasco, de Ingeniería; Claudio Sánchez, de Filosofía; Oscar González, de Ingeniería; y Marcos Flores, de Historia y Geografía.

La lista C, reunía a la DC, a la Federación Juvenil Socialista y al Partido Humanista. Su candidato a presidente era el ya curtido Pedro Cisterna, de Ingeniería; Juan Ibieta, de Medicina; Carlos Almanza, de Derecho; Ricardo Ceballos, de la misma carrera; Juan Bidart, de Química; y Jacqueline Prieto, de Educación.

Finalmente, la lista D fue la del MDP, la Izquierda Cristiana y el MAPU, y llevó a jóvenes con protagonismos ya consolidados, como Alejandro Navarro y Ximena Hinrichs, junto a otros menos reconocidos, como René Larraguibel, de Medicina; Tomás Alonso, de Farmacia; Ochi Olave, de Odontología; y Marcos San Martín, de Derecho[401].

Luego de meses tan agitados, la atención volvía a situarse sobre los jóvenes estudiantes de la Universidad de Concepción. Pero la elección se percibía notoriamente diferente. Una rivalidad palpable entre la izquierda y los miembros del centro, menos radicales, revestía de mayor tensión el resultado de la elección.

Para la lista D, de la izquierda, era parte del primer punto de su programa construir una nueva propuesta generacional, que recuperase los valores fundamentales de la FEC con respecto a la legítima defensa de sus representados. Según Alejandro Navarro, la FEC era la conciencia de una generación hecha organización, y su relevancia respondía al ejemplo que constituía la Universidad de Concepción de la crisis económica, política y social del país[402]. La misma valoración realizaban Pedro Cisterna, de la lista C, y Gladys Tallard, de la lista A, respecto a la incuestionable legitimidad del organismo y la necesidad de maximizar el bienestar estudiantil, acorde a sus respectivos lineamientos ideológicos[403]. Es decir, se percibía *una* ausencia, una necesidad, como si algo se hubiese perdido, sobre todo durante el último

[401] "Cuatro listas para elección de la FEC", Diario *El Sur*, 10 de octubre de 1986, portada.
[402] "Así opinan los candidatos", Diario *El Sur*, 19 de octubre de 1986, p. 12.
[403] Ibíd.

año bajo la presidencia de Sergio Micco. Si la izquierda pensaba que *eso* era la genuina defensa y representación de los estudiantes, recordada en los días del liderazgo de Cristián Cornejo y Paulina Veloso, la DC sentía más bien que se podía hacer un mejor trabajo mediante la humanización de la FEC y su acercamiento estrecho a la comunidad no solo en cuestiones políticas.

Todas las listas concordaban con la necesidad de nombrar democráticamente a las autoridades universitarias, y, a excepción de la lista A, también en buscar soluciones pragmáticas a la crisis que muchos estudiantes enfrentaban a raíz del encarecimiento de los estudios y el recorte presupuestario a la unidad de bienestar estudiantil.

Y a pesar de todo, no hubo acuerdo en una nueva alianza entre las principales corrientes políticas. Como lo señalaba Pedro Cisterna, los puntos irreconciliables —y además intransables— que distanciaban a la izquierda de la DC y su programa eran cuatro de un total de 12: primero, según los jóvenes DC, las decisiones de paralizar las actividades debían ser asumidas en consulta abierta y mayoritaria, por plebiscito; segundo, la misma situación debía aplicarse para la adhesión y convocatoria a marchas y protestas, sumado al hecho de que estas debían ser pacíficas; tercero, el rechazo a la militarización de la política, en alusión a los cuadros armados ligados al PC que validaban esa forma de lucha; y cuarto, el trabajo coordinado con los profesores para concretar la democratización universitaria.[404]

En otras palabras, no había disenso acerca de la FEC como unidad política y generacional, sino en lo relativo a su conducción y despliegue, que se comenzó a pensar como factible y necesario de ser dirigido siguiendo la posición política de los partidos más fuertes que integraban al movimiento.

Efectivamente, tras el proceso eleccionario el día 22 de octubre, y los primeros conteos generales, la lista C con Pedro Cisterna obtenía un sufrido triunfo en la presidencia de la FEC, seguido por Ximena Hinrichs que era reelegida como vicepresidenta del organismo como

[404] "Empate político en elección de la FEC", Diario *El Sur*, 25 de octubre de 1986, p. 13.

miembro de la lista D. En total, se contabilizó la participación de 6.573 estudiantes, de un universo de votantes cercano a los nueve mil[405]. La FEC quedaba compuesta, y a la vez dividida, entre tres miembros de la lista C y tres miembros de la lista D: Pedro Cisterna, presidente; Juan Ibieta, secretario general; y Carlos Almanza, secretario de actas, por la lista C; y Ximena Hinrichs, vicepresidenta; René Larraguibel, secretario de finanzas; y Alejandro Navarro, secretario de difusión, por la lista D. No era síntoma sino de una fuerte polarización al interior del movimiento estudiantil.

Es más, el cierre de las elecciones estuvo marcado por acusaciones de irregularidades en el conteo de los votos, y conflictos suscitados por el pronto festejo de la DC antes del término oficial del recuento por parte del TRICEL[406]. El propio obispo auxiliar de la ciudad, monseñor Alejandro Goic, hizo el llamado a los jóvenes para que primara la unidad y la flexibilidad en la conducción del movimiento de cara al futuro, pues presentía que el "sectarismo" se había instaurado en los cuadros de los jóvenes estudiantes[407].

No era la mejor manera de oficializar el triunfo de la nueva FEC, una vez más conquistada por la DC, pero la dictadura seguía firmemente presente en la universidad y había que avanzar.

Las memorias del período reflejan que la FEC marcó las vidas de numerosas personas, no tan solo de sus dirigentes. Pero esto no fue únicamente bajo la forma de episodios y anécdotas juveniles acaecidas en un contexto definido por el autoritarismo, sino por el lazo de convicciones, esperanzas y valores que entre 1983 y 1986 se cultivaron en la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción. Al menos en estos primeros años, el organismo había sido depositario de las más variadas ansias juveniles de opinar, criticar, rechazar, cuestionar, crear y reformar la realidad política que les había tocado vivir desde 1973, luego del fracaso del CEUC y de las organizaciones gremiales, y del perfeccionamiento de los

[405] "FEC: DC ganó la presidencia", Diario *El Sur*, 24 de octubre de 1986, p. 9.
[406] "¿Irregularidades en la elección de la FEC", Diario *El Sur*, 28 de octubre de 1986, p. 11.
[407] "Obispo pide que se trabaje en unidad", Diario *El Sur*, 27 de octubre de 1986, p. 11.

primeros núcleos de participación como los CODE y la Coordinadora de Estudiantes. En esa evolución, la FEC se convirtió en expresión de una maduración política en las juventudes universitarias; en el sentido de la resistencia al orden social castrense; en otra unidad generacional de lucha contra el autoritarismo, pero esta vez íntimamente relacionada a la historia de la ciudad de Concepción en el interior de su principal casa de estudios superiores.

CAPÍTULO VI

LA OPOSICIÓN ESTUDIANTIL Y SU CULTURA POLÍTICA EN LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN

Luego de haber precisado el contexto sociopolítico previo al autoritarismo de Augusto Pinochet en la Universidad de Concepción, mediante el cual fue posible distinguir los componentes del arquetipo juvenil deseado por los militares golpistas, se pudieron precisar los orígenes y la trayectoria que adoptó el movimiento estudiantil por medio de distintas unidades generacionales que terminaron por desembocar en lo que representó la FEC. Lo que interesa ahora es analizar el significado que tuvo para los ex estudiantes el conjunto de procesos acaecidos en el interior de su organización, relativos a sus formas particulares de interacción, movilización, interpretación y concepción de la situación política de la universidad, de la ciudad penquista y del país.

El hecho de que su repertorio de acción colectiva se nutriera en gran medida de distintos núcleos políticos partidistas— PC, PS, DC, MIR, PR, entre otros—, no necesariamente implicó que las conexiones generacionales en ellos absorbieran a la que, en sí misma, representó la FEC como unidad generacional. Los partidos políticos, en el período de estudio, nunca cooptaron el poder ostentado por el movimiento estudiantil en tanto movimiento de masa. La acción colectiva del movimiento dirigida desde la FEC, aún cuando fuera presidida por la izquierda o el centro, no se componía únicamente por la trayectoria de sus militantes, sino por una identidad colectiva existente más allá de los partidos[408].

[408] Sidney Tarrow, *Power in Movement. Social Movements and Contentious Politics*, 3ª ed. (Cambridge University Press, 2011): p. 183. Sin embargo, Tarrow no desconoce la relevancia de los partidos o agrupaciones formalmente organizadas—como tampoco se ha visto en los testimonios de los ex estudiantes—, sino que de allí emanan conexiones sociales básicas que facilitan la articulación de una oposición integrada a la cultura política propia del movimiento.

En consecuencia, las diferencias estratégicas dentro del movimiento estudiantil de la universidad, eran lógicas pero se mantuvieron controladas hasta 1986. Es por eso que resulta plausible definir una cultura política de oposición, dado que esta última existe con independencia del régimen o sistema político: es inherente a ellos[409]; más aún cuando se toma en consideración que ninguna posición generacional de Chile en el siglo XX, había enfrentado a una comunidad estudiantil con el despliegue político de un Estado autoritario que ejerciera el terrorismo y diversos mecanismos de control sobre la población[410].

La forma en que se resistió a la dictadura en el movimiento estudiantil de la universidad, y en que se pensó el activismo político, adquirieron una particularidad histórica. Los jóvenes estudiantes mantenían muchas características en común: desconocimiento de la democracia en su proceso educativo, pertenencia a distintos contextos sociales y políticos, inquietud ante las violaciones a los derechos humanos, y una necesidad intrínseca de resistir el autoritarismo de los militares. Desde mediados de los años setenta, en la etapa de reactivación del movimiento, los estudiantes percibieron en primera persona la interacción de esas características, dando lugar al planteamiento del objetivo central en tanto agrupación: resignificar su rol como juventudes buscando la salida de los rectores delegados y más tarde el fin de la dictadura.

Esa construcción, es decir, la que resultó del entendimiento de los jóvenes del rol de la juventud en ese momento, de la importancia de la política como medio para combatir al régimen, y de la posibilidad de *ser* y *estar* libremente en el espacio universitario mediante el

---

[409] Fernando Barrientos del Monte, "La oposición política…", p. 151.

[410] Los episodios más conocidos de autoritarismo del Estado en el siglo XX chileno antes de 1973, sea la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo, o la proscripción del Partido Comunista en el gobierno de Gabriel González Videla, no se asemejaron ni en magnitud ni en extensión a la dictadura de Augusto Pinochet. De esa manera, obviando la experiencia, unidades generacionales y culturas políticas nacidas en los "largos años sesenta" y principios de los setenta, no hubo un encuentro frontal del movimiento estudiantil con un estado burocrático y autoritario como aquel, que permitiera tender puentes generacionales con el proceso en el que se volvió a articular el de la Universidad de Concepción. Pero sí oucrrió al interior de algunas facciones en los partidos políticos, como se ve en Víctor Muñoz Tamayo y Cristina Moyano Barahona, "Guatones" y "chascones". Facciones y unidades generacionales en la Democracia Cristiana durante la dictadura de Pinochet.(1973-1989)", *Revista de Historia*, no. 31 (2024): pp. 1-41.

ejercicio de esta, es la que entenderemos como la cultura política de su movimiento estudiantil. Recordemos que, para algunos autores, y como hemos definido al principio de este trabajo, la cultura política tiene mucho que ver con las representaciones sociales que distintos grupos conforman acerca de la realidad en general, y de la vida política en particular[411].

Entonces, el establecimiento de esta colectividad como de oposición a Pinochet, ha representado a un conjunto de individuos que conformaron una cultura política propia, forjada en el transcurso de la maduración de los jóvenes y de su movimiento, en un contexto represivo que influyó directamente en su percepción y autopercepción del quehacer político en tanto colectividad. Pero, ¿qué características definieron la cultura política del movimiento estudiantil y cómo se expresaron en su estructura y dinámicas de movilización?

El objetivo de este capítulo es determinar las características de esa cultura política, es decir, de las valoraciones, nociones e interpretaciones que del despliegue del movimiento estudiantil hicieron los jóvenes universitarios, tanto interpersonal como intrapersonalmente. Los criterios para definir esa cultura, serán los siguientes en función de su levantamiento como movimiento político opositor al régimen de turno: a) su poder, b) la estructura, c) forma de reclutamiento, d) temporalidad, e) proceso de competencia, f) liderazgo y, por último, g) ubicación ideológica. Estos criterios se articulan de forma interdependiente, permitiendo definir la cultura política del movimiento estudiantil como un marco de significación colectiva que orientó su acción y cohesión interna. A través de ellos, y tras una conceptualización de cada uno, se analizará cómo los jóvenes estructuraron su oposición a la dictadura y resignificaron su rol dentro del espacio universitario y político.

[411] Fabio López de la Roche, "Aproximaciones al concepto de la Cultura Política", *Convergencia*, no. 22 (2000): p. 97.

De esta manera, pretendemos concluir el trabajo dejando establecidos los rasgos fundantes del activismo político desarrollado por los universitarios penquistas en el Chile de Pinochet.

Poder del movimiento

Para catalogar al movimiento estudiantil de la Universidad de Concepción como colectividad de oposición, lo primero es identificar su fuerza, o influencia, en los actos de otros, es decir, su capacidad de manifestar una voluntad propia conducente a ser determinante en la toma de decisiones en un lugar. Y así, precisar cómo es que se despierta el interés de quienes se limitan a ser observadores de sus acciones, como los estudiantes no movilizados, e inclusive la apertura o flexibilidad demostrada por quien detenta la autoridad política, como los rectores delegados.

En esencia, este criterio se refiere a la capacidad del movimiento de proponer, negociar o imponer su voluntad, adquiriendo la facultad de influir, en mayor o menor medida, en el curso de la política en actores o instituciones del sistema. Así, cabe preguntarse ¿Tuvo la FEC realmente un poder y capacidad política suficiente para incidir sobre la situación universitaria durante el período de estudio? ¿Influyó esa capacidad —o incapacidad— sobre la extensión y fortalecimiento del movimiento?

En base a los documentos y testimonios recopilados, en la Universidad de Concepción el poder del movimiento estudiantil fue sumamente limitado en casi todo el período investigado. No así en cuanto a su capacidad de convocatoria. Pero, a pesar de la magnitud de las movilizaciones, y las numerosas jornadas y formas de protesta, la influencia del movimiento a través de su máximo organismo, la FEC, en el transcurso de la política universitaria recién fue significativa a principios de 1986, en el contexto de la crisis por los centenares de estudiantes sancionados por Guillermo Clericus. No obstante, es llamativo que

no fuera con Clericus, sino con el rector subrogante Von Plessing, con quienes los estudiantes lograron alcanzar una sensación de superioridad e influencia en los acontecimientos. La primera reunión oficial con Clericus, que databa de septiembre de 1983, bajo la conducción de la CEUC, sería ilustrativa del resto de encuentros entre estudiantes y rector, pues desde entonces nunca hubo una sola concesión directa, explícita o inequívoca de su parte hacia los estudiantes. La propia concepción del gobierno universitario que tenía Clericus así lo explicaba.

Por lo tanto, solamente cuando ocurre su salida por motivos médicos en 1986, es que los estudiantes logran comenzar a influir sobre los hechos. Ese mismo año lograrían afianzar el cese de las sanciones, la obtención de un financiamiento y de una residencia para efectuar sus tareas. Hasta antes de eso, ninguna propuesta de la FEC relacionada a la administración de la universidad, el bienestar de los estudiantes o el funcionamiento de las facultades fue atendida o aceptada. Consultado sobre este aspecto del poder del movimiento, Cristián Cornejo señaló:

> "Mientras yo estuve no [hubo poder de influir en los hechos], porque a mí me tocó como la época más oscurantista de la organización estudiantil creo yo. No sé si más adelante a lo mejor sí, pero, con Clericus no se podía nada. Hablemos de que desde la autoridad máxima o de la rectoría la verdad es que hubo siempre una absoluta incapacidad de ponerse de acuerdo en nada. Nosotros lo que logramos con el gorila [sic] Clericus fue a propósito de presión, pura movilización estudiantil, a eso él reaccionó"[412].

Las contadas ocasiones en que se lograron revertir algunas sanciones, o eliminación de beneficios, se debió a que las cuestiones relativas al bienestar estudiantil y asuntos financieros, normalmente eran decididas con injerencia de mandos de nivel intermedio en

[412] Cristián cornejo, entrevista personal, 4 de octubre de 2024.

cada facultad, algunas de las cuales, según los testimonios, eran más o menos conservadoras que otras.

En base a esto, los estudiantes eran relativamente conscientes de las limitadas posibilidades de alcanzar concretamente sus objetivos. Después de todo, se vivía bajo una dictadura a pesar de que el campus universitario fuera a ratos un haz de luz democrática en la ciudad. Por eso es que la cultura del movimiento se orientó a la resistencia, a sabiendas de que las movilizaciones traerían sanciones, y de que a ellas solo se podía responder con más movilizaciones y, en última instancia, con apoyo jurídico que siempre prestaron profesionales como Augusto Parra y Martita Worner, entre otros. De acuerdo con Alejandro Navarro, a pesar de la plena noción de que la FEC sumaba más derrotas que victorias, en lo que a la consecución de objetivos concretos se refiere, esto no aminoraba la convicción estudiantil, al contrario, la fortalecía[413].

No obstante, para algunos ex estudiantes el hecho de haber estado durante años en desventaja, supuso un gran desgaste físico, emocional y mental en los estudiantes movilizados, que se hizo muy notorio a partir de 1986[414]. Y es que si algo había quedado demostrado, es que para participar en el movimiento, había que tener compromiso, valor y dedicación en todas las tareas que requería, por ejemplo, tan solo organizar una protesta. Esto, sumado a la erupción de las diferencias estratégicas entre la izquierda y la DC al interior del movimiento, fueron desgastando la cohesión de las acciones y la sostenida unidad de los jóvenes.

Puede que los vestigios de haber sido rector democráticamente electo de la universidad en 1973, influyeran en la relativa apertura que Carlos Von Plessing tuvo con los estudiantes cuando asumió interinamente la rectoría en 1986. Sin embargo, como hemos analizado, en la década de los setenta Von Plessing fue certero en aprobar la intervención y depuración

[413] Alejandro Navarro Brain, en conversación con el autor, 30 de noviembre de 2024.
[414] Así lo ha consignado Pedro Cisterna, con su testimonio en Paula Cisterna Gaete y María Eliana Vega Soto, *Resistencia en blanco y negro: memoria visual de los 80 en Concepción*, p. 83.

universitaria, así como negar voz y voto a los estudiantes en las materias relativas a la conducción de la universidad. En consecuencia, es posible señalar que esa flexibilidad demostrada fuera coyuntural, y originada en la crisis que se había desatado a nivel ciudad con los más de 200 alumnos exonerados por Clericus, lo cual forzó a Von Plessing a tranzar para no sufrir en primera persona el descontento de todos los actores involucrados.

En resumen, el poder del movimiento estudiantil de la Universidad de Concepción, en términos de influir en la situación política de la institución, fue muy reducido y se limitó a expresar una cultura política enfocada en la denuncia de la violación de los derechos humanos y la defensa de los derechos de los estudiantes. La posición de desventaja fue reconocida en muchas ocasiones, pero no menguaba la convicción política de los jóvenes. Si bien no alcanzó un nivel suficiente para impedir o vetar decisiones, decretos y normas dictadas por rectoría, sí logró influir políticamente en niveles intermedios de la organización institucional y, por supuesto, en la tensión social que sus acciones despertaban entre la comunidad y la universidad.

La estructura del movimiento.

A pesar de haber concluido que el poder del movimiento estudiantil universitario fue muy limitado, y que estuvo gran parte del período de estudio superado por el del régimen de rectores delegados, su estructura fue de menos a más. En este caso, entenderemos la estructura como el nivel de organización y cohesión interna de la colectividad, donde una mayor complejidad organizativa, implica una cohesión sujeta a normas y reglas más estrictas. Por el contrario, una menor complejidad significa una cohesión gestada alrededor de liderazgos más personalizados, menos burocratizados y de reglas más débiles y arbitrarias[415].

[415] Fernando Barrientos del Monte, "La oposición política…", p. 150.

Este proceso de maduración, o complejización de los movimientos sociales, sobre todo en contextos de autoritarismo, se sostiene gracias al sentido de unidad necesario para hacer frente al sistema político cuestionado. Sin embargo, esta unidad no es solo un punto de partida sino un resultado de la interacción de distintos individuos, actores, oportunidades y restricciones. Una mayor organización del movimiento es una forma de darle durabilidad y fortaleza a la unidad del sistema de acción colectiva, mas no necesariamente un proceso de institucionalización que conduzca a la desintegración de las bases del movimiento social. De esta forma, cabe preguntarse ¿alcanzó el movimiento estudiantil un mayor nivel de complejidad estructural con la conformación de la FEC?

Sucede que los primeros intentos de propiciar una entidad representativa de los estudiantes, caso del CEUC y las asociaciones gremiales, además de haber emanado de la rectoría, fueron ilustrativos para los primeros movilizados de la necesidad de organizar unitariamente a los estudiantes. El CEUC no funcionaba como centro de alumnos democrático, y los gremios por carrera, solo tenían fines académicos o, como mucho, extracurriculares. No se generaban asambleas, ni había una estructura plenamente democrática en ningún caso.

Sin embargo, esa capacidad de percibir colectivamente como "injustos" o "insuficientes" esos espacios, fue la clave para el impulso de una mayor organización. Y es que sin la capacidad de los actores sociales —los estudiantes— de percibirlos e integrarlos al sistema de interacción de las orientaciones acerca de fines, medios y ambiente donde desplegar la acción colectiva, no se posibilita la construcción social de "lo colectivo"[416]. Esa detección de ilegitimidad de los espacios dispuestos por la rectoría, era compartida y transversal en todos los estudiantes movilizados.

[416] Alberto Melucci, "La acción colectiva como construcción social", *Estudios Sociológicos* 9, no.26 (1991): p. 359.

Por eso es que, sin prescindir de la influencia de los vilipendiados partidos políticos, la conformación de los CODE fue mucho más allá de cualquier organización previa. Estos designaban un presidente, delegados y realizaban reuniones una vez por semana, sorteando la vigilancia al interior del campus. Su estructura fue mucho más compleja, aunque seguía manteniendo la atomización de los grupos de estudiantes, ya fuera por carrera, facultades o departamentos académicos. Además, dado que los CODE contaron con una significativa presencia de militantes del PC, el PS y la DC, su composición se nutría de miembros pertenecientes a distintos contextos sociales y áreas de la universidad en las que se generaban experiencias organizativas.

Esa pluralidad de experiencias e interpretaciones del acontecer político, permitieron levantar una organización más compleja y capaz de promover incursiones contestatarias más estructuradas. Entre ellas, estuvieron las campañas para rechazar la legitimidad del régimen militar en la consulta nacional de 1978, y la de 1980 en contra de la Constitución impuesta por Pinochet. Los CODE, cuya base de participantes se hallaba en la interacción cotidiana en espacios abiertos pero resguardados por la cantidad de personas, como los partidos de fútbol en el campus, permitieron convocar a los estudiantes a estos primeros intentos serios de manifestar el disenso. De acuerdo con Richard Vargas, de la Facultad de Ingeniería en aquel entonces, estos episodios de oposición a los plebiscitos del régimen, se concentraron en la Parroquia Universitaria y en la misma facultad, todavía sin el atrevimiento de mostrarse en público[417].

Las reglas al interior de los CODE, como primer intento democrático de organización, siempre estuvieron definidas por la necesidad de ampliar la participación de todos los estudiantes en la toma de decisiones. Según Paulina Veloso, desde esos primeros días de actividad, la regla fundamental de los CODE, que trataría de recoger la futura FEC, era la de no concretar ninguna acción sin la plena aprobación de todos los presentes en la asamblea

[417] "Rondas silenciosas en U. de Concepción", Diario *El Sur*, 19 de agosto de 1983, p. 5.

dispuesta para ello[418]. La construcción de la identidad colectiva sustentada en la política no permitía lo contrario, pues para los jóvenes eso hubiera significado replicar el comportamiento de la dictadura.

Naturalmente, los CODE perdieron protagonismo ante el retorno de la FEC, aun cuando su capacidad de convocatoria en las distintas unidades académicas siguió siendo relevante en el transcurso de la década de los ochenta. La FEC era la culminación de años de intentos de mayor y mejor organización, y como tal, su estructura fue mucho más burocratizada, estando normada por estatutos que delimitaban su repertorio de acción colectiva y las prerrogativas de sus dirigentes. El organismo no le rendía cuentas ni a la rectoría ni a los académicos, dado que no era reconocido como tal. En su lugar, la responsabilidad de los actos de la FEC era para con la comunidad estudiantil, incluidos aquellos jóvenes que condenaban su postura ideológica crítica frente al régimen.

No obstante, ese proceso de burocratización de la FEC, en tanto pretendía representar a toda la comunidad estudiantil, trajo consigo la instalación de la disconformidad sobre la conducción de la lucha política. La mayoría de los integrantes de las sucesivas mesas directivas, así como de los 12 vocales que las acompañaban, tenían la calidad de "doble militante", es decir, combinaban su participación en el movimiento, con la militancia activa en un partido político. En consecuencia, la FEC debía entenderse, y buscar el apoyo básico de sus convocatorias, en jóvenes de izquierda, de derecha, de postura independiente, pertenecientes a los CODE, a los centros de alumnos, y a muchas otras asociaciones que podían conferir estabilidad y fortaleza al colectivo. Todo esto respetando las normas que los propios estudiantes, en tiempos de la CEUC, habían estipulado democrática y transversalmente.

[418] TVU Noticias. "40 Años Refundación FEC UdeC: recordamos los desafíos de la primera directiva estando en dictadura".

La estructura del movimiento estudiantil se había vuelto heterogénea, pero centralizada en la atracción política, social y mediática que concitó la FEC. Asimismo, fue muy significativo en este proceso el nexo que mantuvo la FEC con la comunidad penquista, sin limitarse solamente al apoyo en los episodios de crisis de 1985 y 1986 con los casos de sanciones y exoneraciones. El fortalecimiento de la estructura colectiva de un movimiento social, deriva también de la solidaridad, experiencia e intereses comunes de sus miembros y simpatizantes con distintos civiles de la ciudad[419].

Indudablemente, los estudiantes opositores a Pinochet de la Universidad de Concepción, a pesar de su profunda diversidad ideológica y/o partidista, fueron fundamentales en la extensión de la solidaridad en la ciudad penquista frente a las violaciones a los derechos humanos. Muchos de ellos, como Dante Gebauer, formaron parte de la ingente agrupación ciudadana que, en octubre de 1984, fundó el Movimiento Contra la Tortura Sebastián Acevedo, con el fin único de denunciar los casos de violencia perpetrados por las Fuerzas Armadas, siempre a través de estrategias no violentas y simbólicas[420].

De igual manera, el movimiento contribuyó a la creación de una Asociación de Madres de Estudiantes, las cuales se dedicaban a recaudar fondos para apoyar a los estudiantes con dificultades económicas o afectados por las sanciones dictadas por la rectoría de Clericus. También se establecieron lazos importantes con los estudiantes secundarios de Concepción, particularmente del Liceo Enrique Molina Garmendia, quienes, además de contar con su propia estructura organizativa, recogían la experiencia, y prestaban su apoyo, a los universitarios y la FEC[421].

---

[419] Paul Almeida, *Movimientos sociales: la estructura de la acción colectiva*, p. 131.
[420] Paula Cisterna Gaete y María Eliana Vega Soto, *Resistencia en blanco y negro: memoria visual de los 80 en Concepción*, p. 96.
[421] Estas afirmaciones sobre la Asociación de Madres de Estudiantes, y del papel de los secundarios, fueron compartidas por Paulina Veloso y Cristián Cornejo, respectivamente, durante el acto de conmemoración por los 40 años desde la reconstitución de la FEC celebrado en la Universidad de Concepción el 30 de noviembre de 2024.

La relación con las distintas agrupaciones estudiantiles del país, tanto de Concepción como de otras ciudades y regiones, también ratificó el proceso de maduración en la orgánica de la FEC. En junio de 1984, la FEC junto con otras federaciones de estudiantes de la Universidad del Biobío y de la Universidad Federico Santa María, habían concretado la creación de una Coordinadora Regional Universitaria, con el fin de sumar fuerzas que permitieran recuperar los derechos perdidos en la dictadura y devolver a la universidad la histórica función social y cultural que le correspondía[422].

Asimismo, los registros de la participación de la delegación de la universidad penquista en los congresos nacionales de estudiantes, primero en 1984 y después en 1986, indican que en una congregación de casi todas las federaciones estudiantiles levantadas durante la dictadura en aquellos años, no se iba sino a aprender, conocer, entender y robustecer la convicción del estudiante movilizado y la eficacia de sus organizaciones[423]. Del primer congreso surgió la CONFECH, y con ella la necesidad de replicar a nivel local y regional la colaboración entre agrupaciones estudiantiles.

Esos vínculos con otras organizaciones fueron fundamentales en la legitimación de la FEC tanto frente a la mirada pública de la ciudad, como de los propios estudiantes al interior del campus. Demostraban que los casos de violencia eran reales y tan atroces como se rumoreaba entre los menos entendidos, y que había que proteger la conquista democrática de la representación estudiantil.

La red comunitaria a la que se integró la FEC fue sumamente activa en materia de asistencialismo a las víctimas de la violencia política y la crisis económica. Esto reforzaba su establecimiento como un movimiento social complejo y autónomo, pues de esa red no solo se obtenían apoyo logístico, sino también capital humano entre sus dirigentes, quienes, en toda instancia de mancomunión con distintas agrupaciones civiles, se empapaban de nuevas

[422] "Estudiantes crearon una Coordinadora Universitaria", Diario *El Sur*, 6 de junio de 1984, p. 5.
[423] Pedro Cisterna Osorio, *¿Dónde estuvimos en los 80?...*, pp. 143-151.

experiencias, saberes, formas de comunicar y de liderar los procesos políticos. Inclusive, el contacto frecuente con los periodistas que, desde 1983, se hicieron parte del paisaje universitario, permitieron adquirir contactos y mecanismos de difusión para las tareas de la federación. De allí la modificación de los estatutos para crear la secretaría de difusión en la directiva de la FEC en 1985.

Incluso, la cuestión de la legitimidad, que fue motivo importante de discordia entre los menos entusiastas con el viraje a la izquierda del movimiento estudiantil, trajo consigo desde un inicio, el deber de que la FEC debía respetar a todos por igual. La conformación del TRICEL, el voto secreto, el doble recuento de los sufragios, la concesión de un fuero a los miembros de la directiva, la reforma de los estatutos en julio de 1985 y la cooperación también con las asociaciones de académicos, reflejaban una plena ausencia de decisiones arbitrarias y motivadas por el interés individual.

El proceso mediante el cual se complejizó la estructura del movimiento estudiantil, desde los CODE, pasando por la CEUC, hasta llegar a la FEC, fue básicamente una trayectoria de maduración política, estrechamente ligada a la propia maduración social, emocional y biológica de sus integrantes. Las demandas de los estudiantes movilizados, no podían depender de un organismo débil, irregular y estéril, sino de uno que, a base de sacrificios y voluntarismo, pudiese dirigir la tarea de enfrentar colectivamente a la dictadura.

Forma de reclutamiento

La forma en la que se incorporan los miembros de una sociedad a un movimiento social es una cuestión que remite sin dudas a múltiples factores. Pero en un contexto tan particular como una dictadura militar, sumado a los complejos inicios que dieron origen a la lucha estudiantil en la Universidad de Concepción —relativos a una relación de poder desigual, y a una estructura organizativa débil en un inicio— el hecho de participar en un

movimiento social remite necesariamente a una de sus interrogantes fundamentales: ¿Por qué algunos deciden sumarse a él, mientras que otros deciden quedarse en casa o solamente cumpliendo sus deberes?

Sería tentativo aludir directamente al imperio del miedo como elemento disuasorio del ímpetu por integrarse al movimiento. Sin embargo, eso no explica por qué motivos algunos estudiantes sí lograron anteponerse a esa sensación de amenaza. Ciertamente hay elementos valóricos y convicciones férreas que ayudan a entender la tenacidad mostrada por los jóvenes universitarios penquistas. Pero a nivel grupal, la manera en que se permite o no la participación de determinados individuos en la acción colectiva depende mayormente de la dinámica de asociación e interacción de sus miembros, y está muy ligada a las condiciones en las que se desenvuelven como movimiento.

Los movimientos de oposición al régimen de turno, suelen burocratizar el proceso de selección de sus miembros en la medida en que su propia estructura se complejiza. Pero en la Universidad de Concepción, los testimonios del período han indicado que el proceso de integración de los estudiantes, incluso en el período de mayor organización de la FEC hacia 1983, fue abierto y laxo, careciendo de una rigidez en la "selección" de sus integrantes. Por el contrario, fue en las primeras etapas organizativas cuando el proceso fue más estricto.

En primer lugar, porque a raíz de la completa vigilancia y control en el campus en los primeros años luego del golpe de Estado en 1973, había que buscar personas que se sumaran a las acciones. La desarticulación del movimiento había dejado a muchos estudiantes exiliados, detenidos o atemorizados, con lo cual había que rastrear e identificar a quienes fueran dignos depositarios de la frágil confianza en los primeros años de la dictadura.

Luego de los años de supervivencia —1973 a 1975—, una manera de reconocer el compromiso con el rechazo al régimen de Augusto Pinochet, eran los lazos familiares y de amistad que los estudiantes locales establecían antes de entrar a la universidad. En las

poblaciones y barrios de Concepción, esto permitía llegar a los estudios superiores teniendo conocimiento pleno de algunos rostros y personalidades juveniles que actuaban en cuadros pequeños de la DC, el PS y las JJCC. Dado que eran parientes, o conocidos de la familia en muchas ocasiones, se podía confiar en la palabra de algunas personas al momento de ingresar a estudiar, pues estas indicaban quienes eran "de confianza", quienes eran "sapos", qué se podía conversar, dónde y cuándo hacerlo, así como con cuales profesores había que tener cuidado, etc. Además, los vínculos permitían construir un historial o trayectoria personal que más adelante servía para justificar el ingreso a militar en las alas juveniles de los partidos políticos de oposición.

Sin embargo, al mismo tiempo esto significaba que no todos podían enterarse o participar directamente en las primeras acciones. Dado que es la casa de estudios más importante del sur del país, la Universidad de Concepción ya recibía en esos años a estudiantes de distintas ciudades y pueblos en la periferia de Concepción y la actual región, con lo cual ese "prerrequisito" de sociabilidad y notoriedad política, no podía desarrollarse. Y debido al contexto, no se confiaba únicamente en las buenas intenciones declaradas por estudiantes nuevos. Así lo ha rememorado Carlos Almanza, al entrar a la carrera de Derecho en la universidad a principios de los ochenta, todavía en la etapa de la progresiva reactivación del movimiento:

> "Yo venía con muchas ganas de participar y lamentablemente la situación que se vive en la universidad en la época era de mucha desconfianza, se temía de todo el mundo, se hacían listas de soplones que a veces abarcaban más de la mitad del curso"[424].

La clandestinidad limitaba en gran medida la posibilidad de reclutar a nuevos miembros para el movimiento, por más de que fuera una necesidad clave para organizar la

[424] Carlos Almanza Latorre, entrevista por Alma Barra Cáceres y Miguel Urrutia Fernández, en "Lo social y lo político en el movimiento estudiantil de la Universidad de Concepción"..., p. 50.

resistencia. Ni siquiera dentro de las reducidas células de militantes de los partidos perseguidos por el régimen se confiaba en plenitud, y menos aún se podía evidenciar en público la existencia de cualquier vínculo, como lo ha atestiguado Jorge Hernández, quien ingresó a la Facultad de Ingeniería en 1978:

> "Los partidos políticos tenían una vida clandestina realmente compartimentalizada; para uno era extraño no hablarte con los compañeros que eran de tu misma célula, ni en la universidad nos saludábamos (...) Para llegar a una reunión las normas de seguridad eran una clave, por ejemplo: un papel debajo de la puerta, una ventana medio abierta, chequeo, contra chequeo, fijar los puntos de encuentro en la calle, por ejemplo: yo voy por aquí, tú por allá, yo voy con un lápiz y un cuaderno. La gente tenía claro que no iba a dar su identidad política y eso era como un dogma, una cuestión disciplinaria que se sustentaba y se mantenía"[425].

Por lo tanto, la expansión del movimiento estudiantil, a medida que la represión de Clericus y la crisis económica de la dictadura hacían lo suyo al avivar el descontento, debe explicarse también por una cuestión de sostenibilidad. Ya que las condiciones eran tan adversas, la persistencia de la lucha estudiantil en los aciagos años setenta hasta su eclosión en los ochenta, convirtió a la Universidad de Concepción en un escenario social establecido, el cual, en el análisis de movimientos sociales, permite suministrar a los insurgentes los diversos recursos necesarios— como líderes reconocidos, canales de comunicación o redes de confianza— para emprender una acción colectiva sostenida[426]. Esta característica guarda estrecha relación con la cuestión de la estructura revisada con anterioridad, en tanto la interacción con otras organizaciones, como los partidos políticos, pueden promover el fortalecimiento del movimiento.

[425] Jorge Hernández, entrevista por Alma Barra Cáceres y Miguel Urrutia Fernández, Ibíd, p. 53.
[426] Paul Almeida, *Movimientos sociales: la estructura de la acción colectiva*, pp. 120-122.

Pero si esta fue la principal forma de reclutar a los estudiantes en la acción colectiva, es decir, en la clandestinidad, con discreción y justificada desconfianza, la situación cambia cuando la complejidad del movimiento alcanza su punto máximo con el renacer de la FEC en 1983. El organismo se convierte en un núcleo político y social renombrado y de alcance mediático, pues al igual que en las distintas universidades del país, representaba algo inédito desde el quiebre de la democracia. De esta manera, la lógica del reclutamiento estricto comienza rápidamente a desvanecerse, pues los liderazgos se vuelven rostros ampliamente conocidos, las prácticas del movimiento se vuelven predecibles y desde allí cualquier estudiante podía y era convocado a participar para revestir de legitimidad y poder al colectivo.

No obstante, siguieron existiendo temas de discusión, nombres, planes, estrategias y contactos que solo manejaban determinados miembros de la FEC, pues era necesario compartimentalizar información por la seguridad personal y grupal. Según Cristián Cornejo:

> "Lo que se hacía en la universidad se hacía público de tal manera que daba lo mismo que hubiera un sapo entre medio. Esa era la lógica nuestra (...) No más que nosotros sabíamos lo que podíamos y no podíamos hablar o decir. Y con quién en ese minuto tendría que hablar algo o con quién no. Ese era un cuidado que teníamos los que militamos en partidos políticos, los que teníamos orgánica política, los que teníamos acción político-militar. Por tanto, era responsabilidad obviamente de cada cual saber dónde, cuándo y a qué hora y con quién. Y eso se cuidaba en ese sentido con capacitación. Nosotros teníamos reuniones, nos educábamos en ese sentido de lo que se podía o no se podía comentar, decir, etc."[427].

El problema de este cambio sobre el sistema de reclutamiento, es que, al mismo tiempo que "resguardaba" en cierta medida la acción colectiva, dada la atención mediática y pública hacia el campus de la Universidad de Concepción, es que permitía focalizar la represión y el amedrentamiento sobre los estudiantes más comprometidos con la lucha

[427] Cristián Cornejo, entrevista personal, 4 de octubre de 2024.

antidictatorial. Fue lo que pasó con el seguimiento a los dirigentes de la FEC, el dictamen de órdenes de detención para sus mesas directivas y vocales, el arresto de Sergio Micco en Santiago en 1985, entre otros acontecimientos. Esto traía nuevamente a colación el factor del miedo. Y a propósito de aquel, es pertinente citar la importancia que este tuvo para Alejandro Navarro, durante todas las etapas del movimiento estudiantil, sobre la decisión de participar en la lucha política:

> "Yo hablaba con mis compañeros y les preguntaba ¿Tienes miedo? Y me respondían estoy cagado [sic] de susto. Y yo les decía que yo también. Pero había que hacerse cargo del ser y del hacer. No se sentía [la FEC] como un sueño sino como un mandato"[428].

A pesar de esto, la ventaja para los estudiantes que comenzaban a sumarse a la ola de movilizaciones desde 1983 en adelante, fue justamente que había una experiencia adquirida entre los jóvenes más curtidos y con años de permanencia en la universidad. Un recurso clave en la expansión de los movimientos sociales, proviene justamente del capital estratégico, es decir, de la experiencia de una comunidad en materia de acción colectiva. La tradición de protesta, según algunos autores, se transmite entre generaciones por medio de diversas instituciones, entre ellas los sistemas educativos como las universidades, y ella rejuvenece permanentemente en cuanto se incorporan nuevos y renovados miembros al colectivo[429].

En este sentido, el análisis coincide con el rasgo que Garretón y Martínez precisaron para el movimiento estudiantil y su histórica "similitud" entre generaciones a lo largo de la historia de Chile, pues las personas van cambiando, pero el perfil de estudiante tiende a ser casi idéntico en sus demandas al integrarse a un colectivo[430].

---

[428] Alejandro Navarro Brain, en conversación con el autor, 30 de noviembre de 2024.
[429] Aldon Morris y Naomi Braine, "Social Movements and Oppositional Consciousness", en *Oppositional Consciousness: The Subjective Roots of Social Protest*, ed. por Jane Mansbridge y Aldon Morris (Chicago: University of Chicago Press, 2001): pp. 20-37.
[430] Véase la página 12 de este trabajo.

En definitiva, el sistema de reclutamiento del movimiento estudiantil durante la dictadura, transitó de manera inversa a su progresiva complejización estructural, pues en sus primeros años fue muy estricto, y más tarde, en lugar de burocratizarse a medida que él lo hacía, se flexibilizó a raíz de la difusión que había adquirido, aunque resguardando la compartimentación de algunos temas. Con ello, no solo se podía contar con más miembros, sino también con una mayor convicción en la lucha por un objetivo que se hacía común y anhelado por gran parte de la comunidad estudiantil.

Temporalidad

La temporalidad de movimientos o partidos políticos de oposición, guarda relación con su permanencia, duración o existencia en el tiempo. Generalmente, se habla de que los movimientos sociales tienden a tener una corta o mediana duración, a diferencia de los partidos políticos que, cuando se institucionalizan, alcanzan una duración mucho mayor.[431]

Los movimientos sociales suelen asociarse a causas o demandas coyunturales y específicas, que se diluyen cuando se logra el objetivo principal o cuando el contexto sociopolítico permite reformas que acercan la culminación de la meta. Sin embargo, el de los movimientos estudiantiles es un caso particular, puesto que por su propia condición de actores sociales permanentes en la configuración de toda sociedad, es posible hablar no de su aparición o desaparición, sino más bien de su transformación y adaptación a los distintos contextos históricos.

Y es que, como han planteado Muñoz y Durán:

> "Las inflexiones, modificaciones, emergencias y re-emergencias de la movimientalidad juvenil-estudiantil se encuentran claramente asociadas a lo largo de su historia con los procesos

[431] Charles Tilly, *From Mobilization to Revolution* (New York: Random House: 1978): p. 125-133.

socio-políticos en los cuales ésta se ha insertado y, específicamente, con las formas de configuración del campo político-institucional"[432].

De este modo, en el caso de Chile, el movimiento estudiantil ha transitado por distintos períodos y etapas que dan cuenta de su permanencia prolongada en la historia del país. Como hemos analizado, la irrupción de los militares el 11 de septiembre de 1973 significó una ruptura en la trayectoria que había mantenido el movimiento estudiantil durante los años sesenta y principios de los setenta. Desde entonces y hasta 1983, con el comienzo de las protestas masivas contra Pinochet, se levantan los primeros núcleos de organización. Y de allí en adelante, se define la temporalidad del movimiento por la confrontación entre un proyecto de democratización de la sociedad contra la persistencia del régimen militar.

La cuestión de que la institucionalización es un factor que distingue al movimiento social del partido político, debe considerarse con ciertos matices. Para algunos autores, los movimientos sociales no necesariamente desaparecen al institucionalizarse en organismos como federaciones o confederaciones estudiantiles, sino que esas estructuras formales contribuyen a su permanencia en el tiempo, dado que su identificación colectiva continúa impulsando los cambios sociales a través de nuevas estrategias posibilitadas por la institucionalización[433].

En este caso, si se considera la FEC como un organismo institucionalizado, se puede afirmar que esto no trajo consigo el declive del movimiento, por el contrario, significó un conjunto de nuevas formas de generar mecanismos de protestas, dialogar con las autoridades universitarias y establecer vínculos con otras organizaciones de oposición. Lo que va modificándose es la intensidad y frecuencia de las movilizaciones y protestas del movimiento,

[432] Víctor Muñoz y Carlos Durán, "Los jóvenes, la política y los movimientos estudiantiles en el Chile reciente"…, p. 156.
[433] Sidney Tarrow, *Power in Movement. Social Movements and Contentious Politics*, p. 233.

las cuales oscilan entre períodos de alta actividad y otros de menor actividad. No obstante, la base del movimiento sigue existiendo.

En consecuencia, el movimiento estudiantil de la Universidad de Concepción, ha demostrado una temporalidad prolongada en gran parte del siglo XX, no exactamente desde los principales hitos en otras latitudes como el "Cordobazo", o las movilizaciones en la Universidad de Chile en la década de 1920. Más bien, respondió a su propio contexto histórico, demostrando diversos niveles de actividad, muy perceptibles desde la década de los cuarenta en adelante, tal como hemos señalado en el capítulo dos.

Proceso de competencia

Al referirnos al proceso de competencia, hablamos acerca del alcance y grado de modificaciones que busca promover un movimiento social. La amplitud de las acciones colectivas se define por el propio sistema en el que está inserto, en función de si lo que desea el movimiento es reformar gradualmente algunas partes del sistema, o directamente transformarlo de raíz.

Este criterio indica el nivel en el que el movimiento interactúa o compite contra el sistema político, que en este caso corresponde a una dictadura militar. Resulta muy llamativo que este punto, haya sido la génesis de la discordia en el seno del movimiento estudiantil de la Universidad de Concepción. Los mecanismos de protesta, hayan sido más rupturistas y violentos, o bien más pacíficos y conciliadores, representaron las principales corrientes que hallaron los alcances de la acción colectiva, en la izquierda y en la Democracia Cristiana respectivamente.

Dada la jerarquía de la autoridad universitaria sobre el movimiento estudiantil —criterio del poder del movimiento—, existió una necesidad incuestionable de concretar los métodos de protesta y movilización de manera que se supiera que había un sector de los

estudiantes buscando transformar el sistema. Pero ¿en qué momento se logró avanzar desde la búsqueda del fin del sistema de rectores delegados, hacia la lucha por el fin de toda la dictadura?

Sucede que en los primeros años desde la organización del movimiento, a partir de 1976, gran parte de las acciones estaban destinadas a reivindicar derechos básicos de los estudiantes, es decir, alimentación, residencia, financiamiento para estudiar, entre otros. Solo cuando la represión y la violencia emanada desde la autoridad de Clericus comienza a golpear con fuerza a los estudiantes, es que se produce una escalada en la que la agitación política se dirige estrictamente hacia su figura. La agudización del uso de la fuerza en el campus es lo que permitió acentuar ese radicalismo que buscó transformar todo el sistema. Y aquí reside un aspecto fundamental: para muchos estudiantes, focalizar la acción colectiva en contra de Guillermo Clericus, era lo mismo que abogar por la salida de Pinochet del poder, puesto que, como hemos señalado con anterioridad, para los estudiantes Clericus representaba la encarnación de Pinochet en la universidad.

En otras palabras, a medida que crecía la opresión, también lo hacía el foco de la respuesta y organización estudiantil. La contradicción, al agudizarse, permitió acelerar el avance hacia una postura más desafiante del orden establecido. Y con ello, la convicción de llevar las protestas hasta las últimas consecuencias, se fortaleció particularmente en grupos de estudiantes de izquierda. Cuando Clericus comienza a decretar sanciones y exoneraciones masivamente, los estudiantes comprenden que los esfuerzos deben orientarse a desgastar la legitimidad de la rectoría y así forzarlos a transar o, eventualmente, salir del mando.

La diferenciación entre el objetivo de derribar la figura de Clericus, u orientar los esfuerzos hacia la desestabilización completa de la dictadura, presenta matices dependiendo de a quién se le pregunte, pero en el fondo evidencia que la lucha, o al menos el anhelo, del retorno de la democracia en el país, fue inherente a las acciones del movimiento estudiantil.

Cristián Cornejo es de quienes argumentan que hubo una gradualidad en las demandas del movimiento, desde una reivindicación local de necesidades elementales en la comunidad estudiantil, hacia una oposición más abierta hacia todo lo que el régimen militar representaba a través de Clericus. Por su parte, Alejandro Navarro plantea que para las generaciones de los ochenta, el movimiento estudiantil siempre tuvo dos objetivos principales: democratizar la universidad y democratizar Chile, puesto que lo que acontecía en las universidades, representaba a nivel focalizado lo que ocurría a miles de personas en todo el país.

En este sentido, los registros de prensa del período, por lo menos hasta 1983, no consigan todavía ninguna referencia explícita a que las tareas del movimiento se orientaran hacia afuera de la universidad. La primera FEC no ocultaba que eran opositores a Pinochet, pero al mismo tiempo limitaba su discurso y sus acciones netamente a lo universitario, prescindiendo en absoluto de las discrepancias políticas que en ese entonces aquejaban a la izquierda y la DC[434]. Se especulaba que, en el curso de los acontecimientos, los objetivos y las estrategias permitirían fortalecer al organismo estudiantil, para insertarlo debidamente en la situación nacional.

Es muy probable, en base a los propios testimonios de la época, que fuera desde fines de marzo de 1984, específicamente tras el asesinato de Caupolicán Inostroza, cuando la orientación del movimiento estudiantil se comienza a dirigir en función de canalizar la democratización universitaria con miras a la democratización de todo el país. La FEC ya lo advertía a principios de marzo de 1984, cuando sus dirigentes señalaban que era un hecho que en ese año se desbordaría el marco estrictamente universitario del quehacer estudiantil, y que también se acrecentaría la fuerza de la politización en las organizaciones de los alumnos[435].

Es más, las elecciones de la FEC de ese año, ratificaban la advertencia. La lista N°1, encabezada por Dante Gebauer, proponía vincular a la FEC con las grandes mayorías

[434] "Renuncia de rectores delegados como primera tarea de la FEC", Diario *El Sur*, 6 de diciembre de 1983, p. 5.
[435] "Presidente de la FEC: Hay que luchar con la verdad", Diario *El Sur*, 7 de marzo de 1984, p. 4.

nacionales de cara a la lucha contra la dictadura; la lista N°2, en palabras de Sergio Micco, buscaba impulsar el término de la cultura dictatorial en la universidad y en el país; y la lista N°3, en la voz de Paulina Veloso, sellaba como sus objetivos la recuperación de la justicia y la libertad en la patria. Los objetivos diferían notoriamente de los alcances proyectados por el movimiento estudiantil en la lucha antes y hasta 1983.

Esto simbolizaba el hecho de que, pasando de ser una aglomeración de organizaciones durante los años setenta, con distintos planes de acción colectiva frente al sistema de la dictadura, el movimiento estudiantil se transformó, desde mediados de la década de los ochenta, en un actor político cuya escala de objetivos y estrategias de movilización se enfrascó en abierta y completa ruptura con el régimen de Pinochet, buscando transformarlo —o más bien, devolverlo— en una democracia auténtica. Con lo cual, se fortalecía su planteamiento opositor al orden establecido en todas sus dimensiones.

Liderazgo

Durante la dictadura militar de Augusto Pinochet, los distintos escenarios de lucha del movimiento estudiantil a lo largo del país, adquirieron notoriedad muchas veces gracias a la personificación del colectivo en sus principales dirigentes. En relación a esto, ocurre que el liderazgo al interior de los movimientos sociales es clave, puesto que influye en gran medida sobre la dirección de la lucha, los objetivos y la forma en la que se organizan sus miembros.

Para el caso de este estudio, hay una distinción importante entre los tipos de liderazgos y su relación con la fortaleza de la oposición que despliega una agrupación. En contextos de crisis o de resistencia, cuando las organizaciones poseen una orgánica incipiente y poco burocratizada, los liderazgos se sustentan principalmente en la fuerza de atracción y carisma que demuestran los individuos. La responsabilidad se deposita en su capacidad de convocar a más miembros, de mantener la templanza en el contexto de crisis y de hacer uso de su capital

humano —habilidades comunicativas y persuasivas, o dominio intelectual— para mantener y preservar a la organización. En movimientos sociales situados en estos contextos, el colectivo depende de las destrezas de sus líderes para salir adelante.

Ahora bien, los liderazgos se transforman a medida que empiezan a someterse a criterios de selección basados en reglas internas, elecciones o jerarquías según la trayectoria de las personas[436]. Es propio de un contexto en el que el movimiento se ha burocratizado y estructurado en un nivel más complejo que el que permite un momento de crisis o resistencia.

Si aplicamos estos preceptos al caso de la Universidad de Concepción, es fácilmente observable su correspondencia con las etapas de maduración política que ocurrieron con el movimiento estudiantil.

A partir de la etapa de progresiva reactivación del movimiento —desde 1976—, los primeros contactos de muchos estudiantes con pequeños núcleos de resistencia estudiantil, fueron gracias al desplante y carisma que los primeros líderes de la lucha política poseían. Y así, sin menoscabar la relevancia que un inicio tuvo este factor, el protagonismo adquirido más tarde por los dirigentes de la primera FEC, puede explicarse mejor por sus antecedentes de liderazgo y experiencia en cuadros políticos.

En aquella primera etapa de reactivación, se encuentra el caso de Pedro Cisterna, quien en 1981, tras ingresar a la carrera de Ingeniería Civil Química, conoció a Richard Vargas, el cual sería su primer contacto con la Democracia Cristiana en la universidad. La personalidad de Vargas, sumada a sus fuertes convicciones en contra de la dictadura, la derecha y la violencia política, fueron un imán para muchos otros estudiantes. De acuerdo con el testimonio de Pedro:

> "Fue destacable su amistad [de Vargas] con los compañeros y compañeras de izquierda y a la vez su profundo sentido competitivo en la discusión y liderazgo con la izquierda en los espacios de discusión

[436] Fernando Barrientos del Monte, "La oposición política…", p. 149.

convivencia y construcción democrática (...) Vargas no perdía tiempo y ya en las primeras conversaciones con aquellos que daban una señal de estar contra la dictadura, empezaba con su labor proselitista, y además realizaba tareas de inteligencia (...) Así que apelaba a todas las herramientas con el fin de aumentar la militancia demócrata cristiana, siempre estaba presto para ir a la casa de futuros militantes (...) Era destacable su valentía y compromiso en aquellos aciagos años, su alegría y sentido del humor, siempre desbordando entusiasmo y esperanza, esos discursos diversos que exponía para levantar la asociación de estudiantes de ingeniería hablan de su sentido de sobrevivencia y empatía con las distintas personas que abordaba"[437].

Esas características individuales de Vargas, le permitieron convertirse en un importante líder estudiantil al interior de la Facultad de Ingeniería, así como en un notable militante de la DC integrando su primera lista en las elecciones de la FEC en 1983. Es interesante constatar la estrecha relación entre este criterio del liderazgo en el movimiento, con la estricta forma de reclutamiento mediante la que se incorporaban los nuevos miembros en esos primeros años. Los estudiantes de notable capacidad y carisma, como Vargas, eran quienes tenían gran poder de influencia en la expansión de las filas de su partido y del movimiento estudiantil, pues se confiaba en su juicio y habilidades para manejar a los grupos de alumnos.

Algo similar ocurría con la atracción que generaban las pequeñas células de los partidos políticos y la imagen que proyectaban sus escasos miembros en los años setenta. A pesar de su reducida capacidad de influencia en aquel entonces, esa imagen bastaba para convencer a algunos estudiantes de ingresar a sus filas. La ex estudiante Carmen Durán, de la carrera de Antropología en esos años, así lo ha constatado:

"La jota [Juventudes Comunistas] era como lo único serio que había y en esa necesidad de hacer algo no te quedaba otra cosa que el Partido Comunista, no podías elegir, o eran los comunistas o nada, por lo

[437] Pedro Cisterna Osorio, *¿Dónde estuvimos en los 80?...*, pp. 33-34.

menos las personas como yo, que queríamos hacer algo, nos fuimos a los comunistas, como eran simpáticos, buena gente, saqué pololo al tiro"[438].

Con el despliegue de ese capital humano, se engrosaron las filas del movimiento durante su etapa de reactivación. Sin embargo, todos los testimonios coinciden en señalar que, si bien en un principio algunos perfiles individuales ejercían un importante poder de atracción y convocatoria, dadas sus personalidades y habilidades —sumadas a la necesidad de resistir esos años difíciles—, el proyecto de reconstituir los centros de alumnos y eventualmente la FEC, no fue resultado de un proceso o decisión sustentado en la vanidad o egocentrismo de sus dirigentes. Según Paulina Veloso, la notoriedad y protagonismo adquirido por algunos líderes —incluida ella misma— en el proceso de maduración del movimiento, no fue nunca una decisión individual, sino una determinada al interior de los partidos, los centros de alumnos y los CODE[439].

Sin dudas, cuando fracasa el intento de atomizar el descontento estudiantil en las asociaciones gremiales, la necesidad de levantar organismos propios y democráticos fue lo que determinó los nombres de quienes la base estudiantil consideraba como más capacitados para desempeñar las tareas, mas no únicamente el carisma y la "buena onda". Y es que resultaba bastante lógico, puesto que adquirir un rol protagónico en la lucha contra Clericus, no era una decisión para vanagloriarse ni granjearse popularidad o reconocimientos, pues, como hemos constatado, el miedo y terror a las represalias académicas, la prisión, la tortura y la muerte, eran reales.

Cuando las redes del movimiento comienzan a expandirse, y se fortalecen sus espacios al interior de la universidad, es decir, en el camino hacia su complejización, fue la jerarquía

[438] Carmen Durán Carrasco, entrevista por Alma Barra Cáceres y Miguel Urrutia Fernández, en "Lo social y lo político en el movimiento estudiantil de la Universidad de Concepción"..., p. 52.
[439] TVU Noticias. "40 Años Refundación FEC UdeC: recordamos los desafíos de la primera directiva estando en dictadura".https://www.tvu.cl/programas/40-anos-refundacion-fec-udec/2024/11/11/40-anos-refundacion-fec-udec-recordamos-los-desafios-de-la-primera-directiva-estando-en-dictadura.html.

desarrollada y adquirida en el fragor de la lucha la que consolidó los liderazgos de los estudiantes. Por ejemplo, Cristián Cornejo, que llegó desde Santiago en 1979, en un inicio sin conocer a nadie más que el contacto que le entregaron sus compañeros en el Partido Comunista, rápidamente se adentró en la reactivación del movimiento universitario. Esto, sumado a su propio capital humano, fue lo que le permitió convertirse en un indiscutido líder estudiantil:

> "A mí todavía me da como pudor (...) Pudor porque, en realidad, el que me haya tocado a mí, personalmente, también obedece a una serie de circunstancias. O sea, porque yo no fui un predestinado, el elegido por la fuerza de la naturaleza y del cosmos, sino que porque estuve ahí en los momentos donde tenía que estar haciendo lo que tenía que hacer, y me tocó a mí. Entonces, en ese sentido, yo tengo una visión más materialista, en el sentido del materialismo histórico y dialéctico, que me alumbran como filosóficamente, para poder decir que me tocó, de acuerdo a las circunstancias políticas, asumir el rol, y lo hice. Y tomé la decisión, porque tampoco estaba solo, era una decisión personal, era colectiva. Yo me debía a mis compañeros de la U, a mis compañeros de carrera, que me tenían como su representante, a mi juventud política. Entonces, no era una cuestión personal. Tú arrastras todo ese apoyo, toda esa energía, toda esa disposición de un colectivo representada en mí, pero podría haber sido otro"[440].

De esta manera, cuando el movimiento cristaliza en la FEC en 1983, los liderazgos se definen y se potencian en función de sus contribuciones a la fortaleza del colectivo. La elección que nombró a Sergio Micco como presidente de la FEC en 1985, también se concretó en base a los atributos personales del candidato, su formación política y compromiso político[441]. Igualmente, la de Pedro Cisterna en 1986 ratificó sus largos años participando en el movimiento y escalando desde la base de los centros de alumnos hasta la presidencia del máximo organismo representativo.

[440] Cristián Cornejo, entrevista personal, 4 de octubre de 2024.
[441] Pedro Cisterna Osorio, *¿Dónde estuvimos en los 80?...*, p. 180.

En conclusión, las dinámicas internas del movimiento estudiantil, definidas primero por la resistencia a la instauración de la dictadura en el poder, con liderazgos motivados por el carisma y la capacidad de atracción en tiempos de incertidumbre, dieron lugar a un mecanismo de representación más complejo y estructurado, propio de la evolución de su orgánica política. La reconstitución de la FEC, necesitó de un conjunto de reglas y normas que pudieran filtrar nombres y candidatos, solamente con miras hacia el fortalecimiento del colectivo, por lo que la consagración de sus dirigentes —hoy en día tildados de históricos— fue mucho más allá de una cuestión de competitividad, personalismos o intereses particulares. En su lugar, se sustentó en el apoyo popular del estamento estudiantil a quienes mejor podían desempeñar la tarea histórica que les había tocado.

Ubicación ideológica

Este criterio del análisis va más allá de la división o fijación de la acción del movimiento entre izquierda, centro o derecha, pues lo que interesa es identificar que la oposición estudiantil en la Universidad de Concepción, fue una construcción que se manifestó con distintos grados de rigidez y flexibilidad en diversas dimensiones. La militancia partidaria dentro del movimiento estudiantil sin dudas influyó en su orientación ideológica, pero no determinó de manera exclusiva las posturas de todos los estudiantes. Por lo tanto, de antemano podemos señalar que coexistieron distintas sensibilidades de oposición en el seno del movimiento.

Y es que en un movimiento social de oposición, la ubicación ideológica, según su proceso de competencia contra el sistema —criterio visto con anterioridad— puede ser fuerte si se ubica en polos extremos irreconciliables en cuestiones de doctrina, principios o fundamento; o difusa si en su interior no existe un predominio de principios intransables, sino

más bien la coexistencia de proyectos políticos más flexibles[442]. En este caso, la ideología funge como un sistema de creencias o conjunto de ideas respecto del orden político, que determinan la acción y comportamiento respecto a él.

Considerando todo el análisis realizado en los capítulos cuatro y cinco, es factible señalar que la ubicación ideológica del movimiento estudiantil, nunca se orientó hacia extremos políticos irreconciliables. Hemos recalcado en varias oportunidades, con base en las fuentes y testimonios, que la unidad en la lucha contra la dictadura, si bien tuvo fisuras importantes sobre todo hacia el final del período estudiado, fue el motor de la acción colectiva del movimiento.

Solo en 1986, a propósito de las secuelas de la gran paralización de 1985, se expusieron por parte de estudiantes de izquierda, principios intransables ante los estudiantes liderados por Sergio Micco y la DC de cara a las negociaciones con Clericus. Estos eran relativos al cese de los sumarios y establecimiento de garantías a favor de la seguridad de los estudiantes antes de sentarse a negociar. Sus consecuencias abrieron más desavenencias irreconciliables entre los estudiantes de cara a las elecciones de la FEC en ese año, expuestas por el candidato Pedro Cisterna de cara a los comicios[443].

Antes de eso, en los muchos años de sostenida lucha política, el comportamiento hacia el sistema autoritario de los rectores delegados, siempre estuvo definido por el resguardo mutuo entre la comunidad estudiantil. Con independencia de que en tres de las cuatro elecciones celebradas en el período en estudio— 1983, 1984 y 1986—, no haya existido una única lista para la FEC entre todos los estudiantes de oposición, esto no logró contaminar la convivencia con enemistades absolutas. En definitiva, primó un comportamiento sustentado en la responsabilidad, seguridad y cooperación mutua, sorteando durante mucho tiempo las naturales diferencias sobre la acción política.

[442] Fernando Barrientos del Monte, "La oposición política…", p. 151.
[443] Véase la página 221 de este trabajo.

En este sentido, si la ubicación ideológica del movimiento estudiantil fue más bien difusa, vale la pena consultar también los registros de estudiantes que integraron esa oposición más "pasiva". En el contexto de las exoneraciones masivas en el verano de 1986, muchos estudiantes entregaron su percepción sobre la crisis y sus efectos en el año académico. De estas fuentes, quizás lo único inflexible que se desprende de la ubicación ideológica del movimiento, haya sido su exigencia de poner fin al sistema de rectores delegados, compartida por casi todas las listas y candidatos en los años estudiados.

Aun cuando la empatía y solidaridad con los exonerados era lo que más se esperaba de la comunidad estudiantil en esos momentos, los testimonios no demostraban alinearse plenamente con esos valores. Pero esto no significaba desconocer los errores cometidos por la rectoría ni su cuestionable capacidad de sortear los conflictos. Para algunos, la situación era ejemplo de esa incapacidad — por eso la denominación de oposición "pasiva"—, mientras que para otros el problema no les concernía o no tenían interés en hablar sobre él.

Por ejemplo, Paula Figueroa, "mechona" en ese año en la carrera de Traducción, señaló sobre el conflicto lo siguiente:

> "Yo no me ubico mucho, nunca me he metido en estas cosas (...) [Solo sabía] que hay algo sobre el rector, que lo quieren cambiar, no lo tengo muy claro. Lo escuché en las noticias y en las conversaciones con mis papás, que dicen: aquí va a quedar la media escoba y van a sacar al rector"[444].

Una de sus compañeras, Nadia Andrade, realizó un balance un poco más crítico del origen de la situación:

> "[Es provocada] por problemas «políticos», protestas y otras cosas (...) [La universidad] es un lugar donde estudiar, educarse, donde vamos a aprender a ser mejores nosotros mismos para servir a nuestros

[444] "Universitarios critican la postergación de las clases", Diario *El Sur*, 7 de marzo de 1986, p. 11.

hijos y familias. Creo que la tranquilidad empieza por casa. Tengo la intención de venir a estudiar y no meterme en nada"[445].

Ambas concordaban en que las protestas y quejas debían realizarse fuera de la universidad, una vez que los estudiantes terminasen de estudiar. Y con respecto a los exonerados, Nadia opinaba de esta manera:

"Deberían dejarlos estudiar, que fuera un pacto entre ellos y quienes los dejan. Y si vuelven que lo tomen con responsabilidad porque implica una cierta tolerancia. Y después si quieren hacer algo que lo hagan cuando tengan su profesión"[446].

Otras estudiantes, de cursos superiores, con mayor experiencia en la situación de la universidad, lamentaban lo perjudicial que terminaban siendo las protestas en la carga académica, los plazos del semestre y la calidad de los aprendizajes. Aunque no por ello se atrevían a dar un veredicto sobre la crisis de los exonerados. La joven Marcela Cáceres, de segundo año de la carrera de Auditoría, entregaba una visión de este tipo:

"[Sobre los sancionados] no sé qué motivos habrán tenido, pero me abstengo en ese sentido. Prefiero no opinar, no quiero perjudicar a nadie ni quiero perjudicarme yo"[447].

Finalmente, estudiantes de postgrado también entregaban un análisis de la situación. Para Felipe Valenzuela, en ese entonces alumno de Magíster en Química, el retraso en el inicio de las clases producto de las paralizaciones era una aberración total, y un reflejo de la decadencia en la que se encontraba la Universidad de Concepción. Su compañero José

[445] Ibíd.
[446] Ibíd.
[447] Ibíd.

Martínez, del mismo programa, mostraba más empatía con los afectados, señalando lo siguiente:

> "[Los alumnos] son los únicos que están perdiendo. La autoridad tomó las medidas y no midió las consecuencias. No hubo sumarios, los daños en las familias son terribles. Confío en que se arregle, pero no sé cómo".

En esencia, la crisis de 1986 servía para desnudar también las diferentes interpretaciones individuales que se hacían de la disputa entre estudiantes y la rectoría, con más distancia de los hechos que los estudiantes enfrascados en el conflicto. Y estas interpretaciones no siempre apostaban por un proceso de movilización confrontacional que fuera más allá de lo concerniente a la universidad. No implicaba una defensa del proceder de Clericus, pero sí una mesura en las valoraciones de los hechos y en lo que significaba de cara a las futuras acciones del movimiento y la FEC.

A modo de cierre, en este capítulo tratamos de definir integralmente la cultura política del movimiento estudiantil como un marco de significación colectiva, a través de siete criterios analíticos de su despliegue como colectividad de oposición a la dictadura. Todos estuvieron relacionados entre sí según el contexto y las etapas evolutivas de la maduración política del movimiento, que previamente fueron precisadas en capítulos anteriores.

Como resultado del análisis, podemos concluir que la cultura política del movimiento estudiantil se configuró en un permanente contexto de desventaja estructural frente al autoritarismo universitario y estatal. Esa realidad forzó a los estudiantes a mantener una estrategia cuyos pilares fueron la resistencia y la cooperación. Y a medida que el movimiento se fue fortaleciendo, su organización transitó desde estructuras fragmentadas a una burocratización significativa representada por la FEC. Esto le confirió más estabilidad, alcance y bases donde encontrar apoyo, con lo cual se expandió también su rango de acción

hacia la búsqueda del retorno de la democracia. La maduración organizativa, trajo consigo la consolidación de liderazgos pluralistas y muy variados, pero todos cohesionados por el objetivo común de desafiar a la dictadura.

Así, su cultura política, como conjunto de orientaciones, modos y estilos que guían las acciones colectivas de un movimiento social, en función de la propia noción de la política, estuvo definida por la creencia compartida de que la lucha contra la dictadura era un deber histórico ineludible para los jóvenes involucrados. Por medio de esa concepción, se cimentaron las bases de lo que fue uno de los puntos de agitación política más importantes del país en la década de los ochenta. Para ello, y como hemos constatado a lo largo de este trabajo, sus protagonistas se convencieron de que, como juventudes, tenían una responsabilidad especial en el derrocamiento del régimen, por lo cual desplegaron todos sus esfuerzos en levantar una oposición sólida en contra del autoritarismo militar en la Universidad de Concepción. Fue así como, desde esos años bajo la dictadura militar, la Federación de Estudiantes en esta casa de estudios, se ha convertido en un sello generacional no solo para sus protagonistas, sino también para toda la comunidad y sociedad penquista.

CONCLUSIONES

Esta investigación ha pretendido analizar el movimiento estudiantil de la Universidad de Concepción, durante la dictadura de Augusto Pinochet, con la finalidad de identificar la relevancia de las identidades juveniles en la orientación de su actividad política, en contraste, a la vez que como reacción, hacia los arquetipos ciudadanos pretendidos por el régimen como método de control social. De allí que, en el transcurso de las décadas de los setenta y ochenta, el movimiento haya transitado desde una etapa de supervivencia hacia distintas coyunturas de organización, cuyo máximo exponente se alcanzó con la reconstitución de la FEC en 1983. A lo largo del estudio propusimos que, lejos de ser una colectividad meramente contestataria, la federación se erigió como una unidad generacional en tanto unificó bajo una misma identidad juvenil —definida por una oposición unida, sostenida y resiliente de la violencia de la dictadura— a muchos estudiantes que resistían no solo el autoritarismo castrense, sino también su modelo de juventud.

Dentro de la pluralidad de escenarios que tuvo la lucha política estudiantil en contra de la dictadura, nos propusimos catalogar a la que mantuvieron los estudiantes de la Universidad de Concepción como el sello de una generación en esta parte del país, representada no solo por la conexión temporal, sino por el resultado de una evolución en la estructura y orgánica del movimiento, el cual, configurando una cultura política compleja, dió sentido a la juventud de sus protagonistas a través de la búsqueda de una protección mutua y también de mayores libertades.

En este sentido, la comprobación de la hipótesis propuesta guarda estrecha relación con las preguntas y respuestas que precisamos obtener con los objetivos de cada capítulo.

De esta manera, en el capítulo uno tratamos de caracterizar el contexto sociopolítico en las universidades previo al golpe de Estado de 1973, buscando identificar los elementos que constituyeron la cultura y perfil de los jóvenes estudiantes revolucionarios, que luego la

dictadura se propuso desarticular. Aquellos elementos, derivados de la polarización ideológica mundial representada por estadounidenses y soviéticos, fueron resultado de un contexto latinoamericano definido por los intentos de modernización social de los países pobres, los cuales hallaron una enorme aceptación al interior de las universidades. Con ello explicamos cómo se originó en los estudiantes el ímpetu político de reformar sus estructuras en función de la necesidad del desarrollo socioeconómico de las comunidades, que en Chile alcanzó gran fuerza en sus principales casas de estudio. Además, con la llegada de la Unidad Popular y Salvador Allende al poder, dimos cuenta de que la política no fue únicamente un instrumento para el cambio social y la expresión del nuevo idealismo juvenil marcado por las ansias de cambio, sino también una oportunidad de significar y enriquecer la vida misma, con los jóvenes ocupando un lugar central en el camino a la revolución.

Con base directa en estos precedentes, delineamos el capítulo dos situando los procesos de reforma y el gobierno de Salvador Allende en la universidad penquista. Tomando en consideración los trabajos relativos a los largos años sesenta, y la vía chilena al socialismo en Concepción y su principal casa de estudios, logramos ratificar la "izquierdización" de la conurbación en los años previos al golpe de Estado, dado el masivo apoyo popular a la elección de Allende, la proliferación de adherentes del MIR, el ascenso de Edgardo Enríquez Frodden a la rectoría, los sucesivos triunfos de la izquierda en las directivas de la FEC, la visita de Fidel Castro en 1971, la celebración de la asamblea del pueblo en 1972, etc. Todos estos acontecimientos, nos permitieron describir y explicar la fuerza con la que los militares comenzaron a depurar la universidad, y cómo los rectores delegados se abocaron a la tarea de sofocar los resabios de la juventud revolucionaria mediante la instauración de un campus vigilado y en constante represión.

Por su parte, el capítulo tres permitió distinguir los componentes del nuevo modelo de juventud necesario para el orden social que los militares trataron de imponer. Los intentos de

los militares de Concepción, y de los rectores delegados de la universidad, por promover una juventud despolitizada, disciplinada, estudiosa y afín a la obra del régimen, caminó de la mano con los mecanismos represivos descritos en el capítulo dos. Esto nos permitió contribuir a la corriente analítica que considera a estos procesos como parte de una etapa de "fascistización" en la dictadura de Pinochet, en la medida en que esta trató de asegurar su reproducción y perpetuación por medio del adoctrinamiento juvenil.

Sin embargo, con los capítulos cuatro y cinco, nos adentramos en las etapas y trayectorias de la lucha estudiantil en la universidad, demostrando que la sensación colectiva de insatisfacción, injusticia y necesidad de expresión, motivaron una acción política en franca rebeldía frente a esa imposición del régimen. Particularmente, con el capítulo cinco dimos cuenta de que la FEC se articuló como algo más que un grupo de estudiantes exaltados y disconformes con el *status quo*, pues alcanzó un notable nivel de representatividad en diversos grupos de estudiantes, para quienes la federación era un espacio seguro, de identificación y de recomposición de la red generacional que los militares habían estado aniquilando desde el 11 de septiembre.

Por último, con el capítulo seis nos propusimos determinar las características de la cultura política construida por los estudiantes y su movimiento durante aquellos procesos. A través de siete criterios analíticos, logramos delimitar un marco de significación colectiva para la actividad política desarrollada por los estudiantes en el período, y cómo él logró sustentar la oposición juvenil a la dictadura a pesar del imperio del miedo y las tensiones internas en el movimiento.

En definitiva, creemos que nuestra investigación ha contribuido al estado de la cuestión historiográfica sobre movimientos sociales en la dictadura, en la medida en que presentamos un análisis que ha relacionado uno de los pilares en los que se sostuvo la dictadura —su propaganda y proyección social— con la subjetividad subyacente a la lucha

por la democracia en los estudiantes del período. Esto también refuerza las distintas interpretaciones que se han hecho sobre el declive de la dictadura y sus causas vinculadas no solo a su crisis económica, violencia política y autoritarismo, sino también al rechazo de la ciudadanía a sus pretensiones hegemónicas manifestadas en la inculcación de conductas e ideales serviles a ese propósito.

Además, en lo que a la expansión de la historiografía sobre el pasado reciente de la ciudad de Concepción se refiere, consideramos que nuestra investigación ha tendido un puente entre tres grandes etapas políticas que atravesó su principal universidad. Esto mediante una secuencia analítica que consideró la relevancia del factor juvenil en los años revolucionarios antes de 1973, los años de consolidación de la institucionalidad militar a lo largo de la década de los setenta, y la aparición de las movilizaciones masivas en la década de los ochenta. De igual manera, el recurso a los relatos de memoria contribuye a revitalizar la interpretación que permiten las fuentes escritas, y a estructurar los relatos históricos en función de la significación que tuvo para quienes han vivido en el período.

No obstante, nuestra incursión investigativa también ha develado limitaciones y eventuales proyecciones que podrían contribuir a mejorar los posibles trabajos influenciados por estos temas y metodologías. Primero, la sobredimensión otorgada a la unidad generacional representada por la FEC, que podría minimizar la existencia o conocimiento de otras unidades generacionales en partidos políticos o agrupaciones más pequeñas. Segundo, la generalización de los juicios retrospectivos sobre el movimiento estudiantil, debido al criterio de muestreo utilizado para concertar las entrevistas. Tercero, la escasez de fuentes documentales inéditas a las que pudimos tener acceso, en consideración de la censura que hizo la prensa local sobre algunos temas ligados a la oposición estudiantil. Cuarto, también fungiendo como proyección, matizar el tema de estudio poniendo atención en los estudiantes no movilizados, o incluso discrepantes de la oposición al régimen dirigida por la FEC.

Quinto, extrapolar en futuros trabajos el enfoque análitico de juventudes y generaciones a otras ciudades del Gran Concepción. Y por último, ahondar en cuál fue el nexo generacional para el movimiento estudiantil penquista en los años finales de la dictadura, y también en los primeros años tras el retorno a la democracia, dadas las transformaciones en la pauta de la acción colectiva para desplegar la oposición a Pinochet, y las consecuencias de la instauración de una "democracia protegida" luego del triunfo de Patricio Aylwin en las elecciones de 1989.

Para terminar, solo queda agregar que esta investigación ha pretendido ser un aporte al conocimiento histórico nacional y local. Hemos tratado de descentralizar los estudios hacia una latitud tan relevante como lo es la ciudad de Concepción, y con ello dar cuenta de que la ilegitimidad de la dictadura militar fue acrecentada por el rol trascendental que, al igual que en los años de la Unidad Popular, desempeñaron las juventudes de la Universidad de Concepción y tantos otras instituciones educativas en diferentes puntos del país. Sus trayectorias, experiencias y sacrificios merecen ser contadas puesto que, en conjunto, contribuyen a entender cómo es que los oscuros años de Chile viviendo bajo el yugo militar periclitaron hacia su final.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Archivos consultados

Archivo del Programa de Investigación en Estudios Regionales del Biobío (PIHER).

Archivo Fundación Jaime Guzmán Errázuriz.

Archivo Fundación Miguel Enríquez.

Archivo Hemeroteca de la Biblioteca Central Luis David Cruz Ocampo.

Archivo Luis David Cruz Ocampo en Sala Chile de la Biblioteca Central de la Universidad de Concepción.

Archivo Patrimonial Universidad de Santiago de Chile.

Centro de Documentación de los Movimientos Armados.

Memoria Chilena.

Documentos

Allende, Salvador. "Discurso pronunciado en la Plaza de la Constitución al pueblo de Santiago." 21 de diciembre de 1970. *Marxists Internet Archive*. https://www.marxists.org/espanol/allende/1970/diciembre21.htm.

———. "Discurso pronunciado en la Universidad de Guadalajara en México." 2 de diciembre de 1972. *Marxists Internet Archive*. https://www.marxists.org/espanol/allende/1972/diciembre02.htm.

———. "Entrevista para la revista Ramona." 11 de julio de 1972. *Marxists Internet Archive*. https://www.marxists.org/espanol/allende/1972/julio11.htm.

Declaración de la Federación de Estudiantes de la Universidad Técnica del Estado (FEUT), sobre el conflicto en la UTE con sede en Copiapó, 1961. https://archivopatrimonial.usach.cl/fondo/universidad-tecnica-del-estado/.

Declaración de la FEUT sobre el conflicto en la Universidad Técnica del Estado con sede en Copiapó, 1961. https://archivopatrimonial.usach.cl/fondo/universidad-tecnica-del-estado/.

Memorias de la Universidad de Concepción, 1973-1986. https://archivoluisdavidcruzocampo.udec.cl/CL-UDEC-ALDCO-006

Leigh, Gustavo. “Discurso pronunciado en la Universidad Católica de Chile con motivo de la inauguración oficial de las actividades académicas en la Facultad de Derecho”. 29 de abril de 1974. Memoria Chilena, https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-85798.html.

Secretaría General del Consejo de Rectores de las Universidades Chilenas. *Nueva Legislación Universitaria Chilena.* 1981. https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-8701.html

Entrevistas

Alejandro Navarro Brain, Concepción, 30 de noviembre de 2024.

Cristián Cornejo, Concepción, 4 de octubre de 2024.

Pedro Arce Vera (seudónimo), Chiguayante, 30 de octubre de 2024.

Pedro Cisterna Osorio, San Pedro de la Paz, 25 de mayo de 2024.

Fuentes hemerográficas

Diario *El Diario Color*, 1973-1976.

Diario *El Mercurio*, 28 de julio de 1967.

Diario *El Mercurio de Valparaíso*, 28 de julio de 1967.

Diario *El Sur,* 1973-1986.

Diario *Las Últimas Noticias*, 8 de octubre de 1983, 2 de diciembre de 1983 y 3 de abril de 1984.

Diario *La Unión*, 7 de agosto de 1967.

Revistas

Revista *Análisis*, números 50 y 59, 1983.

Revista *APSI*, número 93 de 1981 y número 110 de 1982.

Bibliografía

Albornoz, César. "Porque esta vez no se trata de cambiar un presidente". En *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*, editado por Julio Pinto. Santiago de Chile: Lom Ediciones, 2005.

Almeida, Paul. *Movimientos sociales: la estructura de la acción colectiva*. Buenos Aires: Clacso, 2020.

Alvarado Leyton, Matías. “El acto de Chacarillas de 1977. A 40 años de un ritual decisivo para la dictadura cívico-militar chilena.” *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 18 de febrero de 2018. https://journals.openedition.org/nuevomundo/71900.

Álvarez Valdés, Carolina. "La perspectiva generacional en los estudios de juventud: enfoques, diálogos y desafíos". *Última Década* 26, no. 50 (2018): 40-60. http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362018000300040.

Amorós, Mario. *Allende. Biografía política, semblanza humana*. Santiago: Penguin Random House Grupo Editorial, 2023.

Araneda Herrera, Pablo, Yerko Aravena, y Manuel Márquez Illanes. *"La reforma es solo un paso. La vinculación sociopolítica del movimiento estudiantil de la Universidad de*

Concepción con las ciudades de Coronel y Tomé durante la vía chilena al socialismo". Seminario de grado, Universidad de Concepción, 2015.

Arce Barraza, Álvaro. *"Los movimientos estudiantiles de izquierda de la Universidad de Concepción. Planteamientos y acciones de los sectores estudiantiles de militancia del PS, PC y MIR en torno al problema habitacional y los pobladores del Gran Concepción, 1967-1973"*. Tesis de Magíster, Universidad de Concepción, 2022.

Archivo Salvador Allende. *Las tareas de la juventud. Estudio. Trabajo. Compromiso. Salvador Allende*. 2ª ed. México D.F.: Universidad Pedagógica Nacional, 1990.

Barra Cáceres, Alma, y Miguel Urrutia Fernández. *"Lo social y lo político en el movimiento estudiantil de la Universidad de Concepción (1973-1983): sujetos históricos para un tiempo de transición"*. Seminario de título, Universidad de Concepción, 1992.

Barrientos del Monte, Fernando. "La oposición política: notas para una discusión teórica". *Debates* 9, no. 3 (2015): 143-164. https://www.researchgate.net/publication/286457975_La_oposicion_politica_notas_para_una_discusion_teorica.

Bastías Saavedra, Manuel. *Sociedad civil en dictadura: relaciones transnacionales, organizaciones y socialización política en Chile*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2013.

BBC News Mundo. "El viaje que hizo la BBC a Chile después del golpe contra Allende." Vídeo de YouTube, 24 minutos. Publicado el 2 de septiembre de 2023. https://www.youtube.com/watch?v=9kOk_GIMgCs&ab_channel=BBCNewsMundo.

Beltrán Arévalo, Constanza. *Sueños de juventud: Resistencia y memoria estudiantil en dictadura en Chile (1973-1990)*. Trabajo de investigación en el Área de Colecciones e Investigación del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, 2021.

Benítez, Luciano, Yanko González, y Daniela Senn. "Punkis y New Waves en dictadura: rearticulación y resistencia de las culturas juveniles en Chile (1979-1984)." *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud* 14, no. 1 (2016): 191-203. http://dx.doi.org/10.11600/1692715x.14112270815.

Bizama Zamora, Yenny, y Erica Rivera Sáez. *"Nos obligaron a despertar, pero aprendimos a soñar despiertos. Breve Historia del Movimiento Estudiantil en la Universidad de Concepción: 1984-1987"*. Seminario de título, Universidad de Concepción, 2008.

Bourdieu, Pierre. "La Juventud No es Más que una Palabra". *Sociología y Cultura* (1990). https://www.ses.unam.mx/curso2007/pdf/BORDIEU_PIERRE.pdf.

Brito Lemus, Roberto. "Hacia una Sociología de la Juventud". *Última Década* 6, no. 9 (1998): 170-182. https://ultimadecada.uchile.cl/index.php/UD/article/view/56296.

Brodsky, Ricardo, y Ramiro Pizarro. "La constitución del movimiento estudiantil como proceso de aprendizaje político." En *Juventud Chilena: Razones y Subversiones*, editado por Irene Agurto, Gonzalo de la Maza y Manuel Canales. ECO-FOLICO-SEPADE, 1985.

Cancino, Hugo. “El movimiento estudiantil chileno y el proceso de Reforma Universitario, 1967-1968. El caso de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile.” Ponencia presentada en el XVI Congreso Internacional de AHILA, San Fernando, Cádiz, 6-9 de septiembre de 2011. https://vbn.aau.dk/files/58699467/Reform_Univ.pdf.

Casali, Aldo. “Reforma universitaria en Chile, 1967-1973. Pre-balance histórico de una experiencia frustrada.” *Intus-Legere Historia* 5, no. 1 (2011): 86-87.https://doi.org/10.15691/%25x.

Casals, Marcelo. *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la “vía chilena al socialismo 1956-1970"*. Santiago: Lom Ediciones, 2010.

Cisterna Gaete, Paula, y María Eliana Vega Soto. *Resistencia en blanco y negro: memoria visual de los 80 en Concepción*. Concepción, 2016.

Cisterna Osorio, Pedro. *¿Dónde estuvimos en los 80? La FEC en dictadura*. Concepción, 2024, 38-42.

Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. *Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*, Tomo I. Santiago: Gobierno de Chile, 1991. https://bibliotecadigital.indh.cl/bitstreams/7b2a0e4e-f308-43e3-b896-4c4acb83b117/download.

Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. *Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*, Tomo III. Santiago: Gobierno de Chile, 1991. https://bibliotecadigital.indh.cl/bitstreams/f43a18dd-d17e-4088-937f-6a803216f83a/download.

Collyer, Patricia, y Felipe Pozo. "Movimiento estudiantil: democracia, única demanda." *Análisis*, no. 59, (1983).

Cosse, Isabella. "Masculinidades, clase social y lucha política (Argentina, 1970)." *Revista Mexicana de Sociología* 81, no. 4 (2019): 825-854. https://doi.org/10.22201/iis.01882503p.2019.4.57978.

Cruces, Natalia. "Apuntes para una Historia del movimiento estudiantil chileno". *Las Armas de la Crítica* 2 (2001).

Del Pozo Artigas, José. *Diccionario histórico de la dictadura cívico-militar en Chile. Período 1973-1990 y sus prolongaciones hasta hoy*. Santiago: Lom Ediciones, 2018.

Díaz Nieva, José, y Mario Valdés Urrutia. "Confrontación y violencia política en Concepción en los días del presidente Allende (1970-1973)." *Cuadernos de Historia*, no. 50 (2019): 103-133. http://dx.doi.org/10.4067/S0719-12432019000100103.

Díaz Nieva, José, y Mario Valdés Urrutia. "Historia electoral de la provincia de Concepción en tiempos de la Unidad Popular." *Tiempo y Espacio*, no. 35 (2016): 121-146.

Donoso, Benjamín, y Danny Monsálvez. *Parroquia Universitaria de Concepción. Un espacio de encuentro, diálogo y solidaridad. 1966-1989*. Concepción: Ediciones Escaparate, 2017.

Emhardt Vera, Consuelo. "Periódico Al Día de la Universidad de Concepción (1976-1979). Memoria y patrimonio documental institucional." Tesis de pregrado, Universidad de Concepción, 2021.

Faletto, Enzo. "La juventud como movimiento social en América Latina". En *Dimensiones políticas, sociales y culturales del desarrollo*, editado por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 2009.

Fernández Gaete, Manuel, y Miguel Ávila Carrera. "Más allá de las barricadas. Las acciones armadas del FPMR y el MAPU-Lautaro contra la persistencia del proyecto dictatorial. Gran Concepción, 1986-1991." *Anuario IEHS* 34, no. 1 (2019): 195-218.

Figueroa, Carlos, y Nicolás Iñigo. "Reflexiones para una definición de Historia Reciente". En *Temas y procesos de la historia reciente de América Latina*, editado por Margarita López, Carlos Figueroa y Beatriz Rajland. Santiago: Editorial Arcis, 2010.

Franco, Marina, y Daniel Lvovich. "Historia Reciente: apuntes sobre un campo de investigación en expansión". *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, no. 47 (2017): 190-217. http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/boletin/article/view/6707

Fritz Donoso, Karen. *Cultura y dictadura: Censuras, proyectos e institucionalidad cultural en Chile, 1973-1989*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2019.

Gárate, Manuel. "Revolución capitalista." En *De la utopía al estallido. Los últimos cincuenta años en la historia de Chile*, editado por A. Guida, R. Nocera, y C. Rolle. Fondo de Cultura Económica, 2022.

Garretón, Manuel Antonio, y Javier Martínez. *El movimiento estudiantil: conceptos e historia*. Santiago de Chile: Ediciones SUR, 1985.

Ghiardo, Felipe. "Generaciones y Juventud: una relectura desde Mannheim y Ortega y Gasset". *Última Década*, no. 20 (2004): 11-46. http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=19502001.

González, Yanko. "«Sumar y no ser sumados»: Culturas juveniles revolucionarias. mayo de 1968 y diversificación identitaria en Chile". *Alpha*, no. 30 (2010): 111-128. http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22012010000100008.

González, Yanko. "Primeras culturas juveniles en Chile: Pánico, malones, pololeo y matiné". *Atenea*, no. 503 (2011): 11-38. http://dx.doi.org/10.4067/S0718-04622011000100002.

González Alarcón, Javier. "El movimiento estudiantil en el Gran Concepción durante los mil días del gobierno popular". En *Concepción en la Historia Reciente. Vol. I: Los días del presidente Allende*, editado por Danny Monsálvez Araneda y Mario Valdés Urrutia, 159-190. Valparaíso: América en Movimiento, 2021.

González Cangas, Yanko. *Los más ordenaditos: Fascismo y juventud en la dictadura de Pinochet*. Hueders, 2021.

González Cangas, Yanko. "«Así van a ser ustedes porque así los estamos formando»: Juventud, adoctrinamiento y fascistización en la dictadura Chilena, 1973-1983." *Historia y Memoria*, no. 20 (2020): 97-134. https://doi.org/10.19053/20275137.n20.2020.9590.

González Cangas, Yanko. "El Golpe Generacional y la Secretaría Nacional de la Juventud: purga, disciplinamiento y resocialización de las identidades juveniles bajo Pinochet (1973-1980)." *Atenea*, no. 512 (2015): 87-111. http://dx.doi.org/10.4067/S0718-04622015000200006.

Guerrero Antequera, Manuel. "El conjuro de los movimientos sociales en el Chile neoliberal." *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* 12, no. 2 (2006): 147-156. http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=17712209.

Hernández, Roberto, Carlos Fernández, y Pilar Baptista. *Metodología de la investigación*. Ciudad de México: McGraw-Hill, 2014.

Huneeus, Carlos. *La reforma universitaria. Veinte años después*. Santiago de Chile: Corporación de Promoción Universitaria, 1988.

Lechner, Norbert. *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*. Madrid: Siglo XXI, 1986.

López de la Roche, Fabio. "Aproximaciones al concepto de la Cultura Política". *Convergencia*, no. 22 (2000): 93-123. https://convergencia.uaemex.mx/article/view/1835

López Dietz, Ana, y Sandra López Dietz. "El modelo de mujer en dictadura: una mirada a la imagen de Lucía Hiriart a través de la revista Amiga (Chile, 1976-1979)." *Historia 396* 13, no. 2 (2023): 145-178. http://dx.doi.org/10.4151/07197969-Vol.13-Iss.2-Art.709.

Mannheim, Karl. "El problema de las generaciones". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, no. 62 (1993): 193-244. https://doi.org/10.2307/40183643.

Marchant Veloz, Pedro. *Movimiento Estudiantil Universitario en Chile, 1982-1988: De la organización a la fragmentación. La experiencia de militantes de las Juventudes Comunistas de Chile*. Seminario de título, Universidad de Chile, 2013.

Marras, Sergio. "¿Incitación a la universidad disidente?" *APSI*, nº 91 (1981).

Marsiske, Renate. "La universidad latinoamericana en el siglo XX: una aproximación". *Unión de Universidades de América Latina y el Caribe*, no. 65 (2015): 59-68. http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=37341213006.

Mead, Margaret. *Cultura y compromiso. El mensaje de la nueva generación*. Barcelona: Gedisa, 2002.

Melucci, Alberto. "La acción colectiva como construcción social." *Estudios Sociológicos* 9, no. 26 (1991): 359. https://www.jstor.org/stable/40420123.

Monsálvez Araneda, Danny y Javier González Alarcón. “La federación de estudiantes de la Universidad de Concepción (FEC): golpe, resistencia, rearticulación y lucha durante los años de la dictadura”. En *Concepción en la Historia Reciente. Volumen II. Los años de la dictadura de Pinochet 1973-1990*, coordinado por Danny Monsálvez Araneda. América en Movimiento, 2024.

Monsálvez, Danny. "La asamblea del pueblo en Concepción. La expresión del poder popular." *Revista de Historia* 2, no. 16 (2021): 37-58. https://doi.org/10.29393/RH16-14DMAP10014.

Monsálvez, Danny. "La Universidad de Concepción en dictadura: delación, depuración y normalización, 1973-1980." *Historia* 396 9, no. 2 (2019): 187-224. https://historia396.cl/index.php/historia396/article/view/362.

Monsálvez, Danny. *El golpe de Estado de 1973 en Concepción: Violencia política y control social*. Concepción: Editorial Universidad de Concepción, 2017.

Monsálvez, Danny. *La reforma universitaria de 1968 en la Universidad de Concepción. Las controversias entre reformistas, revolucionarios, masones y cristianos*. Concepción: Editorial Universidad de Concepción, 2022.

Monsálvez, Danny. *Los académicos de la Universidad de Concepción contra la dictadura de Pinochet: intervención, organización, lucha y la Universidad para los universitarios, 1973-1990*. Concepción: Editorial Universidad de Concepción, 2023.

Monsálvez Araneda, Danny. "La Historia Reciente en Chile: un balance desde la Nueva Historia Política". *Historia 396* 6, no. 1 (2016): 111-139. https://historia396.cl/index.php/historia396/article/view/73.

Monsálvez Araneda, Danny. "La Universidad de Concepción en dictadura: delación, depuración y normalización, 1973-1980". *Historia* 396 9, no. 2 (2019): 187-224. https://historia396.cl/index.php/historia396/article/view/362.

Moraga, Fabio. "«Ser joven y no ser revolucionario»: La juventud y el movimiento estudiantil durante la Unidad Popular." En *Frágiles suturas. Chile a treinta años del gobierno de Salvador Allende*, compilado por Francisco Zapata. Ciudad de México: El Colegio de México, 2006.

Morris, Aldon, y Naomi Braine. "Social Movements and Oppositional Consciousness." En *Oppositional Consciousness: The Subjective Roots of Social Protest*, editado por Jane Mansbridge y Aldon Morris. Chicago: University of Chicago Press, 2001.

Moulián, Tomás. *Chile Actual. Anatomía de un mito*. 1ª ed. Lom, 1997.

Moyano, Cristina. *MAPU o la seducción del poder y la juventud*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2009.

Muñoz Tamayo, Víctor, y Carlos Durán Migliardi. "Los jóvenes, la política y los movimientos estudiantiles en el Chile reciente. Ciclos sociopolíticos entre 1967 y 2017". *Izquierdas*, no. 45 (2019): 129-159. http://dx.doi.org/10.4067/S0718-50492019000100129.

Muñoz Tamayo, Víctor, y Cristina Moyano Barahona. "'Guatones' y 'chascones'. Facciones y unidades generacionales en la Democracia Cristiana durante la dictadura de Pinochet (1973-1989)." *Revista de Historia*, no. 31 (2024): 1-41. https://doi.org/10.29393/RH31-8GCVC20008.

Muñoz Tamayo, Víctor. "Movimiento social juvenil y eje cultural: Dos contextos de reconstrucción organizativa (1976-1982/1989-2002)". *Última Década* 10, no. 17 (2002): 41-64. https://revistas.uchile.cl/index.php/UD/article/view/55995.

Ortúzar Madrid, Pablo, Carolina Tomic, y Sebastián Huneeus. "El mesianismo político de Augusto Pinochet y la lucha por el espacio sacrificial." *Revista Temas Sociológicos*, no. 13 (2009): 231-247. https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/6780086.pdf.

Otano, Rafael. *Crónica de la transición. 1984/2006*. Santiago: Planeta, 2024.

Pettinà, Vanni. *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*. Ciudad de México: El Colegio de México, 2018.

Portiño, Diego. "«Estudiar y luchar». Las juventudes estudiantiles secundarias del Gran Concepción en el gobierno de la Unidad Popular." En *Concepción y la "vía chilena al socialismo". Del triunfo popular al golpe de Estado. 1970-1973*, editado por Danny Monsálvez. Concepción: Ediciones Escaparate, 2023.

Pozo, Felipe. "Otra vez los universitarios." *Análisis*, no. 50 (1982).

Quiroga, Patricio. "Las jornadas de protesta nacional: historia, estrategias y resultado, 1983–1986." *Encuentro* 4, no. 11 (1998): 42-60.

Reca, Inés. "El movimiento estudiantil y el proceso de reforma de la Universidad de Chile." *Revista Mexicana de Sociología* 32, no. 4 (1970): 893-947. https://www.jstor.org/stable/3539161.

Rifo Melo, Mauricio. "Transformación de las universidades chilenas durante la dictadura cívico-militar. ¿El inicio de un sistema neoliberal privatizado o la construcción de una crisis? (1973-1990)." Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona, 2019. https://dialnet.unirioja.es/servlet/tesis?codigo=275009.

Rivas Castro, Gabriel, y Tamara Seiffer. "Sobre el origen y desarrollo de la conciencia política del movimiento estudiantil universitario chileno. De su conciencia anarquista a su antineoliberalismo. 1906-2012". *Anuari del Conflicte Social,* no. 12 (2021): 1-57. https://doi.org/10.1344/ACS%202021.12.12.

Rivera, Francisco. "El 68´ Chileno: orígenes universitarios del triunfo y la derrota popular 1961-1983", en *Los 68 latinoamericanos. Movimientos estudiantiles, política y cultura en México, Brasil, Uruguay, Chile, Argentina y Colombia*, editado por Pablo Bonavena y Mariano Millán. Buenos Aires: CLACSO. Instituto de Investigaciones Gino Germani.

Ruiz, María Olga. "Mandatos militantes, vida cotidiana y subjetividad revolucionaria en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria de Chile (1965-1975)". *Revista Austral de Ciencias Sociales*, no. 28 (2015): 163-182. https://doi.org/10.4206/rev.austral.cienc.soc.2015.n28-09.

Salazar, Gabriel, y Julio Pinto. “Cabros chicos y jóvenes rebeldes en el siglo XX”. En *Historia Contemporánea de Chile V. Niñez y juventud*, editado por Gabriel Salazar y Julio Pinto. Santiago: Lom Ediciones, 2014.

Salazar, Gabriel y Julio Pinto. *Historia Contemporánea de Chile II. Actores, identidad y movimiento.* Santiago: Lom Ediciones, 2014.

Salazar, Gabriel. *La Gran Alameda de la Soberanía Popular (testamento político de un historiador)*. Santiago: CEIBO Ediciones, 2023.

Santa Cruz, Yanny. "Entre la diversión y la revolución: experiencias culturales de los jóvenes de izquierda durante la Unidad Popular." *Última Década* 28, no. 53 (2020): 125-151. http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362020000100125.

Scherz, Luis. “Reforma y Contrarreforma en la Universidad Católica de Chile (1967-1980).” *Revista del Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea*, no. 6 (1988): 36-53. https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-98851.html.

Solís Álvarez, Eduardo. “Universidad intervenida y resistencias políticas: la experiencia de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción entre 1983 y 1988”. *Intervención* 13, no. 2 (2023): 113-129. https://doi.org/10.53689/int.v13i2.180.

Taguenca Belmonte, Juan Antonio. "El concepto de juventud". *Revista Mexicana de Sociología* 71, no. 1 (2009): 159-190. https://doi.org/10.22201/iis.01882503p.2009.001.17746.

Tarrow, Sidney. *Power in Movement. Social Movements and Contentious Politics*. 3ª ed. Cambridge University Press, 2011.

Tilly, Charles, y Leslie Wood. *Los movimientos sociales, 1768-2008. Desde sus orígenes a Facebook*. Barcelona: Crítica, 2010.

Tilly, Charles. *From Mobilization to Revolution*. New York: Random House, 1978.

Torres Dujisin, Isabel. "La década de los sesenta en Chile: la utopía como proyecto." *Historia Actual Online*, no. 19 (2009): 139-149. https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/3065991.pdf.

TVU Noticias. “40 Años Refundación FEC UdeC: recordamos los desafíos de la primera directiva estando en dictadura”. Video de YouTube, 31 minutos. Publicado el 11 de noviembre de 2024. https://www.youtube.com/watch?v=xdC7OgyWAhs&t=204s&ab_channel=TVU.

Memorias Colectivas del Biobío. "Resistencia del Movimiento Estudiantil Universitario." Video de Facebook, 44:27. Publicado el 4 de noviembre de 2020. https://www.facebook.com/memoriascolectivasbiobio/videos/ciclo-memorias-colectivas-de-la-resistencia-en-concepci%C3%B3n-historias-de-vida-en-d/109342087444650.

Valdés, María Isabel. "El movimiento estudiantil en la universidad de hoy." *APSI*, nº 110 (1982).

Valdés Urrutia, Mario. “La Universidad de Concepción el 11 de septiembre de 1973”. *Revista de Historia* 1, no. 16 (2006): 103-117. https://doi.org/10.29393/RH16-9UDEC10009.

Valdivia, Verónica, Rolando Álvarez y Julio Pinto. *Su revolución contra nuestra revolución. Izquierdas y derechas en el Chile de Pinochet (1973-1981)*. Santiago: Lom Ediciones, 2006.

Veglia, Juan. "El movimiento estudiantil, hoy." *Análisis*, nº 23 (1980).

Venegas Valdebenito, Hernán. "Trayectoria del Partido Comunista de Chile: de la crisis de la unidad popular a la política de rebelión popular de masas." *Universum* 2, no. 24 (2009): 262-293. http://dx.doi.org/10.4067/S0718-23762009000200013.

Vivaldi, Augusto C., y Carlos Muñoz L. *Para una Historia de la Universidad de Concepción*. Concepción: Ediciones Universidad de Concepción, 1994.

Zepeda Majmud, Rocío. *El movimiento estudiantil chileno: más de cien años de lucha en torno a las mismas demandas*. Tesis doctoral, Universidad Católica Argentina, 2021.